

alianza **N**egra

CHRISTOFFER CARLSSON

EL HOMBRE INVISIBLE
DE SALEM

Christoffer Carlsson

**El hombre invisible de
Salem**

Traducido del sueco por Carmen Montes Cano

Alianza Editorial

Para Karl, Martin y Tobias

*Strange highs and strange lows,
Strangelove,
That's how my love goes*

DEPECHE MODE

Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

Epílogo

Créditos

Merodeo delante de tu puerta, exactamente igual que hacía antes. Pero no es tu puerta, no, tú no estás detrás. Hace mucho que no estás. Lo sé porque me dedico a seguirte. Aquí sólo estoy yo. Y, en realidad, yo tampoco estoy. No me conoces. Nadie me conoce, ya no. Nadie sabe quién soy.

Notas algo raro, notas que algo está a punto de ocurrir. Recuerdas el tiempo que sigue en este texto, pero decides ignorarlo, ¿verdad? Lo sé, porque yo soy como tú. Las pocas veces que recuerdas el pasado en tu vida cotidiana lo reconoces. Lo reconoces, sí, pero no estás segura de qué era verdad y qué no, ya que el tiempo lo ha enturbiado todo.

Escribo para decirte que todo lo que crees es verdad. Escribo para contarle todo.

I

SUECIA DEBE MORIR. Eso han escrito en la pared del túnel con gruesas mayúsculas negras, y de una tienda de por allí cerca se oye música, alguien que canta *don't make me bring you back to the start*; y fuera del túnel brilla el sol, cálido y blanco, pero dentro hace fresco y reina el silencio. Una mujer con auriculares y una cola de caballo pasa haciendo *footing*. La sigo con la mirada hasta que se pierde.

No se sabe de dónde aparece un niño corriendo con un globo en la mano. El globo aletea a tirones irregulares y nerviosos en el extremo de la cuerda que lleva tras de sí, hasta que choca en el techo del túnel con algo puntiagudo y explota. El niño se

lleva un susto y se echa a llorar, puede que por lo estrepitoso del ruido, pero seguramente no. Busca a alguien con la mirada, pero allí no hay nadie.

Estoy en Salem, es la primera vez que vengo en mucho tiempo. Estamos a final de verano. Me levanto del banco que hay en el túnel y paso por delante del niño, salgo de la penumbra a la claridad de la luz del sol.

II

Me despierto y es de noche, por eso sé que ha ocurrido algo. Veo un destello con el rabillo del ojo. Al otro lado de la calle, la fachada relumbra con una luz azul e intermitente. Me levanto de la cama y me dirijo al rincón que es la cocina, me bebo un vaso de agua y me pongo un ansiolítico en la lengua. He soñado con Viktor y Sam.

Con el vaso vacío en la mano, me acerco al balcón y abro la puerta. El viento sopla cálido, pero húmedo, me da escalofríos, y contemplo el mundo que me aguarda allá abajo. Hay una ambulancia y dos coches de policía aparcados en semicírculo delante de la entrada. Alguien está atando una cinta blanca y azul entre dos farolas.

Oigo voces sordas, el carraspeo de la radio de la policía, y veo el parpadeo mudo de las luces azules de los coches policiales. Y más allá: el rumor de un millón de personas, el sonido de una gran ciudad en reposo momentáneo.

Vuelvo y me pongo unos vaqueros, me abotono una camisa y me paso la mano por el pelo. En el rellano: un ventilador zumba detrás de la pared, el ruido discreto de las prendas de ropa, una voz que murmura bajito. Alguien pone en marcha el viejo ascensor, que empieza a moverse en el hueco y a vibrar con un traqueteo mecánico.

—¿No podéis parar el puto ascensor? —
masculla una voz.

El ascensor disimula el sonido de mis pasos mientras bajo la espiral de la escalera que va rodeando el hueco. Me paro en el segundo piso y presto atención. Debajo, en el primero, ha ocurrido algo. No es la primera vez.

Hace unos años, una asociación sin ánimo de lucro compró el apartamento gracias a la donación

de alguien que tenía más dinero del que necesitaba. La asociación reformó el apartamento, lo convirtió en un albergue para marginados y desfavorecidos y lo bautizó Residencia Chapman. Tienen visita una vez por semana, como mínimo, las más de las veces de aburridos burócratas de los servicios sociales, pero a menudo también de la policía. Lleva el albergue una antigua asistente social, Matilda o Martina, no recuerdo el nombre. Es mayor, pero infunde más respeto que la mayoría de los policías.

Me asomo por la barandilla y veo entornada la recia puerta del albergue. La luz está encendida. Una voz más suave, la de una mujer, atempera la voz rabiosa del hombre. El ascensor pasa de largo en su descenso y yo lo sigo; oculto tras su mole, bajo al primer piso. Los dos policías que hay allí se quedan helados al verme. Son jóvenes, mucho más que yo. El ascensor se para en la planta baja y todo queda en silencio.

—Cuidado con dónde pisas —dice la mujer.

—Pon la cinta —dice el hombre, y le da un rollo de cinta blanca y azul; y ella se lo queda mirando.

—Ponla tú, yo me encargo de él.

La mujer se ha quitado la gorra y la tiene en la mano; lleva el pelo recogido en una cola de caballo muy tirante que le tensa la cara. El hombre tiene la barbilla cuadrada y los ojos amables, pero yo creo que los dos están bastante nerviosos porque no paran de mirar el reloj. En las hombreras del uniforme lucen una única corona dorada, ninguna banda. Ayudantes.

El hombre se dirige a la escalera con el rollo en la mano. Hago por sonreírle.

—Resulta que aquí ha pasado una cosa —dice la mujer—. Y me gustaría que te quedaras dentro del edificio.

—No pensaba salir.

—Entonces, ¿qué haces aquí abajo?

Miro hacia la ventana del hueco de la escalera; es enorme y por ella se ve el bloque de la acera de

enfrente. Todavía bañado en luz azul.

—Me he despertado.

—¿Te han despertado las luces?

Le digo que sí con un gesto, sin saber muy bien qué estará pensando. Parece sorprendida. Noto un olor ácido y, en ese momento, me doy cuenta de lo pálida que está, de que tiene los ojos enrojecidos. Acaba de vomitar.

Ladea la cabeza un poco, apenas nada, y frunce el entrecejo.

—¿Nos hemos visto antes?

—No lo creo.

—¿Estás seguro?

—Soy policía —empiezo a explicarle—, pero no... No, no creo que nos hayamos visto.

Se me queda mirando un buen rato, luego saca el cuaderno del bolsillo y pasa las hojas hasta que encuentra lo que busca, el bolígrafo hace clic, ella anota algo. A mi espalda suena el crujido de la cinta del cordón policial que su colega maneja torpemente, de un modo que me irrita. Observo la

puerta que queda detrás de la mujer. No hay indicios de que la hayan forzado.

—No me habían informado de que aquí viviera un policía. ¿Cómo te llamas?

—Leo —respondo—. Leo Junker. ¿Qué ha pasado?

—¿En qué sección estás, Leo? —continúa la mujer con un tono que revela que no está nada convencida de que le haya dicho la verdad.

—AI.

—¿AI?

—Asuntos Intern...

—Ya sé lo que significa. ¿Me enseñas tu placa?

—La tengo arriba, en la cartera —le digo, y ella dirige la vista por encima de mi hombro, como buscando la mirada de su colega—. ¿Sabéis quién es la mujer? —le digo—. El cadáver.

—O sea... —empieza la mujer—. Es decir, que sabes lo que ha pasado, ¿no?

No soy buen observador, pero es raro que vengan hombres al albergue. Ellos tienen otros

sitios a los que ir. Las mujeres, en cambio, no pueden elegir entre tantos albergues, dado que la mayoría de este tipo de hogares niega el acceso a las que se drogan o a las que se prostituyen. A las mujeres se les permite hacer lo uno o lo otro, pero no las dos cosas. Lo malo es que la mayoría de ellas hace las dos cosas, precisamente. La Residencia Chapman es una excepción, de modo que aquí acuden muchas mujeres. Sólo tienen una regla: no pueden llevar armas. Es una postura que despierta mis simpatías.

O sea, lo más seguro es que se trate de una mujer y, a juzgar por el despliegue, no estará viva.

—¿Puedo...? —le digo, y doy un paso hacia ella.

—Estamos esperando a los técnicos —oigo que dice el colega a mi espalda.

—Y Martina, ¿está dentro?

—¿Quién? —pregunta la mujer desconcertada, y ojea el cuaderno.

—La mujer que lleva el albergue —respondo

—Somos amigos.

La agente me mira con escepticismo.

—Quieres decir Matilda, ¿no?

—Sí, eso.

Me quito los zapatos y la dejo atrás con ellos en la mano, camino del albergue.

—Oye —me dice tajante, cogiéndome fuerte del brazo—. Tú te quedas aquí.

—Sólo quiero ver cómo está mi amiga —le digo.

—Si ni siquiera sabes cómo se llama...

—Sé cómo hay que moverse en la escena del crimen. Sólo voy a comprobar que Matilda está bien.

—Eso no importa. Aquí no entras.

—Dos minutos.

La agente se me queda mirando un rato antes de soltarme el brazo, y vuelve a mirar el reloj. Alguien aporrea la puerta de la entrada, fuerte y con insistencia. Ella busca a su colega, que ha subido la escalera y ha desaparecido de nuestra

vista.

—Espera aquí —me dice. Yo asiento y sonrío, trato de parecer buena gente.

El mundo es, en la Residencia Chapman, de una calma fantasmagórica. El techo es bajo y lo tengo muy cerca de la cabeza, afea el suelo un parquet plagado de marcas. El albergue consta de un amplio vestíbulo, una cocina comedor, un aseo y una ducha, un despacho y lo que me figuro que son los dormitorios, al fondo del local. El olor recuerda al del ropero de un hombre mayor. Dentro, en el suelo, hay un cesto grande y, al lado, una nota escrita a mano. «ROPA DE ABRIGO.» Por debajo de una sudadera con capucha asoma un par de guantes; los cojo.

A unos metros a la derecha del vestíbulo hay una cocina ordenada y limpia, con una mesa de madera cuadrada y un par de sillas con el respaldo de barrotes. A la mesa está sentada Matilda, esa mujer que parece un pájaro, de perfil puntiagudo y

cabeza poblada de rizos plateados; enfrente, un policía de uniforme. Parece que Matilda está respondiendo a sus preguntas en voz baja y serena. Cuando llego a su lado, levantan la vista, y la saludo con un gesto.

—¿Eres de Delitos Violentos? —pregunta el policía.

—Claro.

Mira de reojo los guantes que llevo en la mano y luego al suelo, donde se distinguen claramente huellas de zapatos. No son botas, más bien algún tipo de calzado deportivo. Pongo el pie al lado de la huella compruebo que tengo los pies del mismo tamaño que el que acaba de estar allí.

—¿Dónde están las otras mujeres?

—Estaba sola —dice Matilda.

—¿La conocías?

—Ha estado aquí varias veces este verano. Creo que se llama Rebecka.

—¿Con ce y ka?

—No lo sé, creo que con dos ces.

—¿Y el apellido?

Matilda niega con un gesto.

—Ya te digo que ni siquiera sé cómo escribe el nombre de pila.

Sigo adelante y llego al dormitorio. Las paredes están descoloridas, revestidas de cuadros. Hay una ventana entreabierta; da paso a la noche de agosto y a un frío poco natural. El dormitorio tiene ocho camas, alineadas a lo largo de las paredes. Los edredones no son iguales, unos son estampados, como las paredes de los apartamentos en los setenta; otros, lisos, de tonos fuertes de azul, verde o naranja; otros, con dibujos horribles e insulsos. Todas las camas llevan un número, escrito con prisas en la madera. En la cama número siete, al fondo de la habitación, hay un cadáver de costado, de espaldas a mí, con unos vaqueros desgastados y un jersey. Se atisba el pelo oscuro y descuidado. Dejo los zapatos en una de las camas y me pongo los guantes.

La gente dispara, pincha, golpea, pateo, ahoga,

agujerea, asfixia y se atropella, y el resultado fluctúa entre ser discreto y eficaz como una intervención quirúrgica, y pringoso como una ejecución medieval. En esta ocasión, la vida ha cesado de forma súbita y limpia, casi imperceptible.

De no ser por la florecilla color ocre que le adorna la sien, podría estar dormida. Es joven, entre veinte y veinticinco años; podría tener cinco años más, pero una vida dura deja huella en la cara de las personas. Me inclino sobre ella para ver mejor el agujero de entrada. Un poco más grande que la cabeza de una chincheta, así es, y las discretas salpicaduras de sangre y polvo negro procedente del arma le han manchado la frente. Alguien le ha disparado por la espalda con una pistola de pequeño calibre.

Observo los bolsillos. Parecen vacíos. Tampoco parece que hayan tocado la ropa por el borde del jersey se ve parte de una camiseta, pero nada indica que la hayan registrado, que hayan

estado buscando nada. Le pongo las manos en el costado, los hombros y la espalda con la esperanza de encontrar algo que no debiera estar ahí. Al subirle la manga del jersey, veo en la cara interna del antebrazo el resultado del abuso de jeringuillas, pero tiene mejor aspecto de lo habitual, como si hubiera convertido en un deporte sus intentos de chutarse con toda la precisión posible.

Oigo detrás de mí los pasos de Matilda. Se para en el umbral, como si tuviera miedo de entrar.

—La ventana —digo—. ¿Está siempre abierta?

—No. Normalmente está cerrada. Estaba cerrada cuando llegué.

—¿Vendía?

—Eso creo. Llegó hace unas horas. Me dijo que necesitaba un sitio donde dormir. La mayoría de las mujeres tardan más en volver.

—¿Traía algo más? ¿Ropa, maletas?

—Nada, salvo lo que lleva puesto.

—¿La ropa es suya?

—Creo que sí. —Matilda se sorbe los mocos —. Nuestra no es, desde luego.

—¿Llevaba zapatos?

—Al lado de la cama.

Unas converse negras con cordones blancos demasiado gruesos. Los ha comprado después y los ha puesto en lugar de los originales. Están desiguales y rajadas. Guardaba dentro las cápsulas. Cojo una de las zapatillas y observo la suela, gris oscuro y carente de interés, antes de dejarla de nuevo en el suelo. Saco el móvil y le enfoco la cara con él, saco una foto y, en un abrir y cerrar de ojos, el pequeño flash de la cámara vuelve la piel de un blanco hiriente.

—¿Cómo la viste cuando llegó esta noche?

—Colocada y cansada, como todas las demás. Dijo que había tenido una mala tarde y que quería dormir.

—¿Dónde estabas tú? —pregunté.

—Estaba fregando, de espaldas a la puerta, así que ni vi ni oí nada. Siempre friego a estas horas,

no me da tiempo antes.

—¿Cómo te diste cuenta de que estaba muerta?

—Entré a ver si estaba dormida. Cuando me acerqué para cerrar la ventana, vi que...

No termina la frase.

Rodeo el cadáver describiendo un arco hasta allí. Está bastante alta, hace falta dar un buen salto para caer en la acera de la calle Chapmansgatan. Vuelvo a mirar el cadáver y, a la luz de la farola, veo que tiene en la mano algo que lanza un destello, como una cadena muy fina.

—Tiene algo en la mano —le digo a Matilda, que parece interesada.

En el vestíbulo suena una voz que reconozco. Observo a la mujer por última vez antes de coger mis zapatos y salir con Matilda del dormitorio para encontrarme con Gabriel Birck. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi, pero está igual, con la cara bronceada, el pelo corto. Birck tiene esa clase de pelo que hace que a uno le entren ganas de cambiar de champú, y lleva un

discreto traje negro, como si acabaran de sacarlo de una fiesta.

—Leo —me dice sorprendido—. ¿Qué coño haces aquí?

—Pues... me he despertado.

—¿Te han suspendido?

—De baja.

—La placa, Leo —dice, y aprieta la boca juntando los labios en una línea incolora—. Si no tienes la placa, tienes que irte ahora mismo.

—La tengo en la cartera, en mi casa.

—Pues ve a buscarla.

—Ya me iba —le digo, y le enseño los zapatos.

Birck me observa con la mirada gris impasible, y yo dejo los guantes en su sitio, me dirijo a la puerta y salgo al rellano pasando por delante de la mujer, que parece sorprendida.

—¿Cómo coño ha entrado? —Es lo último que oigo decir en el albergue.

En lugar de volver a mi apartamento, bajo la escalera rodeando el ascensor hasta la planta baja,

hasta el oscuro patio interior ahora desierto. Y sólo entonces, al notar el frío suelo en las plantas de los pies, me doy cuenta de que todavía llevo los zapatos en la mano. Me los pongo y enciendo un cigarro. Por encima de mí, las altas paredes del edificio forman un marco alrededor del cielo y me quedo allí un rato, fumando y mordiéndome la uña del pulgar. Cruzo el patio y abro una puerta que me lleva otra vez adentro, pero a otra parte del edificio. El rellano aquí es más pequeño y más antiguo, más cálido. Me dirijo a la puerta y salgo a la calle Pontonjörgatan.

Vivimos unos tiempos en que nos sentimos inseguros entre desconocidos. En algún lugar, por allí cerca, late el sonido aporreante de la música de un bar. Ahí delante está el parque, Pontonjärsparken, taciturno, silencioso y poblado de sombras, y, en la distancia, chirrían los frenos de un coche, luego un motor que reduce las revoluciones. En el cruce hay un hombre y una mujer en plena discusión y lo último que veo antes

de echar a andar es que uno de los dos le levanta la mano al otro. Pienso en cómo se maltratan, pienso en la mujer muerta en la cama número siete, en el objeto que se le entreveía en la mano, en las palabras que he visto antes en la pared del metro, que hay alguien que cree que Suecia debe morir, y pienso que quienquiera que las haya escrito puede que tenga razón.

Giro por la calle de Chapmansgatan otra vez y enciendo otro cigarro, tengo que hacer algo con las manos. El azul mudo de las luces de los coches de policía recorre la fachada y desaparece, una y otra vez. Más policías uniformados deambulan por el edificio, van a acordonar zonas de la calle, redirigen el tráfico y a los que se acercan caminando por las aceras. Les hacen señas con ademanes bruscos e impacientes.

La potente luz de unos focos enormes ilumina el asfalto para facilitar la búsqueda. Sacan de un coche una amplia tienda de campaña, en previsión

de la posible lluvia.

Las ventanas abiertas de la Residencia Chapman golpetean levemente al viento. Allí dentro veo pasar cabezas: Gabriel Birck, un técnico criminalista y Matilda. Debajo de la ventana está la acera, y me gustaría examinarla con más detenimiento, pero el barullo que hay delante del edificio la oculta a mi vista.

Entre tanto, miro el móvil. Hace media hora que ha empezado un nuevo día. Oigo por allí cerca el sonido zumbón de un bar con las ventanas abiertas, la música que está sonando, alguien que canta *every time I see your face I get all choked up inside*; apago el cigarrillo y le doy la espalda a Chapmansgatan.

Una tira de asfalto descolorido conecta dos de las calles principales de Kungsholmen. No sé cómo se llama, pero es tan corta que puedes lanzar de una patada una pelota de un extremo al otro. Una de las casas que está encajada en una orilla de

la tira de asfalto tiene una puerta color burdeos. En ella sólo hay una palabra: «BAR», en amarillo pálido. La abro y veo una cabeza rubia y desgreñada que reposa en la barra. Al cerrarse la puerta a mi espalda, la cabeza se levanta despacio, el pelo ondulado cae a uno y otro lado de la raya en medio y Anna me mira con los ojos entornados.

—Por fin —dice en un murmullo, y se pasa la mano por el pelo—. Un cliente.

—¿Estás borracha?

—Aburrida.

—Un poco de publicidad en la puerta atraería a la gente.

—Peter no quiere poner publicidad. Lo único que le interesa es deshacerse del local.

El propietario del «BAR» es un empresario apático de unos treinta años cuyo padre compró el local en los ochenta, lo convirtió en un bar y lo regentó hasta su muerte. Luego heredó el «BAR» su hijo Peter, que, según deseo expreso del padre, no podría venderlo hasta pasados cinco años. Ya

habían transcurrido cuatro y medio y, a menos que se hundiera la tierra, a Anna le quedaban seis meses detrás de la barra.

El BAR es el tipo de sitio al que uno sólo llega si lo va buscando. Allí dentro todo es de madera: la barra, el suelo, el techo, las mesas vacías y las sillas, dispersas aquí y allá. La iluminación es amarillenta y cálida, hace que parezca que Anna tiene la piel más morena. Dobla primorosamente el pico de la página del grueso volumen que está leyendo y lo cierra, saca una botella de absenta de un armario, pone un vaso y sirve lo que supongo que pretende que sean dos centilitros, aunque es bastante más. Su venta es ilegal, pero gran parte de las cosas que se hacen en los bares tienden a ser ilegales.

—Qué silencio —digo.

—¿Quieres que ponga música? La he apagado, me molestaba.

No sé lo que quiero. Así que me siento en uno de los taburetes de la barra y apuro el vaso. La

absenta es el único alcohol que soporto. Descubrí este sitio a principios de verano, cuando iba camino a casa, colocado, y me paré a encender un cigarrillo. Tuve que apoyarme en la pared para quedarme lo bastante quieto. Todo se me iba para la izquierda, me era imposible fijar la vista, y cuando por fin lo conseguí —en la pesada puerta burdeos que había en la acera de enfrente—, vi la palabra BAR. Estaba casi seguro de que era una alucinación, pero crucé tambaleándome y empecé a aporrear la puerta. Anna me abrió al cabo de unos minutos, con un bate de béisbol en la mano.

No sé cuántos años tiene. Quizá unos veinte. Sus padres son propietarios de una especie de finca en Uppland, al norte de Norrtälje. Hace quince años, el padre de Anna puso en marcha una empresa de internet en el mejor momento, y la vendió justo antes de que estallara la burbuja. Invirtió el dinero en otras empresas, que fueron creciendo. Con ese tipo de maniobras se hace rica la gente hoy por hoy. Anna vive entre una acusada

necesidad de reconocimiento por parte de su padre y un profundo desprecio por él. Estudia psicología y echa unas horas de camarera en el BAR, pero nunca la veo con libros de texto, lo único que lee son libracos de portada equívoca. Eso es todo lo que sé de ella. Casi suficiente para pasar por amigos.

Me veo en el espejo que hay detrás de la barra. Parece que me hayan prestado la ropa. He perdido mucho peso. Estoy demasiado blanco para esta época del año, que es lo que le pasa a la gente que se ha quedado encerrada por gusto. Anna apoya los codos en el mostrador y apoya la cabeza; me observa con esa fría mirada azul.

—Pareces preocupado —dice.

—Tienes buena vista.

—Tengo una vista de pena. Es que se te ve a la legua.

Bebo un poco más de absenta.

—Le han pegado un tiro a una mujer en mi bloque —digo, y dejo el vaso—. Y hay algo que...

no me cuadra.

Anna enarca las cejas.

—¿En tu bloque?

—En el albergue del primero. Ha muerto.

—Pero ¿quieres decir que la han matado?

—Si alguien tiene tendencia a morir en esta ciudad son los drogadictos y las putas. —Miro hacia el vaso que tengo delante—. Pero, por lo general, es por sobredosis o por suicidio. Los pocos que mueren asesinados son hombres, casi siempre. Esta vez era una mujer. Eso no es normal. —Me rasco la barba y oigo el ruido rasposo. Debería afeitarme—. Parecía... sencillo. Discreto y limpio. Y eso es menos normal todavía, y eso es lo que no me cuadra.

Hay unos niños, creo que son hermanos, que suelen jugar en el patio de mi bloque; echan carreras de un lado a otro gritando y riendo, y las voces retumban entre las paredes. No sé por qué me ha dado por pensar en ellos ahora, pero hay algo en esa imagen, en el aspecto que tienen y en

cómo hablan, que me parece importante; la imagen de algo que se ha perdido.

—Eso no es de tu competencia —dice Anna—. Me refiero a lo de investigar casos de asesinato, ¿no?

Niego con la cabeza.

—¿Y cuál es tu sección?

—¿No te lo he dicho ya?

Anna se echa a reír. Tiene la boca simétrica.

—Cuando vienes aquí no hablas mucho. Pero no importa —añade—. Por mí, bien.

—Trabajo en asuntos internos.

Apuro el vaso, noto que quiero fumar otra vez.

—¿Investigas a otros policías?

—Sí.

—Pues yo creía que ese honor le estaba reservado a señores de sesenta años. ¿Tú cuántos tienes, treinta?

—Treinta y tres.

Anna observa la barra, oscura y limpia, frunce el entrecejo, coge una bayeta y empieza a limpiarla

todavía más.

—Es inusual —digo—. Que haya gente de treinta y tres años en asuntos internos. Pero a veces pasa.

—Tienes que ser muy buen policía —dice, deja la bayeta y se apoya en la barra.

Anna lleva una camisa negra con las mangas remangadas y abotonada por encima del pecho. Tiene en el cuello un colgante de color negro en una cadena muy fina. Dejo de mirar el colgante y me fijo en el vaso, y la luz palpita de pronto. Allí no hay ventanas.

—No exactamente. Tengo mis fallos.

—Como todo el mundo —dice Anna—. ¿De verdad que tienes treinta y tres?

—Sí.

—Yo creía que eras más joven.

—Estás de broma.

Anna sonrío.

—Bueno, tómatelo como un cumplido.

Me miro en el espejo y, por un instante, tengo la

sensación de que mi imagen se desdibuja, se vuelve transparente. Llevo demasiado tiempo fuera de la policía. En realidad, no estoy aquí.

—¿Por qué te hiciste policía?

—¿Por qué te hiciste camarera?

Anna parece reflexionar. Se me viene a la cabeza la cadena que atisé en la mano de la mujer muerta, me pregunto qué sería. ¿Un amuleto que necesitaría para dormir? Puede, pero seguramente no era eso. Era como si lo hubieran puesto allí. Saco el móvil, pincho en la foto de la cara de la mujer y me quedo mirándola, como si fuera a abrir los ojos en cualquier momento.

—Supongo que todos tenemos que hacer algo mientras tratamos de averiguar qué queremos hacer de verdad —dice al cabo de un rato.

—Exacto. —Apuro el vaso, observo la foto del móvil, se la enseño a Anna—. No la conocerás, ¿verdad?

Anna la estudia.

—No, no la conozco.

—Puede que se llame Rebecca.

—¿Con ce y ka o con dos ces?

—¿Por qué?

—No, por curiosidad.

—No lo sé, pero, por ahora, creo que con doble ce.

Ella menea la cabeza.

—No, no la conozco.

—Bueno, por intentarlo...

Dejo a Anna cuando la veo poner la primera silla en la mesa. Según el tictac del viejo reloj de pared, faltan unos minutos para las tres, pero, teniendo en cuenta la sensación que produce todo en el BAR, no hay motivo para pensar que sea verdad.

—Si quieres puedes llamarme —dice Anna cuando ya tengo la mano en el picaporte. Me doy la vuelta.

—No tengo tu número.

—Ya lo averiguarás. —Coloca otra silla y el

clonc de la madera al chocar resuena duro—. Si no, seguro que nos vemos pronto.

La luz vuelve a soltar un fogonazo; bajo el picaporte y salgo del BAR. Se me balancea la cabeza un poco, es agradable.

La crudeza de la noche holmiense es hoy distinta. Si el reloj que había detrás de Anna va bien, seguirá siendo de noche unas horas todavía, y con el rabillo del ojo veo pasar algo, una sombra que me deja helado; y me doy la vuelta. Alguien me sigue, estoy seguro, pero al escudriñar con la mirada la calle no veo a nadie, no hay más que un semáforo que cambia de rojo a verde, un coche que gira un par de calles más allá y el rumor de una gran ciudad que crece con la oscuridad y se traga a los que están solos.

Ya en Chapmansgatan veo que hay más coches junto al cordón policial: otro coche de policía, coches de la agencia de noticias TT, de Sveriges Television y del periódico *Aftonbladet*, y una furgoneta gris plateado con los cristales tintados y

el texto «AUDACIA AB» escrito en letras negras sobre el gris de la pintura. La calle está acordonada y, alrededor de la cinta policial, hay varias personas que parecen siluetas negras al contraluz de los faros encendidos del coche de policía. Flashes aislados cruzan el aire. Alguien pone una lona a la altura de la furgoneta y los flashes repiquetean intensamente. Entreveo una camilla, una mano que agarra el asa, pero nada más.

Ya no hay luces de emergencia. Han eliminado las señales de la muerte y sólo quedan los flashes de los fotógrafos, el suspiro, quizá de indignación pero más bien de decepción, de los que están al otro lado del cordón policial. La lona que sostienen dos policías uniformados oculta todo lo que han ido a ver. Dos hombres, los que se encargan del cadáver, entran en la furgoneta plateada, que abandona despacio la zona acordonada.

Entro en Chapmansgatan 6 por la parte de atrás.

Al pasar por el primer piso, veo que la puerta está abierta y oigo dentro la voz de Gabriel Birck. El cordón policial sigue allí, y allí seguirá unos días, quizá muchos. Yo estoy al margen de ello, de todo. Subo a mi apartamento y me tumbo en la cama como si llevase despierto dos minutos.

Curioso: se diría que un escalofrío recorre la habitación justo antes de que llegue el día.

III

¿Que cómo era crecer en Salem?

Esto recuerdo: el primer policía que vi en mi vida llevaba tiempo sin afeitarse. El segundo llevaba varios días sin dormir. El tercero dirigía el tráfico en uno de los cruces de Salem, después de un accidente. Tenía un cigarro en los labios. El cuarto policía que vi le metió a uno de mis amigos una porra entre las piernas, imposible y sin provocación alguna, mientras sus dos colegas miraban para otro lado, igual de imposibles.

Yo tenía quince años. No sabía si lo que veía estaba bien o mal. Simplemente, era así.

Viví allí hasta que cumplí los veinte. En Salem

los edificios se erguían hacia el cielo ocho, nueve e incluso diez plantas, pero nunca se acercaban tanto a Dios como para que le entraran ganas de alargar el brazo y tocarlos. En Salem la gente parecía abandonada a sí misma, y crecíamos rápido, nos hacíamos mayores antes de tiempo, porque eso era lo que había que hacer.

Era por la tarde y bajé andando la escalera del octavo al séptimo piso y llamé el ascensor. Podías bajar y subir al séptimo, pero nunca más arriba. Nadie sabía por qué. Cuando pienso en Salem, siempre me acuerdo de eso, de que bajaba por las escaleras una planta y, por las tardes, tenía que subir la última planta hasta mi casa. Y recuerdo que nunca me planteé por qué era así, ni por qué las cosas en general eran como eran. No crecíamos con la idea de cuestionar el estado de las cosas. Crecíamos con la certeza de que nadie nos daría nada que no estuviéramos dispuestos a arrebatarse.

En el séptimo piso, esperaba mientras oía el traqueteo del ascensor arrastrándose por el hueco.

Yo tenía dieciséis años y no iba a ninguna parte, sólo a la calle. Detrás de alguna de las puertas de los apartamentos oía un *hip-hop* duro, amortiguado, y al abrir la puerta del ascensor, me venía un olor intenso a tabaco. En la calle, el cielo estaba muy bajo, blanco y frío. Las farolas iban encendiéndose mientras yo pasaba por delante de La casa de la juventud. Amenazaba niebla. Eso también lo recuerdo: cuando la bruma llegaba a Salem, se lo tragaba todo. Nos bañaba, abrazaba las casas y los árboles y a las personas.

En la distancia, entre los árboles, vi sobresalir la alta torre del depósito de agua de Salem, con forma de seta. El cemento de color gris oscuro formaba una silueta negra sobre el fondo del cielo helado, y me pregunté si habrían quitado la cerca. Hacía tan sólo unos días, alguien se había caído dentro. No sabía cómo se llamaba, pero íbamos al mismo colegio y decían que, el último día, había escrito en la taquilla «CERO QUE PERDER», a modo de mensaje. Al día siguiente de su muerte, cuando

todos se habían ido a casa y los pasillos quedaron desiertos, me pasé un buen rato recorriendo las taquillas y buscando el mensaje, pero no lo encontré, hasta que me sorprendió el sonido de un reproductor de cedés que alguien había olvidado apagar antes de soltarlo en la taquilla.

La torre del depósito era el tipo de lugar que los adultos de Salem habrían querido tener bajo vigilancia constante de la policía, si hubiera habido recursos suficientes. De día iban allí a jugar los críos; por la tarde y por la noche se celebraban fiestas y ajustes de cuentas. Los críos se quedaban abajo, y, por lo general, las fiestas también, pero a veces trepábamos hasta arriba. Y, por las noches, ocurría a veces que alguien se caía, casi siempre por accidente, otras veces, no, y la torre era alta. Ninguno de los que se caían sobrevivía.

Llegué al pie de la torre después de cruzar la arboleda que la rodeaba. La tierra estaba cubierta de grava dura y abundante, y busqué las huellas de

quienes habían estado allí antes que yo, pero no encontré nada. Ni latas ni condones, nada. Puede que hubieran limpiado el suelo después de que cayera el chico. Me preguntaba cuál sería el lugar del impacto.

En alguna parte, por encima de mí, se oyó un chasquido que resonó en las copas de los árboles; acto seguido vi con el rabillo del ojo algo que caía al suelo de golpe. Miré al cielo, preguntándome qué me encontraría. Al ver que no pasaba nada, me acerqué. Un pájaro blanco y negro con el pico entreabierto, las alas desplegadas y desmadejadas. En las plumas de color blanco se veían salpicaduras de un rojo oscuro. El pájaro tenía un disparo en el ojo, no era más que una gran herida anaranjada, como si le hubieran sacado una parte de la cabeza con una cucharita de té. Me quedé allí mirándolo y encendí un cigarro, y ya había dado varias caladas cuando vi que se le estremecía un ala y una de las patas.

Empecé a buscar algo pesado con lo que

rematar al animal. No encontré nada. Entonces levanté la vista a la cima de la torre y, cuando volví a mirar, el pájaro ya no se movía.

Tiré el cigarro, lo apagué con la suela del zapato y me dirigí a la estrecha escalera que discurría por fuera de la torre. Los peldaños temblaban bajo mis pies mientras subía agarrándome a la barandilla. Empezó a dolerme el brazo del esfuerzo. Cuando estaba a medio camino, se oyó otro disparo.

La torre del depósito del agua tenía una plataforma de la que salía una escalerilla que conducía otros cuantos metros más arriba, hasta otra plataforma que quedaba justo debajo del techo en forma de seta que coronaba el depósito. Allá arriba oí el ruido de prendas de ropa al frotarse entre sí, y encendí otro cigarro procurando que se me oyera. El ruido cesó cuando sonó el encendedor, y entorné los ojos al cielo, que me pareció de una claridad y una intensidad antinaturales.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz.

—Nadie —dije—. ¿Eres tú el que está disparando?

—¿Por qué?

La voz sonaba alerta, pero no amenazadora.

—No, por curiosidad.

—Sube, estás asustando a los pájaros.

Traté de imaginármelo sentado en la última plataforma, pero no lo conseguí. No era ondulada como la primera, sino de madera, que amortiguaba los sonidos.

—¿Me sujetas el cigarro?

Subí unos peldaños de la escalerilla y sostuve el cigarro por encima del suelo de la plataforma; noté que me lo quitaban de la mano. Me agarré a uno de los listones que sobresalía por la escalerilla y tomé impulso para subir. Se me vino a la cabeza una idea: si me cayera, no sobreviviría.

La plataforma era lo bastante ancha como para sentarse en el suelo con la espalda apoyada en el

cuerpo de la torre y las piernas estiradas hasta la barandilla, que parecía una valla y llegaba a media pierna, sin que te vieran desde abajo. Allí arriba el viento soplaba más fuerte y Salem se extendía a mis pies, los recios edificios con sus ventanitas, las casas bajas con techo inclinado y pintadas en colores cálidos, el verdor del follaje aquí y allá y la rotundidad del gris oscuro del cemento. Desde allí, el paisaje se veía más extraño aún que desde el suelo.

Ví la mano que me ofrecía el cigarro. Lo sujetaba no como la de un fumador, sino como un inexperto, con la yema de tres dedos y por el extremo del filtro.

—Eres tú el de los disparos —dije.

—¿Por qué lo dices?

Lo reconocí. Iba al instituto de Rönninge, pero estaba en otro curso. Tenía el pelo rubio y corto y la cara fina y angulosa; llevaba unos vaqueros anchos y unas Converse rojas, sudadera gris, y la capucha puesta. Y tenía los ojos de un verde claro

muy intenso. En las manos sujetaba una escopeta de aire comprimido de color marrón oscuro y a su lado había una caja de munición abierta. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

—¿Qué haces?

—Chist. Hay que estar atento.

—¿A qué?

—A los pájaros.

—Pues yo no oigo nada.

—Porque no escuchas.

Me terminé el cigarro sin oír nada, salvo el rumor de los árboles, y a alguien que iba en coche por allí y tocaba el claxon.

—Me llamo John —dijo al fin.

—Leo —dije yo.

—No te muevas.

Abrió los ojos, levantó el arma y puso el ojo en la mira negra de la escopeta; yo seguí el cañón con la mirada, tratando de ver a qué apuntaba. Entre los árboles de alrededor todo parecía tranquilo. John tomó aire y contuvo la respiración, y yo me

pegué a la pared instintivamente. Siguió al estallido otro rumor de hojas en uno de los árboles. No lo vi, pero un pájaro cayó al suelo.

—¿Por qué los matas?

John apartó la escopeta.

—No lo sé. ¿Porque puedo? Porque se me da bien. —Me miró el brazo derecho—. ¿Te duele?

Me estaba dando un masaje en el brazo, porque lo tenía dolorido después de subir. Me acordé de Vlad y Fred, dos de los chicos mayores de Salem, que tenían los puños de hierro. Siempre daban en el mismo punto, cerca del nervio que hacía que primero se te durmiera el brazo y que empezara a dolerte luego, cuando recuperabas la sensibilidad. Ya hacía mucho que eso se había terminado, pero a veces, cuando sobrecargaba el brazo, me dolía, y entonces me acordaba de ellos.

—Me he dado un golpe con la barandilla de la escalera.

—Con la barandilla —repitió John.

—Sí. ¿Vienes mucho por aquí?

—Cuando quiero estar tranquilo —dijo—. Hay que tener un sitio adonde ir cuando no tienes ganas de volver a casa.

—¿Quieres que me vaya?

—No, no quería decir eso.

Apuré el cigarrillo hasta el filtro y lo tiré por la barandilla, lo seguí con la mirada hasta que dejé de verlo.

—¿Cuál es tu apellido, John?

—Grimberg.

John Grimberg tenía al lado una bolsa de deporte de las que solían llevar los jugadores de fútbol de Rönninge. La abrió, guardó dentro la escopeta, sacó un paquete envuelto en un trapo y empezó a desenrollarlo: una botella de vodka protegida con un jersey. Le quitó el tapón y dio un trago sin pestañear. Me pregunté a cuántos metros del suelo estaríamos. Allá abajo, la niebla empezaba a engullir a Salem.

—La gente me llama Grim —dijo—. O, mejor dicho —se corrigió—, los que me conocen. —

Miró la botella que tenía en la mano—. No son tantos.

—Pues ya somos dos.

—Eso es mentira. —Miró de reojo la botella, como si estuviera pensando en ofrecérmela—. Te he visto en el colegio. Nunca estás solo.

—Bueno, puedes estar solo aunque estés rodeado de gente.

John pareció sopesar la veracidad de aquella afirmación, luego se encogió de hombros, más para sus adentros que en respuesta a mis palabras, y tomó otro trago. Después me ofreció la botella. Yo la cogí y bebí un poco del contenido transparente. Me ardía la garganta y me dio un golpe de tos, y John se echó a reír.

—Pringado.

—Está muy fuerte.

—Uno se acostumbra.

Cogió la botella, bebió y contempló la ciudad de Salem. La niebla iba avanzando, envolviéndolo todo.

—¿Tienes hermanos? —pregunté sin saber muy bien por qué.

—Una hermana pequeña, ¿y tú?

—Un hermano mayor.

A la altura del suelo de la plataforma, a tan sólo un metro de la barandilla, un pájaro negro pasó volando rápidamente y soltó un graznido; luego pasó otro, al que siguió una larguísima hilera de pájaros que se convirtieron en una línea oscura y borrosa. Miré de reojo la mano libre de John, la mano en la que no tenía la botella, pero no hizo amago de alargarla en busca de la escopeta.

—¿Es él el que te ha hecho daño en el brazo? —preguntó cuando los pájaros ya habían pasado —. Me refiero a tu hermano.

La pregunta me dejó perplejo.

—No.

John volvió a echar la cabeza hacia atrás y tomó otro trago.

—¿Cuántos años tiene tu hermana? —pregunté.

—Quince. Empieza en el instituto de Rönninge

este otoño. —Sin abrir los ojos, volvió la cara hacia mí y olisqueó el aire, aspiró por la nariz tres, cuatro veces—. Tú vives en Triaden, ¿verdad?

Le dije que sí con la cabeza. Triaden era como llamaban a los tres bloques de cemento idénticos circunscritos en las calles de Säbytorgsvägen y Söderbyvägen, que se retorcían y se cruzaban formando un círculo irregular alrededor de los tres edificios.

—En el de la izquierda, viniendo de Rönninge. ¿Cómo lo sabes?

—He reconocido el olor del hueco de la escalera. Yo vivo en el bloque del centro. Esas casas huelen todas igual.

—Debes de tener buen olfato. Y buen oído.

—Pues sí.

Luego volvimos juntos riendo y farfullando por una Salem envuelta en niebla y, de repente, fue como si entre nosotros se hubiera materializado un vínculo, como si cada uno conociera los secretos

del otro. Un año entre los rascacielos pasa rápido. Aun así, el tiempo que vino después nos parecería una eternidad.

Esto recuerdo: que en las afueras de Salem había casas elegantes y pequeños chalets adosados con el césped bien cortado, y, cuando pasabas por allí en verano, olía a carne asada en el grill. A medida que uno se acercaba a la estación del cercanías de Rönninge, iban sustituyendo a las casas los bloques de cemento, el asfalto y los grafiti. En la zona de la estación se reunían jóvenes y mayores, muchachos medio delincuentes y *hooligans*, amantes de la música sintética y del *rave* y también del *hip-hop*, y recuerdo una canción que entonces oía mucho, una voz afilada que cantaba *head like a hole, black as your soul, head like a hole*. Nos sentábamos en bancos y aceras, bebíamos alcohol y volcábamos dispensadores de refresco y golosinas y los pintarrajeábamos con espray de colores. A algunos

los detenían por amenazas, agresión y daños en el mobiliario urbano, pero nosotros siempre nos librábamos, echábamos a correr por entre las sombras, que conocíamos mucho mejor que nuestros perseguidores. A ojos de los adultos, todos éramos gánsters en potencia, y la cosa estaba bastante fea en Salem desde hacía tiempo, pero no tanto. La policía era ya incapaz de controlarlo. Incluso habían irrumpido en la iglesia de Salem y habían hecho una fiesta allí dentro. Oí cómo lo contaban en el colegio. Yo no había participado, pero sabía quiénes eran los promotores, porque estaba en otra clase del mismo curso y dábamos juntos la clase de lengua sueca. Unas semanas después volvieron a forzar la puerta de la iglesia y los que entraron llevaban una bandera de Suecia tan grande como una pantalla de cine con una cruz gamada negra en el centro. Nadie entendía por qué, seguramente porque no había nada que entender.

Salem. En el colegio aprendimos que hubo un

tiempo en que se llamó Slæm, y que era una composición de dos palabras que significaban «endrino» y «hogar». Allá por el siglo XVII cambió de nombre sin que nadie supiera por qué, pero a los historiadores locales y a las señoras de los servicios municipales les atraía la idea de que tuviera relación con la Salem bíblica, la de Jerusalén. Así, Salem se convertía en un lugar apacible, dado que esa palabra significa «paz» en hebreo. Un lugar al que nuestros padres se mudaron para vivir felices en su día, mucho antes de que la cosa se pusiera tan fea.

Y en los bloques de los suburbios, nosotros, que éramos amigos, nos asomábamos a las ventanas y nos veíamos desde la distancia cuando no podíamos salir. Cuando salíamos, nos manteníamos alejados de quienes pudieran hacernos daño y nos juntábamos con los que eran como nosotros, nos quedábamos por alguno de nuestros portales cuando no teníamos adónde ir pero tampoco queríamos ir a casa, y a lo lejos se

oían los gritos y las risas, las alarmas de los coches que sonaban en la oscuridad.

IV

El viento está sacudiendo el cordón policial de la calle Chapmansgatan cuando salgo al balcón con el zumbido sordo del oxazepán en las sienes. A unos metros, una mujer cruza la calle con un niño, su hijo, tal vez, en una silla de ruedas. El niño está conectado a unos tubos y va inmóvil, como si fuera un cascarón.

Hay un coche patrulla azul y blanco aparcado delante del edificio, y dos policías caminan aburridos de un extremo a otro del cordón. Los sigo con la mirada hasta que uno de ellos levanta la vista hacia mí y me obliga a entrar otra vez en el apartamento como un animal asustado.

En el periódico hay una noticia breve sobre lo

ocurrido: «una mujer de unos veinticinco años de edad ha aparecido muerta de un disparo en un albergue para personas sin techo en el centro de Estocolmo. La investigación técnica aún estaba en curso cuando escribieron la noticia. La policía trabaja intensamente para procesar la gran cantidad de información que ya ha recibido de los ciudadanos, pero aún le queda mucho por hacer. Quienes dicen haber visto algo aseguran que vieron a un hombre vestido de negro huyendo del lugar.

Esas escasas líneas son suficientes para devolverme a lo que ocurrió la primavera pasada, y puede que lo que ocurrió esa primavera hubiera empezado mucho antes, no lo sé. Lo que sí sé es que Levin, ese viejo zorro de la jefatura de administración, me seleccionó para Asuntos Internos después de un periodo como ayudante de policía judicial en el grupo de Delitos Violentos. La intención no era, en realidad, que yo pasara a

formar parte de Asuntos Internos, que investiga a otros policías sospechosos de conducta delictiva. La idea iba un paso más allá: vigilar esa unidad desde dentro. Levin sospechaba que las investigaciones internas, y en particular, las que abordaban las actividades de informantes e infiltrados de la policía, estaban tergiversadas y eran ficticias. La Casa tenía un problema muy grave, eso lo sabían todos, pero sólo Levin se atrevió a localizarlo donde residía de verdad: en el control y la investigación del trabajo más arriesgado de la institución, donde la policía colaboraba con delincuentes y, a veces, inducía y forzaba a cometer delitos.

Desde un punto de vista formal, yo no era más que un elemento de la sección administrativa de la unidad, pero mi verdadera misión consistía en revisar y controlar las actas de investigación interna, buscar los atajos, las omisiones, las minimizaciones o las mentiras puras y duras a que las instancias superiores habían forzado a los de

Asuntos Internos cuando investigaban a los suyos. Las carpetas normales eran rojas. Las especiales, aquellas con las que yo debía trabajar, eran azules, y Levin las dejaba en mi mesa personalmente. Él examinaba todas las investigaciones internas y, cuando encontraba algo que le parecía demasiado sencillo o demasiado transparente, las archivaba en una carpeta azul y me las pasaba para que las evaluara y examinara más a fondo.

En muchas ocasiones, el agujero era fácil de detectar. La mayoría de los sucesos se denominaban «incidentes», una palabra útil que les restaba importancia, y los informes de lo ocurrido seguían un modelo típico: «El comportamiento del detenido provocó el incidente que tuvo lugar en el ascensor número 4. Durante el trayecto en el ascensor, a la patrulla le pareció que el individuo en cuestión alborotaba y lo obligó a ponerse boca abajo en el suelo. Esto le ocasionó lesiones en la cara (mejilla izda., ceja dcha.), el diafragma (equimosis de la segunda a la cuarta clavícula,

izda.), así como en el dorso de la mano derecha (fractura). Las lesiones de las partes blandas del detenido se produjeron cuando éste, después de que la patrulla lo redujera y le ayudara a levantarse, tuvo una caída desafortunada».

El detenido aseguraba que le habían expuesto las partes blandas a lo que, en el seno del cuerpo de policía, se conoce como «solo de tambor»: golpes repetidos con la porra en la entrepierna. El drogadicto no se rendía e invocaba su inocencia. El caso iba a los tribunales, donde dos policías pulcramente vestidos declaraban contra un hombre estragado tras quince años de abuso de opiáceos. Los policías salían vencedores de la negociación previa, naturalmente, con la única reserva de que se pusiera en marcha una investigación interna. Un mes después, dicha investigación había concluido y en ella se afirmaba que no se podía descartar que las lesiones fueran consecuencia de la caída. Se producían con frecuencia casos similares, sobre todo con jóvenes, tanto en el centro de la ciudad

como en los suburbios. En otras ocasiones resultaba bastante más difícil, cuando los policías en cuestión eran más hábiles, el delito, más grave, y los sucesos, más complejos e intrincados.

Aprendí rápido y no tardé en ser muy bueno en mi trabajo. Todo se desarrollaba en silencio, detrás de espejos y cortinas de humo hábilmente dispuestas por Levin. Yo hacía el trabajo inicial, identificaba el agujero y le entregaba la carpeta — siempre azul, siempre sin nombre— a Levin, que se hacía cargo a partir de ese momento. A principios de la primavera se habían derrumbado cinco investigaciones internas de envergadura, y empezaron a correr los rumores por los pasillos de la Casa, que parecía una fortaleza. En la práctica, yo era la rata de Levin y un policía de la peor clase.

Por aquel entonces, la cosa empezó a ir de mal en peor.

Dieron en llamar al asunto «el caso Gotland», y

algunos «el caso Lasker», por Max Lasker, el informante que murió. También se vieron arrastrados en la caída un policía y dos delincuentes, pero su muerte no se convirtió en el símbolo que llegó a ser la de Lasker. Aquel hombre era una rata miserable con la mirada acuosa, las uñas sucias y años de drogodependencia a sus espaldas. No es la clase de persona que a uno le gusta tener de informante, pero Lasker tenía contactos, información y dinero. Eso lo convertía en un tipo valioso, lo convertía en el enlace decisivo entre el crimen organizado y los toxicómanos de Estocolmo. Yo lo conocía desde que estuve en Delitos Violentos, y creo que confiaba en mí. En primavera se enteró de una partida considerable de armas que iban a cambiar de dueño en Gotland y se puso en contacto conmigo mediante una nota con tan sólo un número de teléfono móvil que él mismo metió en la ranura del buzón de mi casa de Chapmansgatan.

Yo me había acostumbrado al trabajo de AI,

que, en lo sustancial, se reducía a leer informes en mi mesa y a hacer llamadas telefónicas para contrastar la información. Luego le enviaba los datos que me soplaba Lasker a la gente de a pie de la policía judicial, sin pasar por Levin. No entendía para qué iba a utilizar AI aquella información, pero, de una forma u otra, Levin se enteró porque, unos días después, se presentó en mi despacho —descompuesto y preocupado—, me arrastró hasta el sótano de la Casa y me metió en los servicios. Una vez allí, me pidió que vigilara la operación. Las armas que iban a cambiar de manos en Gotland viajarían después a Estocolmo, donde las comprarían dos de las nuevas bandas rivales de los suburbios del sur.

—Será una intervención de envergadura —dijo Levin—. Habrá informantes in situ, junto con sus contactos en la Casa. Lo que implica que alguien, seguramente, no el jefe de distrito en persona, pero algún inferior inmediato, enviará a un agente de Asuntos Internos, puede que incluso a dos, para

que tengan las espaldas cubiertas si se fastidia la cosa.

Era la nueva tendencia: una técnica proactiva de investigación interna en la que AI participaba, vigilaba y aconsejaba en el operativo desde el principio. Y todo por una sola cosa: tener las espaldas cubiertas. Lo más probable es que resultara inquietante para los profanos, pero para los que estábamos metidos en aquello era un cambio práctico.

—Y lo que quieres es que yo le eche un ojo a AI, ¿no?

Levin sonrió, pero no dijo nada. Apoyé la espalda en los azulejos fríos de la pared y cerré los ojos.

—Sabrás que la gente ha empezado a hablar en la Casa —dije—. Dicen que aquí pasa algo.

—¿Por quién me tomas? —dijo Levin, y se frotó la nariz de aguilucho—. Por supuesto que lo sé. Tú infórmame a mí y punto. Si algún otro se pone en contacto contigo, es que va a pillarte.

Mi tarea consistía en observar a los investigadores de AI e intervenir sólo en casos excepcionales, para salvar el operativo. Nadie, salvo Levin, sabía que yo estaba en Gotland y era un elemento periférico de la operación.

Los días previos al operativo fui a Gotland, a un pueblucho de las afueras de Visby. No había estado nunca allí y tenía que familiarizarme con la zona. Era un mayo gris, ventoso y frío. Los pájaros sobrevolaban la costa con urgencia, como si estuvieran huyendo. Quizá fuera así. Me dediqué a dar paseos, a memorizar las calles peatonales y las calles abiertas al tráfico, fumando y esperando que pasara algo. Cuanto más se acercaba el momento del operativo, más crispado estaba sin saber muy bien por qué. Las noches las marcaban las pesadillas con Sam y Viktor, y a veces me sorprendía subido al váter del cuarto de baño del hotel, mirándome al espejo.

En el puerto de Visby, a un tiro de piedra del lugar en el que debía tener lugar el operativo, me

encontraba una noche contemplando el cielo cuando oí una voz a mi espalda. Giré la cabeza y entreví a alguien que se escondía —visera, sudadera y la capucha puesta, vaqueros anchos— y me hacía señas. Lasker.

—¿Qué coño haces tú aquí? —dijo, y me arrastró hasta las sombras que proyectaba uno de los grandes edificios del puerto.

—Vacaciones.

—Lárgate mientras puedas, Junker. Presiento que algo no va bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que va a salir mal. —Me soltó y echó a andar en sentido contrario—. La cosa se ha torcido. Todo.

Luego se lo tragó la oscuridad y me quedé allí solo, fumando; sentí un escalofrío. ¿Sería aquello un intento de pillarme, como me había advertido Levin? Eso pensé, pero no entendía el papel que desempeñaba Lasker. Él trabajaba para nosotros.

El barco con la mercancía arribó dos días

después. Yo me mantuve en segundo plano hasta entonces, dejé el hotel y me alojé con otro nombre en uno de los albergues de la zona. Era importante moverse. Tomé nota de cuándo llegaban a Visby los investigadores de AI y la unidad de operaciones especiales, seguía a los coches de policía camuflados que salían del vientre del transbordador de Gotland y registraba quiénes eran los agentes, dónde se alojaban, qué hacían. Limitaba toda la información al espacio de un cuaderno negro que siempre llevaba en el bolsillo interior de la cazadora. Me daba la sensación de tener el mundo entero bajo control.

Los investigadores de Asuntos Internos no debían acudir al lugar del puerto donde se efectuaría la entrega, debían quedarse en un apartamento cercano, y el jefe del operativo les iría entregando informes que ellos, a su vez, enviarían a Estocolmo. Me preguntaba quiénes serían los que esperaban allí dentro, en segunda línea de fuego, a qué altura del escalafón habrían

atado todo aquello y qué podía pasar si algo se torcía.

La embarcación era una motora pequeña sin iluminación, que llegó deslizándose a través de la noche. Yo me había apostado junto al edificio delante del cual había estado hablando con Lasker unos días atrás. Las sombras se movían por el muelle y traté de oír lo que decían. En la distancia aguardaba la unidad del operativo policial: no intervendrían hasta que se hubiera efectuado la entrega de la mercancía. Yo llevaba el arma reglamentaria, contra mi voluntad.

Vi cómo atracaba el barco, vi las sombras moverse con rapidez, envueltas en la oscuridad. La zona portuaria estaba desierta. De algún punto de las sombras apareció un jeep enorme que avanzaba despacio hacia el barco hasta que se detuvo; una persona se bajó del vehículo y abrió el maletero. Voces susurrantes. El encuentro entre comprador y vendedor.

—A ver —dijo un hombre—. Abre una.

—No hay tiempo —dijo otro, que estaba a su lado.

Reconocí aquella voz: era la de Max Lasker.

—Rápido.

—Que quiero verlo —dijo el primero—. Abre.

—Como quieras —dijo un tercero.

El ruido de una caja al abrirse y luego, nadie dijo nada durante mucho, muchísimo tiempo.

—¿Estás de broma o qué? —oí que preguntaba la primera voz.

El hombre que sujetaba la caja levantó la tapa para verlo por sí mismo.

—¿Qué? —Metió la mano en la caja y rebuscó dentro—. Pero... Pues... Pues no sé qué...

En algún lugar, detrás de ellos, alguien encendió un foco gigante con una luz intensa entre blanca y amarilla, iluminó el puerto y las siluetas alargadas de los hombres. Las voces de detrás del foco gritaron «¡Policía!», y así fue como empezó. Todos, incluido Lasker, iban armados. Movimientos ampulosos y bruscos, como si no

podiera controlarlos. El hombre que quiso ver el interior de la caja estaba quieto mirando al foco pistola en mano, y luego desapareció rápidamente del contraluz, se refugió detrás del coche y lo perdí de vista. La caja cayó al suelo de golpe y saqué la pistola de la funda, conteniendo la respiración.

La unidad de operaciones especiales apareció a la carrera con armas y escudos, como si fueran preparados para una guerra. No sé quién, qué bando efectuó el primer disparo, pero estalló en algún sitio. Lasker levantó el arma, pero le dieron en el muslo antes de que pudiera disparar. Las gotas de sangre se veían negras al contraluz, y se le dobló la pierna. Con la cara desencajada, soltó el arma y se agarró el muslo mientras profería un grito de dolor.

Alguien volvió a poner en marcha el barco, quizá con la idea de salir del puerto. El chasquido de las armas, de cristales rotos. Con el rabillo del ojo, vi a un policía caer al suelo y me pregunté

quién sería. Los uniformes anulaban las caras.

A lo lejos pusieron en marcha luces azules y sirenas, que parpadeaban y aullaban. Salí de las sombras con la pistola preparada, sin saber muy bien qué hacer. El hombre que se había refugiado detrás del coche debió de verme, porque algo frío y duro pasó silbando a mi lado y me obligó a volver a la oscuridad.

Se abrió la puerta del conductor del jeep y el hombre saltó dentro y lo puso en marcha. Vi cómo se iluminaba el interior con un parpadeo; luego el hombre cerró la puerta y aceleró alejándose de allí. Seguí el coche con la vista hasta que desapareció. Me temblaban las manos.

El tiroteo no cesó, pero disminuyó un poco. Un coche de policía salió en persecución del jeep y me pregunté cuántos policías habría en total, cuántos habría escondidos en las sombras. Me acerqué a Lasker, que estaba muy quieto agarrándose el muslo con las manos. Al darle la vuelta, vi que también le habían dado en la cabeza.

Tenía la boca entreabierta y la mirada vacía fija en un punto por encima de mi hombro.

Unos policías lograron subir a bordo del barco y desarmar a los que se habían refugiado en la cabina. Se oyó un disparo, no sé dónde, y supongo que me aterroricé, porque disparé a ciegas contra la boca de tinieblas que se formaba entre dos bloques de contenedores que habían apilado.

Ya había herido a algunas personas con anterioridad, pero nunca le había disparado a nadie. Era una sensación sobrecogedora: se hizo un silencio absoluto a mi alrededor y todos los sensores del cuerpo me enviaban sensaciones e impulsos a la mano, al dedo índice. El dedo que había apretado el gatillo ardía y latía como si me lo hubiera quemado, y creo que me lo quedé mirando.

Las piernas me llevaban hacia delante. Corrí en dirección a aquello a lo que había disparado y presentí un par de botas. Con la sensación de que la cosa se había torcido por completo, saqué el

móvil para tener algo con lo que alumbrarme. Es lo que mejor recuerdo ahora, después de que pasara todo. La oscuridad que reinaba en el puerto no era natural. Iluminé el suelo que tenía a mis pies y vi la sangre que salía de una ancha estría en el cuello, lo quieto que estaba y el emblema del hombro que brillaba en azul y amarillo: POLICÍA.

V

John Grimberg y yo nos hicimos amigos y empecé a llamarlo Grim. Éramos muy diferentes. Pronto comprendí que, a ratos, era bastante contradictorio, al menos en apariencia. Decía que le costaba desenvolverse en reuniones sociales. A pesar de todo, si en una conversación se veía en algún aprieto, salía airoso la mayoría de las veces. Sabía dar excusas o simplemente, y, según parecía, con total sinceridad, decir que lo sentía y pedir perdón. Yo me las arreglaba mucho peor en esas situaciones, y jamás aprendí cómo lo hacía. Él nunca parecía tener dificultades para hablar con la gente. Una vez se lo pregunté, cómo podía decir que era un ser asocial y, al mismo tiempo,

desenvolverse tan bien en el trato con otras personas.

—Pues es como las máscaras —dijo mirándome extrañado—. Cuando alguien habla conmigo es como si en realidad yo no estuviera.

No comprendí lo que quería decir.

Grim era guapo; con una cara angulosa, el pelo rubio y abundante y aquella media sonrisa se parecía a la de esos chicos que suelen aparecer en los anuncios veraniegos de la tele. Yo era más alto que él, pero desgarrado y menos ancho de hombros. Yo trataba de sacar buenas notas en el instituto, mientras que Grim mostraba bastante desinterés al respecto. Tenía un año más que yo, había repetido porque no aprobó el último año de secundaria con la nota suficiente para pasar a bachillerato, quizá porque se había dado cuenta de que había cosas más interesantes que el instituto a las que dedicar el tiempo. Sólo se me ocurrió una conclusión: que, sencillamente, a veces Grim no tenía otro sitio a donde ir que el instituto. Yo era

más dejado que él. Grim hacía muy pocas cosas, desde luego, pero lo que hacía lo hacía a conciencia.

Tenía una cámara de vídeo pequeña y empezamos a grabar cortos que editábamos en uno de los ordenadores del instituto. Eran películas sencillas, que por lo general se desarrollaban cerca de la torre del depósito de agua. Las grabábamos mientras bebíamos alcohol; escribíamos el guión, dirigíamos e interpretábamos todos los papeles los dos. Se le daba muy bien meterse en los distintos papeles, como si pudiera camuflarse según necesidad. Yo mejoré un poco al cabo de un tiempo, pero nunca llegué a ser tan bueno como Grim.

El cielo que cubría Salem tenía el mismo color que la tinta derramada sobre un papel en blanco. Sólo hacía dos semanas que nos conocíamos. Yo llevaba una bolsa con cerveza y llegaba tarde a una fiesta. Bordeé rápidamente nuestro bloque,

pasé por delante del bloque en el que vivían los Grimberg y levanté la vista hacia la fachada y los cuadraditos de las ventanas. Algunas estaban a oscuras, pero en muchas se veían las luces encendidas. En una de las ventanas del último piso se encendió una luz y, poco después, alguien abrió la ventana y tiró algo a la calle. Cayó describiendo un amplio arco hasta que se estrelló en el suelo con un ruido a plástico. Del lugar de la caída miré hacia la ventana, donde la silueta había desaparecido, aunque la luz seguía encendida. Seguí mi camino, pero me detuve al ver que el pesado portón se abría y se cerraba otra vez de golpe, y que alguien salía a la calle. El chico salió corriendo hacia el bulto que habían arrojado desde la ventana y lo cogió. Al levantar la vista, se dio cuenta de que yo estaba allí, debajo de una farola.

—¿Leo?

—¿Estás bien? —dije dando un paso hacia él.

—Es el reproductor de cedés portátil.

Grim lo tenía en la mano. Casi se le había

salido la tapa y los auriculares colgaban lánguidamente del cable.

—Se habrá roto —dije.

—Ya. —Grim se rascó la melena rubia y apretó un botón que, seguramente, habría debido abrir la tapa, pero ésta se soltó y salió volando, dio una voltereta en el aire y cayó al suelo. Grim se puso triste—. Ésta me la va a pagar.

—¿Quién?

Sacó el cedé que había dentro y se lo guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros anchos que llevaba. Luego tiró los restos del aparato en uno de los arbustos que había detrás de la hilera de bancos de delante de la fachada; entonces se dio cuenta de que yo llevaba una bolsa en la mano.

—¿Es que hay una fiesta?

—Eso creo. Aquí siempre hay fiesta en alguna parte.

—Supongo —dijo Grim pensativo, y señaló la hilera de bancos—. ¿Quieres sentarte un rato conmigo?

—Es que me tengo que ir —dije, pero, al verlo tan decaído, asentí y me senté en el banco, saqué dos latas y le pasé una.

—Un poco de música habría estado bien —dijo Grim con una carcajada, y abrió la lata.

Yo abrí la mía, después de darle dos toques con el índice en la parte de la anilla.

—¿Qué haces?

—¿El qué?

—Le has dado dos golpes a la lata, ¿por qué?

—Si hay mucho gas cerca de la abertura, se sale la espuma.

—¿Y si le das unos toques, se arregla?

—Eso creo. No lo sé.

—Absurdo —murmuró Grim. Luego dio un trago de cerveza, y yo hice lo mismo.

De pronto comprendí que la única razón por la que siempre le daba dos toques a la lata de cerveza antes de abrirla era que se lo había visto hacer a mi hermano toda la vida.

Nos quedamos allí sentados hablando. Al cabo

de un rato, oímos música y vocerío y, al otro lado de la calle, pasó una banda de cabezas rapadas, uno de ellos con la bandera sueca sobre los hombros. Llevaban puesta música de Ultima Thule y tenían pinta de estar esperando que alguien reaccionase y se encarase con ellos. Así llevábamos un tiempo. Los había incluso en el instituto de Rønninge. En las proximidades de Salem se habían producido varias peleas. A un chico macedonio de veinte años le habían echado abajo los dientes hacía tan sólo unas semanas.

Yo ya había dejado de pensar en la fiesta a la que iba. Con Grim era fácil estar; seguramente, porque hablábamos de cosas sencillas: música, el instituto, películas que habíamos visto y chismorreos que habíamos oído sobre los chicos mayores de Salem que habían terminado el bachillerato. Algunos ya tenían niños. Otros trabajaban a jornada completa, mientras que otros estaban viajando por ahí. Y otros seguían estudiando. Unos pocos habían ido a parar a un

centro para jóvenes. Y, en fin, a uno de ellos le habían roto los dientes hacía poco.

—¿Conoces a alguien que haya estado en la cárcel? —pregunté.

—Aparte de mi padre, no.

—¿Y por qué fue a la cárcel?

—Por conducir borracho y por agresión. —

Grim soltó una risotada, pero de resignación—. Iba conduciendo borracho una vez y estuvo a punto de atropellar a uno que cruzaba la calle sin mirar. Mi padre paró y se puso a echarle una bronca. Se enzarzaron en una discusión y al final mi padre le dio un puñetazo en la cara. El otro se cayó al suelo inconsciente y sufrió una conmoción.

—¿Y por eso vas a la cárcel?

—Si tienes mala suerte... Pero sólo le cayeron seis meses.

Grim dio un trago de la lata y sacó un paquete de tabaco del bolsillo, lo abrió y me ofreció uno. Él no fumaba, pero cuando pillaba un paquete, se lo guardaba para poder invitarme. Lo cogí y lo

encendí, y me quedé un rato pensando en lo que habría hecho yo si mi padre hubiera estado en la cárcel. De pronto, me sentí inquieto, con la necesidad de moverme, de ir a la fiesta.

—Ahí viene Julia —dijo Grim, y señaló a una chica que se nos acercaba caminando en la oscuridad.

—¿Quién?

—Mi hermana.

Tenía el pelo largo y moreno recogido en una cola, y llevaba un vestido blanco y una cazadora vaquera sin abrochar. Del bolsillo de la cazadora sobresalía un cable que subía, se bifurcaba a la altura de la barbilla y continuaba hasta terminar en dos auriculares blancos. Llevaba un colgante en el cuello. Las piernas, largas y delgadas, se veían negras bajo las medias. A diferencia de Grim, cuyo aspecto era un tanto raro, no parecía que Julia Grimberg fuera a tener ningún inconveniente cuando empezara en el instituto de Rönninge aquel otoño. Era más morena que su hermano, pero tenía

la misma cara fina y los pómulos marcados. Sonrió al verlo.

—¿Dónde estabas? —preguntó Grim.

Julia se quitó los auriculares y oí la música, alguien que cantaba *our lives have come between us, but I know you just don't care*. Sacó el reproductor del bolsillo y lo apagó.

—Por ahí.

—¿Dónde?

Ella se encogió de hombros y me miró.

—Hola.

Me dio la mano, lo cual me sorprendió: se comportaba más como una madre que como la hermana pequeña. Sonrió. Tenía los dientes grandes, casi cuadrados, como los de un niño, pero se le veía en la mirada la distancia fría y escéptica que sólo detectábamos en los adultos. Aún hoy lo recuerdo, después de los años: lo infantil y, al mismo tiempo, lo adulta que era Julia Grimberg, y cómo era capaz de pasar de lo uno a lo otro en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando le estreché la mano, la noté cálida y menuda, pero fuerte.

—Julia.

Di un trago de cerveza.

—Leo.

—¿Tienes otra cerveza en la bolsa?

—Sí —dijo, y miré vacilante a Grim, que estaba concentrado en otra cosa y no parecía oírnos.

Julia se sentó a mi lado en el banco, cruzó las piernas. Llevaba unas gruesas botas negras con los cordones sin atar y despedía un olor frutal, como a champú. En la calle, por delante de Triaden, pasó alguien con un abrigo negro largo y unos auriculares en el cuello. Me quedé observándolo hasta que dobló la esquina y desapareció de nuestra vista.

—¿Por qué no vamos a algún sitio? —dijo Julia.

—Leo iba a una fiesta.

—Yo creo que se me ha hecho un poco tarde —

mentí, y encendí un cigarro—. Me figuro que ya estará acabándose.

—Entonces podríamos ir a tu casa, ¿no? —dijo Grim.

Mis padres estaban de viaje ese fin de semana, y mi hermano había salido. Sólo por eso acepté. Nuestro piso tenía cuatro habitaciones y una cocina pequeña, y yo rara vez llevaba amigos a casa, pero aquélla no era la primera vez. Sin embargo, sí era la primera vez que veía mi casa a través de los sentidos de otro. Vi la espantosa alfombra de la entrada, noté el olor a tabaco que emanaban las mangas de la ropa que colgaba del perchero de la puerta. Oí el ruido del sistema de ventilación, vi lo torcida que estaba la fotografía de mis padres, encima del sofá. En la cocina, el grifo del fregadero, que siempre goteaba. Yo ya había dejado de oírlo, tal y como sucede con la mayoría de los ruidos que nos rodean habitualmente, pero aquella noche destacaban y se

magnificaba todo con una evidencia extraña.

Mi padre era conductor de camiones de un gran almacén de Haninge. De joven fue boxeador, y aseguraba que por eso no estudió nada. Tenía un cuerpo apto para trabajar, eso era mejor que utilizar la cabeza. Prefería dejar la cabeza tranquila y preocuparse por otras cosas. A mí me gustaba la idea. Mi madre era recepcionista en un hotel de Södertälje. Habían nacido los dos el mismo año, se conocieron en un bar de Södermalm cuando tenían diecinueve años y rompieron con veintidós, porque no estaban preparados para nada más serio. Volvieron a coincidir a la edad de veinticinco años, tuvieron a mi hermano a los veintisiete. Había algo romántico en todo aquello, en la ruptura y la búsqueda de otra persona para, al final, acabar comprendiendo que la persona a la que buscaban siempre había estado ahí. Él trabajaba de día, ella, por lo general, de noche, y la casa rara vez estaba limpia.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Grim.

—El grifo del fregadero. No se puede cerrar del todo.

Se quitó las botas y miró alrededor.

—¿Cuál es tu cuarto?

—El que está más cerca de la entrada, a la izquierda.

Mi dormitorio tenía una cama y una estantería medio llena de cedés, películas y un libro que me regaló una vez un pariente. Enfrente de la cama había un escritorio en el que yo nunca pasaba ni un minuto. Había ropa y zapatos por el suelo y, en las paredes, carteles de *Reservoir Dogs* y de *Los bancos no la saben meter*.

—Agradable —dijo Grim, aunque no entró.

Los tres edificios de Triaden eran idénticos. Y los pisos, seguramente, igual que el mío, aunque quizá con la disposición inversa, en imagen especular. Abrí otra lata de cerveza y me senté en un sillón del salón. Me quedaban dos, y las puse encima de la mesa para Grim y Julia. Grim fue al cuarto de baño y Julia encendió el equipo de

música que había en la estantería, a mi espalda, y se puso a buscar un disco entre los de mis padres. Como no encontró ninguno que le gustara, puso la radio.

—Puedes poner uno de mis discos si quieres — le dije cuando se sentó en el sofá, enfrente de mí —. Si encuentras algo que te guste.

—No quiero entrar en tu cuarto, es demasiado privado —dijo Julia.

—No pasa nada, puedes entrar.

—Ya, pero bueno.

Cuando Grim volvió del cuarto de baño, se sentó en el sofá, a mi lado, y estuvimos bebiendo cerveza hasta que empezamos a burlarnos del locutor de radio y a imitar cómo arrastraba la voz con aire somnoliento. Puse la tele y estuvimos viendo la MTV. Cuando se acabó la cerveza, fui al sótano por una botella de alcohol, que nos bebimos mezclado con refresco. Al cabo de un rato, Julia se durmió en el sofá. Yo la miraba siempre que podía, sin atreverme a despertar las

sospechas de Grim. Tenía la boca entreabierta y los ojos suavemente cerrados. Empezó a moverse y a quitarse con mano torpe la goma que llevaba en el pelo. Creo que lo hizo en sueños, sin despertarse.

—¿Soléis beber juntos? —pregunté.

—Es mejor que beba conmigo que lo haga con otro.

Yo me eché a reír, estaba borracho.

—Eso suena sobreprotector de más.

—Puede que lo sea.

—¿Y a ella no le parece un rollo?

—Y yo qué coño sé —me soltó Grim, haciendo un aspaviento con la mano—. Por cierto, ¿necesitas dinero?

—¿Por qué lo dices?

—Yo sé dónde hay.

—¿Y cómo lo sabes?

Se dio unos toquitos en la nariz.

—Noto el olor.

—El dinero no huele —dije.

—Todas las cosas tienen su olor —dijo Grim, y se levantó del sofá, fue a la cocina y se plantó delante de los armarios que había encima del fregadero y la hornilla.

Sobre los muebles de la cocina había copas finas, unos jarrones, una jarra de agua antigua, de latón, y un pesado mortero que perteneció a mi abuelo paterno. Grim se quedó mirando aquellos objetos sin dejar de olisquear el aire.

—Ése —dijo señalando uno de los jarrones.

—¿Cuál?

—El estampado de flores, el último a la izquierda.

—Está vacío. —Lo miré con curiosidad—. Ayer vi cómo lo fregaba mi madre.

—¿Nos apostamos algo?

—¿Cuánto? —pregunté.

—La mitad de lo que hay en el jarrón.

—¿Y si te equivocas?

Dudó un instante.

—Mi rifle.

—Yo no quiero el rifle.

—Entonces lo vendo y te doy el dinero.

Me reí de su seguridad, cogí una silla y me subí vacilante. Levanté el brazo y, al meter la mano en el jarrón, noté el crujir de los billetes en los dedos. Cuando se los enseñé a Grim, no pareció sorprendido.

—¿Cuánto hay?

Me bajé de la silla, conté los billetes.

—Mil seiscientas coronas.

Grim extendió la mano.

—La mitad es mía.

Le vi en la cara que de verdad esperaba que se lo diera. Habíamos hecho una apuesta. Mis padres debían de haber ahorrado ese dinero para algo concreto. No era mucho, pero era lo que teníamos.

—No puedo dártelo.

A Grim se le nubló la mirada.

—Si hemos llegado a un acuerdo...

—Pero... es de mis padres. No puedo.

—Ya, pero hemos llegado a un acuerdo. Tienes

que cumplirlo.

Me lo quedé mirando un buen rato, y me imaginé la cara de mi madre, lo mal que se sentiría... Le di un billete de quinientas coronas y tres de cien.

—Casi me alcanza para un reproductor de cedés portátil —dijo, dobló los billetes y se los guardó en el bolsillo trasero.

He empezado a alucinar. Es la falta de sueño. A veces consigo descansar, pero puedo pasarme varios días sin dormir. Es la persona en la que me he convertido al final, ¿no pude hacerlo mejor? Puede que fuera o eso o tomarme una sobredosis o algo así. Más habría valido, ahora lo sé. Eso tendría que haber hecho. ¿Quizá sea lo que debería hacer ahora? Pero soy cobarde. Demasiado.

Me he alejado de la puerta de tu antigua casa, me mantengo apartado. Mientras escribo esto, voy de viaje, estoy en movimiento. Cuando era pequeño no me gustaba, pero ahora sí. No es posible capturar al que está en movimiento. Es algo que he aprendido. El que está en movimiento no es visible, se convierte en una sombra borrosa

en las fotografías. Si estuvieras en el mismo vagón que yo, ¿te fijarías en mí? ¿Te darías cuenta de que soy yo? No lo creo. No te acuerdas. No te acuerdas de nada.

Estoy escribiendo esto porque tienes que recordar, pero no está saliendo como yo pensaba. Estoy demasiado disperso, demasiado indeciso. Temblón. Puede que sea la metadona. Voy por entre las hojas que caen de los árboles. En una esquina, cerca de la estación, atisbo la low-life y pienso: éramos como ellos, en su momento. ¿Seguimos siéndolo?

Debería haberte escrito hace mucho tiempo.

VI

El policía al que disparé en el cuello entre las sombras del puerto de Visby murió. Él, Max Lasker y un integrante de cada uno de los dos grupos fueron las cuatro víctimas mortales de aquella operación fracasada. Conozco los nombres de todos. Desde entonces he visto fotos de sus caras tantas veces que podría dibujarlas. Las cajas de armas contenían ejemplares viejos de los periódicos *Aftonbladet* y *Expressen*, coches de plástico rojos y amarillos, espadas y escudos en gris y negro, muñecos de niño y de niña en azul y rosa, piezas de Lego a montones. No era obra de la policía. Nadie parecía saber quién había engañado a quién.

Cuando el escándalo llegó a los medios de comunicación, todos empezaron a buscar un cabeza de turco. Calificaron de arriesgados e ilegales los métodos de trabajo de la policía y todos los miembros de la organización se escudaron en alguien; menos yo, que no tenía en quién escudarme. Creyeron que había sufrido algún tipo de ataque y me tuvieron en observación, primero en Visby y luego en el hospital de Sankt Görán, en Estocolmo, después de trasladarme a bordo de un barco, bajo la vigilancia de dos guardias. Uno de ellos se llamaba Tom, y cuando le pregunté si tenía un cigarro, me miró como si acabara de pedirle que me prestara su pistola eléctrica. Entré en los servicios y allí me encerré; fui la mayor parte del viaje agarrándome la cabeza con las manos, preguntándome qué pasaría ahora. El barco no paraba de balancearse y estaba tan mareado que vomité, así que los guardias echaron abajo la puerta. Creían que había intentado suicidarme. Me bajaron del barco y me metieron

en un coche de policía camuflado que me condujo al Sankt Görán. Alguien, quizá un colega, me susurró al oído que no hablara con nadie.

Me asignaron una habitación para mí solo. La ventana no tenía cortinas, porque temían que los pacientes las utilizaran para ahorcarse. En una mesa, a mi lado, había un vaso de plástico y una jarra del mismo material. El techo era blanco, como la nieve recién caída.

Levin vino a verme más tarde ese mismo día, y parecía compungido. Acercó una silla al borde de la cama, se cruzó de piernas y se inclinó.

—¿Cómo estás, Leo?

—Me han metido un montón de pastillas.

—¿Y te encuentras mejor?

—Como nuevo.

Levin se echó a reír.

—Bien, sí, estoy bien.

—¿Qué ha pasado?

—Yo pensaba preguntarte lo mismo.

—No había armas —murmuré—. Sólo juguetes

y periódicos. No sé qué bando empezó a disparar, pero cuando empezaron, no paró. —Miré a Levin, un tanto inseguro—. Estuve en el puerto un par de noches antes.

—¿Ah, sí?

—Ví a Lasker.

Levin no se inmutó.

—Me dijo que me largara —continué—. Que allí pasaba algo raro.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada. —Tenía la boca seca, y me pasé la lengua para humedecerme los labios—. Supuse que estaba asustado, nada más. Pero seguramente sabía que algo iba a salir mal.

—O no. Lasker era un cabrón paranoico, ya lo sabes. Habría dicho lo mismo aunque todo hubiera salido como debía.

—Pues eso me estaba preguntando, ¿cómo se supone que tenía que salir?

—¿Estás pensando en si te la han jugado?

—¿Me la han jugado?

—No.

Miré a Levin, tratando de no parpadear. Al ver que no lo conseguía, aparté la mirada.

—¿Por qué no había armas?

—Ni idea.

—Alguien tenía que saberlo.

—Alguien lo sabe, seguro. Siempre hay alguien que sabe. Pero no sé quién será.

No lo creí, aunque no sabía por qué. Allí había algo que no encajaba. Nos quedamos en silencio. Levin miró el reloj, sirvió un vaso de agua de la jarra y bebió antes de llenarlo otra vez y ofrecérmelo. Yo negué con la cabeza.

—Tienes que beber agua.

—No tengo sed.

Levin sacó un cuaderno del bolsillo de la cazadora, anotó algo y me lo pasó.

«Creo que hay micrófonos en la habitación».

Me quedé mirándolo.

—¿Y ahora me lo dices?

«Conviene que *ellos* oigan tu versión».

—¿Quiénes son *ellos*?

Levin no reaccionó. Me recosté, lancé un suspiro. La habitación se movía y tuve la sensación de que me arrastraban hacia la ventana, pero estaba demasiado cansado para moverme.

Tenían miedo de que hablara, creo, a pesar de que me habían dado instrucciones de que no lo hiciera. Quiénes eran «ellos» exactamente siguió siendo un misterio. Eran policías, hasta ahí llegaba. En la situación en la que ahora se encontraban, era clave el control de la información. Querían controlar lo que yo dijera y a quién.

Levin escribió algo más en el cuaderno y me lo dejó en el pecho. Yo lo cogí y me esforcé por centrar la vista.

«Ahora no puedo sacarte de ésta, Leo».

Necesitaban un cabeza de turco, y ya lo tenían. En teoría, esa teoría que la secretaria de prensa difundía entre los medios, me daban la baja por

enfermedad hasta primeros de año, y luego me asignarían un nuevo destino, si es que quería continuar en el cuerpo. Tanto los medios como la institución quedaron satisfechos, porque en la práctica me suspendieron. Eso lo sabía todo el mundo. Me cargaron la culpa del fracaso del operativo a mí, el cachorro que habían colocado en Asuntos Internos. Era lo más sencillo y lo más seguro para ellos. Dado que una investigación sobre la participación de la policía en aquel asunto habría ido a parar a Asuntos Internos, y dado que yo ya estaba allí, no tenía a quién dirigirme. Me dieron de baja y me recetaron Sobril para la ansiedad, y Oxascand para poder dormir y para aplacar la sensación de desasosiego general, según palabras del médico. Traté de llamar a Levin, pero no lo cogía, no creo que se atreviera a tocarme siquiera. Eso fue al final de la primavera, y me dieron el alta; empezó el verano, que pasó entre días nublados y noches interminables.

O las pastillas me estaban volviendo paranoico o me ayudaban a ver lo que había pasado de verdad. No estaba seguro, y sigo sin estarlo. Empecé a sospechar que no me habían enviado a Gotland para controlar y vigilar a los investigadores internos, sino precisamente por esa razón: les resultaba útil, podían evitar la luz de los focos, escudarse unos en otros, y dejarme solo si algo salía mal.

En la calle. Estoy en la calle y me he parado delante de un cartel del barrio de Kungsholmen donde anuncian cabañas de veraneo. Observo las fotos, las casitas rojas con las ventanas blancas. En algunas de las instantáneas se ve incluso la bandera sueca ondeando en el tejado. Me imagino a la gente brindando copa en mano, riendo y sonriendo, me imagino a los niños con coronas de flores en el pelo. Todo es como siempre ha sido, como si el tiempo se hubiera congelado. Me imagino las copas en la mesa de la parte trasera de

la casa, vacías como palabras. Una camiseta rasgada salpicada de manchas rojas en el césped, fuera de la vista de quienes sólo pasan por allí. Las fotos llaman toda mi atención y me lleva unos instantes comprender que esas cabañas están en venta y que me encuentro delante de una inmobiliaria. Rechinando los dientes, me quedo delante del ventanal, con la frente a un suspiro del cristal. Las nubes cruzan el cielo como si persiguieran a alguien.

Suena el teléfono. Estoy en el rellano de la escalera, delante del ascensor. He entrado otra vez por la parte trasera, después de haber examinado la zona acordonada de Chapmansgatan 6, y espero mientras suena la llamada de un número oculto.

—¿Hola?

Es Gabriel Birck. Quiere hablar conmigo de lo que ocurrió ayer. «Lo que ocurrió» es la expresión que ha usado.

—Creía que contabas con otros para hacer ese tipo de trabajo preliminar —digo antes de darle al

botón para que baje el ascensor.

—Bueno, siempre hago por lo menos una llamada personalmente.

Suena estricto y profesional, como si se le hubiera olvidado o no le importara que yo me hubiera metido a husmear en su escena del crimen hace menos de doce horas. Eso me inquieta.

—Vale —le digo.

—¿Llamo en mal momento?

—Pues... no.

Me quedo delante de la puerta de mi casa, observando la cerradura. Hay rasguños alrededor; unos rasguños que no recuerdo haber visto antes. Eso no significa nada. Paso los dedos por los arañazos, me pregunto si son recientes, bajo el picaporte despacio, tanteando. La puerta está cerrada con llave. Necesito un Sobril, entro y me dirijo a la encimera, lleno un vaso de agua y cojo una pastilla.

—¿Leo?

—¿Qué?

—¿Has oído lo que te acabo de decir?

—No, perdón, es que... bueno, nada. —Me pongo la pastilla en la lengua, tomo un trago de agua—. Sigue.

—Tengo que grabar esta conversación, ¿te importa?

Me encojo de hombros, aunque sé que no puede verme.

—¿Oye?

—Supongo que no.

Birck pulsa un botón del teléfono y oigo el pitido débil pero inconfundible. La cinta empieza a rodar.

—¿Puedes contarme lo que hiciste ayer?

—Estuve en casa. No, espera, fui a Salem a media tarde.

—¿Qué hiciste en Salem?

—Estuve viendo a mis padres. Luego me fui a casa.

—¿Qué hora era cuando volviste?

—No lo sé. Las cinco o las seis.

—¿Y qué hiciste en casa?

—Nada.

—Siempre hacemos algo.

—No hice nada. Estuve viendo la tele, comí, me duché, me dormí a eso de las once, más o menos. Nada.

—¿Cuándo te despertaste?

—No me acuerdo. Fue por las luces de emergencia.

—¿Te despertaron las luces?

Birck parece sorprendido.

—Es que tengo el sueño ligero. Últimamente —añado con un murmullo.

—Creía que te habían medicado para eso.

—Ya, pero no sirve de mucho —me limito a responderle distraído, porque hay algo en el apartamento que ha captado mi atención, aunque no atino a decir qué es exactamente.

Voy al cuarto de baño y entreabro la puerta. Todo parece intacto. Entro, veo en el espejo mi expresión de desconcierto, la mano con el

teléfono.

La lámpara del techo. Está encendida. ¿Me la dejé así?

—¿Qué? —digo, bastante seguro de que Birck acaba de decir algo.

—¿Qué hiciste al despertarte? —repite muy clarito, con voz irritada e impaciente.

—Me vestí y fui a ver qué había pasado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que bajé a la Residencia Chapman.

Con la mano que tenía libre, abrí el armario del cuarto de baño y examiné el contenido: artículos de higiene, medicamentos fuertes, una cajita, que contiene un anillo que antes llevaba siempre puesto y que era, a la sazón, mi pertenencia más preciada. Cierro el armario.

—¿Y? —dice Birck—. ¿Qué más?

Le cuento cómo entré en la Residencia Chapman, después de haber hablado con los dos policías, que vi a Matilda, que estaba hablando con el tercer policía. Birck me escucha y me va

haciendo preguntas, más interesado que al principio. Comprendo que me estoy acercando a algo importante y dejo de hablar.

—¿Examinaste el cadáver?

—No exactamente.

—Esto es un interrogatorio informativo formal —dice Birck—. Compórtate como es debido.

—No lo examiné.

—¿Lo tocaste?

—No. Sólo la observé. —Es prácticamente verdad—. ¿Por qué?

—La mano —continúa Birck, como si no me hubiera oído—. ¿Viste si tenía algo en la mano?

Dudo, voy y me siento en el borde de la cama.

—No me acuerdo.

—Eso es mentira. ¿Tenía algo en la mano?

—Sí.

—¿Lo tocaste?

—¿El qué?

—Que si tocaste lo que tenía en la mano.

—No.

—¿Estás seguro?

Me pregunto qué estará pensando.

—Sí —digo—. Estoy seguro. ¿Por qué?

—Gracias. —Lo oigo respirar aliviado—. Pues eso es todo.

Birck cuelga y yo me quedo con el teléfono en la mano. Me da vueltas la cabeza y trato de atar cabos, pero no lo consigo. La capacidad de sacar conclusiones nunca ha sido mi punto fuerte, soy demasiado lento e ilógico, irracional. Así que recorro el apartamento con la mirada en busca de señales de que alguien haya estado aquí. Estoy seguro de que existen, de que las tengo delante de las narices; es sólo que no las veo. O que estoy paranoico. Vuelvo a mirar la lámpara del techo del baño. Puede que estuviera encendida cuando me fui. Noto que el Sobril me da un latigazo y me empieza a zumbiar en las sienes. No ocurre nada. Abro la puerta del balcón y me fumo un cigarro.

Un apellido. Necesito el apellido de la mujer. Con eso habré dado un paso adelante. Llamo a la

centralita de la calle de Kungsholmsgatan, me ponen con el despacho de Birck y de ahí me pasan con su móvil. Birck es el tipo de persona que siempre responde diciendo su apellido.

—Soy yo, Leo.

—Ah. Oye, todavía no he almorzado, no tengo tiem..

—Rebecca —lo interrumpo—. Se llama Rebecca, con dos ces, creo.

—Sí, Salomonsson, Rebecca —dice Birck extrañado—. ¿Es que te crees que no lo sabemos?

—Vale —digo—. Gracias. Sólo quería daros toda la información que sé.

Me parece que se ha dado cuenta de que lo he engañado, pero no dice nada. Rebecca Salomonsson. Me coloco delante del espejo del cuarto de baño, cojo la maquinilla de afeitarse y me sorprendo al verme los ojos: están despiertos y animados, como si, tras un tiempo de niebla, hubieran encontrado algo en lo que entretenerse.

Cuando empecé en la policía, tuve que pasar largas noches patrullando las calles por la zona de Medborgarplatsen. Me mantenía despierto a base de unas pastillas de cafeína que no se vendían sin receta y de las que mi colega y yo nos habíamos incautado en una redada en Nacka. Yo fumaba cuando nadie me veía y le mandaba mensajes a Tess, mi novia de entonces. Tenía el pelo más rojo que he visto en mi vida y trabajaba en el guardarropa del Blue Moon Bar. Mi compañero en la patrulla era un hombre de Norrland al que todos llamaban Tosca, porque en su día quiso ser cantante de ópera. Era una persona piadosa, y amable con todos, pero corpulento y estable. Votaba al Partido de Centro y siempre decía que yo razonaba como un moderado, lo cual quizá fuera cierto. No teníamos mucho de que hablar, pero, cuando rompí con Tess, él fue el primero en saberlo. Me figuro que es normal entre dos hombres que pasan muchas horas juntos en un coche, a la espera de ser de utilidad.

Pero entonces, cuando empecé a patrullar, una de las primeras cosas que aprendí fue la importancia de tener contactos. Los drogadictos, las putas, las ratas de las bandas organizadas, los adolescentes que andan holgazaneando por las calles de los suburbios, los bandidos de siempre que aguardan todas las mañanas sentados en la escalera del dispensario de metadona. Un par de personas bien elegidas pueden proporcionar más información valiosa para una investigación que trescientas. El reto consiste en identificar a esas personas; y, si algo se me da bien, es eso: saber si alguien es valioso o no. No es un rasgo por el que le guste a la gente, pero es lo que tengo.

Del servicio de patrulla pasé a la armería, y, de ahí, a ayudante de la policía en la comisaría general de Estocolmo, donde venían a parar a mi mesa los peores delitos violentos. Y allí fue donde conocí a Charles Levin, que era entonces el comisario. En esas oficinas me pasé varios años; y durante esos años, trabajé mucho con Levin, que

me enseñó más del trabajo policial que ninguna otra persona. Levin vio cómo pasaba de policía del montón a buen investigador. Por entonces conocí a Sam, y Levin vio cómo creció y murió nuestra relación.

Vive en un apartamento de Köpmangatan 8, en Gamla Stan, en el casco antiguo, y llego a su casa bajo una fina lluvia y un viento que remueve las hojas caídas. Se acerca el otoño, tengo el sabor en la lengua. En la fachada, cerca del portal, alguien ha escrito con mayúsculas de color blanco: «SÉ QUE HE PERDIDO»; cada letra es tan grande como la cara de un adulto. Observo las palabras, trato de interpretarlas, trato de imaginarme a una persona escribiéndolas. Me rodean el olor a ropa mojada y el rumor incesante de los turistas que se apretujan por las calles estrechas. Subo en el ascensor y llamo a la puerta.

—Leo —dice Levin cuando abre la puerta, claramente sorprendido. Me examina la cara—. ¿Cuándo te has afeitado por última vez?

—Hace una hora.

—Me lo temía. —Se aparta a un lado, me invita a pasar al vestíbulo—. Habrás venido por algo importante.

—Sí, gracias.

Levin tiene un ojo clínico para los detalles. Es la clave de su éxito. Según él mismo dice, todo radica en su infancia, cuando, desde muy pequeño, empezó a interesarse por los trenes y las maquetas. Aviones, edificios, coches, paisajes y buques en miniatura constituían el principal interés del pequeño Charles Levin. Eran los detalles, precisamente, lo que distinguía una buena maqueta de una mediocre. Hoy las tiene todas en una vitrina que cubre la mayor parte de la pared más larga del luminoso salón. Están por orden cronológico, como una trayectoria vital alternativa.

El ambiente es tranquilo. Por las ventanas veo cómo se extienden los edificios, pero a una distancia segura. La ciudad no es tan agobiante allí. Eso es lo que uno puede comprar en

Estocolmo si tiene dinero: silencio. Distancia.

—¿Un café, quizá? —me dice cuando me siento en uno de los cómodos sillones, de espaldas a la vitrina.

—Y absenta, si tienes.

—¿Absenta?

—Sí.

—Pues no, lo siento —me dice con frialdad.

—¿Y agua?

—De eso seguro que tengo.

Levin es alto y delgado, tiene la cabeza rapada, unas gafillas redondas que se encajan en la punta de la nariz. Lleva vaqueros negros y una camisa sin abotonar. Acaba de estar en el extranjero. Encima de la mesa aún tiene unos folletos de Argentina. Cuando Elsa, su mujer, murió de cáncer, Levin empezó a viajar, puesto que a Elsa le encantaba, pero nunca pudieron hacerlo juntos. El trabajo de Levin se lo impedía. Así que ella viajaba sola y le enseñaba las fotos cuando volvía. Ahora es Levin el que hace las fotos. Cuando

vuelve de viaje, va a visitar la tumba, se sienta y le enseña las fotos y se las explica, exactamente igual que hacía ella.

Levin vuelve al salón con dos tazas de café solo y un vaso de agua.

—El anterior dueño de este piso era policía —dice—. ¿Lo sabías?

—No.

—Era un policía de los buenos. Fue en su día jefe de la Comisión Nacional de Homicidios, como antes se llamaba. Se mudó aquí después de separarse de su mujer.

Cojo un Sobril del bolsillo, me lo pongo en la lengua y me lo trago con un sorbo de agua.

—Tengo que tomarme tres al día —le digo a Levin, al ver que sigue mis movimientos con la mirada.

—¿Porque todavía las necesitas?

—Porque comprueban que me las tome.

—Podrías tirarlas a la basura.

—Supongo.

Empezamos a tomarnos el café sin mirarnos, como si fuera una ceremonia. Pero no es eso; es sólo que trato de pensar en lo que voy a decir. Desde el asunto de Gotland, apenas hemos tenido contacto, y el que hemos tenido ha sido frío, alerta. Él sabe algo que yo no sé, estoy seguro.

—¿Cómo te va, Leo?

—Me las arreglo.

—¿Y Sam?

—Ya no nos hablamos. Aquello fue sólo una vez, cuando acababa de volver del hospital después de lo de Gotland, me llamó para preguntar cómo estaba.

Levin asiente despacio, como haría un psicólogo.

—Bueno, Leo. —Se lleva la taza a los labios, da un sorbo sonoro—. Doy por hecho que has venido a algo.

—Pues sí.

—¿Tiene que ver con lo de Gotland? No he oído nada más.

—No, no tiene que ver con eso.

Se sorprende. Se retrepa en el sofá, se cruza de piernas.

—Dime.

—Anoche murió una mujer en mi bloque. De un disparo en la sien, a poca distancia. El asesino es, a juzgar por todos los indicios, un fantasma.

Levin está al corriente del suceso, se lo veo en la cara, pero le lleva un rato relacionarlo con mi casa.

—Justo debajo de tu piso —dice despacio—. ¿Verdad?

—Ocho o nueve metros por debajo. —Carraspeo un poco—. Se llamaba Rebecca Salomonsson. Hay algo en esa muerte que me inquieta.

—Rebecca Salomonsson —repite Levin.

—Tendría unos veinticinco años, drogadicta, puede que prostituta.

—Es raro que sean mujeres —dice Levin pensativo, y toma otro sorbo de café—. Y que sea

de un tiro.

—Y más raro todavía que hayan pasado casi veinticuatro horas sin que tengamos ningún sospechoso. Ni ningún móvil, por lo que yo sé. Y que no tengamos ni idea de cómo ocurrió, en realidad, sólo que entró en la Residencia Chapman por la puerta y que salió por la ventana. Calza un cuarenta y tres y sabe manejar armas de pequeño calibre.

—A veces el testigo clave tarda en aparecer, o lleva un tiempo terminar el análisis técnico que necesitan. No han pasado tantas horas.

—Tenía algo en la mano, una joya o algo así, puede que una gargantilla.

—¿Ah, sí?

—Creo que es importante.

—¿Han enviado a analizar la gargantilla?

—Sí.

—¿Y entonces? —Levin me mira extrañado—. El resultado llegará dentro de unos días.

Yo me miro las manos.

—Quiero formar parte del equipo de investigación —digo, tan bajo que es casi un susurro.

—Teniendo en cuenta que vives en el mismo edificio, ya formas parte de la investigación. Como testigo potencial.

Levanto la vista y me quedo mirándolo. Creo que parezco suplicante, pero no lo sé. Me arden los ojos.

—Ya sabes a qué me refiero. Tengo que hacer algo. Tengo que... No puedo pasarme el día sentado en mi casa, fumando y tragando pastillas. Tengo que hacer algo.

Levin se queda callado un buen rato, evitando mirarme.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo exactamente, Leo?

—Quiero volver a estar en activo.

—Eso no está en mi mano.

—Muy pocas cosas de las que has hecho estaban en tu mano.

—¿Y en qué estás pensando? —me pregunta tranquilo, y sigue tomando café.

Dudo un instante, me gustaría poder provocarlo, pero le digo:

—Tú puedes ayudarme. Sabes que soy un buen investigador. Nadie sabe lo que pasó en Visby. Nadie sabe quién los engañó. Aquello era un caos. Si hubieras estado allí lo entenderías. No fue culpa mía.

—Pero fuiste tú quien metió la pata —dice con una frialdad repentina—. Fuiste tú quien mató a Waltersson.

—Y fue el cuerpo quien me vendió —digo, y en ese momento me doy cuenta de que me he puesto de pie, de que estoy mirando a Levin desde arriba mientras él sigue en el sillón como si no fuera nadie. Me tiembla la voz—. Me lo debes.

—No creo que debamos hablar de deudas, Leo. Nunca ganarías esa discusión.

Y me doy cuenta de que me desplomo en el sillón casi sin querer.

—Lo único que quiero... Es que hay algo que no encaja en lo de Salomonsson.

Levin parece pensativo, se rasca la calva, que ha empezado a mudar la piel.

—¿Quién es el jefe de la investigación?

—Birck.

—Así que el que manda es Pettersén.

Olaf Pettersén es el único fiscal sueco-noruego de la Casa. También es la única persona cuyas órdenes puede plantearse obedecer Gabriel Birck.

—Si de verdad crees que hay algo que no encaja —empieza Levin—, haz aquello que mejor sabes hacer. Pero —añade— hasta ahora no has dicho una palabra que indique que haya algo que no encaje, salvo que se trata de un suceso extraño. Y sucesos extraños se producen a todas horas.

—No puedo hacer lo que mejor sé hacer sin una autorización formal.

—No me digas que te tenía por más listo de lo que eres... —Levin coge uno de los folletos de viaje, arranca un trozo de la portada. Del bolsillo

de los vaqueros saca un bolígrafo y anota algo antes de dármelo—. Utiliza la imaginación. Y llama a este número si necesitas ayuda.

Leo el papel.

—¿De quién es?

—De una persona a la que conozco muy bien—es todo lo que dice Levin.

VII

Pasaba mucho tiempo solo. No sé por qué, mis amigos estaban ahí, pero, por alguna razón, no me relacionaba mucho con ellos fuera del instituto.

Vlad y Fred me pegaban. Empezó cuando tenía diez años y continuó un par de años más. Yo al principio no me defendía, y cuando lo hice, lo tomaron como una provocación y empezaron a pegarme más todavía. Así que dejé de devolver los golpes. Era lo mejor para todos. Vlad era el peor; Fred me miraba a veces con algo parecido a la compasión o así, me costaba encontrar la palabra. Pero Vlad no me miraba nunca. Sencillamente, parecía que me odiaba.

No se lo conté a nadie. Me daba vergüenza.

Siempre ocurría en la calle, cuando había poca gente cerca, o cuando no había nadie; y, aunque yo evitaba conscientemente ciertos lugares, ellos siempre me encontraban, como si pudieran rastrear mi presencia, identificar mi olor. Me quitaban la gorra, el dinero... Luego me daban un puñetazo en el estómago o en el brazo, nunca en la cara, para que no se viera. Yo les decía a mis padres que se me había caído la gorra, que me había gastado el dinero en golosinas. Que me había caído en el colegio y me dolían los abdominales, que había echado un pulso con un compañero y tenía un tirón en el brazo. No me explicaba por qué ocurría aquello, por qué la habían tomado conmigo precisamente, pero supuse que algo hacía mal, que así es la vida.

Un día, a principios de la primavera, cuando tenía trece o catorce años, las clases terminaron pronto, pero se me había olvidado un libro en la taquilla. Mi madre me obligó a volver a recogerlo. Al bajarme del autobús, eché a andar por la calle

de Rönninge Skolväg y oí un lamento. Fue un ruido contenido, como de alguien que se queja de dolor.

El colegio de Rönninge se alzaba como un coloso entre chalets y árboles cuyas hojas empezaban a brotar de nuevo, y miré a mi alrededor preguntándome de dónde vendría el ruido. A un tiro de piedra de donde me encontraba tenía la fachada posterior del colegio, la puerta de carga. Encima de la plataforma recibían mercancías a diario. A la caída de la noche se oía a veces el retumbar de la música de un radiocasete gigantesco, el rumor de voces y risotadas repentinas, latas de cerveza que se abrían y el clic de los encendedores. Si te acercabas lo suficiente, te llegaba el olor dulzón del hachís.

Esta vez era distinto.

En la plataforma, de espaldas a mí, había dos chicos a los que no reconocí. No parecían alumnos del colegio de Rönninge, sino más bien del instituto. Me escondí detrás de un árbol para que no me vieran, aunque yo sí podía verlos a ellos.

Entre los dos chicos había un tercero al que tenían atrapado, estaban muy pegados y con la palma de la mano apoyada en la pared de ladrillo. Quienquiera que fuera el del medio, no tenía escapatoria.

—So mariconas.

Uno de ellos lo golpeó y oí el sollozo de alguien cuyos pulmones se quedan sin aire, vi el tronco caer hacia delante entre los dos. Entonces le vi la cara a Vlad, roja y distorsionada, buscando aire.

—Uno más —dijo uno.

El otro volvió a aplastarlo contra la pared y le atizó en el estómago un puñetazo que lo dobló otra vez. Me quedé allí viendo cómo continuaban, pero no me hacía falta para saber lo que había pasado. Podía ser que Vlad se hubiera morreado o, directamente, lo hubiera hecho con quien no debía; o podía ser que le hubieran prestado dinero y no pudiera devolverlo, pero no creía que fuera eso. Todos habíamos visto aquel tipo de situaciones.

Surgían porque era posible que surgieran, la gente actuaba así contra sus semejantes porque podía. Porque se aburrían. Porque a nadie le importaba.

—La cartera —dijo uno de los dos chicos con la mano extendida.

—¿Qué coño haces? —dijo el otro.

El primero giró la cabeza y echó un vistazo a su alrededor, lo que me obligó a retroceder tras el árbol.

—Qué más da que nos la llevemos —dijo el primero—. Como si este desgraciado pensara denunciarnos. Si no lo ha hecho hasta ahora, ¿por qué iba a hacerlo esta vez?

—Pero nunca le habíamos quitado sus cosas.

—Porque nunca había sido tan cerdo como ahora.

—Maricones —soltó Vlad.

—Y además, lo está pidiendo. Se lo ha ganado.

Oí que empezaban a tirarle de la ropa. Cuando le quitaron la cartera, uno de ellos le metió un rodillazo en el estómago mientras el otro volvía a

mirar nervioso a su alrededor. Vlad cayó al suelo de la plataforma y los otros dos bajaron a tierra de un salto silencioso y echaron a andar procurando no acelerar el paso.

La siguiente vez que volvieron a atacarme, Vlad se quedó pálido cuando me encaré con él aludiendo al suceso de aquel día. No recuerdo qué le dije, puede que algo de lo cobarde que era. Fred miraba extrañado a Vlad, que me miraba atónito y parpadeó vacilante antes de empezar a perseguirme por las afueras de Salem.

De aquello habían pasado ya varios años, pero cuando Grim y yo nos bajamos del autobús y nos encaminamos a la puerta de carga del colegio de Rönninge, se me vino a la cabeza aquel suceso. Vlad y Fred habían cumplido los dieciocho y se habían mudado de Salem, los dos. Como tantos otros. Simplemente, se marchaban.

Traté de recordar si me alcanzaron el día en que se lo solté a Vlad y empezaron a perseguirme.

Era una imagen que se fundía con la de tantas otras persecuciones. Puede que aquella vez me librara, puede que no.

—Estás muy pensativo —dijo Grim a mi lado.

—Es que me estaba acordando de una cosa.

—¿Algo desagradable?

—¿Por qué lo dices?

Bajó la vista y señaló con la cabeza, una vez.

—Tienes los puños cerrados.

No me miré las manos, pero sí intenté relajarme.

—Para nada.

Volvió a mirarme las manos, que ahora colgaban descaradamente lacias y apáticas. Nos acercamos a la plataforma, nos subimos. Me apoyé en la pared, en el mismo lugar donde acorralaron a Vlad aquel día. Estábamos esperando a Julia, porque a ella aún le quedaban unos años en el colegio de Rönninge. Me preguntaba cómo no la había visto antes. Había empezado un año después que yo, teníamos que habernos cruzado por los

pasillos. Julia Grimberg era el tipo de persona en el que yo debería haberme fijado. Grim se había sentado con las piernas colgando en el aire. Se oyó un clic a nuestra izquierda y la enorme puerta, parecida a la de un garaje, empezó a abrirse entre chirridos. Cuando la tenía a la altura del muslo, se detuvo y por ella apareció Julia, con unos vaqueros claros y una camiseta negra de THE SMASHING PUMPKINS con mayúsculas amarillas redondeadas.

—Puedes dar la vuelta, ¿sabes? No tienes que salir por la puerta de esa manera.

—La profesora de guardia está justo en la esquina. Me habría visto.

Julia se sentó con Grim en la plataforma, y yo me senté a su lado. No creo que a Grim le resultara extraño, pero no estaba seguro. La tela de los vaqueros de Julia rozaba los míos. Grim sacó un cuaderno de la mochila y pasó las hojas hasta que encontró una en blanco. Mientras lo hacía, vi que la mayoría de las hojas estaban llenas de notas

que no tenían nada que ver con el trabajo de clase: bocetos, dibujos, algunas tenían tantos textos garabateados que no podía leer lo que decían.

—¿Qué ponemos?

—No lo sé —dijo Julia—. Algo de que me voy de viaje.

—¿Es que os vais de viaje? —pregunté.

—No. Es un viaje con toda la clase, para reforzar el compañerismo. Si no puedes ir, tienes que llevar una autorización con la firma de tus padres.

—¿Y no se lo puedes pedir a ellos?

Ella negó con la cabeza.

—Es el último día para entregar la autorización, y se me había olvidado. Además, no lo consentirían.

—¿Y por qué no?

Julia miró a Grim, que no dijo nada. Había escrito unas líneas con una letra que no era la suya. Sólo faltaba la firma. Buscó en el cuaderno otra página completa, escrita entera con la misma

palabra en tres columnas, repletas de lo que debía de ser una firma. En la página había pegado un trozo de papel con lo que me figuré que sería el original. Lo estuvo examinando unos instantes antes de volver a la página de la autorización y, con unos movimientos rápidos de la mano, copió la firma. Arrancó la hoja y se la enseñó a Julia.

—¿Está bien así?

Era una copia exacta del original.

—Perfecto —dijo Julia.

Grim dobló la hoja por la mitad y se la entregó.

—Se han dado cuenta de que a veces la falsificamos —dijo mirándome a mí—. En nuestra clase hemos tenido incluso una reunión sobre el tema, así que para que no nos pillen tiene que estar bien hecho.

—¿En serio?

—En serio. —Se levantó y dobló la hoja otra vez, se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón—. Tengo que irme, entramos ya mismo.

—Nos vemos en casa —dijo Grim.

—Nos vemos —dije, tratando de sonreír.

—Sí, nos vemos —dijo Julia, que entró por la puerta y desapareció de nuestra vista.

Mataba pájaros con una escopeta de aire comprimido, era capaz de olfatear el dinero y falsificaba la firma de sus padres. Y lo llamaban Grim. Cada vez se parecía más a un personaje de tebeo o de una película. Pero no lo era. Era perfectamente normal y real.

—Alguien tiene que pagar las facturas y firmar los papeles —dijo cuando ya íbamos en el autobús que nos llevaría de vuelta al instituto de Rönninge—. Como en todas las familias, en la vuestra también, supongo. No tiene nada de extraño. —Se encogió de hombros—. En la mía soy yo quien se encarga de eso, porque nadie más se acuerda.

La cosa empezó el día que su madre se olvidó de firmar un documento de la Caja de Seguros. Grim lo vio en la mesa de la cocina. Su padre estaba de baja por enfermedad y era el papel de la

ayuda económica. Junto con ese papel, había otro, de los servicios sociales, también sin firmar. Grim fue a buscar un documento con la firma de su madre y practicó varias veces en un cuaderno antes de plantarla en los dos documentos y enviarlos por correo. Algo parecido ocurrió un par de veces más después de aquélla, y Grim se lo contó a Julia, que, a su vez, se lo contó a su padre.

—Se puso hecho una fiera, claro. En realidad, debe de ser ilegal y todo. No lo sé. Pero no tardé en tener más control que ellos mismos sobre el dinero. Mi padre no podía y mi madre estaba enferma. Con la medicación, le cuesta llevar un orden. O sea que lo hago yo, estoy pendiente y pago las facturas y esas cosas. En realidad, lo hago por Julia, para que... No sé, para que no tenga que preocuparse.

El conductor del autobús llevaba puesta la radio y, cuando dejamos de hablar, oí la canción que estaba sonando.

—¿Cómo que está enferma? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que tu madre está enferma.

—¿No te lo había contado?

—Me parece que no.

Grim soltó un suspiro y miró por la ventanilla.

—Cuando nació Julia, mi madre cayó en una depresión. Un tiempo estuvo incluso psicótica. Decían que era por el parto. Estaba... Intentó... — Grim dudó un buen rato—. Cuando vino, cuando nació Julia, yo estaba enfadado. Al menos, eso es lo que me cuentan. Después de todo, tenía poco más de dos años. Me enfadé porque ella se convirtió en el centro de atención. Pero un día, cuando mi madre cayó en la psicosis, yo estaba jugando en el suelo y Julia llorando en la cuna. Dicen que no conservamos recuerdos tan lejanos, pero yo estoy seguro de éste, porque me acuerdo perfectamente. Fui al salón y, al parecer, mi madre estaba dándole de mamar a Julia. De pronto, la soltó en el suelo. O se le cayó o la dejó caer, no lo sé, la verdad, y tampoco quiero saberlo. Pero,

desde luego, la dejó allí tirada. Mi padre estaba en el trabajo, así que cogí a Julia, la senté conmigo en el sofá y dejó de llorar. Tardó un rato. O por lo menos, eso me pareció. Recuerdo que yo estaba superasustado. Cuando Julia se calló, mi madre giró la cabeza y dijo: «ya puedo cogerla otra vez». —Grim meneó la cabeza—. Yo no quería darle a Julia. Es absurdo, yo apenas sabía hablar, con lo pequeño que era. Pero tenía la sensación de que pasaba algo raro. Al final, mi madre se levantó y la cogió, y supongo que siguió dándole de mamar. Pero yo me quedé allí todo el rato, por miedo a que pasara algo. Creo que mi padre no se enteró nunca.

No parecía seguro de cómo continuar.

—Después, años más tarde, seguía sin saber si se le cayó o no, y entonces empecé a preocuparme pensando si no le habría quedado alguna secuela o algo. Y empecé a buscar síntomas.

—¿Síntomas de qué?

—O sea, si la dejó caer, podía sufrir daños

cerebrales, pensaba yo. Y sabía que algunos de esos daños podían tardar en notarse, si es que llegaban a notarse. Así que me puse a observar si tenía dificultad a la hora de hablar, si le fallaba la memoria, si le costaba aprender cosas...

Grim nunca estuvo enfermo de niño, me dijo. Nació sano y continuó sano, se libró de todas las enfermedades infantiles. Julia, en cambio, tuvo varicela, tos ferina, bronquitis y todo lo demás. Siempre estaba enferma, y cuando empezó el colegio, parecía casi desnutrida, hasta el punto de que la enfermera del centro —la vieja Beate, que fumaba Blend Amarillo y les había tocado las bolas a todos los chicos, incluidas las de Grim y las mías, para comprobar que todos los niños de Salem tenían dos, y no una ni tres— expresó su preocupación.

—Y yo me tomaba esas cosas como síntomas. —Soltó una carcajada—. Absurdo, teniendo en cuenta que Julia es la más sana de la familia. Así que no pasa nada. Pero, de todos modos, mi madre

no se ha recuperado del todo de la depresión. Tiene días mejores y días peores, pero nunca tiene días buenos, así que no le resulta fácil llevar las riendas del dinero y esas cosas. Y mi padre no puede.

La vieja Beate, que, por cierto, ya estaba muerta, añadió Grim. Su padre se lo había contado, porque, al parecer, Beate era madre de uno de sus compañeros de trabajo.

—Ah —dije yo, que no quería dejar el tema de Julia, pero Grim no tenía interés en seguir hablando de ella.

Miré por la ventanilla del autobús y vi el mundo pasar. Los árboles verdes, el cielo gris, las casas amarillo pálido.

Más tarde, aquella misma noche, sonó el teléfono. En nuestra casa había tres: uno en el dormitorio de mi hermano, otro en el de mis padres y uno portátil que nunca estaba donde uno creía. Donde quiera que buscaras, daba igual,

siempre estaba en otro sitio, y mi padre siempre saltaba diciendo que aquel teléfono terminaría por volverlo loco.

Los tonos de llamada atravesaban la casa, y yo no me molesté en responder. Me quedé sentado hojeando antiguos anuarios del colegio de Rönninge, buscando a Julia Grimberg. Todavía no la había encontrado, pero era un colegio grande y había muchas clases. Oí que respondían en la cocina, y enseguida llamaron a mi puerta.

—Leo, es para ti.

—¿Quién es?

—Una tal Julia.

Me levanté, abrí la puerta y le quité a mi madre el teléfono de las manos. Cerré la puerta sin mediar palabra, cerré el anuario, lo dejé encima de los demás y los aparté.

—¿Hola?

—Hola, soy Julia.

—Hola.

—¿Qué haces?

—Nada, aquí.

En el lado de Julia no se oía ningún ruido. Me pregunté si Grim estaría con ella, o si estaba sola.

—Muy bien —dijo ella.

—¿Qué...? ¿Es que ha pasado algo?

—No, qué va.

«¿Ha pasado algo?» Quién dice una cosa así... Me daban ganas de darme de tortas.

—Sólo quería... —continuó Julia—. No sé, es que he visto tu número en el cuarto de John.

—Ya. ¿Y llamas a todos los números que ves en su cuarto?

Julia se echó a reír.

—Es la primera vez.

Me tumbé en la cama y cerré los ojos. Estuvimos hablando un rato de nada en concreto. Me preguntaba por qué habría llamado, pero me daba miedo preguntarle.

—¿Estás viendo la tele? —dijo.

—No.

—En la tres están poniendo *Regreso al futuro*.

¿La has visto?

No la había visto. Encendí el televisor, pero sin sonido. Michael J. Fox hacía lo posible por evitar a una chica que estaba enamorada de él.

—Es su madre —dijo Julia—. Ha viajado atrás en el tiempo para conseguir que sus padres se conozcan y acaben juntos, para que él llegue a nacer. Lo malo es que su madre se ha enamorado de él, o sea, de su hijo. Claro que ella no lo sabe todavía.

Vimos la película juntos. De vez en cuando, Julia se reía. Era una risa bonita, se parecía a la de Grim.

—¿Adónde irías si pudieras hacer un viaje en el tiempo? —preguntó Julia.

—Pues... no sé, nunca lo había pensado.

—¿Irías al futuro o al pasado?

—Al pasado. No, al futuro. No, al pasado. —
Oí que Julia se reía otra vez—. No lo sé, es superdifícil. ¿Sólo puedo hacer un viaje?

—Sí.

—Pues vaya máquina del tiempo más mala, si sólo puedes hacer un viaje.

—Ya, pero si puedes viajar tantas veces como quieras, no tiene ninguna gracia.

—Dinosaurios —dije.

Ella se echó a reír.

—¿Qué?

—Pues que murieron por un meteorito gigantesco, o eso dicen. Pero no se sabe. Me gustaría saber si es verdad.

—Guay, Leo. O sea, que puedes ir a donde quieras, ver exactamente lo que quieras, y eliges ir a ver a los dinosaurios. Además, podrías morir tú también. ¿La gente podía respirar entonces? ¿No era el aire tóxico y peligrosísimo?

—Bueno, me llevaría un tubo de oxígeno, por si acaso.

—Ya, ¿y qué ibas a hacer? —preguntó—. ¿Te quedarías ahí mirándolos y ya está? ¿Les darías una palmadita?

—Te estás riendo de mí.

—Sólo un poco.

—¿Y tú, adónde irías?

—Al futuro, naturalmente.

—¿Por qué?

—Para ver cómo será todo. Así no tienes que preocuparte. Aunque... —continuó—, puede que entonces, al volver al tiempo presente, te lo tomes todo con calma, porque como crees que todo sale bien al final hagas lo que hagas... Si es que las cosas salen bien en el futuro, claro. Y entonces puede que no hagas lo que te conducirá a ese futuro precisamente. ¿Comprendes?

—Pues... sí, creo que sí.

Yo no tenía ni idea de lo que quería decir.

—Puede que sea importante que no sepamos cómo serán las cosas. Así que puede que viajara al pasado. Pero, si vas al futuro y todo es una mierda, tienes la oportunidad de cambiarlo; sólo hace falta saber qué es lo que hay que cambiar. —Dudó un instante—. A mí me gustaría ver cómo les irá a mis padres. Y a John. Y a mí.

—¿A ti te preocupa el futuro?

—Pues como a todo el mundo, ¿no? —Se quedó un rato callada y oí cómo respiraba—. Me parece que acaba de llegar mi padre.

—¿Es que no te deja hablar por teléfono?

—Sí, pero no quiero que me oiga. Mi habitación y la suya están pared con pared.

Se hizo el silencio otra vez, pero resultaba relajante y cálido. Luego, seguimos hablando: de lo que haríamos en verano, de música y de cine, y del colegio. Me preguntó si había oído hablar de *El Santo*.

—¿La película con Val Kilmer?

—Sí.

—La están poniendo en el cine, ¿no?

—Sí. Había pensado ir a verla, pero no conozco a nadie que quiera venir conmigo. ¿Tú quieres verla?

—¿Contigo? —pregunté, y abrí los ojos.

—Si te apetece, vamos. —Sonaba indecisa—. No tienes por qué. Pero es que es tan aburrido ir

sola...

—No, estaba... Claro, sí.

—No le digas nada a John.

Tengo la sensación de que pensaba mucho en ellos, en la familia Grimberg. En cómo vivían y en qué fue lo que se torció de verdad. Lo que se podía ver a simple vista, lo que se veía de aquella familia no era insólito en Salem, yo conocía a varias familias que estaban igual. Creo que se daban episodios de violencia, o, al menos, se habían dado. Julia se interponía entre su padre y su madre, mientras que Grim se mantenía al margen en la medida de lo posible. Es lo que nos pasaba siempre. En el colegio, en casa, en la calle: alguien se libraba, alguien quedaba atrapado en la línea de fuego. Lo llamativo de Grim era que se comportara con Julia de un modo tan sobreprotector. Parecía que hubiera entre líneas muchas cosas que yo no captaba, a pesar de que lo intentaba y quizá lo intente aún hoy.

—A veces, cuando estoy solo, tengo la sensación de que desaparezco —solía decir Grim; y, aunque entonces no comprendía exactamente lo que quería decir, es lo que me pasa a mí hoy con ellos. Debo retenerlos a los dos, a Grim y a Julia, vincularlos a escenas concretas, para que no desaparezcan.

La juventud y la infancia, cuanto más tiempo pasa más se difuminan, y Grim y Julia aparecen como el misterio que quizá hayan sido siempre.

Todo parecía prohibido. Durante el breve tiempo que Grim y yo nos relacionamos, nos hicimos íntimos amigos. Al menos, yo tenía esa sensación, con él era difícil estar seguro. Sin embargo, no hablamos por teléfono ni una sola vez. Después de la primera conversación telefónica con Julia, empecé a pasar una hora al día en la cama hablando con ella. Teníamos una relación tan íntima que me hacía vibrar por dentro. Me sentía vivo como no me había sentido jamás, como si mis sentimientos fueran ojos que hubiera

tenido vendados hasta entonces. Julia Grimberg conseguía que todo se revolviese y pareciera más grande, infinito.

—¿Qué ropa llevas puesta? —preguntó al teléfono la víspera del día que íbamos a ir al cine.

Yo me eché a reír.

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero saberlo.

—Pero ¿por qué?

—Nada, por saberlo.

Guardé silencio mientras comprobaba que la puerta de mi cuarto estuviera bien cerrada.

—Unos bóxers.

—Se llaman calzoncillos.

—Pero calzoncillos es una palabra feísima.

—Bueno, pero es como se llaman.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Bragas. ¿También es fea esa palabra o qué?

—No.

—A mí me gusta la ropa interior de chico — dijo, y me pareció que se estiraba antes de oír su

respiración.

—¿Eres virgen?

Me salió así, sin más, y me sorprendió. Me habría gustado borrarla.

—No —respondió ella—. ¿Y tú?

—No —mentí, convencido de que no me creía.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó Julia.

—Quince. ¿Y tú?

—Catorce.

La oí contener la respiración.

—¿Qué haces? —pregunté.

—¿Tú qué crees? —susurró ella.

Empezó a respirar más rápido. Era un sonido que embrujaba. Yo me esforzaba por oír todos los detalles de lo que ocurría al otro lado del teléfono.

—Tócate —me dijo en voz baja, con una densidad en la voz que nunca había oído hasta entonces.

—Vale —dije, aunque ya lo estaba haciendo.

—¿Qué te parece?

¿Qué responde uno a una pregunta así?

—Bien —respondí.

—Imagínate que es mi mano.

Yo estaba a punto de estallar. De repente, la oí jadear como si se le escapara el aire una y otra vez, hasta que pareció recuperar el ritmo lentamente.

—Me he dado un mordisco en el labio —dijo después con una risita—. Creo que me he hecho un agujero.

Todo me daba vueltas. Jamás había vivido nada semejante.

VIII

El camello es un hombrecillo frágil como un gorrión, con los ojos muy juntos y un pico afilado por nariz, que se mueve espasmódicamente. Lleva el pelo peinado hacia atrás y la frente descubierta, ancha y pálida. Lleva un abrigo largo de color negro que va aleteando cuando camina.

—¿La reconoces?

—¿Está muerta?

—¿La reconoces?

Él sonrío apenas y se le ven los dientes torcidos.

—Sigues suspendido, ¿verdad? No tengo por qué decirte una mierda.

—He vuelto al trabajo.

—Pues enséñame la placa.

Miro a mi alrededor. Estamos cerca de la Iglesia de María, en el barrio de Södermalm. Noto el olor a pan recién hecho que viene de una de las pastelerías de la zona y se oye el rumor de la calle de Hornsgatan en la distancia. Hace un día precioso. Me acerco un poco a él.

—¿Cuánto dinero me debes?

Se le borra la sonrisa y me mira cara a cara.

—No lo sé.

—Pues es mucho.

—Te lo voy a devolver.

—Dame lo que te estoy pidiendo y te pongo la cuenta a cero.

Felix es un antiguo informante. Cuando interrumpimos la colaboración, hace varios años, no le quedó nada y tuvo que refugiarse un tiempo en el extranjero. A su regreso, le ofrecí la posibilidad de empezar de nuevo, y Felix volvió a empezar y siguió exactamente igual que antes, y se pulió el dinero. Seguro que quien lo mate se

llevará un premio y, en realidad, es un milagro que siga vivo, pero las cucarachas como Felix tienden a sobrevivir.

—¿De verdad? —pregunta.

—De verdad.

Felix echa una ojeada vacilante a la pantalla del móvil.

—Esa mujer debe de ser importante, ¿no?

Lo empuja hasta las sombras que rodean la torre de la Iglesia de María.

—¿Sabes cómo se llama?

Él juguetea con la lengua, que asoma por la comisura de los labios, como si estuviera rascándose, y se fija en la foto.

—Rebecca.

—¿Rebecca qué más?

—Simonsson, me parece. O no, Salomonsson, quizá. —Levanta la vista de la foto y me mira—. Sí, es Salomonsson. Rebecca Salomonsson. Es la de la Residencia Chapman, ¿verdad? Lo he leído en el periódico.

—¿De qué la conocías?

—De que vendía.

—¿El qué?

—¿Tú qué crees?

—La gente vende de todo lo habido y por haber
—le digo.

Felix asiente complacido.

—Eso es verdad, pero Rebecca se limitaba a
drogas y sexo.

—¿Y por qué la conoces tú?

Él baja la vista, como si estuviera
reflexionando. Empieza a tener la frente húmeda.

—Sé que no tiene buena pinta, pero joder,
Junker, yo no lo hice, te lo juro.

—A ver.

Mira a su alrededor y se inclina un poco hacia
mí, con los ojillos brillantes abiertos de par en
par.

—Yo era el que le suministraba mercancía.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Oye, que yo no te vacilo, no me vaciles tú —

dice furioso, antes de serenarse un poco—. Ya sabes a qué me refiero. Ese tipo de cosas pasan por dos razones, más o menos. O porque le debía dinero a alguien, y, en ese caso, sería a mí, o porque ha visto algo que no debía ver. La más probable es la primera. O sea —dice, y saca un cigarro del bolsillo del abrigo—, que lo tengo de puta pena.

Mientras Felix enciende el cigarro, le miro los pies. Lleva unas converse pequeñas, varios números más pequeñas que las mías. Varios números más pequeñas que el zapato que dejó la huella en el suelo de la Residencia Chapman. Puede que llevara otros zapatos, pero lo dudo.

—¿Quieres? —pregunta, al tiempo que me ofrece un cigarro.

—Tengo. Dime lo que sepas de ella.

Felix da una calada y echa el humo por la nariz. No deja de escrutar el entorno, para asegurarse de que nadie lo ve en mi compañía.

—No era de aquí. Creo que era de Nyköping o

de Eskilstuna o así, de una ciudad pequeña, desde luego. Llevaba aquí un par de años. El típico caso de marginación social, como la mayoría. Vino con la idea de encontrar trabajo o de ponerse a estudiar, pero entró enseguida en los círculos equivocados. El chico con el que empezó a salir era un yugoslavo de Norsborg, un drogata integral. La arrastró a lo peor antes de morir de sobredosis. Y entonces, acudió a mí.

—¿Y empezó a vender?

Felix da una calada.

—Exacto.

—¿Qué vendía?

—Todo lo que yo le daba. Pero ella sólo se metía heroína.

—¿Y qué le dabas?

—Ya me conoces. —Felix sonríe—. De todo. No hay la menor posibilidad de especializarse en nada, ya no funciona así. Hay que tener acceso a todo. Heroína, morfina, anfetaminas, coca, benzos, Mario, lo que sea.

—¿Y Mario qué es?

—Conoces a Super Mario, ¿no?, el personaje de Nintendo.

—Sí.

Me mira, como si eso lo explicara todo.

—Ese juego está lleno de setas, tío. Estás perdiendo facultades, Junker. Llevas demasiado tiempo lejos de las calles.

—Ya. Y, aun así, me ha llevado menos de una tarde dar contigo. —Enciendo un cigarro, y el humo se mezcla con el suyo—. ¿Tenía alguna cuenta pendiente con alguien?

—Todo el mundo tiene alguna cuenta pendiente.

—Ya sabes a qué me refiero.

Felix sigue dando caladas y se pasa la lengua por la comisura de los labios.

—Pues no, que yo sepa. Hacía lo que tenía que hacer. Y casi nunca me pagaba tarde. Si tenía negocios con otros, pues no lo sé. Y como era de fuera, tenía pocos amigos.

—¿Dónde vivía?

—En ninguna parte y en cualquier sitio.

—¿Cuál fue su último paradero?

—Últimamente no tenía sitio fijo. Digo yo que por eso dormía en la Residencia Chapman.

—En la residencia no había pertenencias tuyas, pero al menos una mochila con sus cosas tendría en algún sitio, ¿no?

—¿Y yo qué coño sé? Supongo que sí. —Hace un gesto de resignación y sufre un ataque de tos antes de dar otra calada angustiada—. Solía tomar la línea roja en dirección sur, incluso después de que su chico la palmara en Norsborg. Puede que conociera a alguien allí, o que viviera en casa de alguien.

—¿Sabes el nombre de sus amigos?

—No.

—¿Cómo se llamaba su chico?

—Miroslav algo.

—¿Miroslav Djukic?

Felix asiente otra vez, ansioso y entre espasmos.

—Eso, así se llamaba.

Felix duda un instante; luego ladea la cabeza y sonrío de buena gana, como si acabara de ocurrírsele algo. Es un gesto raro, pero todo el lenguaje gestual de Felix es impredecible, como si se le hubiera olvidado qué expresión va con cada palabra.

—¿Puedo irme ya?

Lo despacho con un gesto cansino de la mano.

—Oye, sabes con quién tienes que hablar, ¿verdad? —dice mientras se aleja, con el abrigo aleteando detrás cuando entra en la zona de sol, y echa un vistazo a su alrededor.

—Pues no.

—Claro que lo sabes.

—Que no.

Pero sí que lo sé. Felix desaparece a la vuelta de la esquina y yo me quedo allí plantado con el cigarro en la mano.

Tengo que hablar con Sam.

Ahora Sam está con el dueño del Pierced, el estudio de *piercing* más famoso al sur del lago Mälaren. Se llama Rickard, pero lo llaman Ricky, y, aparte de una cantidad incontable de *piercings*, le pidió a Sam que le tatuara en la espalda el texto latino original de la obra de Carl Orff *O Fortuna*. Es una persona a la que, quizá por razones comprensibles, nunca me he podido tomar en serio, aunque sólo lo conozca de oídas y no lo haya visto nunca.

Sam y yo nos conocimos en una fiesta, en un piso de la calle Nytorrgsgatan. Yo acababa de empezar a trabajar bajo las órdenes de Levin, en la comisaría general, y fui para reencontrarme con viejos amigos con los que ya no tenía nada en común. Me parecía absurdo, pero un deber. Sam estaba allí por la misma razón. Era verano y estaba morena. Tenía el pelo entreverado de mechones de distintos tonos de rubio. Se lo había recogido con un lápiz negro en un moño descuidado, y tenía unos mechones de rizados sueltos. Se le veían los

hombros, cubiertos de tatuajes, afiladas aristas de color negro, de gélido azul y de gris acero. Estaba sola, con una bebida lechosa en la mano y una mirada que, más que ninguna otra cosa, desvelaba su deseo de encontrarse en cualquier otro lugar.

Avanzada la noche se me acercó en la cocina, donde yo estaba preparándome una copa, y empezamos a hablar, porque, gracias al alcohol, se encontraba de mejor humor. Resultaba fácil entablar una conversación con ella, una vez que se abría y te dejaba entrar. Sabía prestar atención y escuchar sin perder la concentración, y no era pasiva ni retraída. Y aun hoy sigue siendo la mejor contertulia que he tenido. Sam tiene la capacidad de sacar lo mejor de mí.

Por desgracia, también saca lo peor.

—Tengo un estudio de tatuaje —me dijo—. Está en la calle Kocksgatan.

—Kocksgatan —repetí, y apuré la copa.

—Voy a tener que ir ahora.

—¿Ahora? ¿Vas a ir al trabajo a estas horas?

Era mucho más de medianoche.

—Es que se me han olvidado allí las llaves de casa —dijo con voz pastosa—. Tengo las de casa y las del trabajo en llaveros distintos.

—Qué poco... práctico.

Dije yo, también con voz pastosa, sin querer.

Aquella noche nos acostamos en el estudio, de pie en el gran sofá marrón que tenía en la sala de espera. Los pantalones por los tobillos, yo con una mano en el pecho de Sam y la otra, agarrándole la cintura. Su melena en mi cara, el olor a laca y a tinta, las uñas, que me clavaba en la piel, mi certeza de que hacía mucho tiempo que no sentía nada igual.

Dos semanas después, éramos pareja. Fue Sam la que preguntó, yo me eché a reír, por la inocente juventud que denotaba. No tardamos en compartirlo todo, salvo el apartamento. Pasábamos pocas noches separados. Nos quedábamos en casa siempre que podíamos, viendo películas o series malas de televisión.

Salíamos a cenar, al cine, dábamos largos paseos por la calle de Söder Mälarstrand. Lo hacíamos por la mañana, a la hora de comer y por la noche. En la cama, en la ducha, en el suelo, en la mesa de la cocina, en el estudio de tatuaje de Sam, en los servicios del cine Sergel, en el ascensor Katarina, en plena noche, apoyados en la valla de la calle Monteliusvägen, con toda Estocolmo desplegada a nuestros pies. Los meses pasaron zumbando y pronto nos intercambiamos las llaves, y luego yo me mudé a su piso en Södermalm y realquilé el apartamento de Chapmansgatan.

Sam se enteró de que yo era policía a las pocas semanas de conocernos. No fui yo quien se lo dijo, porque temía que me dejara. En realidad, lo sospechó desde el principio, según me dijo después. Yo debería haberlo supuesto. Le había dicho que era comercial, no se me ocurrió nada mejor. Después me pareció ridículo.

Sam se movía en el límite de los bajos fondos. Los hombres peligrosos aprecian un buen tatuaje, y

Sam es buena. El tatuador es como el peluquero de barrio del mundo normal, que, gracias a su oficio, aprende mucho del ambiente en el que se desenvuelven sus clientes. Y Sam no tenía nada en contra, pero tampoco sentía ninguna necesidad de involucrarse más. Estuvimos haciendo equilibrios en los límites de nuestras vidas, y creo que por eso nos atraíamos.

Después, ella se quedó embarazada. Al principio no estábamos seguros, pero finalmente decidimos tenerlo. Nos compramos unos anillos, no para prometernos, sino para tener un vínculo material común cuando naciera el niño. Fue el principio de los siete meses más felices de mi vida. Iba a ser niño, se llamaría Viktor, por el abuelo de Sam. Una noche volvíamos a casa después de una fiesta. Conducía Sam y yo iba a su lado, teníamos la radio puesta y recuerdo que cantaban *if I had the chance I'd ask the world to dance*.

Era invierno, y el conductor del coche de

delante llevaba una tasa de alcohol tan alta que no me explico cómo no estaba inconsciente. De pronto, ocurrió algo, Sam contuvo la respiración y luego dio un volantazo. Todavía no sé qué pasó, no lo recuerdo. La carretera estaba resbaladiza, había mucho hielo. El coche empezó a dar vueltas y el mundo se puso del revés. Lo veía todo negro, hasta que abrí los ojos y vi un cielo despejado. Estaba tumbado en una camilla y me estallaba la cabeza. Cada suspiro era una punzada brutal en el pecho, como si me lo estuvieran traspasando con agujas. Tenía cuatro costillas fracturadas. La siguiente vez que me desperté estaba tumbado bajo una potente luz blanca en el hospital de Södersjukhuset. Pregunté por Sam y me dijeron que seguía en quirófano. Que ella se pondría bien. Era a Viktor a quien trataban de salvar.

No pudo ser. Sam había perdido demasiada sangre y el niño había sufrido una fuerte hemorragia. Me lo dijeron a mí solo, sin Sam, que aún estaba en la unidad de cuidados intensivos.

Recuerdo lo intensa que era la luz, lo fresca que era la habitación, y que en una mesita, a mi lado, había una bandera pequeña en madera pintada de azul y amarillo.

Al conductor que iba delante, el que había perdido el control del coche, lo condenaron por imprudencia temeraria al volante. Le cayeron seis meses de suspensión condicional. No se lo conté a nadie, pero una noche, un par de años después, fui a buscarlo, llamé a la puerta de su apartamento y, en cuanto abrió, le arreé un puñetazo. Él no opuso resistencia.

La muerte de Viktor supuso una brecha infranqueable en nuestra relación. Aguantamos un año. A medida que todo iba a peor, a medida que nuestra existencia se iba sujetando con alfileres, llegaron las discusiones. Guerra de miradas, guerra de tirarse platos, guerra de darse la espalda en la oscuridad. Peleas espectaculares por nada y, al mismo tiempo, por todo lo esencial. Tratábamos de minimizar las grietas acostándonos, y lo

empeorábamos todo.

Sam y yo éramos el primer refugio mutuo, la primera persona a la que acudir cuando algo iba mal, y ella conoce los rincones más recónditos de mi corazón. Y yo los del suyo. Sé que tiene miedo a la oscuridad. En el estudio de tatuaje tiene colgados carteles de películas como *El club de la lucha*, *El padrino* y *Pusher*, pero su película favorita es en realidad *Con faldas y a lo loco*. Sé que tiene un tatuaje en la cara interna del muslo, dos palomas, tan alto que el extremo de una de las alas casi le rozaba la ingle. Sé que el padre de Sam maltrataba a su madre.

En tanto que el fantasma de Viktor nos iba desgarrando, nos sepultábamos en el trabajo. Lo que antes funcionaba bastante bien, quizá porque Sam y yo habíamos ocultado nuestra relación a casi todo el mundo, generó otros puntos de fricción. Ella se movía rozando los bajos fondos. Oía cosas. Cuando cundió el rumor de que estaba con un policía, no sólo empezaron a escasear los

clientes, sino que además muchos la amenazaron. Ella se lo tomó con calma aparente, pero yo me di cuenta de que estaba crispada. Yo también, y tenía la sensación de que era culpa mía.

—Deberías dejarlo —le dije—. Dedicarte a otra cosa.

—¿Y por qué iba a dejarlo yo? ¿Por qué no lo dejas tú?

—Para ti es más fácil.

—De eso nada —me soltó—. A ti no te encanta ser policía. A mí me encanta lo que hago.

—¿Te encanta tatuar a delincuentes peligrosos? —le respondí a gritos—. Un trabajo muy honorable, Sam.

—Tergiversas todo lo que digo —dijo ella, temblando de rabia y de decepción.

Y así seguimos, días y semanas y meses.

—No iréis a romper, ¿no? —preguntó un día una de las amigas de Sam mientras tomaban café.

—No hoy mismo —respondió Sam.

Rompimos dos semanas después de que le

diera una cadenita con cubos negros, en un intento de reconciliación. Cuando se la ponía, parecía que alguien la sujetara con una cuerda más que otra cosa, pero a Sam le gustaba. Yo volví al barrio de Kungsholmen, a la calle Chapmansgatan, y un año más tarde me vi involucrado en lo que luego darían en llamar el caso Gotland.

Se puso en contacto conmigo cuando vio que el suceso saltaba a los medios, para saber cómo lo llevaba. Yo no quería hablar en ese momento, pero la llamé más tarde. Fue una conversación teñida de silencios y de palabras entre líneas. Quizá por eso, unos días después, volví a llamarla. Estaba colocado. Sam cortó enseguida y no insistí, al menos los días siguientes. Luego volví a llamar. No sé por qué, creo que quería oír su voz. Me hacía pensar en lo sencillo y prometedor que era todo en su día. Yo había cumplido los treinta sin que hubiera ocurrido nada de particular, pero quizá fue entonces cuando aparecieron de verdad

las consecuencias de hacerse adulto. Todavía sueño con Viktor por las noches.

—Sam —responde concisa cuando la llamo.

No sé qué decir. Así que no digo nada; y me avergüenzo.

—¿Hola? —dice ella con voz cansina—. Leo, tienes que dejar de llamarme. ¿Estás colocado?

—No.

—Voy a colgar.

—No, espera.

—¿Qué pasa, Leo? ¿Qué quieres?

De fondo oigo a alguien moverse, un hombre desnudo en la cama, que trata de conseguir que su chica deje de hablar con un tío que quizá la quiera todavía. Al menos, eso es lo que yo creo que oigo.

—Te echo de menos —digo en voz baja.

Ella no responde, y noto una punzada.

—No digas eso —susurra Sam.

—Pero es que es verdad.

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Deja de llamarme, Leo.

—No estoy colocado. Lo he dejado.

Ella ríe incrédula.

—Para nada.

—Que sí.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho. Te echo de menos.

—Pues yo no pienso decirte nada parecido.

Exhalamos el aire, y lo hacemos al mismo tiempo. Me pregunto qué significará.

—Me haría falta que nos viéramos —digo.

—¿Por qué?

—Necesito que me ayudes.

—¿A qué?

Dudo un instante.

—¿Te has enterado de la mujer a la que han matado de un tiro en la Residencia Chapman?

—Sí.

—Hay algo que no encaja. Creo que tú podrías ayudarme.

—¿Esto va en serio?

—Completamente.

—Mañana sobre las doce, ¿vale? —dice Sam, no muy segura—. Tengo un cliente a las diez, y antes no puedo.

—Gracias. Vale.

—Vale —dice.

Me pregunto qué estará pensando.

—¿Eres feliz? —le pregunto al fin.

Sam cuelga, y yo no vuelvo a llamar.

Ya está entrada la noche. Me rodea la oscuridad. Desde el balcón veo el edificio donde está el BAR y pienso en Anna, que me dijo que la llamara. Tal vez debería hacerlo. Tal vez fuera bueno para mí. Luego pienso que debería ir a Salem, y hay algo en esa idea que me llena de resignación. En la radio oigo un informativo y una noticia sobre la investigación. En Eskilstuna han comunicado a los padres de Rebecca Salomonsson la muerte de su hija. Me pregunto cómo habrán

recibido la noticia. Es doloroso perder a los tuyos.

Hace frío en el balcón, y me fumo un último cigarro. Cuando entro, el móvil empieza a vibrarme en el bolsillo: un mensaje de un número oculto.

te estoy viendo, Leo

Me desplomo en el sofá y respondo:

¿quién eres?

dicen que estás buscando a un asesino

di quién eres, respondo.

Cojo un Sobril del blíster que está en la mesita del salón, me lo trago, respiro hondo.

adivina, es la respuesta.

¿es una broma o qué?, pregunto.

no

En la calle oigo un motor que arranca. Salgo otra vez al balcón y veo alejarse un coche, y las luces de la ciudad, que se reflejan en el brillo oscuro de la chapa; las luces traseras, rojas y encendidas; y el interior, que ilumina vagamente el resplandor blanco de un teléfono móvil.

Tengo doce años. Mi padre me considera su único amigo verdadero, dice que todos los demás están en su contra. En la tele están poniendo Sensación de vivir. Mi padre dice que soy como Dylan. No entiendo a qué se refiere, pero me gusta. Me rodea los hombros con el brazo. En casa sólo estamos él y yo. Luego nos metemos en el coche. No vamos a ninguna parte en concreto, sólo a dar una vuelta. Escuchamos música y el sol brilla. Es primavera. Al cabo de un rato, un policía nos para y nos indica que salgamos de la carretera. Mi padre tiene que soplar por una boquilla. Y después tenemos que dejar el coche y volvemos a casa en uno de policía. Mi padre convence al policía de que se pare un trecho antes, para que vayamos a pie hasta la casa. No

sé por qué.

Mi madre no protesta. No dice nada. Nunca dice nada. La primavera siguiente, mi padre se apunta voluntariamente a seis meses de tratamiento. Vuelve a casa después de tres y dice que ya está bien, que está perfecto. Ya no hablamos, porque yo no me creo lo que dice y él lo sabe. Pero un día se lo digo. Me tira una silla mientras me alejo, me voy corriendo y me encierro en mi cuarto. Mi padre se planta en la puerta y dice que quiere entrar y hablar conmigo. Al ver que no abro, se enfada. Pongo el equipo de música y subo el volumen para no oír su voz. Mi padre da puñetazo en la puerta. Pega tan fuerte que hace una especie de agujero en la madera barata. Las astillas le causan profundas heridas en la mano, coge un taxi al hospital y tienen que darle puntos.

¿Qué hacías tú mientras yo estaba en el coche con mi padre? ¿Dónde te encontrabas? ¿Erais tú y la soledad? Últimamente hago esto con mucha

frecuencia, elijo un recuerdo lejano y pienso en él, pienso en aquellos primeros años, antes de que nos conociéramos. En la época en que éramos dos extraños.

IX

Amanece y estoy en el apartamento, insomne y con los ojos enrojecidos. En el programa de radio matinal ponen no sé qué jazz endemoniado para despertar a los posibles cadáveres que hayan olvidado la radio puesta antes de irse al otro mundo. Es una música intensa y rabiosa que no parece terminar nunca, sino que sube y baja en impetuosas oleadas. Sam. Voy a ver a Sam. Se me ha quedado su voz en la cabeza desde la conversación de ayer. Casi se me había olvidado cómo suena, lo áspera y, al mismo tiempo, lo suave que es.

Miro el teléfono.

dicen que vas detrás de un asesino

Alguien quiere que sepa que existe. Que sepa que me está observando.

El psicólogo al que acudo desde hace un tiempo es un profesional conocido, suele aparecer en los medios de comunicación. No sé cómo he llegado hasta él, sólo sé que no lo pago yo. Para empezar, acudí a un psicólogo especialista en el tratamiento de los traumas de los policías, pero, al cabo de un tiempo, me remitieron a otro. Éste tiene la piel bronceada, la barba corta entreverada de gris y la barbilla angulosa. Habla mucho de sus proyectos inminentes: su participación en una serie de televisión sobre salud mental, conferencias en institutos, un libro que piensa escribir sobre su infancia... Y luego:

—¿Cómo te sientes?

—Bien, supongo.

—El verano está a punto de terminar.

—Sí.

—Se acerca el otoño.

—Supongo —digo, y miro el móvil, vagando de la expresión estática de Rebecca Salomonsson a los mensajes de texto del número oculto.

—¿Estás esperando algo?

—¿Cómo?

Señala el móvil.

—¿Podrías guardar eso?

—No.

Sonríe, hace un gesto de prudente resignación, se retrepa en la silla. Sigue mi ritmo en todo. Es la forma de avanzar, asegura. La verdad es que llevo un mes sin decirle nada interesante. Al principio, yo despertaba su curiosidad, probablemente porque conocía mi pasado, pero su interés se enfrió rápido. Yo fumo y bebo agua durante las sesiones. Cuando me pregunta por qué creo que estoy aquí, cuál creo yo que es el quid de la cuestión, le miento. A veces le grito, a veces lloro,

por lo general no digo nada. Las más de las veces, pasan las horas en silencio. A veces me quedo allí toda la sesión, otras veces me levanto y me voy sin decir nada.

En esta ocasión, dejo la consulta del psicólogo a los cuarenta y cinco minutos.

Esta ciudad tiene algo. Hay algo en cómo el *barista* de traje que sirve café expreso les sonríe a los que van bien vestidos, pero no a los demás; hay algo en los codos afilados en el metro. Algo en la forma en que nunca nos miramos a los ojos, en la forma en que nunca llegamos a vernos unos a otros. Todos esperan a que Dios invente algo nuevo, algo que les facilite la tarea de aguantar.

En Estocolmo casi todo está en algo viejo. Todo puede reutilizarse y renovarse. Nada tiene núcleo. Locales que eran pisos se han convertido en comercios y viceversa. El restaurante que está a unos metros de la fortaleza de los policías en la calle Kungsholmsgatan fue en su día un salón de

peluquería. La tienda gótica de la calle de Ringvägen se aloja hoy en lo que fue un club de *striptease*. El club de *striptease* de Birger Jarlsgatan era antes una librería de viejo.

Me encuentro en el barrio de Södermalm y veo cómo el trajín de la hora del almuerzo estrangula la calle Götgatan hasta que el tráfico se detiene por completo. Grupos de peatones aguardan en la acera ante los semáforos en rojo. Llevo gafas de sol, porque siempre llevo gafas de sol antes y después de ir al psicólogo. Circulo por las calles más estrechas al este de Götgatan y me tomo un Sobril en cuanto veo el letrero del S TATTOO. El estudio de Sam se encuentra en lo que era una antigua tienda de comestibles de los años cincuenta.

La puerta es nueva, está pintada de negro y tiene una hoja de metacrilato tras una reja bien recia. Está cerrada, pero no con llave. En el consabido sillón hay un joven con el pelo de color verde vómito y *piercings* en la cara; tiene el torso

desnudo e inclinado y los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. A Sam no la veo.

Pero entonces aparece por un agujero que hay al fondo del estudio. Lleva en la mano un bote de tinta roja, y yo levanto la mano para llamar a la puerta al tiempo que se me escapa un suspiro.

Con una mano en el picaporte de la puerta abierta y la otra apoyada en el marco está Sam, delante de mí, con una mirada que se ensombrece enseguida y la cara tensa. A su espalda, el joven del pelo verde se ha incorporado y nos mira con curiosidad.

—Hola —me dice Sam.

—Hola.

—¿Tienes que llevarlas puestas?

—¿Qué? —Entonces caigo, y me quito las gafas de sol—. No. Es que vengo del psicólogo.

—Vale —dice como desconcertada, y fija la vista en la delgada franja de cemento del suelo que nos separa. Suelta el picaporte—. Tengo un cliente, te toca esperar.

—No pasa nada, no tengo prisa. O eso creo.

En el interior del S TATTOO hay un olor muy fuerte a tinta y a líquido esterilizador. Me acomodo en el gran sofá de piel marrón. Lo veo desgastado, deshilachado. Está en un rincón del estudio, al lado del agujero al otro lado del cual tiene Sam el almacén de tinta, agujas, vendas, jabón antiséptico, archivadores de contabilidad y todo lo demás. Las paredes están decoradas con fotografías de distintas partes del cuerpo. Espaldas, hombros, nuca, caras, manos, barrigas, pechos y muslos, todos ellos tatuados por Sam.

Lleva unos vaqueros oscuros y una camisa blanca. Por la manga asoma la cola de una serpiente que se le enrosca alrededor del brazo. Se pone un par de guantes de plástico y continúa rellenando el tatuaje de la espalda, un ser subterráneo con cara de toro y alas de dragón, negro, rojo y amarillo. La aguja eléctrica parece un taladro de dentista y suena igual cuando Sam pisa el pedal para comprobar la velocidad.

La cara del joven pasa de pálido a rojo, antes de ponerse pálida otra vez, y lo veo agarrarse al sillón como si, de lo contrario, fuera a elevarse al cielo.

—Creo que tendremos que hacer otra sesión —dice Sam tranquilamente—. Sólo me falta un ala.

—Ya. —Tiene la cara blanca, los ojos desencajados y la boca seca—. Vale. —Parece avergonzado.

Se va del S TATTOO, y Sam se queda de espaldas a mí. Da la impresión de que está viendo cómo se aleja, pero yo no lo creo. Luego suelta un suspiro, se da la vuelta, pasa por delante de mí y entra en el almacén, vuelve con dos latas de refresco. Se sienta en el sofá, tan lejos de mí como puede. Abre la lata y da un sorbo. Y me sorprendo al darme cuenta de que está más guapa si cabe que hace un año.

—Necesito que me ayudes —digo.

—Sí, ya lo veo. —Mira el reloj que hay en la pared—. Tengo diez minutos.

Saco el móvil y le enseño la foto.

—¿La reconoces?

Sam aparta la vista de la foto y me mira.

—Bueno, esto es increíble. ¿Cómo coño eres capaz de plantarme delante la foto de una mujer muerta sin avisar siquiera?

—Perdona. —Respiro hondo—. Lo siento... Perdona. ¿Puedes decirme si sabes quién es?

Sam alarga la mano. Le doy el teléfono y nuestros dedos se rozan.

—Te has sonrojado —digo.

—Tengo calor. Y esto es muy desagradable.

Examina la foto muy seria, parpadea despacio, con la boca tensa formando una línea y el entrecejo fruncido. No es fácil mirar a una persona muerta. Me devuelve el móvil, como si no quisiera tener que ver con lo que le muestra. Y nuestros dedos se rozan otra vez.

—Rebecca —dice—. ¿No?

Me siento un poco más cerca de ella. Le veo en la cara rastros del pasado: recuerdo cómo es

cuando ríe. Cuando llora. Cuando está dormida. Recuerdo que entonces tiene la cara apacible, como la de un niño.

—¿Cómo sabes su nombre?

—La vi una vez, hace unos meses, en una fiesta. Había ido a vender. Pero entonces no sabía cómo se llamaba. Me enteré ayer.

—¿Quién te lo dijo?

—Sabes que no puedo contártelo. El simple hecho de que estés aquí supone un riesgo.

Las amenazas que recibió cuando empezó a saberse que Sam Falk estaba con un policía tuvieron como consecuencia la pérdida de clientes. Pero implicó también que se acercaran otros clientes, los que antes acudían a otro estudio. Cuando pasó todo, el equilibrio económico de Sam había vuelto a ser prácticamente el que era. Luego rompimos, y a partir de ahí no sé qué habrá pasado, salvo que a Sam le sigue llegando información.

—Murió en mi bloque, Sam —le digo

mirándola fijamente.

—Lo sé.

—Era la pareja de Miroslav Djukic. ¿Te suena ese nombre?

Sam enarca las cejas.

—¿Estaban juntos? Yo creía que él había muerto.

—Sí, y está muerto, pero ¿lo conocías?

—No sabía mucho más. Un marginado de Norsborg.

—Según Felix, puede que Rebecca viviera en casa de alguno de los amigos de Miroslav.

—Yo ya no conozco a ese tipo de gente.

Hago un gesto de asentimiento, aunque sé que no es verdad.

—¿Puedes decirme algo más de ella? Lo que sea.

Sam se muerde el labio. Es un tic que siempre me dejaba encandilado, y cuando se da cuenta de que no puedo apartar la vista, deja de hacerlo inmediatamente.

—¿Sabes dónde vivía? —pregunto.

—No. Pero sí que no vivía en la Residencia Chapman.

—¿Y cómo lo sabes?

—Hace un par de meses tuve una cliente que a veces pasaba allí la noche, cuando su novio se ponía agresivo. Me contó que allí no puede vivir nadie, que no es ese tipo de sitio. Puedes dormir, y puedes comer y te dan ropa, pero no es un sitio que puedas considerar tu hogar.

Me rasco la mejilla. Lo hago siempre que me pongo a pensar. O, al menos, eso me dijo Sam una vez.

—Hay algo que no encaja, sólo que no atino a ver qué es.

Le cuento lo que sé de Rebecca Salomonsson, lo ilógica que me parece su muerte, lo eficaz que ha sido el asesino.

—Y, según Felix, ¿no tenía ningún enemigo que fuera tras ella?

—No, que él supiera. Naturalmente, trataba de

protegerse cuando me dijo que él no lo sabe todo.

—¿Has pensado en...? —Sam se interrumpe.

Vuelve a morderse el labio. Yo bajo la vista.

—¿En qué? —pregunto.

—Puede que no sea por ella.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que no sea por la persona, sino por el lugar.

—¿Te refieres a la Residencia Chapman?

—En esta ciudad hay infinidad de sitios recónditos, tanto bajo techo como en la calle. Callejones, parques, zulos de droga, sótanos... La gente como Rebecca Salomonsson tiene tendencia a encontrarse en sitios así. Si iban por ella, ¿por qué no quitarla de en medio en cualquiera de esos sitios? ¿Por qué en la Residencia, donde el riesgo de que te descubran es mucho mayor?

—Puede que fuera urgente —digo—. Quizá la perseguían.

—Y si te están persiguiendo, ¿vas y te acuestas a dormir?

Niego con la cabeza.

—Sobre todo, en un lugar como la residencia, que siempre está abierto —digo—. No hay más que entrar.

Puede que la cuestión no sea por qué la mataron. Puede que la cuestión sea por qué la mataron en la Residencia Chapman. Algo se me remueve en lo más hondo y oscuro del pecho. Reconozco esa sensación: el problema no está resuelto, la pregunta sigue sin respuesta, el problema es abordable. Es una tesis en la que pensar, algo sobre lo que trabajar. Trabajar, ésa es la palabra que se me viene a la cabeza. Me hace sentir bien.

La puerta de S TATTOO se abre y una mujer de mediana edad entra en el local un tanto insegura.

—Me han hecho un regalo por mi cuarenta cumpleaños —dice vacilante.

—Un dragón chino, si no recuerdo mal —dice Sam.

—Sí...

—Podemos empezar por algo más pequeño.

La mujer sonríe, parece aliviada.

—Un momento, no tardo —dice Sam, y se dirige a mí—. ¿No hay novedades de Gotland?

—¿Por qué?

—No, por nada.

—Hacia mediados de julio dejé de esforzarme por averiguar qué había pasado. Nadie sabe por qué había juguetes en las cajas. Nadie sabe lo que ocurrió. El jeep que desapareció... no nos llevó a ninguna parte. Que yo sepa, por lo menos. A menos que lo que quisieran fuera jugármela.

Sam enarca las cejas.

—¿Y por qué iban a querer jugártela?

—Ni idea.

—No parece muy probable.

—Lo sé.

—¿Y tú, qué? —me pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Que cómo te va.

—Vuelvo a mi puesto a primeros de año.

—Todavía falta mucho.

—Sí.

Parece compasiva, pero le detecto algo más en la mirada. De repente, la veo vulnerable.

—¿Estás con alguien?

—No —digo—. Pero podría, si quisiera.

No quiero herirla, pero cuando veo el destello de cargo de conciencia en su mirada, no puedo por menos de pensar que se lo merece.

—Ya veo —dice.

—¿Eres feliz? —pregunto—. Con él, digo.

—Sí, soy feliz. —Se levanta del sofá—. Vete ya. Tengo que trabajar.

No sé que estará pensando. Me suena el móvil, llaman de un número oculto. Recuerdo los mensajes, me pregunto si será el remitente, que me está llamando, y respondo antes de levantarme del sofá.

—Leo.

—Me haría falta que vinieras a la comisaría cuanto antes.

Birck. Mierda. Sam me mira extrañada, se vuelve hacia el reloj de la pared. Tiene los brazos cruzados bajo los pechos pequeños y se le tensa la camisa.

—Estoy de permiso.

—Estás suspendido. Pero han salido a relucir ciertos datos y tenemos que interrogarte otra vez.

—¿Qué datos?

—Ya sabes cómo trabajamos, Leo. Lo hablamos aquí.

Miro el reloj.

—Puedo estar ahí dentro de media hora.

—Estamos deseando verte —dice Birck, y el sarcasmo sigue flotando en el auricular después de que haya colgado.

—Llámame —es lo último que le digo a Sam—. Si te enteras de algo más —añado al ver su desconcierto. Y ella asiente y se sonroja.

X

Ponían la película en el Rigoletto. Yo habría preferido ir al cine en Haninge o en Södertälje, pero Julia insistió en que el único cine digno de pasar películas era el Rigoletto, que además tenía la sala más grande. Una vez allí, delante de la pantalla, comprendí lo que quería decir. Era grande, desde luego, y ancho como una pista de tenis.

Cuando nos vimos en la puerta del cine, no sabía cómo comportarme ni qué iba a decir. Julia sonrió al verme y yo tragué saliva varias veces; luego me echó el brazo por los hombros y me dio un abrazo largo, y noté que me rozaba el lóbulo de la oreja con los labios.

Julia quería palomitas, así que la invité, aunque insistió en pagarlas ella. Tenía el paquete en las piernas, y yo iba comiendo, alargaba el brazo y cogía un puñado. Sólo eso, una cosa tan simple, me parecía indicio de intimidad.

Pensé que ésos serían los instantes que recordaría siempre. Nuestros profesores y nuestros padres nos advertían a todas horas de que ciertos sucesos que a esa edad se nos antojaban decisivos para nuestra existencia nos parecerían ridículamente exagerados al cabo de unos años, pero se les escapaba algo. Habían olvidado cómo eran las cosas cuando ellos tenían dieciséis. No nos comprendían. Y eso podía aplicarse a todo: ya no hablábamos el mismo idioma. Todos tenían miedo de nuestra generación. Para ellos éramos como extraños.

Pensé en el corto que habíamos filmado Grim y yo unos días atrás, en lo disperso que estaba yo y el trabajo que me costaba no sonreír todo el tiempo.

—Estás demasiado contento —decía Grim desde detrás de aquella cámara diminuta—. En esta escena no tienes que estar contento, sino más bien apesadumbrado, ¿lo pillas? Igual que yo.

—Entiendo —dije, pero, por más que me esforzaba, la escena salía mal.

Porque yo estaba contento. Ni taciturno ni retraído, que era como solía estar. Mi padre decía que eso era lo propio, pero yo no entendía qué quería decir. Ahora ya no me pasaba. Ahora, de repente, me sentía invencible.

Julia se me quedó mirando un buen rato. Luego, abrió la boca para decir algo, pero la cerró otra vez porque en ese momento apagaron las luces y recorrieron el pesado telón rojo; y de la primera mitad de la película no recuerdo nada: lo único en lo que podía concentrarme era en qué iba a decir Julia cuando encendieron las luces, pero no me atreví a preguntarle.

En algún momento, mientras veíamos *El Santo*,

Julia me puso la mano en la pierna. Alcancé a sentir que me traspasaba un estremecimiento antes de que la retirase bruscamente, y luego se quedó rígida en el asiento. Se me acercó y noté su aliento al oído:

—Perdona. Quería cogerte la mano.

Yo extendí la mano en la oscuridad y ella me puso la palma en el dorso. Cuando estábamos así, tocándonos, me costaba muchísimo pensar; ver la película, imposible. Al cabo de un rato, empezó a mover discretamente las yemas de los dedos, como examinando la mano, la pelusilla, las venas y los nudillos. Yo no sabía qué hacer, así que respiré hondo con la esperanza de que no se diera cuenta. El corazón me estaba asfixiando, como si lo tuviera atravesado en la garganta, a punto de salirse por la boca y caerme en las rodillas.

Luego fuimos paseando a la estación de Centralen por las calles tibias de Estocolmo. Julia me cogió la mano.

—Me gustas —dije al cabo de un rato.

—¿Desde cuándo?

No era la reacción que me esperaba.

—Pues... la verdad... No lo sé, un tiempo.

—Un tiempo —dijo ella imitándome entre risas—. Yo no pienso decirte lo mismo.

—¿Por qué no? —El corazón me latía otra vez impetuosamente—. ¿Es que yo no te gus...?

—A mí me resulta difícil decir ese tipo de cosas.

La besé en el tren de cercanías. Los labios le sabían a sal, de las palomitas, y tenía en la lengua el punto dulzón del refresco. Fui yo quien la besó, no al revés, y estaba preparado para que me diera una bofetada por intentarlo. Julia Grimberg parecía ser de ese tipo de chicas. Sin embargo, su boca respondió a la mía, y enseguida noté que otra vez me ponía la mano en el muslo, aunque en esta ocasión no la apartó, y yo quería tocarle el pelo, pero no me atreví por miedo a estropear el momento. El tren se detuvo y entró gente. Oí risitas

y pensé que era por nosotros. No me importó.

Nos separamos delante de Triaden, cuyos tres edificios se erguían altos y blancos ante nosotros.

La miré. Parecía pensativa.

—Te doy cien coronas si me dices lo que estás pensando —dije.

Ella se echó a reír.

—Tendrás que pagar más si quieres saberlo —respondió ella, y me soltó la mano—. Nos vemos.

Grim venía hacia mí por el patio del colegio. Yo no estaba avergonzado, pero era consciente de que tendría que mentirle. Para él, Julia era lo más importante en el mundo, y no le gustaría saber que yo la había besado. Me imaginaba la cara que pondría si le dijera que le había cogido la mano.

—¿Qué has hecho este fin de semana? —me preguntó.

—Nada, bueno, he ido al fútbol.

—¿Al fútbol? ¿Es que te gusta el fútbol?

—No. Por mi padre. Fuimos juntos a Söder.

Ahí estaba la mentira. Debería haber sido difícil, seguramente, pero no lo fue. Fue sencillo. Pensé en la cara de Julia. No la había visto desde que nos despedimos el viernes, y tampoco había oído su voz. Eso me tenía abatido.

—¿Y qué has hecho tú? —pregunté en voz baja, sin mirarlo a la cara.

—Esto. —Me dio lo que llevaba en la mano—. El primero que hago.

A Grim le brillaban los ojos.

—¿Qué te parece?

Me había dado su carnet de identidad. Lo miré y lo remiré. Era eso, no tenía nada de particular.

—¿Es una broma o qué?

—¿Qué crees que es? —Sonrió orgulloso.

—Un carnet de identidad.

—Pues sí. —Se me acercó un poco—. Mira la fecha.

Me la señaló con el dedo.

—Tú eres del setenta y nueve, ¿no? Aquí dice el setenta y ocho.

—Compáralo con éste. —Estaba exaltado—.
¿Ves alguna diferencia?

Sacó un carnet idéntico al que yo tenía en la mano. La misma forma, los mismos datos, la misma foto de Grim, mirando inexpresivo a la cámara, el pelo rubio y corto y la boca tensa.

—La fecha —dije—. Éste dice setenta y ocho; el otro, setenta y nueve.

—Pero ¿por lo demás? ¿Alguna diferencia?

—No.

—Perfecto.

—¿Se lo has enseñado a alguien más?

Él negó con la cabeza.

—Quería que fueras el primero.

Lo miré a los ojos, comprendí lo orgulloso que estaba; y que yo no sabía qué decir. No podía mentirle sobre Julia, pero tampoco podía decirle la verdad.

—Empecé con un poco de Tipp-Ex en un carnet antiguo, en la superficie —dijo—. Hace así como seis meses. Le tapé el nueve con una gotita. Si

mirabas sin fijarte mucho, no veías que lo que ponía en realidad era setenta y nueve. Pero al pasar el dedo por encima, se notaba como un bultito de algo que se hubiera quedado pegado. Estuve pensando cómo mejorarlo, y probé con otras cosas, hasta que descubrí el modo de cambiar el carnet entero.

Pasé los dedos por la superficie, noté los arañazos en el plástico.

—No está liso del todo —dije.

—Hay que rallar el plástico con mucho cuidado para que salga bien. Eso fue lo que me llevó más tiempo. Eso, y encontrar un plástico lo bastante grueso. Éste es el mismo que usan ellos.

—¿Ellos?

—El servicio de Correos. Ellos hacen los de verdad. —Cogió los dos carnets y se los guardó otra vez en el bolsillo—. Yo creo que con esto puedo ganar dinero.

—Seguramente —dije, pensando en la cantidad de gente que sabíamos obsesionada con entrar en

los pubs de acceso reservado a partir de cierta edad; pubs a cuyas puertas gobernaban el mundo unos vigilantes con encefalograma plano que no habían conseguido entrar en la policía.

—¿Quieres uno?

—Pues... sí, claro.

—Dame tu carnet. Sólo lo necesito una semana o así.

Se lo di, él lo cogió y lo examinó tan de cerca que casi le rozaba la punta de la nariz.

—Será la primera vez que lo haga para otro —murmuró dándole la vuelta—. No sé si saldrá tan bien.

—Oye, Grim...

—¿Qué?

Se parecían mucho. No a primera vista, pero había algo en la expresión de la cara...

—Nada. —Bajé la vista, me concentré en los zapatos—. No es nada.

Acordamos un precio por el carnet. Era menos de lo que esperaba, pero no tenía ni idea de dónde

iba a sacarlo.

El dinero cuyo olor Grim había detectado cuando estuvo en mi casa. Podía utilizar ese dinero, no lo había tocado desde entonces.

Se acabó el recreo, me despedí de Grim y me encaminé a la entrada anodina del instituto.

Ella me esperaba detrás de la torre del depósito. Cuando llegué, ya estaba oscuro, y unas aves negras graznaban volando en círculos alrededor de la torre, como si estuvieran animando a alguien a tirarse desde arriba. Yo llevaba las manos en los bolsillos de la sudadera, y las saqué con la esperanza de que se les secase un poco el sudor.

Ella llevaba vaqueros, una camiseta roja de tirantes finos y unas Converse negras, y, en las manos, una rebeca gruesa de color negro. Me pregunté si tendría frío, pero al acercarme noté el calor que subía del suelo y oí un ronroneo sordo. Había algo en la torre, un generador o algún tipo

de motor, que calentaba de un modo antinatural el sitio donde se encontraba Julia.

—Llegas pronto —dijo.

—Tú también.

Cuando me abrazó, se puso de puntillas y noté aquel cuerpo menudo contra mi pecho, las manos en la nuca y el pelo en la cara.

—Aquí hace mucho calor —dijo en voz baja, rozándome la oreja con los labios.

—Podrías haberme esperado en otro sitio.

—No quería, por si no me encontrabas.

Me soltó y nos quedamos mirándonos.

—Grim tiene mi carnet de identidad —dije, porque algo había que decir.

—Lo sé. Me lo ha enseñado. —Julia soltó una risita—. Estás muy gracioso en la foto. Como muy pequeño.

Unos minutos después, subimos a la torre y nos sentamos en la plataforma. Le cogí la mano, era una mano menuda.

—Siempre que estoy aquí me da por pensar y

eso —dijo.

—¿Por qué?

Julia señaló uno de los edificios.

—Un chico al que conocía vivía en uno de los bloques de allí, el del tejado rojo. Desde aquí se puede ver la ventana de su cuarto. Y, en fin, que siempre me da por pensar.

Julia me contó que habían ido a la misma guardería, que tenían la misma edad y llevaban zapatos parecidos. Así fue como empezó. Empezaron a meterse con aquel chico ya de niño por eso, porque llevaba unos zapatos parecidos a los de una de las niñas. Julia trataba de ayudarle explicándoles a los demás que no era que él llevara zapatos de niña, sino que ella los llevaba de niño. Julia era una niña tranquila —«la calma que precede a la tormenta, ya sabes», me dijo ella misma riéndose—, y él también, así que por lo general jugaban a los mismos juegos e iban juntos al parque de por allí cerca. Se hicieron amigos, y empezaron el colegio, empezaron a escuchar

música juntos... Un tiempo después, se distanciaron, lo normal cuando estás en el mismo colegio pero en clases distintas, aunque siguieron siendo amigos.

—Pero había algo —dijo Julia—, no sé qué era, algo le pasaba. Cuando teníamos once o doce años empecé a darme cuenta de que me ocultaba algún secreto. Al principio estaba segura de que se había enamorado de mí, de que era eso. Pero no, en nuestra relación no hubo nunca nada parecido, era casi fraternal, ¿entiendes?

Julia le había hablado a aquel chico incluso de su familia, algo que sólo había hecho con los servicios sociales, y sólo aquella vez que prácticamente la amenazaron.

—¿No te parece extraño? —dijo—. Que no me lo contara...

—Pues sí —dije yo.

Fueron distanciándose cada vez más, aunque seguían estando en el mismo colegio. Cuando se cruzaban en la penumbra gris de los pasillos, se

limitaban a decirse hola.

Llegó un verano que iba pasando como acostumbran a pasar en Salem los veranos, caluroso y rico en acontecimientos. Julia lo vio en el campo de fútbol en junio, durante la fiesta de fin de curso. Y luego, después del verano, se había esfumado, sin más. Ni rastro de él. Julia tardó unas semanas en darse cuenta. No lo había visto todavía, se preocupó por razones que no sabía explicar y lo llamó a casa. Ya no vivían allí, y Julia no tenía ni idea de adónde se habrían mudado.

—No lo he visto desde entonces —dijo Julia—. Y no sé por qué, pero es muy duro que la gente desaparezca así. No es fácil de digerir, ¿no?, aunque no fuéramos íntimos antes, es como si..., bueno, como si echaras de menos algo.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

—No creo que lo conocieras.

—Bueno, pero cómo se llamaba.

—Tim —dijo Julia—. Tim Nordin.

Oír aquel nombre fue como un puñetazo invisible en el estómago. Me quedé sin respiración.

—Pues no, es verdad. No sé quién es.

Había llegado el verano otra vez, esa clase de verano que paraliza a una ciudad entera. Mi hermano Mikael iba a independizarse y mi padre y yo le ayudamos a hacer la mudanza. Había cumplido dieciocho y trabajaba en una empresa de pintura de coches; todos los días, de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, se dedicaba a hacer que los coches viejos que le llevaban parecieran nuevos. Yo había aceptado echar una mano después de que me prometieran que iban a pagarme, pero cuando habíamos terminado, me costó coger el dinero. Me había gustado eso de hacer algo los tres juntos. Últimamente, rara vez pasaba.

Cuando mi hermano y yo éramos pequeños, salíamos de excursión en verano, íbamos al zoo o

al parque de atracciones. Montábamos en karts y jugábamos al fútbol en un descampado a las afueras de Salem. Hacía mucho tiempo que yo no iba al descampado. Quizá llevara a Grim un día. Seguro que le gustaría.

Durante la mudanza estuvimos en el sótano rebuscando entre las cajas. En una de ellas había un recorte de periódico enmarcado. Era de 1973, y en la foto se veían los restos de una vieja estación de servicio de Fruängen y, al fondo, unas torres de alta tensión volcadas. «LA CARRERA DE LOCOS QUE TERMINÓ EN CATÁSTROFE», era el titular. A mi padre le encantaba contarnos esa historia; aquello pasó cuando todavía no se había reconciliado con mi madre y él se pasaba el tiempo apostando a los caballos. En una ocasión ganó una gran suma de dinero en el hipódromo de Solvalla y se compró un Volvo P1800 de color marfil, «como el que lleva Simon Templar en *El Santo*». Le encantaba ir con él como una exhalación por las carreteras de Fruängen. En el cruce de la gasolinera perdió el

control del coche, se metió en el recinto y arrolló los dos surtidores, y luego se estrelló contra una de las columnas que sostenían el techo. El tejado se desplomó mientras mi padre seguía hacia las torres de alta tensión que se erguían a un tiro de piedra de allí, y lo último que recordaba era que el motor echaba chispas. La zona se quedó sin electricidad, y cuando se publicó el artículo, todavía no estaba claro si «el chiflado» (según palabras del médico, no del periodista) iba a sobrevivir. Mi padre estuvo dos meses ingresado en el hospital, y recibió una carta en la que le reclamaban varios cientos de miles de coronas por daños y perjuicios. Estoy totalmente seguro de que pensó que había valido la pena.

Durante la mudanza, mi padre nos contó aquella historia. Ya la habíamos oído antes, pero, esta vez, tanto mi hermano como yo dejamos que la repitiera. Nos agradaba la idea de oír algo de antaño, como un eco de la infancia o algo así.

—Qué raro —dijo mi padre, sentado al volante

camino de Triaden—. Ahora se va Micke, y pronto te tocará a ti.

—Todavía falta bastante, papá.

—Ya, ya. —Parecía dudoso—. ¿No te has planteado buscarte un trabajo?

—¿Cómo que un trabajo?

—No, digo para el verano, en cualquier sitio. ¿No crees que estaría bien? La mayoría de los chicos de tu edad se buscan un trabajillo para las vacaciones.

—Ya es tarde.

—Sí, puede, pero ¿ni siquiera se te ha ocurrido?

No, no se me había ocurrido. La sola idea de trabajar me daba pereza.

—Sí —dije—. Lo había pensado. Pero es que no sé dónde.

—A tu edad hay que coger lo que sea.

Yo estaba escuchando la radio, una emisión de noticias que acababa de terminar y a la que siguió una voz que cantaba *well I can dance with you*

honey, if you think it's funny, y mi padre subió el volumen. Cuando terminó la canción, me miró con una sonrisa.

—Tu madre y yo la bailábamos mucho.

—Seguro.

—Que sí. Es de Abba. —Se quedó en silencio un instante—. Con nosotros estaba bien, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A Micke.

—Ah. Sí, estaba bien.

Mi padre me miró sonriendo.

—Gracias.

Seguimos el viaje. Mi padre carraspeó. Como siempre que tenía que sacar a relucir algún tema peliagudo.

—El dinero que había en el jarrón —dijo—. No me importa para qué te lo llevaste, y tampoco quiero que lo devuelvas si ya te lo has gastado. Pero no vuelvas a hacerlo nunca. Nunca cojas lo que no es tuyo. Es feo, burdo y malvado. Si necesitas dinero, pídenos a nosotros. O mejor aún,

búscate un trabajo.

Yo no sabía qué decir, así que no dije nada.

Grim me había preparado un carnet de identidad falso. Ya podía decir que había nacido en el setenta y ocho en lugar del setenta y nueve. Y la verdad, tenía una pinta impecable. No me sorprendió, no sé por qué. Lo guardaba en la mesita de noche. Una mañana de primeros de junio me crucé con Grim cerca de Triaden. Lo vi venir del centro, con los auriculares de un reproductor de cedés nuevo. Me saludó sonriente al verme y empezó a quitarse los auriculares.

—Te veo contento —dije.

—Es que estoy contento.

—¿Por qué?

—He conseguido algo de pasta. —Me guiñó un ojo—. Voy a la torre, ¿te vienes?

—No —dije sin pensarlo.

Él enarcó las cejas.

—¿Y eso?

—Tengo... Tengo cosas que hacer. —Eché a andar hacia el centro mientras Grim me seguía con la mirada—. Voy luego. Dentro de un rato.

Lo vi como decepcionado, pero asintió, se dio la vuelta y siguió su camino.

—Leo.

Me giré.

—¿Sí?

La cara de satisfacción de Grim se había esfumado, y ahora me miraba con un aire de fría resignación.

—Después del solsticio de verano estaré un mes fuera.

—¿Sí?

—Es que... Bueno, que he robado dinero del fondo de viajes del colegio. No era la primera vez, pero ahora lo han notificado a los servicios, y me mandan fuera.

—Estás de broma.

Él negó con la cabeza.

—Era mucho dinero. Lo necesitaba para las

tarjetas y eso.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

Grim se encogió de hombros y se quedó callado; simplemente, bajó la vista.

—¿Adónde te mandan?

—Al campamento de Jumkil. Dicen que es lo mejor. Al principio pensé en fugarme, o sea, esconderme un tiempo para que no me encontraran, pero eso empeoraría las cosas.

—Seguramente.

Vaciló un instante.

—Digo yo que... Que podrás echarle un ojo a Julia mientras estoy fuera, ¿verdad? Para que no... Bueno, sólo que le echés un ojo, ahora que yo no voy a poder.

—Claro —atiné a decir.

Se me quedó mirando un buen rato, luego asintió y me dijo adiós con la mano.

—Anda, vete. Nos vemos.

—Sí. Tenemos tiempo de vernos un montón antes de que te vayas. Ahora voy a la torre.

—Claro.

Iba a ser un verano muy largo.

El campamento juvenil de Junkil estaba a las afueras del municipio, una edificación aneja a una de las instituciones para jóvenes más importantes del país. Yo conocía el centro juvenil porque a un amigo de mi hermano lo habían internado allí por intentar robar un coche. Era de esos sitios donde trataban a los jóvenes descarriados para luego soltarlos por el lado bueno de la ley pero donde, por lo general, ocurría lo contrario. El campamento tenía fama de no ser mucho mejor, y Julia estaba preocupada por lo que pudiera pasar con Grim.

—Se las arreglará —le dije, tumbado a su lado al pie de la torre del depósito.

Su mano buscaba la mía, y la encontró. Era el lunes siguiente al solsticio, que yo había celebrado con mi familia en Blåsut, donde vivía mi abuelo, Arthur Junker. Se había pasado años bromeando

sobre la enfermedad de Alzheimer, pero cuando por fin cayó en sus garras, cesaron las bromas, y se volvió sombrío, introvertido. Llamaba a mi madre Sara, que era el nombre de mi abuela. Hubo momentos durante la cena en que parecía que no nos reconocía ni a mí ni a mi hermano. Después de cenar, fui con Grim a una fiesta cerca de la iglesia de Salem. Grim no tenía ganas de ver gente, yo creo que vino sólo por mí. Se pasó la fiesta sentado en un rincón, casi cohibido, como si no supiera de qué modo comportarse. Y ahora ya iba camino de Jumkil.

—¿Te acuerdas después del cine? —dije—. ¿Cuándo me dijiste que te costaba decir que te gusta alguien?

—Sí...

—¿Por qué te pasa?

Julia se incorporó un poco, se apoyó en los codos.

—Es sólo que no he tenido buenas experiencias con los chicos.

—¿Por qué?

—Siempre es... Bueno, sólo he estado con unos cuantos, así como tres. Pero siempre termino llorando, y John, cabreadísimo. —Se tumbó otra vez, miró al cielo—. Hace así como un año fui a una fiesta y bebí un montón. Me gustaba uno de los chicos, entonces estaba en primero, en Rönninge. Al final me quedé roque, ni sé cómo. Pero, cuando me desperté, estaba en una cama, encima del edredón, sin bragas. No me dolía nada, así que no me habían..., bueno, no habían abusado de mí hasta ese punto. Pero después me enteré de que había sido él, el chico que me gustaba, el que me lo había hecho. Parece ser que no sé quién entró en la habitación a buscar algo, la gente dejaba allí la bebida para que no se la quitaran. O sea, fue pura casualidad que entraran en ese momento, pero entonces él se asustó un montón y se largó. Ése es el tipo de experiencias que he tenido. Ya sé que tú no eres así para nada, ¿entiendes? No creas que te veo así, no es eso, pero es que es tan difícil...

cambiar el chip.

—¿Se lo contaste a Grim?

—Se llama John. Y no, claro, jamás en la vida, ¿estás loco? Le habría dado una paliza de muerte.

Esa noche no estaban sus padres, y Julia me llevó a su casa por primera vez. Su apartamento era exactamente igual que el nuestro, pero con la disposición en sentido inverso, en imagen especular. En la puerta, a la entrada, apoyada en la pared, una bolsa de basura despedía un ligero olor agrio, y Julia fue a tirarla algo avergonzada.

Fuimos a su cuarto enseguida, y sólo pude atisbar el resto de la casa. Estaba más limpia y ordenada de lo que yo esperaba. En el perchero de la entrada había ropa que le había visto a Grim. La cocina era sencilla, como la nuestra, pero sin lavavajillas. Nosotros habíamos comprado uno, y supuse que a la familia Grimberg no le importaría fregar a mano; o quizá no podían permitírselo. Una de las puertas tenía un agujero tan grande como un

puño. No la atravesaba entera, pero se veía claramente, como si le hubieran tirado una piedra o le hubieran dado un buen rechazazo. Era la puerta del cuarto de Grim.

Julia cerró cuando entramos en su dormitorio, y allí estábamos. Ella no sabía qué hacer con las manos. Al final se las llevó al colgante que tenía en el cuello y empezó a jugar con la cadena. Había una estantería de pared a pared; enfrente, una cama estrecha. La estantería estaba llena de libros y películas. En el escritorio había un espejo y, al lado, una bolsa de aseo a rebosar de maquillaje. En las paredes había cuadros y fotografías.

—¿Te gustan? —preguntó Julia.

—¿Las fotos?

—Sí.

Eran sobre todo retratos de gente de nuestra edad, pero yo no la conocía. En alguna había edificios, pero fotografiados desde abajo, en un ángulo desde el cual el cielo ocupaba la mayor

parte de la foto.

—Pues sí —dije.

Ella asintió sonriendo, dejó de jugar con la gargantilla, dio unos pasos y me abrazó.

—Es la primera vez que traigo a un chico a mi dormitorio.

—Es la primera vez que entro en el dormitorio de una chica.

Me besó y noté un nerviosismo que me subía por el pecho. El corazón empezó a latirme más fuerte, hasta que llegó a resonarme en los oídos.

—¿Vemos una peli? —preguntó Julia.

Le había mentado a Julia, pero no sabía si era importante. Sólo era sexo, pero nunca lo había probado. Ella tenía la piel blanca y de una suavidad antinatural, como si nunca la hubiera expuesto a nada. Al tocarla, una oleada de calor me atravesó el cuerpo, y se me erizó el vello de los brazos. Se sentó a horcajadas sobre mí, aún vestida, y yo entreveía la tele por encima de sus

hombros, las escenas de la película, que pasaban intermitentes en la penumbra de la habitación.

—Quítate la ropa —dijo.

—¿Todo?

—Todo.

Yo nunca me había desnudado delante de nadie. Y ahora, con ella, me dio vergüenza. Debió de notarlo, porque me abrazó y me acarició los hombros y los brazos.

—Tienes un cuerpo bonito —me susurró, y sentir su tacto me ayudó a relajarme.

—Tú también. Pero...

—¿Qué?

—No te he dicho la verdad.

Ella se puso rígida.

—¿Sobre qué?

—Lo de que... A ver: soy virgen.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Todos los chicos mienten sobre eso. No es que me sorprenda. Pero ¿qué pasa? ¿Es que

preferes hacerlo con otra?

—No —dije—. Qué va. Y tú, ¿me has mentido también?

—No.

En la oscuridad, con la película puesta, sentí una punzada.

—No tengo condón, ¿y tú?

—Tranquilo. Tomo la píldora.

Me preguntaba si Grim lo sabía. Y tomé conciencia de lo mucho que ignoraba de lo poco que sabía yo.

XI

Es la primera vez que vengo a la Casa desde primeros de junio. No sé por qué, me sorprende que todo siga igual. Me lleva por el pasillo un ayudante ceñudo al que no conozco. En uno de los despachos que vamos dejando atrás hay una radio puesta, *oh baby don't hurt me, don't hurt me no more*, y, muy cerca, se oye el carraspeo de una impresora que empieza a escupir folios. Miro por la ventana, pienso en lo enorme que parece la distancia que me separa de todos los demás.

—Gabriel no tardará en venir —murmura el ayudante, y me abre la puerta de una de las salas de interrogatorios—. ¿Te traigo algo?

—Café.

El ayudante se larga y me deja solo en la habitación, que es pequeña y cuadrada, una mesa y dos sillas. En realidad, no estoy solo: una cámara invisible me apunta, registra cada movimiento que hago. En una de las paredes hay una estantería llena de archivadores. No pinta nada allí. Puede que estén reorganizando alguno de los despachos contiguos. La luz es más cálida de lo que recordaba, es casi agradable. Si presto atención, puedo oír la radio. El ayudante vuelve con una taza azul. Tomo un sorbo y el sabor de ese café es lo que de verdad me hace desear mi vuelta.

Se oyen pasos y Birck entra por la puerta, sin mirarme. Lleva un archivador bajo el brazo y lo deja en la mesa mientras le suena el móvil.

—Birck. —Unos segundos de silencio—. ¿Ah, sí? ¿Quién te ha dado este número? —Birck me mira de reajo, por primera vez—. Sin comentarios. —Carraspea y se dirige otra vez a la puerta, la cierra—. No, eso no te lo puedo decir. Sin comentarios. Gracias.

Cuelga el teléfono y la voz del auricular, una voz de mujer, calla de golpe.

—¿Una amiga? —insinúa.

—El *Expressen*.

—¿Annika Ljungmark?

—Sí. —Birck coge la silla y se sienta; rebusca en los bolsillos de la chaqueta, pero no encuentra lo que quiere—. Era ella la que te acosaba, ¿no? —pregunta sin dejar de buscar—. Me refiero a después de lo de Gotland.

—Sí. ¿Qué quería?

—Que le confirmara un soplo.

—¿Sobre qué?

Birck saca el dictáfono del bolsillo del pantalón. Lo pone en la mesa, entre los dos, se pasa la mano por la mata de pelo oscuro, sin abrir el archivador.

—Bueno, Leo. —Levanta la vista, me mira a los ojos—. Tenemos algunas preguntas más sobre Rebecca Salomonsson.

—Me lo imaginaba. ¿De qué iba el soplo?

—Quien tiene que hacer preguntas ahora soy yo, así que haz el favor de comportarte.

—Hago todo lo posible.

Me lanza una mirada asesina antes de grabar en el dictáfono la fecha y la hora con tono cansino. Dice primero su nombre, luego el mío, y el número de archivo de la investigación sobre Rebecca Salomonsson.

—Leo, ¿por qué no te guardas el teléfono?

Lo meto en el bolsillo, tomo un poco de café. Birck está más tenso de lo normal.

—¿Tendrías la bondad de contarme qué hiciste exactamente cuando entraste en la Residencia Chapman?

Le respondo. Con frases cortas, sencillas, expresándome de modo que sea imposible malinterpretar el significado de lo que estoy diciendo. Quiero salir de allí cuanto antes. Vuelvo a referir cómo entré en la Residencia, que vi a Matilda hablando con un policía, cómo me acerqué al cadáver.

—Según Matilda, la tocaste —me interrumpe Birck—. Tengo una declaración suya que dice que tocaste el cadáver.

—Ya. Sí, es verdad. Pero llevaba guantes.

Birck se sorprende al oírlo.

—¿Los tuyos?

—No. Unos que encontré en un cesto, a la entrada.

—¿Qué hiciste cuando tocaste el cadáver?

—Nada de particular. Lo de siempre.

—Lo de siempre, ¿como cuando...?

—¿Qué pasa, eh? —pregunto—. ¿Qué quieres saber? Dímelo claramente, así me será más fácil dec...

—Responde a mis preguntas, Leo.

Creo que acabo de alzar la vista al cielo, porque veo que Birck aprieta los dientes.

—Pues si tenía alguna marca —digo—. Si llevaba algo en los bolsillos...

—¿Por qué lo hiciste?

—Para robárselo y venderlo en el puerto de

Hammarby.

—Joder, Leo.

—No lo sé. Para ver si había alguna... A ver, estaba aburrido, ¿vale? Y me perturbaba que hubiera muerto alguien justo debajo de mi casa.

Birck parece aceptar esa respuesta, quizá porque es verdad, precisamente.

—Eso no me lo dijiste ayer.

—¿Qué?

—Cuando estuvimos hablando ayer, no mencionaste que habías tocado el cadáver. ¿Por qué me mentiste?

—Pues... no lo sé. No me lo preguntaste. Sólo era un detalle.

Birck pone las palmas en la mesa.

—Sí te pregunté. Mierda, Leo, es un detalle fundamental. Que una persona ajena haya entrado en el lugar de los hechos y haya estado revolviendo por allí antes de que lleguemos nosotros. ¿Sabes lo que un buen abogado defensor podría hacer en un juicio con ese detallito de

nada?

—No tenía nada en los bolsillos —digo—.

Pero sí en la mano.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque lo vi. Parecía una cadena o algo así.

—¿Y lo tocaste?

—No —digo, con una expresión tan pura que Birck no logra encontrar en ella ni rastro de mentira, por más que se esfuerza—. No, no lo toqué. Me di cuenta de que lo tenía justo cuando tú llegaste.

—O sea que no lo tocaste —dice Birck—. ¿Es así?

Asiento. Birck señala el dictáfono con gesto cansino.

—Sí —repito, y me inclino un poco—. Eso es exactamente lo que digo, que no toqué ni la mano ni lo que tenía en la mano.

Birck abre el archivador que hay en la mesa. Dentro hay una funda de plástico tamaño folio. En una de las esquinas brilla un objeto plateado no

muy grande. La funda lleva pegado un papel con unas notas apresuradas y un resumen del contenido, junto con el número de archivo de la investigación.

—Si no llegaste a tocarlo —dice tan despacio que me irrita—, ¿cómo es que el análisis de las huellas detectadas en la cadena da un resultado de tres coincidencias distintas, una de las cuales es, con el noventa y cinco por ciento de probabilidades, nada menos que tuya?

Levanta la funda y me la pone delante. Observo la cadena que hay dentro y noto un puñetazo invisible en el estómago, el mundo se tambalea de pronto.

—¿Eso era lo que Rebecca tenía en la mano? —digo sin apartar la vista de la cadena.

—Sí.

—Muy bien.

He visto esa cadena antes, la he tocado. Incluso la tuve en la boca una vez.

—¿Muy bien? ¿En serio? —Birck sonríe—.

Pareces un poco impresionado.

—No, es que..., es sólo que... me preguntaba cómo sería. Dices que había tres coincidencias. ¿De quién son las otras dos?

—Tienes que responder a mi pregunta, Leo.

—Lo haré cuando tú respondas a la mía.

—¡Oye, que esto no es un juego!

Birck se levanta con tal violencia que la silla se vuelca y rebota en el suelo liso de la sala. Va alternando entre mirarme a mí y al dictáfono, como si estuviera sopesando la posibilidad de apagarlo para que lo que viene no quede grabado en la cinta.

—Annika Ljungmark, del *Expressen* —dice Birck—, se ha enterado no sé cómo de que una de las personas a las que investigamos en este caso es un policía. Un policía con un pasado digamos que sobradamente conocido. Si no dejas este jueguito y me cuentas exactamente qué demonios has hecho, confirmarás el soplo de Ljungmark y jamás volverás a estar en activo. Y si —añade—,

contra todo pronóstico, volvieras a estar en activo, me encargaré personalmente de que sea en agujeros como Mjölby o Säter. —Se sienta otra vez—. ¿Cómo lo ves, eh?

Hago como que lo estoy pensando, pero en realidad sigo obsesionado con la cadena. Es de esas cadenas baratas de las que existen por miles, pero sólo una puede tener mis huellas.

La de ella.

Tiene que ser la suya. No puedo contárselo a Birck. Imposible.

—Vale —digo—. La toqué. Ví que tenía algo en la mano y quería ver qué era. Le eché un vistazo y la dejé en su sitio.

—¿No llevabas guantes?

—Tuve que quitármelos —digo, para seguir con la mentira—. Tuve que quitármelos; como me los encontré en el cesto de la entrada, eran demasiado grandes, y gruesos de más. No podía cogerle la mano con los guantes puestos, así que me los quité.

Birck se me queda mirando, tratando de averiguar si digo o no la verdad.

—Haremos más análisis, Leo. Si estás mintiendo, nos daremos cuenta.

—No estoy mintiendo —le miento, tratando de sonreír.

—Comprendes lo que significa, ¿verdad?

Dado que acabo de hacerle creer que las huellas de la cadena son recientes, significa que, a partir de ahora, soy sospechoso. Me sitúa en el lugar de los hechos. Pude haber sido yo quien entró en la Residencia Chapman, le puse la pistola en la sien y le pegué un tiro; y luego salí por la ventana.

—¿Quiénes eran los otros dos? —pregunto.

—Eso a ti no te importa una mierda.

—Venga —insisto—. Joder, que vivo en el mismo edificio.

—Exacto. Y ésa es la razón de que estemos aquí.

—No. Estamos aquí porque alguien le ha

pegado un tiro a una mujer. Y yo vivo en el mismo edificio; es posible que os sea de ayuda. Venga. ¿Cómo iba a haberle disparado yo? De entrada, no tengo ningún móvil; y además, si lo tuviera, no habría sido tan imbécil como para pegarle un tiro en mi bloque.

Birck se queda observándome el tiempo suficiente para que empiece a creerme que he conseguido convencerlo. Apaga la grabadora, se la guarda en el bolsillo del pantalón y vuelve a mirarme muy serio. Es curioso cómo le ha cambiado la expresión. Casi parece compasivo. Y, tratándose de Gabriel Birck, me sorprende.

—Una es de la víctima. De la otra no hay coincidencia. Pero tanto la tuya como la del desconocido están incompletas, y poco claras.

—La mujer no tenía allí sus pertenencias —digo—. Por lo que yo vi.

—Las hemos encontrado esta mañana. O más bien, las encontró un perro. Iban el dueño y él dando un paseo matutino por Kungsholmen y las

encontraron en un arbusto del Kronobergsparken. Estaba todo menos el móvil, el dinero y las drogas que pudiera llevar.

—O sea que le robaron —digo—. La noche del asesinato.

—Puede. —Birck se encoge de hombros—. Nadie ha visto nada.

—O sea, se supone que le robaron y, después, se fue a dormir a la Residencia Chapman, ¿no?

—¿Y qué habrías hecho tú en su lugar, sin techo y sin nada? Además, seguramente iba tan colocada que no sabía ni cómo se llamaba. No habría acudido a la policía, claro. Cosas más raras se han visto que el que una persona en una situación así vaya y se acueste. La cuestión es si alguien la siguió, un chulo o un camello. Pero, por ahora, nada apunta en ese sentido. Y oye —añade—. Esto te lo estoy contando sólo porque yo me creo lo que dices. Si alguien me pregunta, sigues siendo mi principal sospechoso.

Me pregunto si de verdad me cree. Puede, pero

sospecha que sé más de lo que aparento, lo noto; y los policías, sobre todo los policías como Gabriel Birck, son seres astutos. Están adiestrados para saber jugar con los demás, entrenados para recurrir a esos trucos que hacen que parezca que van de buenas. Puede que lo haya dicho con la única esperanza de que le cuente algo más.

O puede que me crea. No lo sé.

—Vale —digo bajando la vista.

Él me sigue observando, y yo sigo evitando mirarlo a los ojos. Es tal el silencio que oigo los latidos de mi corazón.

—Bueno —dice Birck con voz apagada—. Largo de aquí.

Una vez fuera, bajo el cielo nublado de la calle Kungsholmsgatan, respiro hondo varias veces. Me zumba la cabeza y estoy mareado, me cuesta respirar. Hacía tanto que no pensaba en ella... A veces aparecía, como un fantasma. Por las noches.

Rebecca Salomonsson tenía en la mano la

cadena de Julia Grimberg. Es imposible que se conocieran. Tiene que haberla puesto allí el que la mató.

Y, como si me estuvieran observando, me suena de pronto un mensaje en el móvil.

¿no lo adivinas?, escribe el emisor desconocido.

¿adivinar, qué?, respondo mientras miro hacia atrás por encima del hombro, me doy la vuelta por si veo a alguien que destaque entre la multitud.

quién soy, leo en su respuesta.

¿la has matado tú?

no, yo no he sido

¿sabes quién lo hizo?

puede

¿y quién ha sido?

te tengo vigilado, Leo

XII

Enciendo un cigarro y, a unos metros de la bajada al metro, escribo *¿qué estoy haciendo en estos momentos?*

Los coches pasan de largo, la gente pasa de largo. El teléfono no tarda en emitir un zumbido.

estás fumando en la calle

Puede ser cualquiera. Las ventanas de los pisos que cubren las fachadas de Kungsholmsgatan están en penumbra, las luces apagadas. Es imposible ver si hay alguien detrás. Alrededor hay un fuerte olor a humo de los tubos de escape y de las cocinas, y

el aire está cargado, como antes de una lluvia torrencial. Veo el mensaje en el móvil y me doy cuenta de que tengo miedo, por primera vez en mucho tiempo.

¿quién la mató?, repito; me quedo mirando el teléfono y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Nada, ningún mensaje.

Saco la nota con el número de teléfono que me dio Levin ayer cuando hablamos, el número al que debía llamar cuando no supiera qué hacer. Clavo la mirada en los viandantes que pasan a mi lado, pienso que alguno de ellos es el emisor desconocido, y que él o ella quiere hacerme daño, que alguien aparecerá y se abalanzará sobre mí con un cuchillo en la mano. Necesito sentarme. Necesito beber algo fuerte, necesito soledad.

Me pregunto adónde llegarán las señales de llamada. Lo único que me reveló Levin fue que el número pertenece a una persona a la que él conoce muy bien. Me doy media vuelta, observo el macizo del edificio de la Casa, que está detrás de mí. Me

meto un Sobril en la boca y hago crujir las vértebras de la nuca, noto cómo la pastilla va chocando con las paredes de la garganta hasta que se deshace dentro de mí, caigo en la cuenta de que ese número es, seguramente, de alguien que está en la Casa. En la acera hay dos chicos, uno de piel oscura y pelo rizado; el otro es blanco y tiene la postura típica de quien está pasando vergüenza. El moreno está tocando la guitarra, y el otro, con la vista clavada en el suelo, canta *we found love in a hopeless place, we found love in a hopeless place*, una y otra vez, con una voz atiplada y clara, mientras la gente pasa a su lado sin pararse.

—Alice —me responde una voz.

—Hola, a ver..., yo... ¿con quién hablo?

—¿Quién es?

—Me llamo Leo Junker. Charles Levin me dio tu número.

—Sí, mencionó tu nombre.

—¿Estás en la Casa? —pregunto.

—Sí.

—¿Y este teléfono es seguro?

No, Alice suena dueña de sí e indiferente, controlada y con desinterés, como si estuviera haciendo otra cosa al mismo tiempo, algo que atrae su atención de verdad.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Alice. Trabajo para Charles.

—Eres su secretaria, ¿no?

—Eso es.

—Pues necesito que me ayudes.

—A ver.

—John Grimberg. Tengo que ver a una persona que se llama John Grimberg. No tengo ni idea de dónde está, si es que sigue vivo.

—Vale —dice Alice con escepticismo. Es el primer sentimiento que ha revelado y también el único.

—Llevo más de quince años sin verlo —digo, movido por cierta necesidad de dar una explicación.

—¿Fecha de nacimiento?

—El 79. Pero mira el 78 también por si acaso.

—¿Tiene dos fechas de nacimiento? —pregunta sorprendida.

—No lo sé —digo—. La del 78 puede ser falsa.

—¿Natural de Estocolmo?

—La provincia. Salem.

Oigo de fondo el repiqueteo de las teclas. Me pierdo bajo tierra, me coloco al lado de la escalera mecánica y trato de averiguar si me siguen o no.

—Tengo a un John Grimberg nacido en el 79, censado por primera vez en Salem —se oye la voz de Alice—. Un buen repertorio de delitos, primer registro, en el 97. Madre nacida en el 56, falleció en el 99. Padre nacido en el 54, murió hace tres semanas.

—¿Hace sólo tres semanas?

—Eso dice el ordenador.

—¿Tienes la dirección? La de John, claro.

—No. Bueno... espera. —Parece desconcertada

y, a juzgar por lo entusiasmada que suena de repente, no es fácil desconcertar a Alice—. El último registro que tengo es del censo, una dirección de Hagsätra. Es de hace diez años.

Me da la dirección, y yo trato de memorizarla.

—Vamos, que está muerto, ¿no?

—No. Y tampoco está en el extranjero. Al menos, por lo que veo aquí. Pero figura en el Registro de Inexistentes.

—¿El Registro de Inexistentes?

—Y ahí no puedo entrar, sólo puedo ver que la Oficina Nacional de Impuestos lo tiene en ese registro. Puedo llamarlos y pedirles más detalles, pero, aunque le dieran prioridad, tardaría unas horas.

El Registro de Inexistentes. Lo componen individuos a los que las autoridades suecas no han conseguido localizar, por la razón que sea. Gente con un pasado turbio, pero también gente que no quiere que la encuentren. Los individuos que tienen identidad secreta o datos personales

ficticios figuran en ese registro con la antigua identidad. Lo mismo ocurre con las personas que han estado censadas dos años o más sin paradero conocido. En ese registro no hay criterios de descarte, y aunque se trate de personas con más edad de lo razonable, sus datos siguen ahí. Los únicos criterios de eliminación son que la persona haya fallecido, que se verifique que se ha ido a vivir al extranjero, que vuelva a utilizar su antigua identidad o que figure como residente en Suecia. No hace falta mucho para que se dé alguno de los tres últimos. Basta con pagar con una tarjeta de crédito en alguna parte, con pasar una aduana o con buscar piso a través del formulario de una agencia inmobiliaria. John Grimberg no había hecho nada de eso, ni nada en general, puesto que seguía en el registro. Como si hubiera desaparecido sin más.

—Doy por hecho que es importante —dice Alice. Entre tanto, ya he llegado al andén y veo el metro, que sale resoplando azul y plateado de la

garganta negra del túnel.

—Sí —digo—. Es importante. Se trata de su hermana.

—Julia —comprendo que Alice está leyendo en la pantalla—. ¿Julia Grimberg?

—Eso es.

—Murió en agosto del 97.

Trago saliva y, al parpadear, entreveo por un segundo la cadena.

—Eso es.

El sol brilla sobre Hagsätra y, en la plaza, hay un puñado de niños jugando al fútbol. Están morenos y hablan entre sí en una lengua que no comprendo. La última dirección conocida de Grim es allí, en la plaza. Los edificios de color claro y las ventanas más bien pequeñas recuerdan a Salem. El portal está abierto, subo por las escaleras hasta el segundo piso y llamo a la primera de las tres puertas. Nadie me abre. En las otras dos sí, y me presento como amigo de John

Grimberg, pero ninguno de los vecinos ha oído antes ese nombre. Consiguieron los apartamentos a través del Instituto de la Vivienda. Me pregunto en cuál de los tres vivió John. Siento el impulso de preguntarles si puedo entrar y echar un vistazo, más que nada para imaginarme cómo vivía, pero me contengo. No me serviría de nada. Les doy las gracias y me voy.

Llamo a Felix, que no contesta. Después, me paso el resto de la tarde tratando de encontrar algún rastro de John Grimberg a través de los contactos que suelo utilizar, pero ninguno me aporta nada de valor. Incluso me acerco al barrio de Södermalm, a la Oficina Nacional de Impuestos, y me siento ante uno de sus ordenadores para buscar en sus registros públicos, pero no hay nada. Es como si Grim hubiera borrado su existencia diez años atrás.

Empiezo a dudar de mí mismo. Pocos saben mejor que yo el precio que uno paga por reservarse información relativa a una

investigación policial, y esa misma noche, ya tarde, me veo en mi casa dispuesto a llamar a Gabriel Birck para contárselo todo cuando me suena el móvil en la mano. Es Sam.

Las cintas del cordón policial siguen limitando el acceso a Chapmansgatan. Observo cómo aletean al viento, cómo los transeúntes siguen parándose por ver si captan alguna imagen de lo ocurrido. Hay coches aparcados a lo largo de la calle. Creo que dentro de alguno de ellos alguien está al acecho, pero no estoy seguro.

—¿Sí?

—Soy Sam.

—Hola, Sam.

—Oye... ¿llamo en mal momento?

—No, no, qué va.

—Es que estaba pensando que... Hoy, cuando te fuiste del estudio...

—¿Sí? —digo, y me pego más el teléfono a la oreja—. Por cierto, gracias por hacerme un hueco.

—Pues que luego entró un cliente. Y creo que

sabes quién es. Todo el mundo lo conoce por Viggo.

Sé quién es. Era uno de los camellos de Felix. Uno de los que he visto hoy, después de la visita a Hagsätra. Me confirmó que había oído rumores de que alguien le había robado a una puta cerca de Kronobergsparken, pero todavía no lo había relacionado con la noticia de la muerte de Rebecca Salomonsson.

—He estado hablando con él hoy —le digo—. Pero nada.

—Me lo ha contado. Como sabe que tú y yo..., bueno, que me dijo que te había visto, y que le habías preguntado por un tal Grim.

—John Grimberg, sí —digo, en tensión total—. Eso es.

—A mí no me has dicho nada de eso. No mencionaste su nombre ni me dijiste que lo buscabas a él.

Reconozco perfectamente el tono de voz: Sam se siente herida.

—Es que entonces no lo sabía —digo con tono de excusa—. Me enteré después.

—Pues... Bueno, no sé quién es John Grimberg, pero el nombre de Grim me suena.

Un coche se pone en marcha en la calle. Me acerco otra vez a la ventana un tanto inquieto. La luz de un móvil ilumina el interior del vehículo. Intuyo el contorno de una silueta, nada más.

—¿Dónde estás? —pregunto.

—¿Por qué?

—Tenemos que vernos.

—Leo, no creo que sea muy buena idea, no pode...

—No es eso.

—¿Y qué es entonces?

Respiro hondo, y me pregunto quién será el que está sentado en el coche, allí abajo. Me pregunto si no me habré vuelto paranoico, y cómo sonará:

—Creo que me han pinchado el teléfono.

XIII

Es de noche. Voy por las calles del barrio de Kungsholmen, camino del BAR. No es el mejor sitio para quedar con Sam, pero es el único territorio neutral que se me ha ocurrido. De camino al bar, hago varios intentos de comprobar si me siguen o no, doy un par de rodeos, pero es difícil. Los barrios están llenos de callejas y callejones que se ramifican profundos e insondables. Hay rincones en esta ciudad que te invitan a pensar que, si te adentras en ellos, no saldrás nunca. Más allá de los letreros de neón y las farolas aguarda una negrura densa y antinatural, esa clase de oscuridad que casi se materializa y que uno puede sentir en la lengua si abre la boca.

El coche que había aparcado en la calle no está. No lo he visto desde que eché a andar. El teléfono no ha sonado. Rebecca Salomonsson está muerta y llevaba en la mano la cadena de Julia, con una huella mía. Alguien se la había puesto allí, y yo tenía que encontrar a Grim. Llevamos sin vernos más de quince años, casi la mitad de mi vida. Casi la mitad de la suya. Pero puede que él me dé una respuesta. Puede que haya testigos que consigan que Birck comprenda que no he sido yo, que yo no he tenido nada que ver con la muerte de esa chica. Lo malo de los testigos es que no son de fiar. Funcionan como indicadores, como pistas indirectas de lo que ha ocurrido de verdad. No hay policía que se fíe de las personas, y si tienen otros indicios que me señalen a mí, lo tendré crudo.

Su madre murió pronto, cuando él aún era joven. No lo sabía, me pregunto cómo fue. Suicidio, quizá. Suicidio, lo más seguro. Y el padre. Trato de recordar lo que Alice me dijo por teléfono. Tres semanas, dijo. Su padre murió hace

tres semanas. Da igual dónde esté Grim ahora o quién sea, el caso es que se ha quedado huérfano.

Pienso en Rebecca Salomonsson, me pregunto qué decía de niña que quería ser de mayor, y pienso que no tuvo ocasión de tomar conciencia de cómo se iba acabando la vida. Las cosas habrían empezado a irle cuesta abajo hacía mucho, seguramente, y el futuro no se le presentaba halagüeño. Rara vez lo es para mujeres como ella. Y me digo que puede que fuera mejor que acabara de ese modo. Su vida. La idea en sí, eso de que quizá fuera mejor que acabara de ese modo, es repulsiva, pero es que la verdad casi siempre lo es.

Anna está al fondo de la barra sirviendo una copa de una botella negra de Jim Beam. Cuando me paro en la puerta, levanta la vista, sonrío tristonamente y toma un trago.

—Creía que ibas a llamarme —dice.

—Es que no he... —Me acerco a la barra

mientras oigo el ruido de los zapatos en el suelo —. ¿Estás sola?

—Tenemos diez clientes que pasan aquí una hora a la semana. —Apura el vaso—. Aquí casi siempre estoy sola.

—Bueno, yo vengo más de una hora por semana.

—Tú no cuentas. —Deja el vaso—. ¿Qué vas a tomar?

—Nada. Un café.

Anna se sorprende. Lleva el pelo rubio recogido en un moño desaliñado y le caen unos mechones en la cara, le bajan por el cuello hasta la clavícula, que se adivina bajo el escote ancho de la camisa. Se parece un poco a Sam, me digo.

—Dentro de un rato va a venir una persona — digo—. Que cree que lo he dejado del todo.

—Comprendo —dice Anna. Me da la espalda y empieza a trastear la vieja cafetera—. Si tienes que verla, porque supongo que es una mujer, ¿no?

—Sí.

—Y si tienes que ver a una mujer que cree que no bebes —continúa—, ¿tú crees que es de ser muy listo quedar con ella en un bar?

—¿Te pasa algo? —pregunto con cierta vacilación.

—No. No me pasa nada.

—Es que no conozco ningún otro sitio donde uno pueda estar... —digo, pero no sé cómo continuar.

—¿Donde uno pueda estar...? —Sin darse la vuelta, Anna pone en marcha la máquina del café, que empieza a repiquetear y a chisporrotear.

—Donde uno pueda estar seguro.

—¿Es que no estás seguro en ninguna parte?

—Creo que no.

—Me suena a paranoia.

—Lo sé —digo, y me doy cuenta de que estoy tocando el móvil, así que dejo de tocarlo.

—¿Y por qué crees que estás seguro aquí?

Ya se ha filtrado a la jarra el café suficiente para llenar una taza; Anna lo sirve, se da la vuelta.

Tiene una expresión difícil de interpretar. Podría ser que se sintiera ofendida, pero casi parece asustada.

—Porque lo creo.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La mujer con la que has quedado.

—Sam.

—Pero Sam de...

—Sam de Sam. —Dudo un instante—. Fuimos pareja hace tiempo.

—¿Qué pasó?

—Un accidente.

Anna va al final de la barra, se sirve otra copa y vuelve. Al ver que me he quedado mirando fijamente el vaso que tiene en la mano, se siente incómoda.

—Si se te hace duro, puedo dejar de beber.

Niego con un gesto.

—No, tú bebe si quieres.

En ese momento se abre la puerta del BAR y

Sam asoma la cara. Fuera ha empezado a llover, el repiqueteo se cuele en el silencio del local, y a Sam le gotea la lluvia del chaquetón. Lleva el pelo hecho chupones que se le pegan a la frente y las mejillas. Se acerca a la barra y se quita el chaquetón mientras observa la taza de café que tengo en la mano, como si tratara de descifrar qué significa. Luego pide una cerveza.

—Yo te conozco. —Dice Anna—. Haces tatuajes.

—Pues sí.

Anna le sirve la cerveza a Sam, y ésta comprueba algo en el móvil, antes de mirar alrededor.

—Un sitio interesante para quedar.

—No es como los demás. —Miro de reojo a Anna, que da unos pasos atrás, como si quisiera hacerse invisible mientras cuenta el dinero de la caja. Aparte de unos cuantos billetes y monedas, no hay nada—. John Grimberg —digo, y miro a Sam. Y, como casi siempre que nuestras miradas

se cruzan, todo lo demás se vuelve borroso, turbio y vago. Sólo veo a Sam.

—Sí. —Toma un trago de cerveza y se le queda en el labio un hilillo de espuma. Se lo seca con la mano—. O, bueno, creo que era él.

—¿Lo crees?

—Hace ya varios años, era cuando nosotros... Cuando tú y yo estábamos juntos. Entonces no te dije nada.

—¿Por qué no?

—Porque era del tipo de cosas que uno no le cuenta a un policía.

Noto una punzada. Aunque me lo esperaba, noto la punzada.

—Pero yo era tu pareja.

—De todos modos —continúa Sam—; fue en otoño, me parece. Un hombre llamó una noche al estudio cuando yo estaba a punto de irme. Se negó a decir quién era. En esos casos, no suelo aceptar al cliente, eso ya lo sabes. Y además, era tarde. Pero aquel hombre me ofreció muchísimo dinero.

Iba a darme la mitad antes de empezar el trabajo, en cuanto entrara por la puerta. Y el resto, al final.

—¿De cuánto dinero hablaba?

—Cincuenta mil.

—Madre mía.

—Lo sé. —Sam toma un trago de cerveza—.

Así que le pregunté qué quería, y me respondió que lo único que le interesaba era quitarse un tatuaje. En realidad, se trataba de una intervención médica, así que le recomendé una clínica dermatológica, pero él se negó. Le habían dicho que yo lo había hecho antes, lo cual era cierto. Pero eso fue antes de que cambiaran las normas. Insistí en que lo que yo podía hacer era más doloroso y menos seguro que lo que le harían en una clínica profesional, pero insistió en que esa alternativa ni se la planteaba. Si no recuerdo mal, creo que incluso se rió al oírme. Luego me pidió que lo esperase en el estudio y colgó. Una hora después, apareció alguien en la puerta. Un hombre muy, muy rubio. Recuerdo que me pregunté si no se

habría teñido el pelo, porque tenía las cejas mucho más oscuras. Pensé que sería la persona con la que había hablado. Dijo que se llamaba Dejan, aunque no creo que fuera su verdadero nombre. Y me dijo que había venido a que le quitara el tatuaje. «¿Eres tú el que ha llamado?», le pregunté, pero negó con la cabeza y entró en el estudio. Detrás de él había otra persona de cuya presencia no me había percatado. Como era de noche... Y justo a la derecha, delante de la puerta del estudio, es difícil ver si hay alguien, porque justo ahí está la esquina, ya sabes. Y esa otra persona... —dice Sam bajando la vista—. Era la que había llamado por teléfono. Era muy alto, y también era rubio, aunque con un tono menos chillón que el de Dejan. Era guapo, con la cara angulosa pero proporcionada, y estaba moreno. Iba bien vestido, con una trenca, parecía un tío de un anuncio que acabara de volver de vacaciones. Pero tenía en la mirada algo muy llamativo. La tenía... vacía. Hueca. —Sam toma otro trago de cerveza—. No había nada, ni

identidad, ni calor ni frío, ningún sentimiento en absoluto, nada.

—¿De qué color tenía los ojos?

—Azules. Pero —añade Sam— creo que eran lentillas.

—¿Por qué?

—Pues porque yo llevo lentillas, Leo, y sé muy bien cómo se te ponen los ojos después de llevarlas un día entero.

—¿Se presentó?

—Grim. «Llámame Grim». Eso fue todo lo que dijo. Yo estaba nerviosa, ya sabes que, en esos casos, trato de hacer alguna broma, así que dije algo de los cuentos de los hermanos Grimm, si él era el simpático o el serio, pero él me preguntó simplemente si no íbamos a empezar. Se metió la mano en el bolsillo, por cierto, llevaba unos guantes finos, pues eso, se metió la mano por dentro de la trenca y sacó un fajo de billetes. «Veinticinco mil —dijo—. Tan limpios que puedes llevarlos al banco». Yo no había visto tanto dinero

junto, no así, en un fajo, vamos, así que atiné a asentir y poco más antes de guardarlo en la oficina. «Me han dicho que eres buena —dijo—. Mi asesor habitual ha sufrido un contratiempo, así que necesito buscarme otro». Si hay algo que sé hacer bien es mi trabajo, así que le dije: «Sí, soy buena, pero haciendo tatuajes, no eliminándolos». Entonces se inclinó, vamos, que se inclinó hacia mí, y sé que esto te va a parecer rarísimo, pero se puso a olerme. —Sam se sonroja—. Me resultó de lo más desagradable, no sé para qué, pero luego miró a Dejan, le hizo un gesto de aprobación y dijo «manos a la obra». Así que le dije a Dejan que se sentara, y entonces me enseñó el tatuaje. Un águila negra de tres cabezas como un puño de grande, a la altura del corazón. Es un símbolo conocido, pero, al parecer, en este caso representaba su país de origen.

—Albania.

—Eso es.

—Dejan Friedrichs —digo—. No se llamaría

así, ¿verdad?

—No me dijo el apellido.

Dejan Friedrichs. Hubo un tiempo en que anduve tras él por un incendio provocado en un restaurante de la calle Sveavägen. El dueño del restaurante no aceptaba la protección de ninguno de los cárteles, y el precio que tuvo que pagar por su independencia fue que le incendiaran el local. No llegué a interrogar a Dejan, y no creo que hubiera podido vincularlo al incendio, pero tenía la sensación de que había sido él. Se ganaba la vida haciendo de matón para Silver, que, por aquel entonces, controlaba parte de los bajos fondos de Estocolmo.

—Sí, parece que era él —digo, y tomo un poco de café.

Me pregunto por qué se presentó como Grim. A aquellas alturas, debería haberse cambiado el nombre. ¿Lo seguirá utilizando informalmente?

Veo con el rabillo del ojo los esfuerzos de Anna por hacer cualquier cosa menos escucharnos.

Sam consigue que sea más lúcido, más ágil. Cuando estoy con ella me siento despierto y alerta. Siempre ha sido así, como si las piezas encajaran.

—Así que Grim se sentó en el sofá del estudio y se puso a mirar el móvil mientras yo empezaba a trabajar con el tatuaje, anestesia, limpieza y demás, pero estaba casi segura de que el resultado iba a ser malo y, desde luego, no iba a valer cincuenta mil dólares. Así que cuando iba más o menos por la mitad, le sugerí a Grim que lo dejáramos en los primeros veinticinco mil, que era suficiente; pero él me dijo que habíamos llegado a un acuerdo y que los acuerdos hay que cumplirlos.

—¿Tú dirías que se conocían bien él y Dejan?

Ella negó con la cabeza.

—Tuve la impresión de que Dejan era cliente. Entre tanto, él hablaba, me refiero a Grim, estuvo hablando por teléfono casi todo el tiempo. Cuando estás en el estudio trabajando sin parar, bueno, yo siempre terminaba muy cansada, acuérdate, pero cuando te concentras tanto en el trabajo, es como

si no estuvieras allí, y, sin querer, lo oía hablar justo detrás de mí. Parecía que estuviera resolviendo varias cosas al mismo tiempo. Creo que trataba de ayudar a aquel chico a dejar el país. Y también habló de dinero en las conversaciones. Habían surgido complicaciones y Grim sonaba irritado; colgó y llamó a otra persona, dijo que iba a costar más de lo que él creía. Y cosas así. Parecía estresado, como si tuvieran un plazo que cumplir, y yo estaba muy preocupada, porque el tatuaje de Dejan no era profesional. Era el trabajo de un *amateur*, seguramente se lo habrían hecho en el trullo, y la tinta no había penetrado en la piel de forma homogénea. Tuve que raspar y raspar y requeterraspar como una idiota. No quería estar cerca de aquel hombre cuando se le pasara la anestesia. Era como si lo hubieran desollado, pero a Grim le daba igual, o eso parecía. Ah, sí, y recuerdo que, mientras yo estaba con Dejan, se tomó una pastilla. Las llevaba en un tubo, me llamó la atención. No era de los que te dan en la

farmacia, vamos. Eso lo recuerdo.

Se me queda mirando, como si aquello significara algo.

—Vale —digo.

—Bueno, el caso es que terminé, eran así como las dos y media de la madrugada, y le había curado la herida y todo eso. Era tan profunda que le veía el músculo del pecho, ¿entiendes? Una pasada. Les di instrucciones de cómo debían cuidar la herida. Les di cosas que le ayudarían a pasar los primeros días. Grim me dio los otros veinticinco mil y las gracias. Justo antes de irse del estudio, se me acercó y me dijo algo que no supe cómo interpretar.

—¿Y qué te dijo?

Sam carraspea un poco, bebe más cerveza, me mira a mí, se mira los pies.

—Me susurró al oído que olía como un viejo amigo suyo.

Se queda un rato callada, y Anna ha dejado de contar el dinero de la caja y ahora está limpiando

las botellas que cubren la pared que tiene detrás.
Una a una.

—Pensé que quería decir que confiaba en mí —
continúa Sam—. Como si me viera igual que a un
viejo amigo, ¿entiendes?

—Sí.

Pero Grim no se refería a eso. Por un momento,
me veo otra vez en Salem. Tengo dieciséis años y
estoy viendo cómo mi amigo falsifica la firma de
su madre, lo veo en el patio del instituto de
Rönninge, y tiene en la mano el primer documento
de identidad que ha falsificado. Al volver del
campamento de Jumkil, ha aprendido a clonar una
tarjeta bancaria sin que quede rastro en el cajero.
Seguro que fue así como empezó. Llevaba más de
diez años figurando sólo en el Registro de
Inexistentes. No está muerto, pero tampoco existe.

Estoy a punto de caerme delante de Sam, que
me coge el brazo y me sujeta.

—Leo —dice con cara de preocupación—.
¿Estás bien?

—Es que ha sido un día muy largo —digo en voz baja; me vuelvo hacia Anna y le pido un vaso de agua.

Han pasado cuarenta y ocho horas desde que Rebecca Salomonsson apareció muerta. Esos primeros días cruciales están a punto de esfumarse. El autor de los hechos se desdibuja, desaparece. En ese momento, recibo un mensaje de texto del número oculto.

me parece que deberías ver las noticias

XIV

«**J**OVEN DE DIECISIETE AÑOS, GRAVEMENTE HERIDO DE ARMA BLANCA EN UN CAMPAMENTO JUVENIL».

Julia estaba plantada delante del televisor, con el mando a distancia en la mano, observando la noticia en el teletexto. Acababa de gritar mi nombre. Yo estaba en el cuarto de baño cuando me llamó, me puse la toalla alrededor de la cintura y fui a ver qué quería. Fuera brillaba el sol, y era el último día de trabajo de mis padres antes de las vacaciones. Era la primera vez que me duchaba con alguien.

—Es ese campamento —dijo Julia, sorprendentemente tranquila—. El de Jumkil. Es el campamento en el que está John.

Me buscó la mano, quizá sin darse cuenta, mientras leía. Cuando noté cómo la agarraba, comprendí que la buscaba conscientemente.

En un campamento para chicos de entre quince y veinte años habían apuñalado a uno de diecisiete. La policía y la ambulancia acudieron enseguida al lugar. Llevaron al chico al hospital universitario de Uppsala, donde lo ingresaron en la unidad de cuidados intensivos. Su estado era grave, pero estable.

Noté un nudo en lo más hondo del estómago, me costaba trabajo respirar.

—Madre mía —me oí decir.

—Llámalos —dijo Julia, y fue a buscar el teléfono—. Llámalos, éste es el número.

—¿No será mejor que llames...?

—Yo no puedo. No me atrevo. Si John estuviera bien..., deberían habernos dicho algo. Él mismo habría llamado.

Marqué el número y esperé. Me resonó en el oído la señal de que la línea estaba ocupada. Volví

a llamar, con el mismo resultado.

—Llama otra vez.

Julia seguía con la mirada inexpresiva clavada en el televisor. Al quinto intento, funcionó. Alguien, un hombre, respondió al teléfono y, con toda la calma de que fui capaz, le dije que habíamos leído el suceso en el teletexto y que queríamos saber si nuestro amigo se encontraba bien. Le dije su nombre y me respondió que Grim no estaba herido, pero sí muy afectado por el suceso, porque había sido su amigo.

—¿El apuñalado es amigo de John? —pregunté—. ¿Y quién es?

—No, no —dijo el hombre—. John es amigo del chico que empuñaba la navaja. —Guardó silencio—. No debería haberlo dicho —añadió—. No lo difundas. Aquí tenemos un lío impresionante ahora mismo.

El campamento no se suspendió a causa del suceso. Al parecer, era importante procesar juntos

lo sucedido y tratar de comprenderlo. El mismo día, Julia y sus padres fueron a Jumkil para ver a Grim. Al día siguiente, fuimos Julia y yo solos, después de que ella le preguntara si quería verme. En realidad, no, pero accedió por mí. Tenía que verlo, tenía que comprobar que de verdad estaba bien. Y lo echaba de menos.

Según Julia, Grim parecía muy impresionado; no habló mucho cuando lo vieron, pero el psicólogo, que, en aquellos momentos, trabajaba en el campamento a jornada completa, les explicó que aún estaba conmocionado. No habían pasado ni cuarenta y ocho horas.

—John nunca habla mucho que digamos — aseguró Julia en el autobús camino de Jumkil—. Pero no sé, hay algo raro. Espero que sólo sea la impresión.

Quise cogerle la mano, pero, esta vez, ella la retiró y siguió mirando por la ventanilla del autobús. Caía una fina lluvia estival. Las barriadas de la ciudad fueron desapareciendo y la fronda fue

ganando terreno a medida que nos acercábamos a Jumkil. Julia iba jugueteando con el colgante que llevaba en el cuello.

El hogar juvenil de Jumkil era un edificio rectilíneo y gris de dos plantas que asomó entre los árboles cuando el autobús tomó una curva muy cerrada. Sólo fue un momento, pero tuve tiempo de ver la valla, que lo asemejaba más bien a una institución penitenciaria. La parada del autobús estaba unos doscientos metros más allá y, en lugar de volver atrás, bajamos por un sendero de grava que nos condujo al campamento anexo. Julia parecía distraída, iba con las manos en los bolsillos de la chaqueta fina que llevaba puesta, y con la vista fija en las copas de los árboles, o en el cielo.

El campamento de Jumkil constaba de cinco casas de madera de color rojo con las ventanas pintadas de blanco, y dispuestas en forma de herradura. No parecía el tipo de lugar donde

pudieran apuñalarlo a uno ni herirlo de muerte, pero la mayoría de las cosas no son lo que parecen. Lo dirigían tres monitores. Hombres, los tres, diez años mayores que yo, de espalda ancha, brazos tatuados y sonrisa afable. «Modélicos» no era la palabra adecuada, pero fue la primera que se me ocurrió. Uno de ellos se presentó sin sonreír y nos condujo hacia una de las cinco casas.

El ambiente era cálido y acogedor, pero, al acercarnos al umbral, tuve la sensación de estar entrando en una sala de visitas. Había algo en la imposición, en el hecho de que a Grim lo hubieran obligado a colaborar en el campamento, que infundía esa sensación desagradable.

—En realidad, no tenemos sala de visitas —dijo el monitor—, pero hemos acondicionado provisionalmente una de las salas de estar. Sois de Salem, ¿verdad?

Asentí.

—Pues ya sabéis. Lo único bueno de ser de un sitio así es que todo el mundo está pendiente de ti.

Si te tuerces, podemos ayudarte a volver al camino recto. Eso es lo que tratamos de hacer aquí.

—¿Y para eso les dais navajas?

—Era un cuchillo de mesa. El chico lo había robado y lo había afilado. —El monitor se encogió de hombros—. Estaré por aquí, avisad cuando hayáis terminado.

En la sala de estar había sillas y mesas, que formaban un lío monumental, una mesa de billar y una diana sin dardos. En la pared habían colgado un televisor enorme donde se veían vídeos musicales sin sonido, y un tablón de anuncios con folletos e información de diversas organizaciones. Algunas me sonaban del instituto de Rönninge, porque habían ido a dar charlas informativas sobre sus actividades contra la delincuencia y las drogas.

Grim estaba leyendo sentado a una de las mesas. Había cambiado durante aquellas tres semanas. Estaba moreno, pero se había rapado. En lugar de la melena rubia, ahora sólo quedaba una

capa trigueña cortada a cepillo. Al vernos entrar, nos sonrió sin ganas y dejó el libro.

—Hola.

—Hola.

Julia y yo nos sentamos a la mesa, que estaba llena de rayones dispares y desiguales, como hechos con una llave. Algunos estaban repintados con bolígrafo. Yo pasaba los dedos por los arañazos. Grim parecía un niño que hubiera envejecido mucho de repente.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—No estoy mal.

—Ya sólo te queda una semana.

—Lo sé.

—Menudo negocio —dije—. Te pasas un mes en el campo a costa del presupuesto de viajes del colegio.

Grim se rió, pero en sus ojos no había alegría.

—Sí, supongo. —Olisqueó el aire—. Hueles bien.

—¿Yo?

—Me recuerda al olor de mi casa —dijo.

—A veces tu sentido del olfato es peor de lo que crees —murmuró Julia, y yo estaba seguro de que se había puesto colorada, pero no pude comprobarlo, porque la tenía a mi lado.

—Pues no es eso lo que dicen por aquí —dijo Grim.

—¿Te has ganado un nombre con lo del olfato? —pregunté.

—Algo así.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Julia.

—Nada —dijo Grim sonriendo, y se pasó la mano por la cabeza—. Sólo que... que no estoy mal aquí.

—Ayer le dieron de puñaladas a tu amigo —dije.

—Qué mierda iba a ser mi amigo —soltó Grim, y fue como si un manto negro le ensombreciera la mirada—. Mi amigo es Jimmy.

—¿Jimmy? —dije.

—El que dio las puñaladas.

Jimmy era un chico paliducho y escuálido, con el pelo largo y de color castaño, nos contó Grim. Su padre bebía de más, y lo de su madre era peor. Ya no vivía con ellos, sino con un suecofinlandés de Botkyrka, que le daba droga. Además, a Jimmy lo acosaban en el colegio. Así que un día se hartó y estuvo a punto de destrozarle la cara a otro chico con una grapadora. Y por eso había ido a parar al campamento. Allí habían formado una alianza entre cinco de los internos, dirigida por un tal Dragomir, un jugador de hockey de Vällingby. De entrada, Jimmy se había mantenido al margen, y Grim hizo lo mismo. Y ésa era la razón por la que habían congeniado. Congeniar fue la expresión que utilizó Grim.

—No es que hiciéramos mucho —dijo Grim—. Más que nada, hablábamos, de temas varios.

Al cabo de una semana, salió a relucir el asunto de que Grim tenía un sentido del olfato muy singular. Por ejemplo, consiguió dar con el armario donde guardaban el dinero del

campamento; un dinero que se repartían Jimmy y él. Los demás no tardaron en enterarse. Le quitaron a Jimmy su parte del dinero, pero a Grim le dejaron la suya. En secreto, Grim le dio parte de lo que le correspondía.

—Pero no lo apoyé —dijo de pronto, como avergonzado—. No delante de los demás. Al contrario..., bueno, empecé a estar más con ellos que con él, aunque nos veíamos y hablábamos de cosas a escondidas y eso.

Una noche, cuando llevaba dos semanas en el campamento, Grim cruzaba la explanada después de haber estado jugando al baloncesto en una de las casas, que estaba acondicionada para funcionar como gimnasio. Detrás de una esquina oyó a un grupo de gente que trataba de dominar su excitación para que no la oyeran. Vio la silueta de Dragomir, y a varios a su alrededor.

—Ha llegado el momento, so putilla.

Grim se acercó al grupo y miró hacia abajo, en el centro: una melena lisa y castaña y el miedo en

la cara de Jimmy.

—El pelo no —susurró—. Por favor, el pelo no.

Dragomir tenía en la mano una maquinilla de cortar el pelo que empezó a emitir un zumbido nervioso.

—¿Quieres hacer de peluquero? —preguntó Dragomir, y le ofreció a Grim la maquinilla.

—Miré a Jimmy a los ojos —siguió contando Grim—. Y negué con la cabeza, retrocedí unos pasos y, cuando les di la espalda, oí el chirrido de la maquinilla al hundirse en el pelo de Jimmy.

Grim tenía los ojos llenos de lágrimas. A mí me sorprendió. Julia alargó la mano por encima de la mesa hacia su hermano, pero él se apartó. Me quedé mirándole la cabeza rapada.

—¿Y por eso te has ra...?

—Después de aquello —me cortó, se secó rápidamente los ojos y parpadeó unas cuantas veces—. Un par de días después lo vi en el comedor y le pregunté si podía sentarme a su lado.

Él se encogió de hombros, pero yo me alegré de que al menos no dijera que no. Todavía llevaba unos mechones colgando, tenía una pinta horrible, y le pregunté si quería que se lo emparejara. Él se me quedó mirando con una sonrisa y negó con un gesto, como si ya no tuviera importancia. Estoy seguro de que en la mesa había un cuchillo, pero al final del almuerzo, sólo vi un tenedor. Debió de esconderlo en algún momento mientras comíamos, en mis narices. Unos días más tarde le clavó el cuchillo a Dragomir en el estómago en el mismo lugar donde él le había cortado el pelo. Eso fue lo que pasó —concluyó Grim, y un denso silencio siguió a su relato.

Nos fuimos de Jumkil al atardecer.

—Nos vemos dentro de una semana —dije.

—Sí, y entonces se acabó la tranquilidad.

Lo sabía. Estaba convencido. Grim me había notado el olor de Julia. Creo que incluso notó mi olor en Julia, pero no lo dijo. O, al menos, yo no

oí que lo dijera.

—Va a ser estupendo que vuelvas a casa —dijo Julia acariciándole la espalda. Grim la dejó, pero se había puesto tenso.

—¿Qué pasa si metes en el mismo sitio a veinte chicos, todos con los mismos problemas que John, si no peores? —murmuró Julia en el autobús de regreso—. Pues eso es lo que pasa. La gente resulta herida y los que se supone que debían recibir ayuda salen peor de lo que estaban cuando entraron. Es absurdo, no me explico cómo piensan los de los servicios sociales.

—Yo creo que lo sabe —dije en voz baja—. Lo nuestro.

—No lo sabe. Sólo lo sospecha.

—¿Estás segura?

—Es mi hermano. Sé cómo funciona.

—¿Y qué pasa si se entera? ¿No sería mejor que se lo dijéramos?

Julia no respondió. Le pregunté si le pasaba

algo, y me miró, sonrió y dijo que no, que estaba bien, y, aunque yo intuía que no era verdad, preferí creérmelo.

Grim y yo podíamos hablar de todo. De todo menos de Julia. Me había preguntado varias veces si me gustaba alguien, o me había insinuado cosas de alguna chica a la que conocíamos. Yo siempre le respondía con evasivas. Tratándose de Julia, no era capaz de prever cómo iba a reaccionar si se lo contaba.

No es que fuera necesariamente un delito contra nuestra amistad. Yo había visto lo mismo en las películas, y entonces siempre salía bien. A veces no, y entonces la cosa terminaba en tragedia.

Podía ser que a Grim le diera igual, y, en ese caso, no había peligro. Quizá fuera raro e incómodo al principio, pero se pasaría. Pero también podía pensar que era inaceptable, y entonces no le echaría la culpa a Julia. Eran hermanos. Yo tendría que elegir entre los dos. Si es que me daba la oportunidad de elegir. Cabía la

posibilidad de que Grim se distanciara de mí y me impidiera verla. Y entonces los perdería a los dos.

En el fondo, no hacía tanto, ni un mes, pero tenía la sensación de que el tiempo se hubiera estirado, de que se hubiera ralentizado, y cada día era diferente.

Yo nunca había estado con nadie antes, pero un compañero de clase tenía una relación a distancia con una chica a la que había conocido estando en Escania de vacaciones. Iba a verla cada dos fines de semana, y pensé que los días que estaba con ella debía de sentirse como yo. Precisamente por ser tan pocos, porque se terminaban pronto, eran más importantes, y vivirlos como días cualesquiera sería malgastarlos.

Si algo raro pasó mientras estuvimos viendo a Grim en Junkil, ya no se notaba. Julia estaba como siempre. Fuimos a bañarnos. Yo fui todo el camino cogiéndole la mano a Julia y, en el agua, su cuerpo se volvió de una ligereza y una suavidad extrañas. Cuando volvíamos a Salem, Julia me preguntó si

quería subir a casa con ella. Estaba sola, me dijo. Una vez ante la puerta, cuando Julia abrió, comprobamos que no estábamos solos. Allí olía a comida.

En un sillón de la sala de estar había una mujer guapa con el pelo rizado. No levantó la vista cuando entramos. Oí en la cocina el ruido que hacía alguien al fregar los platos, y Julia se quedó de piedra y me soltó la mano.

La cara de su padre asomó por la puerta. Tenía una expresión dura y amarga, la piel un tanto enrojecida y los ojos hinchados, como si acabara de despertarse. Parecía sorprendido. Tenía en las manos un plato y un paño de cocina.

—Creía que no estabais en casa —dijo Julia.

—Pues sí estamos. —El hombre me miró tratando de sonreír—. ¿Nos hemos visto antes?

—Me parece que no.

—No tiene sentido —se oyó la voz de la mujer. Sonaba monótona, pero con un leve ronroneo que resultaba agradable. Si hubiera podido variar el

tono, habría valido para trabajar en el servicio de atención de alguna empresa, para tratar con clientes descontentos—. Ella no sabe mantenerse fiel a nada.

—Mamá —dijo Julia con tono discreto, aunque vi que estaba apretando los dientes.

—Es verdad.

—Leo —dije—. Me llamo Leo. Vivo en el bloque de al lado.

—Leo —dijo el padre de Julia, como si tratara de recordar dónde había oído antes el nombre.

—Soy amigo de Gr..., de John. Estamos en el mismo colegio. No en el mismo curso, pero en el mismo colegio. Somos amigos de hace tiempo.

No podía dejar de hablar, y noté cómo me subía el color a las mejillas. Creo que Julia se dio cuenta, porque, cuando iba a quitarse los zapatos, apoyó discretamente la mano en mi hombro y me dio un apretón.

—Ya veo.

Y no dijo más. El plato que tenía en las manos

estaba seco, así que volvió con él a la cocina.

—¿Queréis comer? —preguntó—. La comida estará lista dentro de unos minutos.

—A lo mejor, papá —dijo Julia, y me cogió del brazo y me llevó a su cuarto.

—¿Cómo se llaman? —pregunté.

—Klas y Diana. ¿Por qué?

—No, por curiosidad. Ni tú ni Grim lo habéis dicho.

—Perdona. —Meneó la cabeza—. De verdad que creía que no iban a estar en casa. Se lo van a decir a John.

—No si decimos que sólo venía a recoger algo, o que querías enseñarme algo, o... Bueno.

—¿Serías capaz?

—Sí.

—A mí se me da fatal mentir —dijo Julia.

—Y a mí.

Klas y Diana Grimberg. Había oído hablar tanto de ellos...

—No son como yo creía —dije.

—¿Mis padres?

—Sí.

—¿Y qué te esperabas?

Precisamente eso era lo que yo me estaba preguntando. ¿Que sólo se hablaran a gritos? ¿Que no se hablaran? De pronto me vino a la memoria una cosa, el reproductor de cedés de Grim que salió volando por la ventana y se estrelló contra el suelo de la calle.

—No lo sé —dije.

Unos golpecitos en la puerta.

—Vamos a comer —se oyó la voz de Klas—.

¿Os apetece?

Julia me preguntó con la mirada y yo me encogí de hombros.

Habían puesto la mesa de forma sencilla. Era un día laborable, y el hecho de que yo estuviera allí no alteraba para nada la rutina. No trataban de hacerse los interesantes, al menos no por mi presencia. Y aquello me resultaba agradable, sobre todo si los comparaba con mis padres, que

siempre querían hacer algo extraordinario las pocas veces que teníamos invitados, lo que me daba muchísima vergüenza.

—Espaguetis con salsa de carne picada —dijo el padre—. Comes carne, ¿verdad?

—Claro —dije.

—Bueno, hoy en día no está tan claro —dijo contrariado—. Los hábitos alimentarios de la gente son cada vez más raros.

Oímos pasos desde el salón y Diana Grimberg apareció y se sentó a la mesa, enfrente de su hija. Cuando pasó a su lado, se paró un momento y se la quedó mirando, le sonrió y le acarició la mejilla.

—Tienes unos rasgos tan pulcros..., ¿lo sabías? —murmuró con el mismo tono cansino.

—Gracias.

—Y tú —dijo mirándome—. Ten en cuenta que es un partidazo.

Se le encogió la comisura de los labios y pareció sorprenderse, como si fuera algo insólito. Al final, abrió la boca y se rió con una risa que no

supe cómo interpretar.

—Leo venía sólo a recoger un cedé —dijo Julia, mientras se servía varias cucharadas generosas de espaguetis.

—Ya veo —dijo Klas.

—Pero no lo he encontrado —continuó sin mirarlos a la cara—. Puede que esté en el cuarto de John.

—Sí, puede.

Me serví agua de una jarra y Julia y su padre empujaron sus vasos hacia mí. Los llené también, y luego miré a Diana, que no tocó el suyo. Estaba inmóvil, observando algo que había al otro lado de la ventana. Cogí el vaso, lo llené de agua y lo dejé otra vez en su sitio. Se sobresaltó con el ruido y me miró.

—Gracias —dijo—. Perdona, es que estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Julia.

—En nada.

—¿Cuánto tiempo hace que Julia y tú...? —

comenzó Klas, y paró para masticar y tragar—, ¿cuánto hace que os conocéis?

—Unos meses —dije—. Más o menos el mismo tiempo que hace que conozco a John.

—Él dice que se llama Grim —dijo Diana, y bebió agua—. Es raro. ¿Soy la única que lo piensa?

—No, no eres la única —dijo Klas—. Pero tiene diecisiete años. Y las ideas más raras las tiene uno siempre a los diecisiete. ¿Verdad, Leo?

Sonrió y, detrás de sus palabras, había un retintín no del todo explícito.

—Supongo.

—Será algo en la vida —dijo—. Eso lo ve cualquiera.

—Ya, la cuestión es qué —dijo Diana, y se volvió hacia mí—. No le hagas daño a Julia.

—Mamá —dijo Julia con acritud, y noté cómo me cogía la mano bajo la mesa.

—Diana, tranquilí...

—¿Tan anormal os parece que me preocupe?

Julia dejó el tenedor al lado del plato y levantó la vista.

—Estoy aquí, no tienes que hablar de mí como si estuviera ausente.

Diana observó el vaso de Klas.

—¿Vas a beber agua?

—Sí, ¿por?

—No, como estás de vacaciones... No tienes que fingir delante de estos dos. Seguro que Leo ya lo sabe, ¿verdad?

—Pues yo..., no, yo...

—Déjalo ya, Diana.

—¿No quieres que vaya por la botella?

Le miró las manos a Klas. Y entonces me di cuenta de que le temblaban un poco.

—Se te nota que lo estás deseando.

—Voy a beber agua.

—Pero...

—Ya está bien.

—Te echa la culpa a ti —continuó Diana, con la misma voz monocorde y con la mirada errática,

hasta que la fijó otra vez en algo más allá de la ventana—. Y tú lo sabes, sabes que lo necesita para aguantar la vida conmigo después de...

—Diana. —La voz de Klas resonó tan firme que apreté el tenedor en la mano, y Julia se sobresaltó y retiró la suya—. Ya está bien.

Me fui del piso de la familia Grimberg desconcertado y sin cedé, lo cual no era de extrañar.

Aquella noche, más tarde, quedé con Julia en el depósito del agua, que se erguía hacia el cielo y, en la penumbra, parecía más sombrío que de costumbre, más grotesco de lo que solía. Siempre había pensado que tenía forma de seta, pero ahora lo veía más bien como el mazo de un juez. Julia me rodeó con los brazos como no lo había hecho nunca. Me pareció un abrazo más apremiante, casi desesperado, y la dejé. Le hice una pregunta, pero ella no me oyó.

—¿Qué? —preguntó en un susurro, y noté el

calor de su aliento en el labio.

—¿En tu casa siempre estáis así?

—Más o menos. —Miró hacia la cima del depósito—. Ven.

Julia empezó a subir, trepando en la oscuridad delante de mí. Yo la seguí hasta que llegamos a la última plataforma.

—Aquí fue donde conocí a Grim —dije.

—Anda, ¿no me digas?

Se metió las manos por debajo de la falda y una prenda negra y diminuta le cayó a los tobillos.

—Desabróchate los vaqueros —me susurró—.

Y siéntate.

Notaba los suspiros ardientes de Julia en el cuello. Y, por encima de su hombro, veía toda Salem, y el cielo, cada vez más oscuro. Hice todo lo posible por no cerrar los ojos.

Estoy en el coche, delante de tu portal. Te veo por la ventana, pero tú a mí no me ves. Me da mucha pena. Quiero que lo sepas. Las cintas del cordón policial aletean al viento, solitarias. La primera vez que las vimos se nos quedó mal cuerpo, ¿te acuerdas? Pero entonces casi éramos unos niños, y las veíamos a menudo. Al final nos acostumbramos.

El tiempo que pasó antes de que muriera mi padre hablamos mucho de mi madre.

—Yo la recuerdo casi solamente de las fotografías —dijo, y él se enfada, a pesar de lo débil que está.

Intento decirle que está bien que yo la recuerde así, que los otros recuerdos más vale

olvidarlos, aunque debió de haber también buenos momentos. Pero mi padre no me escucha, no tiene fuerzas.

¿Te he contado cómo se conocieron? Supongo que sí, porque me acuerdo de que tú también me hablaste de los tuyos. Fue en un bar de Södertälje. Ella trabajaba en una tienda de música y, al parecer, todos los chicos querían acostarse con ella, pero ella solo se acostó con dos antes de conocer a mi padre. Estaba en la barra con unos amigos del mundillo musical de Södertälje y él había ido con un par de amigos soldados, después del trabajo. Ella le preguntó qué música le gustaba, y él respondió:

—Yo nunca escucho música.

Mi madre sonrió y le dijo:

—Perfecto.

Al menos, así cuenta él la historia. Cuando nací yo, todo se desarrolló sin complicaciones, y mi padre dice que eran inmensamente felices, que el único nubarrón era el dinero. Siempre habían

vivido con lo justo, y así siguieron, a pesar de que papá había empezado a beber ya por entonces. Luego, ella se quedó embarazada otra vez. No recuerdo nada de aquello, no tenía edad, pero después lo comprendí, al menos en parte. Cómo mi madre cayó en coma después del parto, a saber por qué, y cómo más tarde, cuando despertó al cabo de unos días, parecía otra: una actitud fría y ausente, combinada con arrebatos impredecibles. Mi padre dice que, un tiempo después, cuando empezó a temer que mamá no mejorase, se pasaba las noches llorando, porque había perdido a la mujer a la que quería.

—Al menos, así me sentía yo —dice—. Aunque puede que nos hubiéramos perdido el uno al otro mucho antes.

Le digo que se equivoca, que para nada, aunque en el fondo intuyo que no sé de lo que estoy hablando. Él también lo piensa, seguro, pero no dice nada, me coge la mano y dice que con las familias nunca se sabe, y sonríe un poco

desorientado.

Mi madre y ella se parecían tanto... Él le gritaba mucho y rara vez la felicitaba cuando hacía algo bien. Esa actitud suya lo atormentaba, sabía por qué lo hacía, pero no podía evitarlo. Trataba de no beber cuando ella pudiera verlo, porque no se fiaba de sí mismo.

Y empezó a volverse no sólo contra ella, sino contra todo. Él jamás habría podido abandonar a mamá, dependía demasiado de él, lo necesitaba demasiado. Y era desgraciado, una desgracia crónica, y cada vez le costaba más levantarse por las mañanas para ir al trabajo de soldador.

Papá respira débilmente. Pide agua. Se la doy. Me pregunta cómo estoy. Le digo que él es todo lo que me queda. Sonríe y dice que eso no es así, pero él no sabe nada.

«AGENTE DE POLICÍA SOSPECHOSO DE ASESINATO».

Sam ha sacado el móvil y me enseña las últimas noticias del *Expressen*. Dejo de leer el suyo y paso al mío.

me parece que deberías ver las noticias

El artículo de Annika Ljungmark es breve, pero eficaz. Después de las diez de la noche, varias fuentes policiales confirman que ya no están estancados en la investigación del asesinato de Rebecca Salomonsson. La policía trabaja ahora según una hipótesis concreta, cuya figura central es un agente de policía. «Podemos situarlo en el lugar de los hechos en relación con la muerte de la

víctima», aseguran las fuentes.

No tardarán más que unas horas en desvelar la identidad del policía. Siempre pasa lo mismo. Estoy apoyado en la barra y aparto la vista del teléfono. Empieza a darme vueltas la cabeza. Sam me observa con expresión dubitativa.

—Leo, ese...

—Ese policía no soy yo —le suelto.

—Eso ya lo sé.

La miro, aunque no estoy seguro de que haya entendido lo que quiero decir.

—Vale.

Sam baja la vista y se fija en mi móvil.

—¿Qué pasa?

—Alguien me está enviando mensajes.

—¿Quién?

—No estoy seguro.

Entonces ocurre algo extraño pero, al mismo tiempo, muy familiar, natural: Sam me pone la mano en el brazo. Veo con el rabillo del ojo que Anna nos observa.

—Ten cuidado —dice Sam.

—Hago todo lo que puedo.

—Para nada. —Me suelta el brazo—. Nunca has tenido cuidado.

Como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo, lo suelta. Y ahí está, se lo veo en la mirada, porque yo también sé cómo se siente uno: por un segundo, entrevé en mi cara la de Viktor.

—Si ya hemos terminado, tengo que irme —dice.

La acompaño a la puerta. Fuera sigue lloviendo. Las calles relampaguean y centellean en la negrura y, sobre nosotros, unas nubes cruzan el cielo a la deriva. No dice nada al marcharse, pero mira un instante atrás por encima del hombro. Enciendo un cigarro y la sigo con la mirada hasta que dobla una esquina y la pierdo de vista.

—Absenta, por favor —digo al volver a la barra.

—¿De qué iba eso?

—¿De qué iba el qué?

Anna saca un vaso y lo llena.

—Eso. Ella, vosotros.

—Que estuvimos juntos un tiempo.

—Sí, ya lo has dicho.

—Íbamos a tener un hijo. Incluso habíamos decidido el nombre.

—¿Y qué pasó?

Apuro el vaso. Los nudos que se me habían formado en las sienes empiezan a soltarse.

—Un accidente de coche.

—¿El niño murió?

—Sí.

Anna tiene los codos apoyados en la barra y la cara en las palmas de las manos. El borde de la barra le sube el pecho, que parece más opulento de lo que es en realidad.

—Tú eres psicóloga —digo.

—Estudiante de psicología.

—¿Qué dicen los libros de mí?

—Ni idea. —Mira el reloj—. Puedo cerrar si

quieres.

—¿Por qué?

—Es que parece que necesitas... distracción.

Sonríe un poco. He bebido demasiado rápido.

La absenta se me ha subido ya a la cabeza y empiezo a verlo todo borroso.

—Tienes toda la razón —balbuceo, y miro de reojo a la puerta—. Pero no es... perdona, pero no es contigo con quien...

—Lo sé —dice—. No me importa.

Así que me permito ceder, sólo una vez.

Anna se dirige a la puerta y la cierra con llave.

Mientras vuelve hacia mí, se va desabotonando despacio la camisa, se la quita y se suelta el pelo. Se sienta a mi lado, en el taburete, y yo doy un paso al frente, entre sus piernas; ella me pone la mano en el pecho, la baja con suavidad hacia el vientre y empieza a desabrocharme los vaqueros. Es justo lo que necesito y, al cerrar los ojos, me sorprendo al comprobar que el interior de los párpados no está negro, sino oscuro, rojo oscuro.

En alguna parte, quizá entre tanto, aunque quizá después, empiezan a crujir los recuerdos, de un modo inesperado, como cuando alguien a quien llevas mucho tiempo sin ver se te acerca de pronto en el metro y te paras a charlar un rato y, después de tan fugaz encuentro, se te viene a la cabeza el pasado.

Tengo trece años. Estoy harto de que me zurren Vlad y Fred, y me desquito, pero con un chico que es menor que yo. Se llama Tim. El cielo se extiende sobre nosotros pesado, como nieve mojada. Le atizo en el estómago.

Tengo cinco años y acabo de aprender a montar en bicicleta. Mi padre intenta filmarme, pero, cada vez que pone en marcha la cámara, me caigo y el único que aparece registrado es mi hermano, que sale al fondo dando vueltas con la bici, despreocupado y seguro de sí mismo, en una bicicleta mucho más grande que la mía, con las ruedas más grandes y con más marchas.

Tengo veintiocho o veintinueve años y acabo de

conocer a Sam. Se ríe de algo que he dicho. Estamos en un barco. Reconozco una cara entre los pasajeros, alguien que me recuerda a Grim, pero no es él. Sam me pregunta si me pasa algo. Le digo que no.

Tengo dieciséis años. Grim y yo estamos al pie del depósito del agua. Ha discutido con sus padres. Estamos a finales de la primavera y Klas Grimberg ha recibido una carta de la tutora de la clase de su hijo. Le dice que ha tratado de ponerse en contacto con ellos por teléfono sin conseguirlo. Grim le ha pegado a un compañero de clase, y, si vuelve a suceder, tendrá que llamar a la policía. Klas se enfada y se emborracha mientras espera que su hijo llegue a casa. Luego discuten y la cosa termina con Klas gritándole a Grim que haga lo que tiene que hacer en la escuela, que no sea como él, y que si no espabila, lo hará espabilar a golpes. Al menos, eso es lo que Grim dice que le ha dicho. Subimos a la torre y nos ponemos a disparar a los pájaros. Grim se ríe cuando le digo que una de las

nubes se parece a un chico que conocemos, uno gordo al que llaman el Carnero. Otra nube se parece a Julia. Eso no se lo digo a Grim.

El mismo año: a principios de la primavera, Grim y yo andamos por Handen, esperando a uno que nos va a vender hachís. Ni él ni yo lo hemos probado hasta ahora. Grim lleva una camiseta de MAYHEM, y vamos deambulando por entre las casas. De la oscuridad salen de pronto cuatro hombres con botas, remaches y el pelo largo. Se nos acercan y nos preguntan a qué jugamos con esas camisetas. Señalan la de Grim, que se atisba debajo de la cazadora abierta. Luego nos tiran al suelo y nos patean, y a mí me dura semanas el dolor en las costillas. Después nos enteramos de que gente relacionada con la banda Mayhem se ha dedicado a quemar iglesias en Noruega y Gotemburgo, y nos asustamos. Grim tira la camiseta. Nunca hablamos del tema con nadie, ni siquiera con Julia. Es un secreto sólo entre Grim y yo. Esa noche, en el cercanías de vuelta a casa,

alguien va escuchando demasiado alto a The Prodigy, *I'm a firestarter, terrific firestarter*, en un radiocasete.

Unos días después del fracaso en Handen, le compramos hachís a un chico que viene de Södertälje. Hacemos el intercambio en Rönninge, y nos lo fumamos en el depósito. Yo no noto nada y, seguramente, Grim tampoco, pero nos reímos tanto que me da dolor de estómago, porque nos han dicho que a la gente le pasa eso cuando fuma. La segunda vez me entran unos sudores horribles y me mareo. Grim parece adormilado. Esta vez estamos en el campo de fútbol, a las afueras de Salem, tumbados en el césped. Es de noche y hace fresco.

A Grim le interesa la técnica, pero no sabe nada de matemáticas. Cuando tiene deberes, tengo que ayudarle hasta que uno de los dos se cansa. Siempre llega a tiempo, nunca se retrasa. Le cuesta respetar a las personas que no son puntuales, igual que le parece inaceptable que los policías se paseen por Salem por las noches. Cada vez que ve

un coche de policía se pone tristón. Estamos a principios del verano de 1997 y ya me he dado cuenta de que Grim apenas habla de su padre. Cuando lo hace, no dice nada agradable. Al mismo tiempo, intuyo que esas palabras esconden algo que no queda claro. Como si se identificara con él. Quizá por eso chocaban tanto. Se me ocurre que podría preguntarle a Julia, exponerle mi teoría, pero no llego a hacerlo.

Dos meses después conozco a Klas Grimberg, el día que nos vemos en el apuro de tener que cenar con ellos. Me llama la atención lo mucho que Grim se parece a su padre. Pienso que quizá se lo diga a Grim y a Julia, pero no lo hago, porque no sé cómo se lo tomarán.

—¿Qué pasa si lo más importante que uno tiene —dice Grim una tarde en el cercanías hacia el norte— no tenía que existir en realidad?

—¿Qué quieres decir?

—Sí, mira, imagínate que hay algo así como un destino o como quiera que lo llamemos, y que en

realidad el plan no era que nos convirtiéramos en una familia. Si no fuera ése el plan, ¿entiendes? Si saliera así sólo por casualidad. Quiero decir, tú míranos. Teniendo en cuenta cómo estamos en casa, podríamos considerarlo todo un accidente.

—Todas las familias están jodidas.

—No, eso no es verdad.

Tengo diecisiete años. Hace varios meses que murió Julia. Sonrío a la cámara. Es la foto del colegio, y no conozco a ninguno de los que tengo alrededor.

XVI

Cuando Grim volvió de Jumkil, apareció en uno de esos turismos anodinos de color blanco que usan los servicios sociales. Fuera hacía bochorno, y tan sólo unos minutos atrás había visto pasar a Vlad y a Fred por una calle. Me preguntaba qué harían en Salem, y noté que me costaba respirar. Yo estaba sentado en un banco entre los edificios de Triaden, y traté de hacerme invisible hasta que desaparecieran de mi vista.

El coche aparcó y se abrió una de las puertas traseras. Por ella salió Grim con la bolsa, la misma bolsa de deporte negra en la que llevaba la escopeta de aire comprimido el día que nos conocimos. Tenía la impresión de que hubiera

pasado mucho tiempo cuando en realidad no hacía ni seis meses que nos conocíamos. En uno de los bancos de por allí había un hombre con una bolsa del monopolio de bebidas alcohólicas, una gorra sucia y una barba blanca y frondosa. Observó aterrado el coche blanco antes de recoger sus pertenencias y se marchó de allí tambaleándose y esforzándose por mantener la dignidad.

Grim cerró la puerta del coche y el conductor —un hombre, más no pude ver— volvió la cabeza, dio un giro de ciento ochenta grados y se marchó, como si tuviera asuntos urgentes que atender en otro sitio. Yo me levanté y Grim se llevó un sobresalto. Al ver que era yo, sustituyó el desconcierto por una sonrisa y saludó con la mano en alto. Yo también sonreía, pero me sentía raro con su regreso, como si la libertad de la que había disfrutado hubiera sido temporal y ahora volviera a reemplazarla una especie de camisa de fuerza.

Unas horas más tarde fuimos al depósito del

agua. No corría la menor brisa y el sol brillaba sobre nosotros. La mayoría de los coches que pasaban por la calle iban cargados de familias y de equipamientos de acampada. Estábamos a finales de julio y aún quedaban muchos días de vacaciones. Grim llevaba una camisa de manga corta y un pantalón corto, pero se secaba sin parar el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Mañana voy a Uppsala —dijo.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Voy a ver a Jimmy. Sigue encerrado.

—¿Sabes cómo está?

—No. Pero creo que está bien. Por lo menos, está mejor que el chico al que apuñaló.

Era Grim el que quería ir al depósito. Yo prefería hacer otra cosa, sobre todo prefería estar en cualquier sitio que no pudiera asociar con Julia. Pero subimos a la torre, y Grim se sentó en la plataforma, exactamente en el mismo sitio donde estuve yo unos días antes, cuando ella se quitó las bragas y se me subió encima. Me parecía absurdo,

irreal.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—¿Qué?

—No, que te estabas riendo.

—Ah, no, nada. Que se me había ocurrido una idea de lo más rara.

—Cuando nos vimos en el campamento —dijo Grim, y sacó de la mochila que llevaba una botella y dos vasos—, no tuvimos tiempo de hablar de ti.

—Bueno, había otras cosas más importantes —dije en voz baja.

—¿Qué tal te ha ido el verano?

—Bien. Supongo. Micke se ha ido de casa. Mi padre y yo le ayudamos, y no lo hemos visto desde entonces. —Dudé un instante. Habría quedado de lo más extraño que no dijera nada...—. Estuve cenando en tu casa.

Grim llenó los vasos y me dio uno. Bebí un poco, y él bebió después de mí.

—Joder, qué fuerte. Me parece que es absenta o algo así. —Apuró el vaso—. ¿Estuviste cenando

en casa?

—Sí, iba a llevarme prestado un cedé.

—¿Cuál?

Me encogí de hombros.

—Ya no me acuerdo.

—Ya, te despistaron otras cosas.

—Sí.

—Mi padre te obligó a cenar con ellos.

—Pues sí.

Se oyó un estruendo a lo lejos, un choque, y empezó a aullar la alarma de un coche.

—No es... —comenzó Grim—, no es culpa de Julia, pero mi madre... ¿te había contado ya que tiene problemas de salud?

Yo lo sabía, pero no estaba seguro de que Grim supiera que lo sabía. En ese momento no me acordaba de quién me lo había contado, si él o Julia. Las cosas se habían enredado tanto...

—No me acuerdo, puede.

—Bueno, pues los tiene. Desde que tengo memoria. Va por oleadas, unos días arriba, otros

abajo. Cuando me mandaron al campamento, se puso peor de lo habitual, por lo visto. Y mi padre, inconscientemente, o eso creo yo, que ha sido inconscientemente, le ha echado la culpa a Julia. Lo que hace que todo gire en torno a..., bueno, no sé, pero el caso es que yo quedo al margen. Y por mí, estupendo, estoy encantado. Es mejor quedar al margen después de ver cómo lo está pasando Julia. Pero la verdad, estar en casa es una pesadilla. — Soltó una risotada—. A pesar de toda la mierda del campamento, era un alivio no estar en casa. ¿Te lo imaginas? Supongo que no me di cuenta de lo malo que era hasta que no empecé a sentirme fatal.

—Bueno, podéis pedir ayuda.

—Ya, ¿a quién?

—No sé. A los Servicios.

—Los Servicios pueden irse a la mierda. Ya han estado metiendo las narices en nuestra casa.

—Pues a otro sitio.

—¿A quién? —Se le notaba una angustia

sincera—. ¿A quién puede uno pedir ayuda? ¿A quién se supone que podemos dirigirnos? Y además, ¿es que es responsabilidad mía?

—No lo sé —dije.

—Deja de decir no lo sé. —Eché la cabeza hacia atrás, la apoyó en la torre y cerró los ojos—. Cuando subí para dejar mis cosas, aquello era un caos. Me parece que a mi madre se le había olvidado tomarse las pastillas, y que mi padre había bebido. Como ha empezado a trabajar otra vez... ha empezado a beber más de la cuenta, seguramente por lo descerebrado que es su trabajo.

Nos quedamos callados un rato. Yo quería irme para ver cómo estaba Julia. Sentía tal frustración que tenía las palmas de las manos húmedas y frías.

—He visto a Vlad y a Fred.

—¿Eh? —dijo Grim.

—A Vlad y a Fred.

—¿Los idiotas que se cebaban contigo?

—Sí. Los he visto antes. ¿Tú crees...? —Bebí

un poco más. Sentí una garra en la garganta y que me ardía el estómago. Hice lo que pude por no parecer asustado—. ¿Tú crees que han vuelto a mudarse a Salem?

—¿Por qué iba nadie a volver a mudarse aquí? Habrán venido a hacer una visita o algo.

Sacó el reproductor de cedés de la mochila, me dio uno de los auriculares y nos quedamos escuchando música y bebiendo hasta que se agotaron las pilas, lo que no ocurrió hasta muy, muy tarde. Y después me fui a casa dando traspiés, con miedo a cruzármelos, aunque no fue así.

—Estás como tristón, Leo. —Mi padre levantó la vista del periódico y dejó la taza de café en la mesa.

—No, es que estoy cansado. —El dolor me martilleaba la cabeza y, cada vez que cerraba los ojos, me escocían los párpados—. Anoche me acosté tarde.

—Tarde, ya. —Asintió pensativo—. Ni

siquiera oí cuándo llegaste a casa.

—No sé qué hora era.

—Teniendo en cuenta cómo hueles, no es difícil adivinar lo que estuviste haciendo, desde luego —dijo.

—No huelo a nada.

—Apesta.

Mastiqué despacio un bocado de la tostada.

—No le digas nada a mamá.

—¿De dónde sacáis el alcohol? ¿Es de contrabando?

—No, papá —dije, y solté un suspiro.

—No puedo impedir que bebas. A Micke nunca se lo impedimos. Pero...

—Pues claro que se lo impedimos —se oyó la voz de mi madre y, acto seguido, sus pasos desde el baño en dirección a la cocina. Me miró muy seria—. Si vuelves a beber, te castigamos sin salir.

—Annie —empezó mi padre—, no es un...

—Que no —dijo mi madre secamente mirándolo con firmeza—. Ya está bien. Este chico

no está nunca en casa.

—Annie, deja que hable yo con él.

Ella miró a mi padre y luego a mí otra vez.

—Tienes que espabilar, a partir de hoy mismo —dijo antes de irse.

Mi padre tenía cara de cansado, se tomó el café y observó la tostada que yo tenía a medio comer en el plato.

—¿No te la vas a terminar?

—No tengo hambre.

—Tienes que comer. —Dudó un instante—.

Tanto tu madre como yo nos sentiríamos mucho mejor si te buscaras un trabajo.

—Papá, jod...

—Ya, ya —me interrumpió, con las manos en alto, como excusándose—. Ya sé. —Apoyó los brazos en la mesa y se inclinó un poco—. Leo, tu madre tiene razón. Pero, hay algo más, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Ya te lo he dicho, pareces decaído. —Esperó un poco, pero, al ver que no respondía, añadió—:

Si necesitas hablar, aquí me tienes.

Levanté la vista, un tanto inseguro.

—¿Conoces bien a los que viven en Triaden?

Mi padre enarcó las cejas.

—Aquí, que yo sepa, nadie conoce a nadie, ni siquiera a quienes viven entre las mismas paredes. Así que no puedo decirte que los conozca ni mucho ni poco.

—Vale.

—¿Es por alguien del bloque?

—No. —Señalé la ventana—. Es del bloque de enfrente.

Miró hacia donde le había indicado, hacia el bloque de la familia Grimberg.

—Ya veo.

—¿No conoces a ninguno de los que viven ahí?

Negó con la cabeza, tomó otro sorbo de café.

—Es una chica —constató.

—¿Por qué crees que es una chica?

—Los padres sabemos esas cosas.

Solté un largo suspiro y vi a mi padre más

esperanzado. El pobre lo intentaba, pensé. Me levanté, me fui sin decir una palabra y me metí en mi habitación. Cerré la puerta y me senté al lado de la ventana, a observar el bloque en el que vivían y a escrutar las ventanas de su casa para ver un atisbo de Julia.

No pasaba nada, yo empezaba a sentirme patético y mi padre no entraba, así que me tumbé en la cama y me quedé todo el día escuchando música. Estuve pensando en llamarlos, pero tenía miedo de que fuera Grim quien respondiera, y enseguida sospecharía que había algo raro, de eso estaba seguro. Y si respondía Julia, Grim le preguntaría con quién había hablado, y entonces tendría que mentirle. Pero mentir no se le daba muy bien, y ésa era una de las cosas que me gustaban de ella, aunque, en este caso, esa incapacidad no era muy práctica.

Al final llamé de todos modos.

—Diana Grimberg.

—Hola... —dije—. Soy Leo. ¿Eres...?

—Espera —dijo—. Julia, al teléfono.

Debía de ser imposible oír la voz de Diana sin estar a su lado, con lo bajito que hablaba. Puede que uno desarrolle algún tipo de sensibilidad especial o de atención selectiva cuando vive con una persona como Diana Grimberg, porque no tardé en oír unos pasos que se acercaban al teléfono.

—¿Quién es? —le preguntó Julia a Diana en un susurro, pero ella no respondió—. ¿Hola? —preguntó.

—Hola —dije.

—Ah, hola, espera.

Pasos, una puerta que se abre y que se cierra. Música de fondo, que se iba atenuando hasta desaparecer.

Estuvimos hablando todo el rato que pudimos. Al cabo de unos días, yo me iría una semana a la isla de Öland. Mi tío vivía allí con su familia, y todos los veranos pasábamos con ellos una

semana, al final de las vacaciones. Era el único viaje que hacía fuera de Estocolmo. Mi hermano siempre venía, pero no en esta ocasión, porque tenía que trabajar.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó, y parecía herida.

—Es que no pensaba... no pensaba ir con ellos.

—¿Por qué no?

—Por ti.

—Vale —dijo ella vacilante—. Pero ahora sí piensas ir, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—¿Y qué es lo que ha cambiado?

—No lo sé... Nada.

—Algo será.

Estuve un buen rato escuchando su respiración. Me preguntaba si Grim estaría al otro lado de la pared, oyendo lo que decíamos.

El tiempo en Öland pasaba arrastrándose. Volvimos una semana después, y en Salem había

ocurrido algo: quedé con Grim delante de la Casa de la Juventud, y vi enseguida que tenía un ojo morado e hinchado. Pretendía ocultarlo tras un par de gafas Wayfarer, pero no lo conseguía. Me contó que le había hecho un carnet a un chico que trató de usarlo en un pub.

—Al carnet no le pasaba nada —dijo Grim—. Fue culpa de aquel idiota. Quería entrar en sitios donde había que tener cumplidos los dieciocho, y eso fue lo que le preparé. ¿Querrás creer que el muy imbécil fue a un sitio donde el límite eran veinte? Le negaron la entrada, lógico, porque era un viernes. ¿Y qué crees que hace? Viene a buscarme a Salem con dos colegas, porque cree que lo timé. Si hasta vinieron a mi casa... Mi padre estaba borracho cuando se enteró de lo que había pasado, así que me largó de casa. Pero fuera me esperaba el tío con los dos colegas y, antes de irme, tuvo tiempo de darme un puñetazo en el ojo. —Se encogió de hombros—. Una putada.

—Pero ¿por qué te largó tu padre de casa?

—No, bueno, no me largó, se puso a perseguirme por toda la casa y tuve que largarme. Pero era mejor salir de allí que dejarse atrapar.

Traté de imaginarme a Klas Grimberg persiguiendo a su hijo. La noche que cené en su casa le vi algo en la mirada que revelaba que, seguramente, era capaz de una cosa así, aunque también advertí en él una calma controlada. Claro que entonces estaba sobrio.

Grim sacó un sobre doblado del bolsillo interior de la cazadora al mismo tiempo que un chico torcía por la esquina de la Casa de la Juventud. Tenía nuestra edad, llevaba vaqueros amplios y unas surferas Adidas, sudadera con capucha y una gorra. No iba a nuestro instituto, de eso estaba seguro.

—¿Todo en orden? —dijo Grim cuando el chico se acercó a nuestro banco.

—Sí —dijo en voz baja, y me miró de reojo.

—Es de fiar.

El desconocido echó un vistazo alrededor y

asintió. La sudadera tenía un bolsillo delantero. Y de él sacó el chico unos billetes de quinientas coronas bien doblados que le dio a Grim a cambio del sobre. Lo hicieron tan rápido que, si hubiera pestañeado, me lo habría perdido.

—¿Te han dado? —preguntó mirando a Grim.

—No, un tío que se había colado.

—¿Quieres que me encargue?

—No. —Grim echó una ojeada alrededor—.

Nos vemos.

—Vale.

Se dio media vuelta y se alejó despacio, y nosotros volvimos a Triaden. Grim contó el dinero.

—Mil quinientas —dije.

—Cada día soy más caro —dijo Grim.

Éramos distintos en muchos aspectos, pero, más que otra cosa, eso implicaba que nos complementábamos. Habíamos llegado a un punto en que a veces pensábamos lo mismo, decíamos

las mismas palabras. Cada uno había empezado a usar las expresiones del otro. Inconscientemente, yo había empezado a comprar ropa que se parecía a la de Grim, y él tenía varias prendas que podían haber salido de mi armario.

Supuse que eran cambios que surgían casi de forma automática cuando dos personas pasan mucho tiempo juntas, se entienden y comparten muchas cosas, aunque quizá existiera también entre nosotros un vínculo más profundo. Yo era el único que estaba al tanto del negocio de carnets falsos de Grim. Aparte de los clientes, claro está, pero además, a la mayoría de ellos les decía que él no era más que un intermediario. Pocos creerían que un chico de diecisiete años pudiera estar en posesión de esos conocimientos, aseguraba Grim. Eso alentaría la desconfianza, y la desconfianza no era buena para el negocio.

Volví a Salem, donde el calor estival había cedido ante un final de verano más fresco. Eran los

últimos días de las vacaciones, y cuando terminaran, Julia empezaría en el instituto de Rönninge, donde estudiábamos Grim y yo. Nos moveríamos por los mismos pasillos, quizá incluso nos veríamos en los descansos.

Al día siguiente de mi regreso sonó el teléfono. Fue mi padre quien respondió, y llamó a mi puerta con una sonrisa.

—Para ti. Julia.

Aparté a mi padre y cerré la puerta.

—¿Diga? —dije.

—Hola.

—Hola.

Echaba de menos su voz.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien. —Carraspeó un poco—. Hoy estoy sola en casa.

—¿Ah, sí?

—John se ha ido. Mis padres están en casa del abuelo.

El abuelo de Grim y Julia vivía en una

residencia cerca de Skarpnäck. Era una antesala de la muerte, pero, mientras esperaban la otra vida, dedicaban una noche a preparar una cena con los residentes y sus familias. Julia había estado una vez y dijo que el ambiente se le antojaba insoportable, opinión que compartían Grim y Klas. A la única a la que le agradaba la cena era a Diana, que parecía muy empeñada en que el rato que pasaban en torno a la mesa fuera lo más incómodo posible.

—¿Quieres venir? —preguntó.

—Sí.

Aquel día salí con la sensación de que iba a suceder algo decisivo. Las cosas no podían seguir así. La puerta de la casa de Grim no estaba cerrada con llave y entré sin más en el vestíbulo.

—¿Julia?

—Pasa.

Estaba sentada en el borde de su cama, y me miró cuando entré.

—Te has cambiado el pelo —dije.

—Me lo he rizado. —Vaciló un instante—. ¿No te gusta?

—Pues...

—Bueno, déjalo, no digas nada. Porque en realidad no debería importarme, ¿lo pillas? No debería tener la menor importancia lo que el imbécil del amigo del imbécil de mi hermano piense del peinado que llevo. No me importa. No digas nada.

Me senté en el borde de la cama y dije:

—Precioso.

—¿Qué?

—Me parece precioso.

Julia soltó un hondo suspiro. Tenía el cuarto desordenado. No parecía que lo hubiera limpiado desde la última vez que estuve allí.

—Esto era sólo un juego —dijo—. Al menos para mí. —Evitaba mirarme—. Me dejé arrastrar, quizá porque es algo prohibido. O sea, el mejor amigo de mi hermano, vamos. Eso sólo se ve en las malas comedias. —Se echó a reír—. Puede

que siempre me haya atraído ese tipo de cosas. O sea, cosas dudosas desde el punto de vista moral. Como lo de la cazadora y la marihuana que robé en el colegio, te lo conté, ¿verdad?

Asentí. Me acordaba, sí.

—No lo había pensado hasta ahora, hasta esta semana en que has estado fuera, pero puede que sea culpa mía. No era mi intención que fuera en serio.

—Ya, pero resultó que iba en serio, ¿no? — pregunté, sin saber cómo debía sentirme.

—Creo que sí.

Luego me besó con premura antes de alargar el brazo en busca del mando a distancia para poner en marcha el equipo de música.

—Julia, deberíamos hablar. Deberíamos hablar más.

Julia subió el volumen. Me llevó unos segundos oír que lo que sonaba era *Dancing Barefoot*, y lo sabía porque una vez —ya no recuerdo cuándo— Julia me dijo que era una de sus canciones

favoritas.

Con la música tan alta era difícil distinguir las palabras de los ruidos, y la música se convirtió en una pared sonora que, según me pareció en aquellos momentos, latía al ritmo de mi corazón. El colgante de la cadena se balanceaba encima de mi cara y en un instante de lo más raro levanté la cabeza y le besé el cuello; me metí el colgante en la boca y noté el metal frío en la lengua. Cerré los ojos.

De repente Julia se detuvo. Abrí los ojos y vi que alargaba el brazo en busca del mando a distancia antes de que todo quedara otra vez en silencio. Se oyó el clic del picaporte y alguien abrió la puerta del piso.

—Es John —me susurró Julia al oído, estaba tumbada encima de mí e hizo crujir la cama al incorporarse—. Quieto.

Se levantó irritada. Se puso unos vaqueros cortos y abrió la ventana.

Yo me quedé en la cama sin saber qué hacer. Un

segundo antes de que llamaran a la puerta me tapó entero con el edredón y me dijo en voz baja:

—No te muevas.

—¿Estás en casa? —oí que preguntaba Grim sorprendido al abrir la puerta.

—¿Es que tú no estás de vacaciones? —preguntó Julia.

—Sí, pero...

Me preguntaba adónde estaría mirando.

—¿Pasa algo? —dijo.

—No, ¿por?

Estaba casi seguro de que lo oí olisquear el aire.

—Deberías limpiar un poco. Y hacer la cama.

—Sí, papá.

Grim se alejó de la puerta y Julia la cerró y se sentó en la cama con un suspiro.

—Joder —dijo en voz baja mientras yo retiraba despacio el edredón—. Ha faltado poco.

—Sí.

—Chist.

—Si estoy susurrando.

—Ya, pero susurrando a voces.

—¿Cómo se puede...?

—Chist.

Al otro lado de la ventana se oyeron tres o cuatro estallidos. Ruido de petardos. Una brisa barrió el dormitorio y meció la cortina. Era por la tarde y aquel verano se había alargado más de lo natural. Julia se volvió hacia mí. Tenía el colgante entre las manos y lo deslizaba por la cadena de un lado a otro.

—Esto no puede seguir así —dijo en voz baja. Y comprendí que tenía razón.

—Voy a darme una ducha —se oyó poco después la voz de Grim al otro lado de la puerta—. ¿Qué estás haciendo?

—Déjame en paz —dijo Julia para espantarlo.

—Oye, ¿estás sola en tu cuarto?

—Pues claro que estoy sola.

Grim se quedó un rato ante la puerta, lo oí, pero no dijo nada más. Julia se miraba las manos. Yo

me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Enseguida se oyó una puerta que se abría y se cerraba y Julia me hizo una seña.

—Está en el cuarto de baño, largo de aquí.

Abrí la boca para decir algo, pero no se me ocurrió nada. Julia bajó la vista y comprendí que no tenía ningún sentido decir nada, así que me levanté despacio y salí del dormitorio. Entonces oí cómo Grim abría el grifo detrás de la puerta del cuarto de baño.

XVII

Amanece y la ciudad se despierta. Estoy en el balcón y veo que un joven ayudante de policía está retirando las cintas policiales. Se ve que se ha tomado muy en serio la tarea que le han encomendado, y se está enrollando en la mano la cinta blanca y azul. Me escuecen los ojos y me sorprende un hambre repentina, así que entro, me como un bocadillo o algo parecido, hecho de restos de carne y verduras, mientras me quedo mirando un punto invisible en el infinito.

Falsificadores. En realidad, no es la palabra exacta, pero en la policía los llaman así porque casi todos empiezan como Grim empezó en su día, falsificando simples carnets de identidad para que

adolescentes de dieciséis años pudieran entrar en bares y clubes nocturnos. Los falsificadores existen, eso lo sabe todo el mundo. Tienen una misión difícil, y los que no dan la talla desaparecen de un modo u otro. Pero existen, y los pocos que se mantienen cuentan con grandes recursos, dado que sus servicios son caros. En esta ciudad todo puede comprarse con dinero, y en una época en que resulta imposible desaparecer, pocas cosas son más valiosas que una identidad nueva.

Dado que John Grimberg no figura en ningún registro desde hace diez años, y dado que está vivo y parece que se gana el sustento creando identidades nuevas para aquellos que lo necesitan, seguramente él también tendrá otra identidad. Y puede que incluso varias. Seguro, lo más probable es que tenga varias, fijo. De la auténtica está claro que no hace ningún uso, y no es muy propio de Grim limitarse a una sola identidad.

Suena el teléfono. Es el número de Levin.

—¿Sí?

—Leo, buenos días.

—Buenos días.

—Me he enterado de que estás buscando a John Grimberg.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo ha dicho mi secretaria.

—Ah. —Se me había olvidado—. Sí, claro.

—No es que sepa mucho —dice Levin—, pero voy a contarte lo que sé.

—¿Podemos vernos?

—Claro, por eso te llamaba. Si te das prisa. Voy a salir dentro de un rato.

Fuera, en la calle Chapmansgatan, una luz me da en la cara y me ciega momentáneamente. Los sonidos que me rodean, el rumor de voces, proceden de los periodistas. Alguien me planta debajo de la barbilla un micrófono negro de TV4 y yo parpadeo sin parar para eliminar los puntos blancos que ocupan mi campo de visión.

—La policía te cuenta como posible

sospechoso del asesinato de Rebecca Salomonsson, ¿tienes algo que decir?

—Estabas en casa cuando la víctima murió, ¿verdad?

—¿Es una venganza por tu suspensión?

Es un tiroteo de preguntas. Lanzo al joven ayudante de policía una mirada de socorro, pero, muy oportuno él, ha vuelto la cabeza hacia otro lado, como si tuviera un interés inusitado por la cinta. La última pregunta capta mi atención, y busco la cara de la persona que la ha formulado.

—Yo a ti te conozco —digo.

—Annika Ljungmark, *Expressen*. ¿Qué tienes que decir de la información que nos han dado?

—Yo no he hecho nada.

Vuelven las preguntas, pero suenan como un rumor sin palabras, se me acelera el pulso y hago lo único que uno no debe hacer bajo ningún concepto: me abro paso a empujones entre dos periodistas y echo a correr.

Me siguen un trecho, pero, cargados como van

con las cámaras, las mochilas y los dictáfonos, no tardan en abandonar. Subo sin resuello por la calle Hantverkargatan y me sumerjo en la oscuridad del metro.

Llego a Köpmangatan 8, en el casco antiguo. Ni un periodista. Todavía es muy temprano.

La recia puerta emite un zumbido y la abro; entro en el frescor del rellano y sólo entonces me doy cuenta de lo acalorado que estoy. Quién sabe si no tendré fiebre. Eso es, yo creo que tengo fiebre. En el ascensor, todo empieza a darme vueltas, estoy mareado y echo la cabeza hacia delante, convencido de que voy a vomitar el desayuno. Pero no ocurre nada, me quedo allí jadeando hasta que la puerta del ascensor se abre y espera a que salga. Algo me pasa.

—Leo —dice Levin mirándome desde detrás de aquellas gafas diminutas que le hacen los ojos enormes y redondos—. ¿Estás bien?

Me coge del brazo; al parecer, lo estoy necesitando, y seguro que es así, porque, una vez

dentro, me tambaleo y tengo que apoyarme en el perchero mientras trato de quitarme los zapatos.

—Estoy bien. Es que me he mareado en el ascensor.

Me quito por fin los zapatos y le aparto la mano a Levin. Me invita a sentarme en la cocina; entro y me derrumbo en una de las sillas que hay alrededor de una mesa redonda no muy grande. La silla cruje, pero es muy cómoda, y de pronto me entran ganas de dormir. Levin coge un vaso del mueble y un tubo con un nombre que no reconozco; saca una pastilla efervescente y la suelta en el vaso, antes de llenarlo de agua, que empieza a burbujear con un chisporroteo agradable.

—No he dormido mucho que digamos —digo en voz baja sin dejar de mirar el vaso—. ¿Qué es?

—Para el agotamiento.

—Pero ¿qué es? —insisto.

—Como veinte cafés. Las usan en el Ejército. Me las dio un buen amigo que es comandante. Yo nunca las he tomado.

Echo mano del vaso. Levin se ajusta las gafas y se lo queda mirando.

—Bebe.

Tomo un trago y compruebo que es más áspero de lo que esperaba, como un refresco con un porcentaje demasiado alto de ácido carbónico. Me arden el paladar, la lengua, los dientes, todo.

—¿Está bueno? —pregunta Levin, y se le arruga un poco la comisura de los labios.

—No exactamente.

—John Grimberg —dice Levin—. ¿Cómo es que lo estás buscando? Si puede saberse.

Respiro hondo y, al mismo tiempo, desaparece el malestar que tenía en la boca y se me extiende por dentro una sensación de suavidad. Es sutil, pero incuestionable. Se me forma en el estómago un calor que se mueve hacia el pecho y sale por la yema de los dedos. Noto que enfoco mejor la vista, que mis movimientos se vuelven más exactos. Sea lo que sea lo que me haya dado Levin, tengo que procurarme un tubo ya.

—Bueno, qué —dice Levin.

Le hablo de Julia y de su muerte, pero no se lo cuento todo. No soy capaz. Le hablo otra vez de Rebecca Salomonsson, de la cadena que tenía en la mano. Le cuento que Grim visitó en una ocasión el estudio de Sam. A cada palabra que digo me vuelvo más vulnerable todavía. La mirada de Levin se desliza desde mí hacia el vaso que tengo en la mano, hacia algo que hay al otro lado de la ventana, hacia el dibujo de la madera de la mesa, hacia la hora que marca su reloj. Decide, o eso parece, retrasar el reloj unos minutos, y se mira las manos. Podría pensarse que está aburrido, pero en realidad me escucha con suma atención. Bebo un poco más y se me alivia el desasosiego, aunque no se me quita del todo.

—Ahí lo tienes —digo al fin—. Por eso tengo que saber lo que sabes tú.

—Comprendo —dice Levin—. Me temo que tendrás que venir conmigo a la calle Kungsholmsgatan.

Por un instante pienso que he cometido un error gravísimo.

—No, no —añade enseguida—. No es eso, no es por eso. Lo que pasa es que ya voy con retraso. El taxi me está esperando en Slottsbacken. Te lo contaré por el camino.

Miro el vaso.

—Oye, ¿qué era eso?

—Si no recuerdo mal, anfetaminas.

Me quedo perplejo.

—¿Me has drogado?

—Sólo un poco. —Se pone de pie—. Vamos.

XVIII

Levin va a mi lado bajando Slottsbacken, alto y desgarrado con la chaqueta color gris tristón, los vaqueros negros y la calva blancuzca y rotunda. Sopla desde algún sitio un golpe de viento y en una esquina, medio escondida detrás de un contenedor, hay una persona sentada —puede que un sin techo, pero puede que no— que hace resonar en una mano una lata de monedas y lleva un móvil en la otra.

—*Señor, please.*

Levin niega con la cabeza y yo con un gesto de la mano, sin detenerme.

—Vaya mierda de ciudad —protesta Levin.

—Bueno, también hay de esto en ciudades más

pequeñas.

—No como aquí.

El taxi está esperando con el motor en marcha. Detrás se alza el palacio real. Un niño, hijo de unos turistas, lo mira inexpresivo. El palacio le devuelve la mirada con la misma inexpresividad. Vamos callados un rato y, de pronto, Levin me parece apesadumbrado, con la mirada perdida al otro lado de la ventanilla.

—Estuve trabajando extra un tiempo —dice al cabo de un rato, mientras el taxi avanza despacio calle abajo por Myntgatan, en dirección a Vasabron.

A lo lejos reposa el edificio del parlamento, y el ayuntamiento se alarga con las tres coronas del pináculo como tres manchas amarillo pálido brillando en el cielo claro.

—Querían que yo formara parte de la unidad de reclutamiento. Que fuera informando por los colegios sobre lo que implicaba entrar en la Policía, qué requisitos había y esas cosas. Una

tarea bastante agradable, para variar. Así que acepté, y lo hacía cuando tenía poca carga de trabajo. Algo después me pidieron que fuera a visitar a los chicos en los centros juveniles, no exactamente para reclutarlos, sino más bien para informarlos y enseñarles una cara de nuestra institución distinta de la que veían normalmente. Era un trabajo muy ingrato, pero ¿quién podía reprocharles que tuvieran algo en contra de la policía? La mayoría de los miembros del cuerpo tienen algo en contra de los jóvenes; además, una cantidad sorprendente de agentes dedica la mayor parte de su jornada laboral a perseguirlos como si fueran brujas por los hurtos y los daños que causan. ¿Por qué no iban los jóvenes a tener algo en contra de la policía?

—Soy de Salem —digo—. Sé cómo son las cosas.

—Claro —dice Levin—. Naturalmente. De todos modos, un otoño, creo que fue hace once o doce años, fui al centro juvenil de Jumkil. Ese

sitio tan famoso donde, entre otras cosas, un chico trató de cargarse a otro volcándole encima un armario secadora. Escarmentado por experiencias anteriores, el personal había atornillado el armario a la pared, de modo que no pasó de un intento. Pero aun así. El suceso se había producido en medio de algo parecido a un motín la semana anterior a mi visita, durante la cual comprenderás que ni yo me sentí del todo a gusto. No por miedo, sino porque sospechaba que interpretarían mi presencia como una amenaza, o como una burla. Al menos, así lo habría interpretado yo de haber estado en su lugar. Traté de que retrasaran la visita, pero Benny, ya sabes, el viejo jefe de policía Benny Skacke, se opuso. Según él, no se nos presentaría mejor ocasión para aparecer por allí. Puede que tuviera razón, no lo sé. El caso es que no tenía elección y allí me planté.

El taxi entra en el puente de Vasabron, donde el tráfico es más denso. Es tan temprano que aún se ve la bruma ascendiendo en torno al macizo blanco

de la Estación Central. Sigo notando el efecto del calor de ese brebaje extraño y me siento despabilado, alerta. Pienso en la época de la que está hablando Levin. Grim tendría entonces unos veinte años.

—Empecé con una introducción, algo así como una presentación, en una de las salas, y luego los acompañé un par de horas en sus actividades cotidianas. Esa parte, la de acompañarlos por el centro, no estaba planeada, y no creo que a Skacke le hubiera hecho gracia la idea si lo hubiera sabido, pero el tutor de Jumkil me invitó, y pensé que era lo menos que podía hacer por reducir la distancia que me separaba de aquellos jóvenes. Así que acepté y procuré mostrarme dispuesto en el caso de que alguno quisiera hablar conmigo. Flotaba en el aire cierta animadversión, desde luego, pero no tanta como yo me temía. Varios de los chicos parecían interesados por la profesión de policía. Uno de ellos, que no me había dicho nada ni durante la presentación ni después de la misma,

era John Grimberg. Se mantuvo en la última fila y se quedó más bien apartado el resto del día. Me fijé en él, pero no le di más importancia. Antes del almuerzo tuve una breve reunión con el director, Per Westin, en su despacho, situado en el edificio principal. Se suponía que deberíamos haberla celebrado por la mañana, pero no hubo tiempo. Andaban liados con el papeleo y la investigación de lo que había pasado. Estuvimos allí un rato y Westin me habló de las dificultades que tenían en Junkil, de los clientes —así era como los llamaba— y de los delitos que cometían entre aquellas paredes. Como es lógico, lo tenía preocupado el índice de agresiones, el índice de robos y amenazas. Nadie sabía a ciencia cierta cuánta basura de aquella había, pero lo que llegaba a conocer el personal no era más que la punta del iceberg, como suele decirse.

El taxi se detiene al final del puente de Vasabron y me quedo contemplando el barrio de Rosenbad y la calle Fredsgatan, que discurre

alargándose por nuestra derecha, las ventanas iluminadas en los edificios mudos... Recuerdo que una vez perseguí por allí a un hombre, sospechoso de haber robado en Forex. No era verdad. El ladrón era su hijo, de quince años. El hombre al que yo perseguía sólo había provisto al hijo de un arma.

—En la mesa de Westin había una caja —continúa Levin—. Le eché un vistazo y comprobé que contenía un puñado de carnets de identidad. «¿Qué es esto?», le pregunté. «Objetos de los que nos hemos incautado», me dijo. «Ajá —respondí —, ¿de quién eran?» Cogí la caja e inspeccioné el contenido. «De John Grimberg», dijo Westin. Según él, Grimberg aseguraba que no pensaba usarlos para nada, que los había hecho sólo para pasar el rato y para practicar. Eran... —Levin guarda silencio unos segundos—. Eran excepcionales. Realmente excepcionales. No había sólo documentos de identidad, sino también facturas, certificados y solicitudes de subsidios de

la Seguridad Social, notas sobre cómo funciona la Oficina Nacional de Impuestos a la hora de dar de alta y de baja a los contribuyentes, listas de registros que se alimentan automáticamente desde que nacemos, listas de otros registros y notas de en qué circunstancias figuramos en ellos... Tenía incluso copias de documentos de sumarios policiales auténticos en cuyos márgenes había hecho anotaciones difíciles de descifrar, seguramente para determinar qué datos procedían de fuentes externas y cuáles eran fruto de la investigación interna. Buena parte de esas notas eran referencias a internet. Ten en cuenta que por aquel entonces era algo bastante nuevo. Y estaba claro que advertía el peligro que entrañaba. Al parecer, trataba de averiguar a qué datos era posible tener acceso y en cuántos sitios web. Y te lo aseguro, Leo, por lo que pude ver, casi tenía conocimientos suficientes para que lo contrataran en la unidad de delitos monetarios. Le pregunté a Westin si Grimberg había cometido otro tipo de

delitos durante su estancia en Jumkil. «Nada de nada», respondió. Aquello era todo. No pude por menos de sonreír, ahora me avergüenzo un poco, la verdad. Pero le dije que no debía preocuparse por esos liantes que se enzarzaban a puñetazos y que robaban reproductores de cedés. La mayoría de ellos tendrán trabajos decentes y, seguramente, serán padres antes de cumplir los treinta. Con quienes hay que tener cuidado es con los tipos como John Grimberg. Como es lógico, Westin puso cara de extrañeza y no entendió una palabra de mis desvaríos. Lo cual era comprensible, me figuro, a pesar de que precisamente esa actitud es la que ha propiciado que se produzcan de forma recurrente sucesos que habrían podido evitarse.

El taxi gira por Hantverkargatan y deja atrás las calles en las que, hacía tan sólo una hora, yo había conseguido librarme de los periodistas que esperaban delante de la puerta de mi bloque. Los busco con la mirada, como esperando que estén aún en la esquina, pero lo único que se ve es un

puñado de holmienses adormilados en los pasos de cebra, con la vista fija en la luz roja de los semáforos, en el suelo, en algún punto invisible del vacío que se extiende ante ellos. Ya abren las primeras cafeterías. Se va activando poco a poco la alarma de la ciudad.

—Pregunté si existía la posibilidad de verme a solas con John y hablar con él un rato. Westin se quedó desconcertado, pero consintió y me dijo que lo acompañara a su dormitorio. Aquel pasillo largo flanqueado de puertas cerradas guardaba un parecido inquietante con una institución penitenciaria, y cuando Westin abrió la puerta con la llave, vimos que John no estaba allí. Westin me pidió que esperase dentro, y le pregunté si cualquiera podía entrar así sin más en un cuarto sin que el cliente —utilicé la palabra que ellos usaban— lo supiera. «Por supuesto», dijo Westin entonces. —Levin menea la cabeza—. En esos centros no existe el respeto a la integridad personal. Creo que ahora es todavía peor, dicen

que hay cuartos que hasta tienen instaladas cámaras de vigilancia. Bueno, el caso es que entré y me senté en la silla, delante del escritorio pero de espaldas a él, mientras Westin iba en busca de John.

—¿Cómo era su cuarto? —pregunto.

—Espartano. Comparadas con la de cualquier joven, las habitaciones de esos sitios son espartanas, pero incluso comparada con las otras habitaciones del centro, la de John era extraordinariamente sencilla. Había algo de ropa. La cama estaba sin hacer, a pesar de que iba contra las reglas. Sentí curiosidad por el escritorio, pero me pareció demasiado privado para ponerme a examinarlo estando John ausente. Vi con el rabillo del ojo que tenía allí algunas cosas, pero supuse que, seguramente, no tendrían mucho valor ni para John ni para alguien como yo. Aquel chico era demasiado listo. Si seguía metido en algo, lo habría escondido. La caja que Westin me había enseñado la habían encontrado en un hueco detrás

del armario. Por casualidad, según dijo, y yo estaba convencido de que decía la verdad. John estaba recluido en Jumkil por agresión con lesiones graves, pero ése era sólo el delito principal. Los otros, del mismo orden, eran maltrato físico, tenencia de arma blanca, falsificación de documentos e intento de estafa. Si no lo entendí mal, había tratado de venderle a alguien un documento de identidad. Los implicados llegaron a las manos y John amenazó al comprador con una navaja. Fue un juicio sencillo, numerosas pruebas físicas y varios testigos. Según entendí, ya no vivía en Salem. Su hermana Julia, de la que hablabas antes, había muerto unos años atrás, y aunque la familia había tenido dificultades, su muerte los separó definitivamente. Estaba censado como inquilino en un domicilio de Hagsätra. Y fue allí, precisamente, en la calle, delante de su casa, donde cometió el delito.

Guarda silencio unos segundos, mientras el taxi para en el cruce de Bergsgatan y Polhemsgatan. El

parque inmenso de Kronoberg está verde, de un verde intensísimo, pero tengo la sensación de que el brebaje que me he tomado en casa de Levin me hace ver los colores con una intensidad que no es natural. Todo está cubierto de una película brillante y el mundo me parece un lugar más esperanzador.

—Luego llegó John, acompañado de uno de los ayudantes del centro. Se sorprendió al ver que era yo, se lo vi en la cara, pero enseguida recuperó la compostura y me saludó con un gesto. «¿Te parece bien que me haya sentado aquí?», le pregunté. «Claro», dijo, y se sentó en el filo de la cama, como dispuesto a levantarse otra vez en cualquier momento. Lo vi tenso e inseguro. «¿Cuánto tiempo llevas en Jumkil?», le pregunté, y me respondió que no lo sabía. «Aquí el tiempo no discurre, se confunde», dijo. Pero creía que algo más de un año y medio. En realidad, llevaba encerrado casi exactamente año y medio cuando yo llegué. Llevaba un control bastante más exhaustivo de lo

que quería dar a entender. Sólo ese detalle ya es llamativo, a la mayoría de los delincuentes de su edad les ocurre lo contrario. Todos quieren dar la impresión de que son más listos y conscientes de lo que son. Le pregunté por qué estaba allí, y él me preguntó a su vez si no lo sabía ya. «Pues sí —dije—; lo siento, era una pregunta tonta». Entonces saqué mi acreditación policial y se la enseñé. «¿Has visto alguna así de cerca?», le dije. «Sólo las de ayudantes de policía —me dijo—. Nunca la de un comisario». La cogió y la examinó a conciencia. El reverso, el canto, el relieve del plástico, el chip. La sostuvo a la luz. Sabía exactamente dónde mirar para detectar los detalles fundamentales. «Podrías hacer una igual, ¿verdad?», le dije. «Las acreditaciones policiales son difíciles —me respondió—. Tienen un relieve diferente. Y el chip no es más que un trozo de plástico, es imposible cargar en él la información.» «¿Cómo has aprendido?» «Practicando», me dijo sin más. «¿Y qué piensas

hacer con tus habilidades?» «Quién sabe», dijo.

El taxi se ha parado delante de la entrada de Kungsholmsgatan.

—Perdón —dice el taxista, buscando la mirada de Levin en el retrovisor—. Ya estamos.

—¿Eh? —dice Levin.

—Que ya hemos llegado —digo.

—Ah.

Levin abre la puerta y sale del coche mientras el taxista saca el recibo y me lo da a mí, que se lo doy a Levin, que lo mira con una expresión inescrutable.

—Eso, sí, gracias. —Sube un par de peldaños de la escalera y se sienta en uno de ellos, se rasca la calva reluciente y se encaja las gafas, que se le habían escurrido por la nariz—. John sabía perfectamente lo que iba a hacer con esas habilidades. Era obvio. Le pregunté de dónde había sacado los documentos de los sumarios policiales. Podría ser una fuga, pensé, y qué demonios, claro que era una fuga. Pero no me dijo

el nombre. Naturalmente, no me dijo nada. «¿Te interesa el trabajo de la policía?», le pregunté. «Sí», dijo. «¿No te has planteado nunca ser policía?» Aquella fue la primera vez que mostró algo parecido a un sentimiento. Mi pregunta lo hizo reír. Yo no me di por aludido y le dije que, con su trayectoria y, sobre todo, con su historial delictivo, sería necesario someterlo a un sinfín de pruebas y tests, y que tendría que tirar de todos los hilos imaginables en Solna, pero que no era ni mucho menos imposible. «¿Y estarías dispuesto a hacerlo?», me preguntó. Le dije que lo que había visto en la caja que tenía Westin era un signo claro de habilidad extraordinaria. Ya te digo, habría encajado perfectamente en la unidad de delitos monetarios. Por desgracia, es preciso recurrir al procedimiento tradicional, pero ha habido gente que ha ascendido muy rápido. En un plazo de seis o siete años habría podido trabajar con lo que ya estaba haciendo. Le ofrecí incluso la posibilidad de mantenerse al día en el campo que le interesaba

mientras estuviera estudiando. Dado que en los años de transición al nuevo milenio se produjeron tantos cambios en los registros oficiales suecos y en todo lo relacionado con los documentos de identidad de los ciudadanos, era importante que él pudiera seguir la evolución.

Uno de los empleados del grupo NOVA, la sección de la policía de Estocolmo que trabaja con el crimen organizado, sale de un coche negro con las ventanillas oscuras y pasa a nuestro lado al subir las escaleras. Saluda a Levin y a mí me mira con curiosidad, pero sin decir nada.

—Te preguntarás que si pensé que tenía la menor opción de que aceptara. Pues sí, me lo creí, pero porque la tenía, se lo vi a John en la cara. Sopesó la posibilidad. Poco después de que él saliera se abriría el plazo de solicitud. Tendría tiempo de prepararla y presentarla. «Pero —añadí entonces— procura que todos los datos de la solicitud sean auténticos». Ahí también se rió. Los tíos como John Grimberg... En fin, yo había

conocido a unos cuantos antes que a él, y a algún otro después. Cinco o seis personas en total en los cuarenta años que llevo en la policía. Y la razón de mis intentos de que entrara en el cuerpo era en realidad de doble naturaleza. Siempre es una pena que un gran talento se invierta en unos objetivos equivocados. El riesgo de que, siendo delincuente, no durase mucho no era menor, ya sabes, en ese mundo... Y quería darle otra oportunidad. Ése siempre ha sido mi punto débil como policía, y mi punto fuerte, o así lo veo yo. Pero también lo hice por razones puramente preventivas en lo que a la delincuencia se refiere. Un tipo como John causaría un gran daño y exigiría grandes recursos policiales.

—¿Se lo dijiste a él?

—La primera razón sí. La segunda, no.

—¿Y cómo reaccionó?

—De ninguna manera. No dijo nada. Tenía que irme ya, le di mi tarjeta y le pedí que me llamara cuando se decidiera. Pero no me llamó.

Una pareja mayor pasa por la acera de enfrente y Levin la sigue con la mirada. Parecen cansados pero seguros, casi felices.

—Unos años después —continúa Levin— surgió su nombre en una investigación. Un asalto a un banco, que había fracasado. El inconveniente era que los ladrones iban enmascarados y no supimos quiénes eran. Pero, naturalmente, teníamos nuestros sospechosos, y nos pusimos a investigarlos. A uno de los tíos lo vieron con otro al que el investigador no reconoció. Al ver la foto comprobé que, efectivamente, era John Grimberg. Poco después el sospechoso desapareció, se esfumó. Interrogamos a John, pero no conseguimos nada. Salió libre; y no volví a oír su nombre hasta que Alice me comentó que habías preguntado por él.

—Cambió de identidad —digo—. Desde hace diez años sólo figura en el Registro de Inexistentes.

—Ya —dice Levin.

—No parece que te sorprenda.

—No —dice—. Hay gente que es así, es como si hubiera empezado a desaparecer delante de tus narices. Como si siempre hubieran estado representando un papel, llevando una máscara, no sólo ante los demás, sino también ante sí mismos. Esa forma de ausencia de identidad no deja incólume a nadie. Es peligroso, lógicamente, pero quien se cambia a sí mismo de un modo tan drástico lo hace por lo general para librarse de algo más peligroso todavía. Ignoro qué sería en el caso de John Grimberg, sobre ese punto sabrás tú más que yo, me figuro. Ese juego de roles no es en sí nada extraordinario, sino una cuestión de práctica y de competencia, una capacidad en la que la mayoría de nosotros podemos ejercitarnos. Es incluso una parte de este trabajo, el tuyo y el mío. Pero a diferencia de nosotros, a diferencia del policía, que a veces se hace pasar por otra persona, o del estafador ocasional, que muestra un documento de identidad falso y luego puede volver

a ser el de siempre, los tipos como John Grimberg no tienen esa posibilidad, y tampoco la quieren. Hay algo en el vacío que el ser humano es capaz de procurarse que me entristece. Ahora, transcurrido el tiempo, me gustaría poder decir que estaba seguro de lo que pensaba en ese momento, pero no es verdad. No era más que una intuición, un instante de lucidez de lo que podría sucederle. Y ese instante se produjo entonces, cuando, en medio de la conversación, casi vi cómo se volvía transparente ante mis ojos. No había nada concreto en la expresión de la cara ni en la mirada, sólo otras expresiones y otras miradas, ninguna más falsa o más auténtica que la otra. — Levin guarda silencio y se queda así unos segundos; luego menea la cabeza, se levanta y se sacude los pantalones con la palma de la mano—. Siento el rollo, Leo —dice claramente avergonzado—. Me estoy haciendo viejo.

—¿Viste algo en la caja del despacho de Westin que pudiera darnos una pista de dónde... o de

quién es John Grimberg en la actualidad?

Levin niega con la cabeza.

—No estoy seguro, me falla la memoria, Leo. Pero lo dudo.

—¿Ni firmas ni iniciales? ¿Nada?

—Nada. Que yo recuerde. —Carraspea un poco—. Recuerdo su uso de la lengua.

—¿Su uso de la lengua?

—Recuerdo que se expresaba muy bien. Es algo insólito entre los jóvenes de los suburbios. —Abre los ojos con repentina sorpresa—. ¡Por cierto! Hay una cosa que sí recuerdo, pero puede que no tenga que ver con John Grimberg. El robo al banco que te comentaba antes, el que fracasó y en el que apareció de pronto su nombre.

—¿Qué pasa?

—Los investigadores sospechaban que el robo estaba relacionado con la droga, como casi todo en esta ciudad. Suponían que el origen del robo estaba en la desaparición de unos kilos de heroína. Los traficantes a los que se la habían robado tenían

que pagar la deuda al proveedor. Estarían desesperados, no es de extrañar. Cuando una persona desesperada necesita una gran suma de dinero en poco tiempo, la cosa suele acabar en un robo. Más tarde encontraron la heroína en la casa de una mujer, creo que se llamaba Anja. No era nada del otro mundo, como suele decirse, pero sí habilidosa, y tenía relación con uno de los condenados por el robo. Así fue como dieron con ella, a través de su red de contactos. Anja se las había arreglado para hacerse con la partida con la idea de usar ella misma una parte y vender el resto, ascender un par de peldaños en la jerarquía. La detuvieron por un delito grave de tráfico y posesión de estupefacientes y la condenaron a prisión, no recuerdo si eran dos o tres años lo que tenía que cumplir en Hinsan.

—¿Y eso cuándo fue? Antes has dicho «años después», o algo así.

—Pues... —dice Levin—. Debió de ser... allá por 2000 o 2003, no me acuerdo. De todos modos,

a propósito de aquello, los investigadores sospecharon que Anja tenía a alguien más, quizá no un cómplice en aquel caso en concreto, pero sí alguien con quien mantenía una relación estrecha y que se encontraba en el mismo entorno. Porque Anja estaba sola en el mundo, sus padres habían muerto y no tenía familia. Y cuando le revisaron el móvil, que, naturalmente, era robado, encontraron un número que no pudieron localizar.

—Y sospechas que era suyo, ¿no?

—Pues sí. En el archivo de Anja alguien había incluido una lista de contactos conocidos, y en ella figuraban las iniciales JG. Por aquel entonces había varias personas que podían ser relevantes y que tenían esas iniciales, tanto hombres como mujeres: Johan Granberg, Juno Gomez, Jannicke Gretchen... Pero yo tenía la sensación de que podía ser él.

—¿Y qué te hacía pensar eso?

—No sabría decirte. Intuición, quizá.

—¿Dónde está Anja ahora?

—En el cementerio de Skogskyrkogården. —
Levin baja la vista—. Se ahorcó en la celda de
Hinsan. Salió en los periódicos.

—Yo no empecé a leer periódicos hasta los
treinta.

Levin se echa a reír. Luego me mira.

—Deberías contarle esto a Gabriel. Todo.

—¿A Birck?

—Sí.

—Puede.

—Leo. —Levin parece atormentado—. Es
posible que estés en peligro. En más de un sentido.

—Ya, sí, puede.

Levin levanta la vista y observa un cartel
publicitario que hay en una de las fachadas:

«¿TE PREOCUPA LO QUE ESTÉ HACIENDO TU
PERRO? ¡CONTROLA SUS MOVIMIENTOS POR EL
MÓVIL!».

—Controlar —dice Levin pensativo—. No es
extraño que la gente quiera desaparecer. No es
extraño que, en una sociedad como la nuestra, la

gente deteste a los policías, que no confíe en nosotros. Diez mil o veinte mil policías, tanto da. No es trabajo para estos tiempos. Ni para este sistema ni para esta parte del mundo. —Suspira apesadumbrado—. Entonces, su hermana murió joven —dice bajando la voz—. ¿Ella y tú os conocíais?

—Sí. John creía que murió por mi culpa.

—¿Y es verdad? —pregunta Levin con indiferencia evidente y con un interés puramente profesional por la respuesta.

XIX

Allá por los últimos días del verano, alguien garabateó con espray negro unas palabras en uno de los portales del centro de Salem. «CUCARACHAS DE MIERDA, VOLVED A VUESTRO PAÍS», rezaba el texto, escrito en mayúsculas desiguales y nerviosas y rodeado de cruces gamadas. Al día siguiente, agredieron gravemente a un cabeza rapada bastante conocido cerca del instituto de Rönninge. Ninguno de los dos agresores era sueco. Yo lo sabía, así funcionaba la cosa. El suceso llegó a los medios de comunicación, pero perdió fuerza enseguida. Nada indicaba que el cabeza rapada agredido fuera también el autor del texto del portal, pero eso era

lo de menos. Tres días después, le dieron a un chico una patada brutal en la cara. Se llamaba Mikael Persson, había nacido en Suecia, pero su padre era egipcio. Y poco después, maltrataron a otro cabeza rapada en el depósito de agua de Salem. La víctima llevaba la cabeza afeitada, una cazadora vaquera y pantalones verde caqui, era miembro de Izquierda Joven y de varias organizaciones antirracistas. Los agresores no lo sabían. Creían que era simpatizante nazi porque iba vestido como ellos.

Aquellos sucesos marcaron el final del verano pero a mí sólo me afectaron de pasada. Julia y yo rompimos después de que Grim llegara a casa mientras nosotros nos acostábamos. No fue algo que decidiéramos previa discusión. El final cristalizó, tácito pero definitivo.

Para empezar, me aparté también de Grim, porque la sola idea de estar con él me hacía pensar en Julia, lo cual me destrozaba. Nunca había sentido un dolor semejante y me pasé cuatro días

sin hablar con nadie, ni siquiera con mis padres. Se preocuparon y llamaron a mi hermano, que no consiguió más que empeorar las cosas. El quinto día comprendí que no podía superar aquello solo, necesitaba hablar con alguien, y el único que se me ocurría era Grim. No podía contárselo, pero me distraería. Cuando lo llamé parecía preocupado.

—Oye, he estado llamándote —dijo—. ¿Por qué no contestas? ¿Te ha pasado algo?

—Perdona, no, nada. He estado enfermo.

—¿Enfermo?

—Una gripe o algo así, nada más. Pero hoy es el primer día sin fiebre. —Dudé un instante—. ¿Nos vemos?

Grim notó que algo no andaba bien, yo lo sabía. No teníamos que hacer nada, lo único que necesitaba era tener a alguien a mi lado. No estar solo. Él lo comprendió. Pasábamos largos ratos al abrigo de los parques o en bancos apartados, yo con un libro o escuchando música y Grim con sus

carnets de identidad. Practicaba sin cesar, pero, después del campamento, Klas controlaba mucho más lo que hacía en su cuarto, así que tenía que practicar en otros sitios. Más de una vez, en mi casa; y, por un tiempo, mi escritorio fue más bien el de Grim, hasta que mi padre lo notó y me preguntó con tono nervioso qué nos traíamos entre manos. Usábamos los carnets falsos para entrar en un bar que abría los miércoles en Södermalm, nos emborrachábamos y nos reíamos de lo que estaba prohibido cuando el camarero miraba para otro lado.

Me preguntaba cómo estaría Julia. Si aquello le afectaba siquiera. Transcurrido un tiempo, seguramente para sobrellevar la situación, me convencí de que para ella sería fácil. Pero mi amistad con Grim se había salvado. Quién sabe si al final no saldría todo bien. Pensaba en lo que Julia me dijo en una ocasión, que si pudiera viajar en el tiempo le gustaría ir al futuro para ver cómo salía todo al final. Y empecé a comprender a qué

se refería. La incertidumbre, la sensación de haber perdido algo y, tal vez, de haberlo perdido en vano casi era lo peor.

Un día, tenía yo abierta la ventana de mi cuarto. Y también alguien más por allí cerca, porque oía a N.W.A. a todo volumen: *I just want to celebrate! I just want to celebrate!*, por unos altavoces que distorsionaban el sonido. Me acerqué a la ventana y noté el calor del sol. En la calle vi a Julia paseando con una amiga, una chica rubia que se llamaba Bella. La había visto un par de veces en verano, siempre con Julia. Se reían de algo, Julia parecía contenta.

Traté de pensar que había recuperado a Grim, pero lo único que sentía era que había perdido a Julia.

Algo me hervía dentro, muy dentro.

Y fue entonces, durante aquellos últimos días del verano, cuando me di cuenta de que Tim había vuelto a Salem.

Tim Nordin era un año menor que yo y la primera vez que lo vi estaba solo en un parque de juegos, en las afueras de Salem. Yo tenía entonces trece años, y estaba a punto de echarme a llorar de rabia. La rabia no tardó en convertirse en vergüenza, y no quería irme a casa. Vlad y Fred me habían tratado con más agresividad y habían estado más amenazantes que de costumbre. Fue una de las pocas veces que traté de devolverles los insultos, pero sólo conseguí que uno de los dos me diera un rodillazo en el estómago. Eso, la humillación de haber intentado oponer resistencia y fracasar, fue peor que si no hubiera hecho nada, y tenía la sensación de que todo era inútil. Fue como la confirmación de que yo era más débil. Las veces que no me defendía me permitía imaginarme que, de haber querido, habría podido, por pueril que fuera la idea.

Me fui de allí y, después de pasarme un buen rato tratando de llenar otra vez de aire los pulmones, empecé a deambular sin rumbo. Al ver

a Tim sentado en el parque, sentí que algo me ardía por dentro. Algo me obligaba a salir de mí mismo, la necesidad de oponer resistencia a la impotencia, a la humillación.

Me acerqué a Tim, que no parecía haberme oído. Era un chico menudo y flaco, llevaba una gorra con la visera hacia atrás y una ropa demasiado ancha, para parecer más fuerte de lo que era.

—Hola —dije cuando sólo me separaban de él unos pasos.

Él no reaccionó.

—Hola.

Tim seguía sin levantar la vista. La ira me dio una punzada y miré alrededor. Estábamos solos. Di los pasos que me separaban de Tim y le quité la gorra de una palmada. Eso lo hizo reaccionar y quitarse uno de los auriculares.

—¿Por qué no me respondes cuando te hablo?

—Perdona —dijo agitando los auriculares a modo de explicación—. No te oía.

Tenía miedo. Se le veía en la mirada alerta y sombría de unos ojos castaño oscuro. La cara delgada de barbilla afilada y pequeña y los labios finos agrandaban desproporcionadamente aquellos ojos redondos.

Me tiene miedo, está claro.

—¿Qué haces aquí? —dije.

—Nada —dijo, y se echó hacia atrás.

—Pero ¿qué estás haciendo?

Tim se incorporó.

—La gorra.

Yo sonreí.

—No es tuya.

—Me la ha dado... —comenzó, pero no terminó la frase.

—¿Tu madre? —me burlé—. ¿Te la ha dado tu mamáíta?

Tim me miró sin reaccionar.

—¡Respóndeme! —le grité.

Él asintió sin decir una palabra y bajó la vista. Cogí la gorra, la arrugué y me la guardé en el

bolsillo de los vaqueros. En el banco, a su lado, había una cáscara de color amarillo anaranjado; yo estaba tan cerca que le notaba en los dedos el olor a mandarina o a naranja.

—Una gorra lila —dije—. Lila... ¿Es que eres marica o qué?

—¿Cómo?

—Que si eres marica. ¿Es que estás sordo?

Tim negó con la cabeza.

—¿Que no qué?

—Que no estoy sordo —dijo Tim en voz baja.

—Pues contéstame. ¿Eres marica o qué?

Él volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué? —le dije, y me incliné hacia él—. Habla más alto.

—Tengo doce años —dijo en un susurro—. No sé lo que soy.

Me reí en su cara.

Ese día no le pegué. Eso vino después. Cuando me iba, pasé por una obra. Tiré la gorra lila a un

contenedor que estaba abierto, procurando que cayera tan al fondo que Tim no pudiera recuperarla si, contra todo pronóstico, llegaba a verla.

Me sentía aliviado, como si mereciera un desagravio y lo hubiera conseguido, y quizá fuera ésa la razón por la que mi conciencia no reaccionó.

Dos años enteros me pasé utilizando a Tim Nordin como medio para desquitarme, para sentirme superior, exactamente igual que Vlad y Fred me utilizaban a mí, supongo. Y quizá era eso lo que pasaba, que todo era una reacción a un desencadenante previo. Alguien iba a parar a la línea de fuego, todo el mundo se volvía contra un tercero, y yo no era ni mejor ni peor que nadie. Yo era, sin más.

Luego ocurrió algo que obligó a Tim Nordin a mudarse de Salem. Tal vez fuera por su familia, no lo sé. El caso es que desapareció y, la verdad, no pensé mucho en él. No le conté a nadie lo que le había hecho, y dudaba de que el propio Tim lo

hubiera contado. Y a partir de entonces no supe nada de él, hasta el día en que Julia lo mencionó en el depósito del agua.

Y ahora había vuelto, más alto, pero escuálido como siempre. Se acercó caminando por delante de Triaden mientras yo estaba desayunando en la cocina. Al principio no lo reconocí desde tan lejos, pero al seguirlo con la mirada me di cuenta de que estaba observando a un chico que no quería que lo vieran. Tim siempre caminaba así. Lo malo de esforzarse por que no te vean es que el esfuerzo se nota. Se ve.

—Leo —me dijo mi padre cuando se iba al trabajo—. ¿Estás bien? Has estado... diferente esta semana.

—Sí —dije—. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

Asintió un tanto desconcertado y cogió las llaves, salió y cerró la puerta. Una hora después se

repetía la escena, pero ahora con mi madre. Yo seguía en la ventana de la cocina, esperando a que Grim me llamara. Esta vez sí que pensaba preguntarle cómo le iba a Julia. Tenía que saber cómo estaba. La gente puede reír por muchas razones, y que la hubiera visto riendo no tenía por qué significar que se encontrara bien.

Una hora más tarde llamó Grim, y cogimos un balón de fútbol y fuimos dándole patadas hasta llegar al polideportivo. A Grim no le gustaba el deporte, lo único que parecía interesarle un poco era el tiro, por la tele, pero decía que dar patadas a un balón con todas sus fuerzas le resultaba placentero. Yo pensaba lo mismo.

El polideportivo estaba desierto, como si nos estuviera esperando. Cogí el balón, que Grim acababa de lanzar a la portería.

—Sabes quién es Tim Nordin, ¿verdad? — pregunté.

—Tim... —dijo Grim, y frunció el entrecejo—. Sí, era el mejor amigo de Julia cuando eran

pequeños, pero creo que se mudó de aquí. Nadie sabe por qué, ni siquiera Julia. —Dejó el balón en el suelo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me ha parecido verlo hoy.

—Ah, ¿es que lo conoces?

—No, no. Pero un amigo mío fue con él a la guardería, así que sé quién es.

No le pregunté por Julia, no fui capaz. A partir del día siguiente, iríamos al mismo instituto.

El primer día de clase no vi a Julia ni una sola vez. Tampoco vi a Grim. Estuve con mis compañeros de clase, y fue una sensación extraña. No es que no me gustaran, sino que apenas los había visto en todo aquel verano tan largo y tan rico en acontecimientos. Aquellos largos meses yo estuve viviendo en otra dimensión.

El segundo día tenía clase de mates en una de las aulas del fondo de aquel edificio, que parecía una fábrica. Cuando doblé la esquina me encontré con el largo pasillo vacío. Llegaba unos minutos

tarde y las clases ya habían empezado. Cubrían las paredes hileras de taquillas, varias de ellas ya pintarrajeadas de piezas de grafiti. En una de las puertas se veía una cruz gamada enorme de color negro.

Se abrió y se cerró la puerta de los servicios y apareció Julia, caminando hacia mí. Llevaba un archivador y unos libros bajo el brazo, e iba concentrada en un papel que aleteaba al ritmo de sus pasos. Levantó la vista y se quedó helada; y fue eso —su mirada— lo que hizo que el suelo se tambaleara bajo mis pies.

—Hola —dijo sin pararse.

—Hola —dije yo, y me detuve—. ¿Cómo estás?

—Desconcertada —dijo, se centró otra vez en el horario y siguió su camino.

Yo me quedé mirándola con la esperanza de que volviera la cabeza para mirarme también, pero no fue así. Y ese detalle hizo que me sintiera ridículo, engañado. Reducido a cero. Tenía ganas

de llorar, porque así iban a ser las cosas a partir de aquel momento, y no parecía que fuera a acabarse nunca.

Más tarde, aquel mismo día, oí decir que Tim Nordin había vuelto a Salem porque sus padres se habían separado, y que el padre de Tim no era el tipo de persona capaz de educar a un niño. Así que Tim tenía que vivir con su madre, y ella sentía nostalgia de Salem, por eso volvieron. Mira que consentir en mudarse otra vez aquí, pensé yo. Debería haberse negado a volver.

Aquel fin de semana se celebró una fiesta al aire libre en el polideportivo donde Grim y yo habíamos estado la semana anterior. Difundieron la noticia mediante octavillas que dejaban en las taquillas y que repartían en las clases. Grim y yo fuimos cada uno con su botella de plástico llena de alcohol, que habíamos cogido de la licorera de nuestros padres. Yo sólo había conseguido un par de decilitros de vodka, y tuve que mezclarlo con

refresco. Con el ácido carbónico sabía peor que de costumbre.

—¿Sabes si va a venir Julia? —pregunté.

—No —dijo Grim—. No le he dicho nada, así que espero que no venga. No me apetece nada tener que andar controlándola.

—¿Y por qué tienes que controlarla?

—Joder, porque es mi hermana. Y últimamente la he visto un poco rara.

—Pues yo no lo entiendo —dije, y noté que se me aceleraba el pulso. Destapé la botella y tomé un trago, que me quemó la garganta—. No puedes ser tan sobreprotector, joder, está a punto de cumplir los dieciséis, ya puede cuidarse sola —continué, y añadí sin pensármelo—: Deja de tratarla como a una niña.

Grim me evitaba la mirada.

—No lo pillas, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no pillo?

—Gracias a ella se mantiene unida la familia, gracias a ella funciona. Y mis padres no pueden

protegerla.

—Pero ¿por qué necesita tanta protección? ¿Y por qué tienes que protegerla tú? Los Servicios pue...

—Pero si fueron los Servicios los que me mandaron a Jumkil. Si me cogen a mí o a Julia, estamos perdidos.

Di otro trago a la botella. Recuerdo que pensé que el inconveniente no surgiría de uno de ellos en concreto, sino que, seguramente, nacería entre ellos, en el seno de la constelación familiar. Que el peligro no estaba en el riesgo de que los separasen, sino en lo mucho que se esforzaban por seguir unidos como familia. Me costaba explicar la idea con palabras.

—Pero, entonces, ¿tan importante es? Me refiero a que sigáis unidos. O sea, quiero decir que puede que eso también tenga su lado negativo.

No sabía cómo expresarlo.

—Sólo tenemos una familia —dijo Grim—. Sólo en las familias que funcionan hay miembros

que piensan que estarían mejor sin ella. — Entonces levantó la vista y me miró—. Así que cierra el pico. No tienes ni idea de lo que hablas.

Por primera vez sentí miedo de Grim, aunque no habría sabido decir por qué. Puede que fuera porque empezaba a estar borracho, pero tenía algo en la mirada... Un miedo ominoso, igual que cuando imaginamos cómo sería sufrir un dolor físico terrible, el tipo de miedo que hace que nos estremezcamos y nos sintamos indefensos sin razón.

El polideportivo estaba lleno de gente sentada en grupos que reían y bebían. Sonaba música de radiocasetes gigantes y algunos se entretenían trepando a la portería del campo de fútbol para encaramarse en lo alto. Grim y yo nos sentamos con unos conocidos suyos. Le preguntaron por el campamento, y por el chico al que dieron el navajazo. Grim se encogió de hombros, no quería hablar del tema. Le preguntaron qué se había hecho

en el pelo y Grim dijo que pensó que lo tenía demasiado largo y que se lo cortó. En ese momento vi que Julia se acercaba, con unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca con el nombre del grupo JUMPER en el pecho. Llevaba en la mano una botella de plástico y parecía estar buscando a alguien.

Miré mi botella, la tenía en la mano. Ya estaba oscuro y, para ver bien cuánto había bebido, tuve que sostenerla en alto por encima de la cabeza. Al moverme, Julia giró la cabeza. Luego levantó su botella en el aire y yo me sentí avergonzado. Creía que la estaba saludando. Julia sonrió con la sonrisa de cuando estaba un poco borracha.

Grim la vio y soltó un suspiro.

—Lo sabía.

Le hizo una señal para que viniera a sentarse con nosotros.

—¿Qué haces? —le dije.

—Ya que está aquí, más vale que se quede con nosotros —farfulló Grim.

Julia se nos acercó, se puso de rodillas.

—¿De qué hablabais?

A nuestra espalda gritó una chica al ver que uno de los que estaban sentados en lo alto de la portería se caía al suelo. Todo quedó en silencio, salvo la música, hasta que oímos reír al chico, que se quedó tumbado con la lata de cerveza aún en la mano. Los demás reímos también, todos.

Julia me rozó la rodilla con la suya y me costó controlar las manos. Los episodios del verano, los buenos, me vinieron a la memoria, y sentí nostalgia. Ella tomó un trago de la botella que llevaba e hizo una mueca. A nuestro lado, de un radiocasete, se oía a alguien cantando *just for a minute there, I lost myself, I lost myself*, mientras no paraba de llegar gente al polideportivo. Grandes zonas del campo estaban llenas de gente del instituto. Vinieron también algunos chicos mayores, pero se fueron enseguida. Sólo querían cobrar su parte por haberle comprado alcohol a alguien. Alguno que otro empezó a discutir, pero la

cosa no tardó en arreglarse. Me preguntaba qué estaría pensando Julia, si sabía que Tim Nordin había vuelto a Salem, si se alegraría al saberlo, si no se había arrepentido de que hubiéramos roto. Empezaba a darme vueltas la cabeza y las ideas iban y venían sin orden ni concierto, sin conducirme a ninguna parte.

—Tengo que ir a mear —dijo Grim, se levantó y me miró—. ¿Vienes conmigo?

—No —dije.

Nos miró, primero a mí, luego a Julia.

—Vale —dijo, y se dirigió a los arbustos.

Y sólo entonces me di cuenta de que Julia estaba nerviosa. Bebía con rapidez y se reía un poco más de la cuenta de lo que decían los que estaban con nosotros.

—Estupenda fiesta —dije.

—Mmm.

—¿Has venido con alguien?

—Sí. —Miró alrededor—. Pero no sé dónde se han metido.

—Me gusta la camiseta —dije.

—¿Sí?

—Bueno, a todo el mundo le gusta Jumper, ¿no? Julia no respondió, tomó otro trago. Así que seguí hablando.

—En el instituto, cuando nos cruzamos, dijiste que estabas desconcertada. Querías decir por el instituto. —Volví la vista hacia ella—. ¿Verdad?

—Claro —respondió con una sonrisa apagada—. Si tú lo dices.

—No lo digo, te pregunto.

—Ya, y también respondes.

Me incliné hacia ella para decirle algo, pero me interrumpió Grim, que ya había vuelto y se sentó a nuestro lado.

Poco después todo empezó a darme vueltas, y cuando me levanté para ir a orinar a los arbustos, era como si el campo de fútbol se estuviera inclinando a un lado. A todas las sombras que había allí sentadas con botellas y latas se les difuminó el contorno, tropecé con algo y me caí,

pero me levanté enseguida.

Cuando me desperté, estaba tumbado de través en una cama, todavía vestido. Moví la cabeza para ver qué hora era y sentí un dolor tan fuerte que tuve que cerrar los ojos. Al menos, estaba en casa.

Busqué algo con la mano, agua; pero la botella que había en la mesilla de noche estaba demasiado lejos. Me di la vuelta y conseguí cogerla. Estaba vacía. Y entonces, al mirar la botella transparente, me di cuenta: la mano. La tenía llena de manchas rojas.

Me acordaba de que me había levantado para ir a orinar a los arbustos. Me acordaba del miedo que sentí, que no sabía explicar. Antes y después estaba todo envuelto en una niebla, hasta que me desperté. Me miré la mano tratando de recordar si había comido algo antes de ir a casa. Aquel color rojo podía ser de *ketchup* o de salsa de tomate. Me llevé la mano a la nariz para olerla, pero no noté nada salvo un leve olor a tabaco que me

impregnaba la piel. Me levanté de la cama para comprobar si me dolía algo aparte de la cabeza, pero no.

Cuando volví de los arbustos, Grim y Julia ya no estaban. Le pregunté a uno de nuestro grupo adónde se habían ido, y farfulló no sé qué de que se habían peleado.

—¿Por qué se han peleado?

—Y yo qué mierda sé.

Me fui a buscarlos, muy nervioso. Recordaba la canción que estuvo sonando esa noche una y otra vez, *I just want to celebrate! I just want to celebrate!*, y que el mareo me lo retorció todo por dentro y me alejé tambaleándome del polideportivo rodeado de puntos de luz que me bailaban delante de los ojos, y me pregunté si no me habrían puesto algo en la botella.

Me estaba duchando. Había dejado abierta la

ventana de mi cuarto para airearlo. No sabía dónde estarían mis padres, pero de pronto me acordé de la nota que había en la mesa de la cocina, no sé qué de un mercadillo de agosto en Rönninge. Estaba solo en casa, y me frotaba las manos para eliminar el color rojo. Muy despacio empecé a comprenderlo: tenía que ser sangre. Empezó a disolverse bajo el agua en hilillos rojos que se iban aclarando y volviéndose de color rosa en el esmalte blanco de la bañera. Cuando me lavé la cara, casi me revienta el labio. Lo tenía dolorido y un poco inflamado, y entonces me acordé.

Había dejado de buscar a Grim y a Julia y me puse a buscar a alguien, a cualquiera. Había una chica apoyada en una farola cerca del polideportivo y me acerqué a ella. No recuerdo qué le pregunté, pero aún sentía su cuerpo pegado al mío. Era menuda y delgada, como Julia. Debí de pegarme a ella. La chica me apartó y yo volví a

intentarlo, pero entonces me arrearón una bofetada. Puede que ella, puede que otra persona, esa secuencia no estaba clara. Me caí al suelo, o eso creo, no por el golpe, sino por la falta de equilibrio. Luego: alguien se rió burlonamente. La humillación, que se me revolvía por dentro.

Me quedé allí tendido, avergonzado, hasta que se alejaron, y entonces me fui a casa. En algún punto del camino me encontré a Tim. Él también iba a casa, al parecer. ¿Habría estado en el polideportivo? Al menos yo no lo había visto.

Lo paré.

—Así que has vuelto —farfullé.

Estábamos en la acera, en la penumbra que quedaba entre dos farolas. Tim parecía sobrio. Olía bien, como a suavizante para la ropa.

—Sí.

—¿Adónde vas?

—A casa. —Entornó los ojos—. ¿Qué te ha pasado en el labio?

—Nada.

—Pues parece que te han pegado un puñetazo.

—Te he dicho que nada —grité, y él se me quedó mirando—. Tú conocías a Julia, ¿verdad?
Julia Grimberg.

Se sorprendió al oír el nombre. Se le reflejó el nerviosismo en la mirada.

—Sí, ¿por qué?

No sabía qué responder a aquella pregunta. Le planté la mano en el hombro con fuerza y le empujé de modo que tuvo que dar un paso atrás.

—Déjame —dijo. Y luego, en voz más baja—:
Te vas a arrepentir si no.

—Si no hago qué.

—Si no me dejas ir.

Me eché a reír, de eso me acordaba. No me reí de él, sino de todo lo demás. De lo absurdo que era todo, de lo complicado que se había vuelto. Me reía del miedo que sentía, de Grim. De Julia. Y entonces le pegué a Tim, una vez, y otra, y otra. En la cara, en el estómago, en la entrepierna. Él no opuso resistencia, se quedó allí tumbado

mirándome con los ojos llorosos, y eso me incitó más todavía. Aquella mirada me recordaba la de Grim, y todo resultaba de lo más desagradable.

No sé si fue la resaca, o Julia y Grim; o si fue la mirada vacía de Tim y su amenaza, no menos vacía y absurda. Seguramente fue la combinación de todo aquello, pero me doblé en la ducha en busca de aire.

Es el año 2000. Mi madre lleva un año muerta. Tengo veintiuno y ya he salido del centro juvenil de Jumkil; vivo en los túneles, debajo de la ciudad, con otras personas. Ellos no se fían de mí, ni yo me fío de ellos. No me atrevo a dormir por miedo a que se lleven mis cosas. A fin de mantenerme despierto, me meto de todo por la nariz, igual que los demás. Apenas salgo a la luz del día, y eso me ha afectado a los ojos, tengo la mirada turbia. Me gano la vida robando móviles, ando por ahí con la mochila repleta. Cuando, finalmente, me duermo, me despierto luego sin pertenencias, sin móviles. Tengo que empezar otra vez mientras se me baja el subidote del polvo. No se me da muy bien la cosa. Un hombre se niega a soltar el maletín y casi lo mato a

golpes. Luego no me acuerdo de nada, las imágenes vuelven mucho después.

Dejo los túneles y me voy a vivir a Alby, a casa de un amigo. Se llama Frank, está colgado de la heroína y me da el primer chute. Me encanta, y dejo el polvo; duermo en un colchón. Frank tiene una chica, es guapa, y se porta bien conmigo. Cuando él no está en casa, nos acostamos. No sé por qué, tiene que dejar el país al cabo de unos meses, yo le ayudo, le hago un carnet de identidad que pueda usar.

Se sube a un tren y no vuelvo a verla nunca.

El día antes de su partida estoy colocado en el suelo de la cocina, medio apoyado en uno de los muebles. Estoy ido y soy incapaz de fijar la vista, sólo noto que Frank tiene algo en la mano, que se agacha a mi lado. Me pregunta si las he hecho antes.

—¿Que si he hecho qué?

—Esto. —Agita una de las tarjetas delante de mis narices.

—Alguna vez.

Frank dice que soy bueno. Me pregunta si puedo hacerlo otra vez, a cambio de heroína. Le digo que sí, pero que necesito material y herramientas, y que me buscan por robo y no me atrevo a salir. Frank me agencia lo que necesito, lo roba de unos almacenes. Viene varias veces con el material que no es y tiene que volver a dejarlo. Dice que le parece ridículo.

Luego me presenta a un tío al que llaman el Hombre sin voz, Josef Abel. Él me pone en contacto con otro al que tú conocerás, seguramente: Silver. Tiene mi edad, pero es mucho más corpulento. Silver me pide que le ayude, dice que hay un tío que necesita quitarse de en medio un tiempo. Lo hago, a cambio de heroína. Al poco tiempo, Silver me cuenta que tiene un amigo que dirige una empresa, y que la empresa está a punto de irse a pique. Me pregunta si estaría dispuesto a quedármela a cambio de una suma de dinero. Es mucha pasta,

me la puedo pulir en drogas. Así que le digo que sí al dinero y a la empresa, a cambio puede que venga algún que otro tío, según sus palabras, a hacer preguntas.

Me convierto en cancerbero sin saber exactamente lo que eso implica. La ley de sociedades anónimas dice que el responsable es el propietario de las acciones. Yo no tengo una mierda que ver con esto, pero, cuando quiebra la empresa unos meses después, el responsable soy yo. Debo medio millón de coronas y se me ha terminado la droga. Es la primera vez que me planteo quitarme la vida. Y también por esa época me doy cuenta de que sería apropiado ejecutar el truco definitivo, la mayor de todas las ilusiones: desaparecer.

Tiempo, me falta tiempo. Lo tengo clarísimo, pero no sé qué hacer. Levin se ha metido en la Casa y yo voy deambulando por el barrio de Kungsholmen con las manos en los bolsillos. Trato de pensar.

El recuerdo de lo de esta mañana —los periodistas delante del portal— me vuelve a la memoria y, sin saber por qué, me cuesta quitármelo de la cabeza. La sensación de que me observan y me siguen crece, y me doy la vuelta una y otra vez, convencido de que hay alguien detrás. Recalo en un café, un agujero de una bocacalle de la plaza de Kungsholm, y me siento en un sitio desde donde veo la puerta y las ventanas. Por la

calle pasa una mujer mayor que arrastra a un hombre, tan viejo como ella, como si tuviera mucha prisa por llegar a alguna parte. Parece que el hombre se resiste, hasta que me doy cuenta de que no puede ir más rápido.

Me suena el móvil. Reconozco el número. Es de Salem. Me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Hola?

—Leo, soy mamá. Oye... ¿cómo estás?

—Bien. ¿Le ha pasado algo a papá?

—No, no. —Carraspea un poco—. No, aquí estamos todos bien. Es que nos preguntamos... Como hemos leído lo que ha pasado y... Me preguntaba si las cosas van bien.

Cierro los ojos.

—Van bien.

—¿Seguro? Porque...

—No pasa nada, sólo es un malentendido.

—Es que estaba pensando, después de lo que ocurrió en primavera y eso...

Las pocas veces que he ido a Salem he omitido

los detalles. En realidad, me he mantenido todo lo lejos que me ha sido posible para no tener que contarles nada.

—Micke también está preocupado.

—Dile que todo está en orden.

Ella deja escapar un suspiro.

—Mamá, que estoy bien. De verdad.

—Ya, ya, si tú lo dices... Nos encantó verte el otro día —dice, cambiando de tema.

Hago un esfuerzo para seguir hablando con ella un rato más, pero la sensación de estrés termina por cargarme los hombros y pongo fin a la conversación. Bebo agua, pero se me va por mal sitio y me da un ataque de tos.

A Rebecca Salomonsson le robaron. Fue a dormir a la Residencia Chapman y, allí, alguien puso punto final a su vida cuando entró y le pegó un tiro. Rebecca tenía en la mano la cadena de Julia. Trato de dilucidar si el robo tiene algo que ver con su muerte, pero no llego a ninguna conclusión. Me imagino que Grim es el autor de

los hechos, pero no me cuadra. Él jamás sería tan descuidado.

Me vibra el teléfono.

¿has empezado a pillarlo?

Dudo un instante.

¿grim?

¿sí?

Se me acelera el pulso.

tenemos que vernos, escribo.

sí

¿dónde estás?

pronto

¿qué quieres decir?

Me quedo mirando el teléfono. Se queda mudo y negro hasta que se ilumina y vibra con la señal de llamada. Es Birck. No respondo, sigo esperando. Al ver que no entran más mensajes, escribo:

¿hola?

Sigue sin pasar nada, hasta que Birck llama otra vez. No le hago caso y bebo más agua. Un autobús

frena y entra en la parada. Un cartel publicitario cubre un lateral del autobús, la foto de una mujer de mediana edad y de un hombre, también entrado en años, los dos de una belleza perfecta, y el texto: «AQUELLO POR LO QUE TE ALABABAN AYER TE HARÁ MENOS VALIOSO MAÑANA: SIGUE DESARROLLANDO TUS CAPACIDADES». En un rincón del café hay un padre sentado con su hijo. El niño dice algo y el hombre se ríe. Yo bajo la vista. El pequeño tiene la misma edad que habría tenido hoy Viktor.

Suena el teléfono por tercera vez, así que me rindo y contesto.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué coño no coges el teléfono? —dice Birck—. Estoy a tres segundos de lanzar una orden de búsqueda.

—¿Qué quieres?

Habían recibido y registrado un total de quinientos treinta y seis soplos relacionados con el asesinato de Rebecca Salomonsson. Generalmente, a la policía le lleva demasiado tiempo comprobar

semejante cantidad, por razones obvias. La gente no es de fiar. La información que aporta debe contrastarse, bien entre sí, bien con fríos datos objetivos, como las pruebas periciales. Yo mismo he trabajado con eso, durante un breve periodo al final de los estudios. Cuando se trata de agresión con resultado de muerte, los soplos adquieren prioridad, pero el trabajo exige mucho tiempo. El objetivo es revisar todos los testimonios de los testigos en el plazo crítico de las setenta y dos primeras horas.

Y sólo ahora, más de sesenta horas después del asesinato, han terminado de revisar los testimonios del caso de Rebecca Salomonsson, y resulta que hay varios que son valiosos.

—Los testimonios más exactos describían a un hombre que se parecía... En fin, a ti.

Birck se aclara la garganta con una tosecilla.

—Alguien quiere jugármela —digo—. Y creo que estoy empezando a comprender quién...

—Tranquilo.

—¿Qué?

—Esta vez hemos tenido suerte. Uno de los testigos hasta lo reconoció. Es una puta drogadicta de toda la vida que ahora se gana el pan de camarera. Da la casualidad de que suele trabajar en el mismo bar donde un tal Peter Koll se dedica a beber un licor español muy caro.

—¿Koll? Se escribe como...

—Como Kollberg. Sí. Por lo demás, no se parecen mucho. —Birck vuelve a carraspear—. Estamos más que seguros de que es él. Sólo tenemos un escollo.

—¿Ajá?

—No quiere hablar con nosotros.

—Qué raro.

—No, es que no me entiendes. Es que... Joder, espera. —Oigo que trastea con algo, teclea en el ordenador—. Eso es, ahora a ver si funciona. Escucha. Esto ha sido hace una hora.

Se oye como un chisporroteo y un sonido, el tenue susurro de un micrófono. Me pego el

auricular del teléfono a la oreja.

Una voz con un acento extranjero poco marcado pero difícil de definir:

«No quiero hablar contigo».

Y la voz de Birck:

«¿Con quién quieres hablar?».

«...»

Birck otra vez, más fuerte:

«Que con quién quieres hablar».

«Me han dado instrucciones de que sólo hable con uno».

«¿Que es...?»

«...»

«¿Es que voy a tener que preguntarlo todo dos veces?».

«Junker».

«¿Leo Junker?».

«Sí».

«¿Y quién te ha dado estas instrucciones?»

«...»

«¿Quién te ha dado las instrucciones?»

«...»

Birck marca con el ratón del ordenador y cesa el susurro.

—Tú y yo tenemos que hablar de alguna que otra cosa —dice.

Hasta la Casa no hay más que un paseo, pero cuando salgo a la calle un taxi se detiene en el cruce y deja a un cliente. Lo paro, entro y trato de ordenar los pensamientos los dos minutos que dura la carrera.

Hoy por hoy estoy más acostumbrado a responder preguntas que a hacerlas, pero existe una sutil elegancia en un interrogatorio bien hecho. En casi todos los casos, el interrogatorio consiste en ponerle en bandeja al jefe de la instrucción del caso una pieza que, en un juicio, sea correcta desde un punto de vista burocrático. Hay que cumplir el protocolo, hay que grabarlo todo, hay que anotar todo y todo tiene que aprobarlo el interrogado. Hay que marcar el material, llevarlo a

trámite y archivarlo. En el archivo digital tenemos registrada una cantidad ingente de grabaciones de personas que no paran de hablar. Escucharlas todas llevaría varias vidas.

—Peter Zoran Koll —dice Birck después de recibirme a la entrada de la Casa, mientras camina medio metro por delante de mí—. Treinta y seis años, nacido en la antigua Yugoslavia, aunque se crió en Alemania. Sus padres huyeron durante la guerra. Llegó a Suecia en 2003, lo condenaron por primera vez en mayo de 2004 por tenencia ilícita de armas, pero sólo le cayeron condenas por delitos menores que no le reportaron más que libertad con cargos o calabozo. Peter...

Birck se calla y me observa. Tiene la cara tan cerca de la mía que puedo olerle el aliento, una mezcla agria de menta y café.

—Leo, ¿estás colocado?

—Pues..., no, ya no. —Parpadeo—. Eso creo. No.

Birck respira con las mandíbulas apretadas.

—Es que no puedo mandar a un interrogatorio a una persona que está colocada.

—Te digo que no estoy colocado.

Birck me examina incrédulo.

—Tampoco puedes poner en un interrogatorio a un policía que está suspendido —le recuerdo—. En sentido estricto, vamos.

—Estarás presente —dice con frialdad—. Estarás presente, pero con la boca cerrada.

Me encojo de hombros. Él sigue andando, y yo, detrás.

—¿Lo conoces? —pregunta de espaldas a mí.

—Pues en realidad, no.

—Koll es el tipo de delincuente que hace lo que se le pide. Siempre y cuando uno tenga pasta para pagar lo que vale.

—O sea que es... ¿asesor?

—Sí, algo así.

Birck llama el ascensor y espera. Se lo ve agotado, tiene el color claro del iris rodeado de

venillas rojas y peor cara que ayer.

—Bueno —dice—. Y si no sabes quién es, ¿por qué quiere hablar contigo y con nadie más?

—Porque ésas son las instrucciones que le han dado.

—Ya —dice Birck impaciente—. Pero ¿quién?

Llega el ascensor. Sale uno de los secretarios del jefe de policía, con un desinterés muy profesional y una cara muy seria.

—Creo que sé por qué murió Rebecca —digo.

Birck me mira mientras se cierran las puertas del ascensor y el frío cubo de metal gris empieza a subir.

—Dime. ¿Por qué?

—Por mi culpa.

Birck sigue sin apartar la vista de mí. Creo que trata de ver si estoy de broma.

—Un análisis más exhaustivo de la cadena —dice Birck despacio— ha demostrado que tu huella era muy antigua.

Recuerdo a un profesor de ciencia forense que tuve cuando estudiaba para policía. Empezó la clase contando una historia sobre Babilonia y China, donde las huellas dactilares se utilizaron como firma varios cientos de años antes de nuestra era. El uso de las huellas dactilares es antiguo y muy extendido, pero tardaron en empezar a utilizarse en la policía. Un médico escocés, creo que se llamaba Faulds o algo así, publicó un artículo al respecto a finales del siglo XVIII y lo presentó a la policía de Londres, puesto que consideraba que podían utilizar su método. Creo que por eso me acuerdo del detalle, porque, ya entonces, las fuerzas del orden eran una institución extremadamente conservadora y escéptica.

Como quiera que fuese, eso obligó a Faulds a acudir a Charles Darwin, que era demasiado viejo y famoso como para seguir trabajando con los hallazgos de Faulds. Pero, seguramente, Darwin adivinó que Faulds estaba sobre la pista de algo gordo, porque le pasó la información a Galton, su

primo, que era antropólogo y, seguramente, no estaba muy ocupado, porque se pasó diez años estudiando las huellas dactilares antes de publicar su obra maestra. Las huellas se quedaban plasmadas prácticamente en todas partes, y Galton había llegado a la conclusión de que eran estadísticamente únicas. Cada persona tenía las suyas, y con ello puso patas arriba el mundo forense. Cuando estudiaba, aún leíamos fragmentos de *Finger Prints* de Galton, me acuerdo muy bien.

Me acuerdo de eso, y de esto: las huellas dactilares son traicioneras. Cuánto tiempo permanece una huella en una superficie depende de una serie de factores: de qué superficie se trate, de cuánto tiempo haya estado expuesta a los elementos, del índice de sal, de grasa y de sustancias oleosas de la huella, etcétera. Pero no hay ningún patrón que explique cómo se destruyen las huellas. Una huella puede sobrevivirnos en circunstancias extraordinarias.

Miro a Birck.

—Responde —me dice.

La huella debe de tener más de quince años. Si es así, si sigue en la cadena, será porque la tuvieron a buen recaudo. No sé qué decir.

—No sé si estoy en lo cierto —digo—. Puede que Koll nos ayude a...

Se abren las puertas del ascensor. Salgo antes que Birck. Lo oigo resoplar.

Peter Zoran Koll está en la sala de interrogatorios número tres, en la misma sala y la misma silla en la que estuve yo hace poco más de veinticuatro horas. Es más bajo de lo que me esperaba, tiene la cara cuadrada y el pelo oscuro con ese corte que sólo vemos en las películas de militares americanos, y el pecho y los hombros anchos. Lleva unos vaqueros claros, una camiseta y una camisa de manga corta sin abotonar. La ayudante de policía con camisa azul claro y corbata que hay delante de la puerta lo observa. Koll tiene una chispa de complacencia en los ojos. Las esposas que lleva en las muñecas raspan la

mesa cada vez que se mueve.

Birck ha traído de su despacho un archivador y la grabadora, y le hace una seña a la ayudante, que deja la sala sin reparar en mi presencia. Koll la sigue con la mirada.

—¿Algo interesante, Koll? —pregunta Birck, coge una silla y se sienta.

—Estoy acostumbrado a no apartar la vista de la gente. —Me mira—. Leo Junker.

—Eso es —dice Birck, y abre el archivador mientras yo cojo la silla que hay a su lado—. Aquí está Leo. Hablemos.

Koll se echa a reír, una risa breve y burlona.

—No lo has entendido.

—¿Qué es lo que no he entendido?

—No pienso hablar contigo. Sólo con él.

—Aquí no eres tú el que manda —dice Birck tranquilamente.

—Sí, claro que sí.

—¿Y qué te hace creer eso?

Koll sonrío. Tiene los dientes limpios, blancos.

—Tengo instrucciones de hablar con él. A solas. —Trata de cruzarse de brazos, pero no lo consigue. Las esposas se lo impiden. Parece sorprendido, como si se le hubiera olvidado que las lleva puestas—. Nada de grabaciones.

—¿Y quién te ha dado instrucciones? —pregunta Birck.

—Sólo hablaré con él.

Birck se lo queda mirando un buen rato, luego se dirige a mí.

—Un momento, Peter, volvemos enseguida.

Salimos. La ayudante de policía pasa a nuestro lado al entrar otra vez para tener a Koll vigilado. Birck se apoya en la pared, se presiona el puente de la nariz con el pulgar y el índice y cierra los ojos, fuerte. Los abre, parpadea y se pasa la mano por el pelo.

—De acuerdo —dice—. Lo llevas tú. A cambio exigimos que nos facilites la información sobre el interrogatorio cuando termines, pero me lo cuentas sólo a mí.

—Pero... yo no estoy al tanto de la investigación.

—De ahí que esto quede entre tú y yo exclusivamente. No le dirás nada a nadie, ¿entendido?

—Sí.

Se lo ve preocupado.

—Muy bien.

—Vale —digo—. Pues cuéntame.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Te han dado instrucciones de que hables sólo conmigo. ¿Quién?

—Me estás estresando —dice Koll irritado—. Cálmate un poco.

—Vale —digo—. Empecemos por otro asunto. No tengo del todo claro a qué te dedicas, cómo te ganas la vida.

—Pues hago lo que me pide la gente, ya sabes.

—¿Y qué te piden?

—De todo.

—¿Como matar por dinero?

—Pues no exactamente —dice Koll—. Es que eso no me gusta.

—Pero esta vez sí lo has hecho, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo a mi familia en Turquía. Y estoy en contacto con un jefe de policía de allí. Él puede conseguir que los manden a Suecia. Por dinero.

—O sea, que has sobornado a un jefe de policía turco, ¿no? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Lo he entendido bien?

A Koll se le ensombrece la mirada.

—No exactamente. Me puse en contacto con él hace unos años y le pregunté qué hacía falta para poder traerlos aquí. —Carraspea un poco—. Cuatro millones. Por persona.

—Pero ¿tú no eres de la antigua Yugoslavia?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Me preguntaba cómo es que tu familia está en Turquía.

—Se fueron allí. Porque tenían amigos. Pero mi hermano cometió un delito y fue a parar al trullo.

—¿Y los demás? ¿También están encerrados?

—No.

—¿Y por qué no ayudan ellos a tu hermano?

—No pueden hacer lo que hay que hacer, ya sabes. No tienen..., en fin, no tienen recursos.

—Y tú estás reuniendo el dinero, ¿no?

—Sí.

—Cometiendo un delito.

—Sí.

—En Suecia hay formas de conseguir dinero más sencillas que cometer un delito.

—¿Ah, sí? —pregunta Koll enarcando las cejas

—. ¿Como cuál?

De pronto caigo en que no tengo una buena respuesta.

—¿Cuánto tienes? —pregunto entonces.

—Ya tengo suficiente. Por eso acepté.

—Entonces ¿el que te hizo el encargo estaba al tanto de tu situación?

—Eso creo, pero no estoy seguro.

—¿Por qué lo crees? —pregunto.

—Es raro que te ofrezcan exactamente la cantidad que necesitas, ¿no?

Desde luego, es innegable.

—Bueno —digo—. En resumen: aceptaste un encargo de alguien que te ofrecía justo la cantidad de dinero que necesitabas para traer a Suecia a tu familia. ¿Es así?

—Eso es.

—Y te han dado instrucciones de que sólo hables conmigo.

—Eso es.

—¿Te dieron también instrucciones de que te dejaras pillar?

Koll suelta una risotada burlona.

—No, pero si pasaba, me pagaría más, y yo tenía que exigir que me dejaran hablar contigo y con nadie más.

—¿Era parte del trato?

—Sí.

—El que te hayamos echado el guante no parece afectarte mucho.

—Claro que me afecta, pero sé que..., cómo se dice, que me van a compensar. —Duda un instante, levanta la vista con una expresión sincera en aquella cara cuadrada—. La verdad es que no me gusta nada matar gente.

Está más suave, lo noto, pero es demasiado pronto para preguntar por quien le ha hecho el encargo. No está dicho, pero lo notamos los dos, como un acuerdo tácito.

—Te encargaron que mataras a Rebecca Salomonsson en la Residencia Chapman.

Koll me mira inexpresivo.

—Eso no es una pregunta.

—¿Es así? —digo.

—¿Hubo más muertes esa noche? —pregunta él.

—En la residencia no murió nadie más esa noche.

—Pues entonces era ella.

Ahí está la confesión. Hacía mucho tiempo que no interrogaba a un delincuente, demasiado, pero me sorprende lo familiar y satisfactoria que me resulta la sensación de habérselo sonsacado.

—Cuéntamelo —le digo.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Rebecca Salomonsson murió poco después de medianoche, ¿verdad?

—No comprobé si estaba muerta, si es eso lo que quieres saber. No me gusta matar gente, pero sé cómo se hace.

Koll sonríe. Me entran ganas de darle un puñetazo en la cara.

—Cuéntame lo que hiciste esa noche.

—Me instalé en un piso de la acera de enfrente, desde las once de la noche. Sabía que ella acostumbraba a llegar de las primeras, así que procuré estar allí a tiempo. El piso estaba en la segunda planta, dos ventanas a la calle, sin cortinas. Allí me senté a esperar y a vigilar las ventanas de la Residencia Chapman. Veía el

dormitorio y un poco de las demás habitaciones. Estuve esperando a que llegara y se acostara en alguna de las camas.

—¿De quién era el piso?

—No lo sé. No había muebles, así que de alguien que se acababa de mudar, pero todavía tenía la placa con el nombre en la puerta.

—¿Qué nombre?

Koll entorna los ojos, examina la mesa que nos separa.

—Wigren. C. Wigren.

—¿Con uve o con uve doble?

—Con uve doble.

—¿Y cómo encontraste el piso?

—Iba incluido en el paquete. Recibí la llave con el dinero.

—¿Cómo?

—En un apartado de correos. Siempre utilizo apartados.

—¿Cuánto tiempo estuviste esperando?

—Hasta que la vi llegar y luego la vi irse a la

cama.

—¿Llevaba algo, una maleta o algo así?

Koll niega con la cabeza.

—Estuve observando a las personas que entraban y salían del portal. No era muy difícil adivinar cuáles iban a la residencia. Uno las reconoce, normalmente tienen... bueno, son putas y drogadictos. Llevaba unos días espiándola, así que sabía dónde acostumbraba dormir, y que la puerta no estaba cerrada con llave, que la ventana podía abrirse desde dentro, sólo quitando el chisme ese, cómo se llama, la falleba. Y que la señora que lleva la residencia empieza por fregar los platos todas las noches. Y estaba muy bien, eso disimulaba el ruido. Rebecca apareció mucho antes de lo que yo creía, o sea, no podía ser más de medianoche. Iba colocada a tope, casi no se tenía en pie. Creo que tenía náuseas, porque iba..., cómo se dice, encogiéndose, y se tapaba la boca con la mano. Entró y se tumbó en una cama. Esperé un poco, pero no demasiado, tenía miedo de que

llegaran más, ¿me entiendes?

—Te entiendo.

—Sólo tenía que salir, cruzar la calle y entrar. La señora estaba fregando platos en la cocina. Pasé silenciosamente, entré en el dormitorio, le pegué un tiro en la sien y le puse la cadena en la mano, salí por la ventana y ya estaba en la calle.

—La joya —digo—. Háblame de la joya.

—Me cabreé. No lo sabía con antelación. Me la encontré ese mismo día en el apartado de correos, en un sobre, con un papelito amarillo de esos que se pegan. Decía que tenía que ponérsela a la chica en la mano.

—¿Tienes el sobre?

—Por supuesto que no.

—¿Qué clase de joya era?

—Pues rollo..., una cadena. No me fijé demasiado.

—Al salir de la Residencia Chapman, ¿te cruzaste con alguien? —pregunto.

—Esto es Estocolmo, por supuesto que me

crucé con gente.

—¿Con quién?

—Ni idea. No los miré a la cara precisamente.

—¿Qué ropa llevabas?

—¿Qué?

—Que cómo ibas vestido.

—¿Por qué?

—Tú responde.

—Vaqueros negros. Una cazadora negra. Un jersey gris oscuro.

Coincide con la descripción de los testigos. Me doy cuenta de que estoy asintiendo, y de que Koll lo ha notado. Dejo de asentir.

—¿Qué hiciste después de irte de la calle Chapmansgatan?

—Me fui a casa.

—¿Y dónde vives?

—Tengo un estudio en Västra Skogen.

—O sea, que estabas en el barrio de Kungsholmen, pero vives en Västra Skogen.

¿Usaste el transporte público? ¿El metro?

—Sí.

—¿Y por dónde fuiste desde Chapmansgatan?

—¿Y eso es importante?

—Sí.

—Bajé por Norr Mälarstrand, cogí la primera a la derecha. Creo que es Polhemsgatan, ¿no?

—Eso es.

—Luego tomé otra calle, no sé cómo se llama, y subí por otra, Pilgatan, que recorrí hasta que llegué a Bergsgatan. Luego giré a la derecha, hacia el metro de Rådhuset.

Según Birck, el testigo decisivo había visto a Koll en el cruce de Bergsgatan con Pilgatan. Encajaba.

—El bar Marcus, en Pilgatan, ¿es un sitio que frecuentes?

—Tienen licores españoles de calidad. Mi padre y yo bebíamos siempre licores españoles, en mi ciudad natal había un bar que tenía un buen surtido, mi padre le compraba para llevar. A mí me sigue gustando.

—¿Eso es un sí?

—Es un sí.

—¿Y conoces a la camarera?

—No.

—Pues ella sí te reconoció, ¿por qué será?

—¿Por qué coño va a ser? Seguramente porque voy mucho por allí.

—Sabe cómo te llamas.

Koll se encoge de hombros.

—Pues siempre pago en efectivo. Pero supongo que se lo habré dicho alguna vez.

Esto es lo que Birck necesita. En sentido estricto, la cuestión de quién mató a Rebecca Salomonsson está resuelta desde un punto de vista policial. Pero la del encargo sigue pendiente. Siempre noto un torrente de adrenalina y de alivio en estas ocasiones. Esta vez sólo siento desconcierto.

—Quien te dio las instrucciones de la gargantilla te hizo también el encargo de matar a Rebecca Salomonsson.

—Eso es.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué tenías que matarla?

Koll frunce el entrecejo y mira nervioso, como si dudara.

—Pues es que no suelo hacer ese tipo de preguntas, como comprenderás, por eso me contrata la gente. Pero esta vez... Había algo turbio en todo el asunto. Creo que había visto algo que no debió ver, o que había oído algo que no debía oír.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estuve preguntando aquí y allá. Parecía una cosa de lo más discreta, no sé si me entiendes. La mayoría no tenía ni idea de nada.

—Tú crees que sabía algo. ¿De qué?

—Ni idea.

—No me lo trago. Creo que lo sabes. ¿Por qué lo ocultas?

—Porque son cosas de las que no se habla, ¿vale? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No.

Koll suspira y menea la cabeza.

—Me parece que, no sé cómo, ella se enteró de su verdadera..., bueno, de quién es.

—¿El que te hizo el encargo?

—Sí. Los rumores que yo oí, y estoy bastante seguro de que eran verdad, es que él había ayudado no hacía mucho a alguien a quien ella conocía. Y por eso, no me preguntes cómo, se enteró. Y ya sabes cómo son las putas de la Residencia Chapman, no tienen nada de nada. Así que yo creo que trató de presionarlo, que lo amenazó con revelar su identidad.

—¿Lo amenazó con ir a la policía o qué?

—¿Adónde coño iba a ir si no? —Koll hace un gesto despectivo con la mano—. Estoy largando demasiado, es que estoy largando demasiado, de verdad. No diré ni una palabra más.

—Sólo una cosa —digo—. Antes de terminar. ¿Por qué te dieron instrucciones de que sólo hablaras conmigo?

—Dijo que tú lo entenderías —responde Koll.

—Pues no —digo, pero, al mismo tiempo, siento cierto alivio: si Koll está en lo cierto, Rebecca Salomonsson no murió por mi culpa.

—Pues tú sabrás.

—¿Cómo te dijo que se llamaba?

—Daniel Berggren.

—¿Y eso fue lo que averiguó Salomonsson?

—No, qué va. Berggren es solamente..., cómo se dice, un alias. Si no me equivoco, se enteró de su verdadera identidad.

Daniel Berggren. Es lo bastante normal como para que haya tantos que no podamos encontrar al que buscamos, pero no tan normal que parezca una invención consciente para pasar desapercibido. Está muy pensado, es casi elegante. Lleva la firma de Grim.

—¿Su verdadera identidad? —digo.

—Sí.

—¿Y tú no sabes cuál es?

—Ni idea.

No puede ser John Grimberg. Hace mucho tiempo que no usa ese nombre. Debe de estar usando un tercero, uno que todavía no conozco.

—¿Qué sabes de él?

—No mucho. Se mueve fuera del radar. Hace trabajos para unos y otros, les da una identidad nueva.

—¿Y a ti también te va a hacer una?

—No. Me la ofreció, pero yo quería el dinero, por eso lo hice. —Koll se inclina un poco—. No me gustaba el tío, ¿sabes? Y te veo algo en la mirada, una especie de miedo. A mí se me da bien ver esas cosas, ¿sabes? No me gusta que no salga todo como se había planeado, que no esté todo claro de antemano. No es profesional. Yo lo había calculado todo al minuto, y la puta cadena que apareció de pronto vino a estropearlo... Me retrasó. De no ser por la cadena, no me habríais cogido. Pero te voy a decir una cosa.

Koll hace una pausa dramática.

—A ver —digo.

—No lo encontrarás nunca. Hay demasiados Daniel Berggren. O sea —dice hablando con un susurro—, tienes que encontrar a Josef Abel. Un viejo. Él puede ayudarte. —Koll echa una ojeada a la puerta que queda a mi espalda y que está cerrada—. Pero eso no puedo decírselo a tu colega. No debe grabarse.

—Josef Abel —digo—. ¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Vete a Alby. Pregunta por ahí. Sólo hay un Josef Abel. El Hombre sin Voz. —Koll vacila un instante—. Y esto te lo digo sólo porque ese tío no me gusta, ¿vale?

Lo observo con suma atención.

—Así que no es que él, Berggren, te haya dado instrucciones de que me digas esto también, ¿no? —pregunto—. Esto no va incluido, ¿no?, no forma parte del encargo, ¿verdad?

Koll sonrío sin ganas.

—Vaya, no eres tonto.

—Entonces, ¿tengo razón?

—Bueno, uno puede ser listo y estar equivocado, ya sabes.

—¿Y ahora estoy equivocado?

—¿Es importante?

Sí, pienso. Hay algo en toda la construcción, como si me estuviera observando continuamente, como si me persiguiera. Como si yo estuviera persiguiendo un bucle invisible y prefijado que conduce a una trampa. Koll tiene razón. Estoy asustado.

—¿Estoy equivocado? —insisto, y me esfuerzo por ocultar que han empezado a temblarme las manos—. ¿Lo estás entregando o es esto una parte del encargo?

—Quién sabe —dice Koll por toda respuesta, y se niega a añadir nada más, por mucho que yo siga presionándolo. Al final le agarro la camiseta y lo amenazo con el puño cerrado delante de la cara para obligarlo a hablar, pero de ahí no pasamos. La puerta se abre a mi espalda, Birck entra precipitadamente y me sujeta; y Birck es mucho

más fuerte que yo.

XXI

Yo estaba delante de la verja del instituto de Rönninge aquel lunes de finales de agosto. Hacía un día espléndido, lo recuerdo. Estaba esperando a Grim, que me había dicho que vendría a clase a primera hora.

—Leo —oí que decía una voz a mi espalda, y cuando giré la cabeza, vi a Julia que se acercaba.

—Hola —dije.

—Ayer te estuve llamando.

—¿Ah, sí? —pregunté sorprendido.

—No contestó nadie.

No recordaba que hubiera sonado el teléfono, pero, por otro lado, el fin de semana se me antojaba una niebla blanca y densa.

—Qué raro —atiné a decir.

Echamos a andar en silencio. Mientras nos movíamos me parecía que lo tuviera todo bajo control, como si todo estuviera bien.

—¿Te acuerdas de Tim? —dijo Julia—. Ya te he hablado de él. Pues creo que lo vi el viernes.

—¿Dónde?

—En el centro de Salem, cuando volvíamos a casa. Pero estaba lejos y yo iba muy borracha.

—Yo... ¿Y cómo te sentiste al verlo? Quiero decir, después de tanto tiempo.

—Bien —dijo—. O eso creo. Me agrada pensar que ha vuelto, aunque al final tampoco nos conocíamos tanto. De todos modos, me gusta la idea de tenerlo aquí otra vez, no sé por qué.

—Pues qué bien —le solté.

—Oye, tenemos que hablar —dijo, y se paró, dio un paso hacia mí—. Verás... Una cosa es que creo que John ya sabe lo nuestro. No que lo sospecha, sino que lo sabe. Y otra que... —Miró el reloj—. Ahora tengo inglés.

—Y yo religión. —Vacilé un instante—. Podríamos entrar juntos, ¿no?

Seguimos caminando y vi con el rabillo del ojo cómo Tim entraba en el instituto. Aquel debía de ser su primer día de clase desde su regreso. Se lo veía nervioso o estresado, pero seguramente era sólo porque llegaba tarde. Sentí una punzada al verlo. Le entreví un cardenal en el ojo, como una huella. Pero sabía que habría algo más: el malestar de los puñetazos en el abdomen. Los agujeros en las costillas y el dolor en la entepierna. Y el otro dolor, el que no se veía. El que sólo se sentía en el corazón.

Julia no lo vio. Hacia la mitad del patio me cogió la mano y no la soltó hasta que nos despedimos en el pasillo. Nos vio mucha gente, y, aunque Grim no estaba entre ellos, en aquel momento tampoco me habría importado.

La pausa del almuerzo. A veces no duraba más de cuarenta y cinco minutos, pero la mayoría de las veces eran noventa. Una hora y media.

Pasábamos el tiempo comiendo, pero no en el instituto, sino en el bar de comida rápida que había a una manzana de allí, y fumando cigarros o escuchando música. Esta vez, Julia y yo comimos en el bar. Hablamos de la fiesta del polideportivo, y me contó que había empezado a sentirse mareada cuando yo me ausenté. Le habría gustado esperarme, pero Grim la obligó a volver a Triaden. Se pasó prácticamente todo el camino vomitando.

—Es que bebiste muy rápido —dije.

—Porque estaba nerviosa —gruñó ella—. ¿Qué pasó después, cuando nos fuimos?

—Nada —dije, y tomé un trago de refresco—. Yo también me fui a casa.

Teníamos las taquillas cada uno en una punta del instituto, y Julia aún no sabía cuál era la mía. Ni yo cuál era la suya. Fuimos primero a la mía.

Recuerdo esto: había poca gente en el pasillo. Fuera, el sol brillaba con luz blanca e intensa, y nos quedaban veinte minutos de la pausa del

almuerzo. Había algunos alumnos delante de sus taquillas, otros estaban sentados en los viejos bancos de madera. El televisor de la sala de recreo estaba estropeado. Habían roto la pantalla durante una pelea en primavera. Le enseñé a Julia cuál era mi taquilla, y ella anotó el número y me pidió que la abriera.

—¿Por qué? —dije.

—Quiero ver lo que tienes dentro.

—Está desordenada.

—Ya, bueno, no importa.

Empecé a abrirla, quité el candado. Y, nada más abrir, cuando metí la cabeza para ver si estaba muy mal, alguien soltó un grito y, en el mismo momento, oí que Julia me decía:

—Cuidado, Leo.

Me cogió del hombro tan fuerte que me giré entero. Julia y yo quedamos uno frente al otro, y acerté a verle los ojos, la mirada clara y cálida, al tiempo que oí un estallido y noté más fuerte la presión de la mano antes de que Julia la relajara y

la apartara.

—¡Ay! —se le escapó en un susurro.

Más gritos. Algo duro y metálico cayó al suelo y levanté la vista. Tim Nordin estaba a cinco o quizá seis taquillas de la mía, con las manos colgando a los lados y una pistola de juguete en el suelo, a sus pies. Me miraba fijamente con el moretón brillándole en la cara. Luego se dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo y escaleras abajo. Miré alrededor tratando de comprender lo que había pasado, de dónde había salido el estallido. No fui capaz de relacionar la pistola de juguete con lo que había sucedido ante mi vista: Julia se desplomó en el suelo. Más gritos. Todo se paró de pronto. Empezaba a oler a quemado.

No podía articular palabra. Ni siquiera sabía qué hacer. La cogí y la abracé y le apreté con todas mis fuerzas el punto que tenía en la espalda. Intenté frenar el flujo de sangre, pero notaba cómo corría por entre mis dedos, cómo empujaba para salir en oleadas. Notaba en mi pecho cómo le latía el

corazón, primero rápido, muy rápido y muy fuerte, pero enseguida más y más lento, cada vez más débil. Creo que no lloré.

Lo que ocurrió después no lo recuerdo. Ni siquiera sé cómo llegué al hospital de Södertälje. En la ambulancia no fui. El tiro le había dado en la espalda, en el lado izquierdo, cerca de la región del corazón. O, al menos, eso parecía, aunque la cantidad de sangre dificultaba la localización del orificio. Al cabo de unos minutos, o eso supuse después, llegó la ambulancia. Y que hubiera tardado tan poco nos infundió esperanza. Por lo menos eso dijo Ulrika, la enfermera del instituto, que llegó a donde estábamos antes de que viniera la ambulancia.

Ulrika me la quitó de los brazos y enseguida se oyeron las sirenas. A Julia le brillaba la frente, tenía mala cara, pero respiraba. Respiraba con dificultad, como si le oprimiera el pecho un peso invisible. Yo tenía los vaqueros manchados de sangre.

Parpadeé y me vi en el hospital. Grim estaba allí, en alguna parte. Klas y Diana también. Estaban operando a Julia. La bala no le había dado en el corazón, pero sí le había rasgado varias de las arterias principales, que bombean la sangre a todo el cuerpo. Luchaban por repararlas, pero había perdido tanta sangre que no estaban seguros de que resistiera el esfuerzo que le exigiría la operación.

Una agente que dijo que se llamaba Jennifer Davidsson y era inspectora de la policía judicial quería hablar conmigo. Quería saber si podía hacerme algunas preguntas. Sólo recuerdo algún detalle de la conversación: que le dije que la policía había tardado muy poco en llegar. La inspectora me contó que Tim Nordin se fue del instituto, se dirigió a la comisaría de policía de Rönninge y se entregó. Confesó que había matado a alguien. Pero que le había dado a la persona equivocada.

—Dice que quería... —empieza vacilante—,

bueno, que quería darte a ti. ¿Tienes idea de por qué?

—Es que yo... Él era... Porque yo lo acosaba.

En mi fuero interno sabía que le había hecho algo mucho peor, pero en ese momento no era capaz de explicarlo.

—Eso no justifica lo que ha hecho. —Me había puesto la mano en el hombro, en el mismo sitio por donde me agarró Julia, y la aparté—. Voy a ver si te encuentro ropa limpia —dijo en voz baja.

Todavía llevaba los vaqueros manchados de sangre, la camiseta salpicada. Asentí. La policía se me quedó mirando un buen rato.

—Parece que Julia te salvó la vida. Y puede que tú se la hayas salvado a ella.

Y ya no dijo nada más.

No he podido acostumbrarme a los sonidos ni a las luces, a todas las sensaciones de un hospital; no desde aquel día. Mientras esperaba en una de las numerosas salas a que llegaran mis padres, me

parecía absurdo que aquello fuera un lugar de trabajo como otros. La gente llegaba, se cambiaba, hacía su trabajo, volvía a cambiarse y se iba a casa, preparaba la cena a sus hijos y veía la tele con su familia. Como el trabajo en una fábrica. Es absurdo cuando lo que tienen en sus manos son vidas humanas.

Me trajeron ropa limpia, unos pantalones de chándal Adidas y una camiseta demasiado grande que la policía había encontrado por allí. Habían cerrado el instituto. Los inquietaba la idea de que Tim Nordin no hubiera actuado solo, que hubiese hecho un pacto con otra persona, el riesgo de que pudieran morir más alumnos. La policía aseguraba que no había indicios de tal cosa, pero, de todos modos, cerraron el instituto.

Una enfermera me llevó a una consulta, me tomó la tensión y el pulso, comprobó que me encontraba bien físicamente. Luego me dijo que iba a venir una persona a hablar conmigo.

—¿De qué?

—Te informará de cosas que pueden ayudarte a superar el periodo posterior a ese tipo de..., bueno, a superar lo que te ha pasado.

—Ah. Vale.

Me quedé sentado en la camilla. La enfermera me dejó solo. Julia llevaba más de dos horas en el quirófano. Al cabo de un rato se abrió la puerta y entraron mis padres y mi hermano. No dije gran cosa. Me estaban preguntando por lo sucedido cuando la puerta volvió a abrirse y un hombre con el pelo cano entró en la sala.

Les dijo que sería mejor que hablaran antes con la policía, y no conmigo. Después de cerciorarse de que no estaba herido, se fueron.

El hombre era psicólogo y me hacía preguntas en voz muy baja. Yo iba respondiendo lo mejor que sabía, porque me caía bien. Me dio una serie de folletos informativos y me dijo que volvería.

—¿Sabes cómo está la chica? —le pregunté.

—No.

No sabía si le había preguntado ya antes. Le

preguntaba a todo el que me encontraba.

Otra vez en la sala de espera. Han pasado tres horas desde que empezaron a operar y todavía nada, nadie ha dicho nada. Me representaba una y otra vez la escena del pasillo del instituto. El disparo, cuyo eco me resonaba entre las sienes. El calor de la sangre de Julia en mis manos.

Alguien se sentó sin hacer ruido en la silla que había a mi lado. Giré la cabeza.

—Hola —dijo Grim.

Le sonaba la voz ausente, con un timbre casi mecánico.

—¿Sabes algo? —pregunté.

—De Julia, no. —Levantó la vista y miró el reloj—. Siguen en el quirófano. Pero sí he oído otra cosa. —Evitaba mirarme—. Que a quien quería disparar era a ti.

Le miré las manos disimuladamente. Las tenía cruzadas, con un gesto espasmódico, como si estuviera tratando de contenerse.

—Me refiero a Tim. ¿Es verdad?

—Sí, creo que sí.

—¿Y por qué?

Yo no respondí.

—Si se demuestra que lo hizo por tu culpa, y Julia muere... No te lo perdonaré nunca.

—Lo comprendo —dije sin apartar la vista de mis manos.

—Teníais... Estabais juntos, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

Grim asintió despacio.

Hora y media después certificaban el fallecimiento de Julia Grimberg en la mesa de operaciones. Hora de la muerte: las cinco y veintisiete de la tarde.

XXII

Dado que Tim Nordin iba por mí y falló, lo juzgaron por intento de asesinato con resultado de muerte de un tercero y tenencia ilícita de armas. El fiscal pedía pena de prisión, invocando la premeditación, pero la sala lo condenó a una prestación de servicios sociales.

Recuerdo como una bruma grisácea los días en el juzgado. Como demandante, me encontraba en la línea de fuego del abogado defensor, y al final estaba convencido de que iba a desmayarme. Como éramos menores, y al tratarse de un delito tan grave, todas las sesiones se celebraron a puerta cerrada, pero detrás de esa puerta salió a relucir el pasado.

Supieron que yo me había pasado dos años infligiéndole a Tim Nordin todo tipo de vejaciones.

Lo supieron todos menos Julia Grimberg. Porque estaba muerta.

Y yo había perdido a mi mejor amigo.

Me prohibió que asistiera al entierro. Y no hicieron fotografías durante la ceremonia, así que ni siquiera pude enterarme de cómo fue. Hasta algo después —varias semanas más tarde— no empecé a recuperarme de la conmoción, y empecé a comprender que no volvería a verla nunca.

No podía quedarme en el instituto. Era imposible. Me cambié a uno de Huddinge. Grim también se cambió, pero a uno de Fittja. Poco después, la familia Grimberg se fue de Triaden y dejó Salem. No sé adónde se mudaron. Puede que a Hagsätra. Antes de que se fueran, intenté retomar el contacto con Grim, pero no lo conseguí. La única que hablaba conmigo cuando llamaba era Diana.

—Es que, verás —decía—, en estos momentos siento por ti un odio tan intenso...

Era sorprendente lo centrada y lo normal que parecía, recuerdo que pensé entonces. Quizá fuera aquello, precisamente, lo que hacía falta para que Diana saliera de la depresión y pudiera seguir adelante. Era una idea aterradora.

Y errónea. Algo después, oí contar a alguien de Triaden que Diana Grimberg había tenido un intento fallido de suicidio y que la estaban tratando en un centro psiquiátrico de Södertälje. Seguramente se quedaría allí mucho tiempo. El padre de Grim bebía más que nunca y lo despidieron, se quedó en el paro.

Luego llegó la rabia. Quería hacer daño a Tim Nordin. Quería hacer daño a Vlad y a Fred, que me habían pegado y que me habían impulsado a hacer algo parecido, hasta que conocí a Tim. Quería hacer daño a quienes les habían hecho daño a ellos. Al cabo de un tiempo, comprendí que

no tenía sentido, la cadena era, obviamente, interminable. Nunca encontraría el origen de todo, nunca encontraría el punto de partida. La fuerza primigenia que lo puso todo en marcha quizá ni existía. No era que quisiera hacer daño a uno, me dije, quería hacer daño a todos.

Intenté averiguar dónde vivían Fred y Vlad. Varias noches salí a buscarlos con una navaja en la cazadora. Iba sin rumbo, de suburbio en suburbio, sin encontrarlos. Alternaba entre una vergüenza insoportable y el sentimiento de culpa. ¿Fue culpa mía? ¿De verdad que había sido responsabilidad mía? Era Tim quien empuñaba el arma. Y Julia quien se interpuso entre los dos. Yo no hice nada, pero ¿era inocente? Yo era el que acosaba a Tim; si no lo hubiera hecho, él no habría llegado tan lejos. Y Julia estaba enamorada de mí y quería protegerme. Yo era el eslabón. Pero, de no haber sido por Vlad y Fred... Cerré el puño como amenazándome a mí mismo, a mis pensamientos. Aquello no acababa nunca.

Entonces comprendí que necesitaba ayuda. Fui en busca del hombre del pelo blanco que habló conmigo en el hospital de Södertälje. Se llamaba Mark Levin, según supe —al parecer, me lo había dicho la primera vez que nos vimos—, y comprendió que necesitaba empezar el tratamiento y la terapia enseguida. Se encargó él mismo. Cuando Julia llevaba muerta seis meses, empecé a sentirme mejor, pero todavía no había ido a ver la tumba. Según Mark, debía hacerlo si quería seguir adelante.

Soñaba con ella casi todas las noches. No dejaría de hacerlo hasta después de transcurridos muchos años. Me sorprendía sufrir tanto y, aun así, mantenerme en pie. La idea de lo que éramos capaces de soportar en esta vida me daba miedo, pero puede que sea porque, cuando la situación es insoportable, el cerebro se desconecta y el sufrimiento se expresa en los sueños. Ahí las paredes son más delgadas; los muros, más bajos.

Haber perdido a Julia era como haber perdido algo fundamental, alguno de los elementos básicos. Como si el aire hubiera desaparecido y lo único que quedara fuera el anhelo de algo que no existía.

La primera vez que fui a la tumba de Julia fue a finales de febrero, y hacía frío. Tanto que cada día anunciaban un nuevo récord. En los alrededores de Estocolmo morían animales y personas sin techo que no aguantaban las bajas temperaturas y no llegaban a cobijarse a tiempo. A pesar de todo, la capa de nieve que cubría la tierra era muy fina el día que crucé la verja del cementerio y me puse a buscar el lugar en el que descansaba Julia. Vi pisadas recientes en la nieve y experimenté una extraña sensación de seguridad al saber que no estaba solo. Era a media mañana y por encima de mí el cielo se extendía blanco y mate como una hoja de papel. Vi algo más allá una sombra delante de una de las tumbas. Era una mujer con el pelo como un estropajo de aluminio, con un abrigo marrón. Pasé a su lado y, más al fondo, había otra

persona. Bajé la vista y comprobé que la hilera de pisadas solitarias de la entrada conducía hasta él, que también era una sombra, con la cabeza rapada y un grueso chaquetón negro con una capucha con el borde rematado en piel.

Tenía las manos en los bolsillos y la vista clavada en la tumba. Oí que se sorbía los mocos. Fue la primera vez, y la única, que vi llorar a Grim.

Me aparté del sendero de grava y me escondí detrás de uno de los árboles mientras decidía qué hacer. Tenía la espalda ardiendo y me desabroché el chaquetón, noté cómo entraba el frío. Me temblaban las manos. Nunca pensé que reaccionaría así. Seguía allí cuando lo vi pasar hacia la salida. Tenía los ojos hinchados, pero parecía sereno.

Respiré hondo, esperé hasta haberlo perdido de vista, volví al sendero y seguí las huellas de Grim hasta la tumba.

Era más pequeña de lo que esperaba, pero

hasta ese momento no tomé conciencia de que me la hubiera esperado de alguna manera concreta.

Julia Marika Grimberg
1981-1997

Alrededor de la tumba había esparcidas unas flores yertas, un farol apagado. Sobre el canto arqueado de la lápida se extendía una capa delgada de nieve. Me incliné despacio, combatiendo la resistencia que parecía existir entre mi mano y la piedra, hasta que por fin retiré la nieve con la palma.

Creo que susurré algo. Noté que se me movían los labios, pero no sé lo que dije. Que Julia no estuviera, que hubiera dejado de existir se me antojaba inconcebible. Era un truco, una broma de mal gusto, alguien nos había gastado una jugarreta. En realidad, Julia tenía que estar en alguna parte, sólo que no la veíamos. Ésa era la sensación que tenía.

Me quedé allí un rato. Creo que pedí perdón. Que dije que había sido culpa mía. Luego me di media vuelta, me abroché el chaquetón y me alejé de allí. Detrás de los árboles y los tejados de las casas se erguía la torre del depósito del agua, plomiza y muda.

Allí estaba, con las manos en los bolsillos del chaquetón y la vista clavada en el depósito, tal vez en la plataforma en la que nos conocimos, hacía menos de un año.

—¿Ahora te dedicas a espiar a la gente? —dijo sin mirarme.

—¿Por qué lo dices?

—El cementerio.

—Ah, ya. Lo siento.

—No pasa nada.

Hablaba con voz serena y apagada.

—¿Vas con frecuencia? —pregunté.

—¿A la tumba?

—Sí.

—Siempre que puedo. Desde Hagsätra hay un trecho. ¿Y tú?

—Ésta ha sido la primera vez.

—Pues para mí era la última por una temporada.

—¿Por qué?

—Me han condenado por agresión. Y por posesión. Me encierran mañana en el centro de Hammargården, en Ekerö.

Hammargården era, como el centro juvenil de Junkil, una de las muchas instituciones juveniles que funcionaban como un centro penitenciario. No era tan archifamoso como Junkil, pero casi. Decían que algunos delincuentes en activo trabajaban allí de cuidadores, con lo que introducían drogas y armas y se las vendían por dinero a los internos.

Agresión y posesión. Eso no era propio de Grim.

—¿Qué era lo que llevabas encima?

—Pastillas de LSD. Tenía que venderlas para

poder comprar más herramientas.

—¿Qué herramientas?

—Las que necesito para hacer los carnets y eso.

—Pero de eso no saben nada, ¿no?

—No. —Grim bajó la vista—. De eso no tienen ni idea.

—¿Qué tal es Hagsätra?

—Después del paseo por Hammarbygården pienso mudarme.

—¿Adónde?

—A Alby. Allí tengo un colega que me deja dormir en su casa a veces. Me dijo que, para el caso, puedo mudarme, y así tengo dónde vivir cuando salga. Ya no soporto vivir en mi casa. Mi padre se pasa la mayor parte del día bebiendo. Y yo hago lo que puedo con las facturas, pero ya no hay dinero con que pagarlas. Incluso he tenido que pagar algunas cosas de mi bolsillo. Y mi madre... ya no vive en casa. —Levantó la vista otra vez hacia la torre—. Lo has estropeado todo. No Tim.

No fue culpa suya, fuiste tú quien lo empujó a hacer aquello. Eres un puto acosador. Tanto como hablábamos de esa mierda, precisamente, resulta que tú eres como todos. Y tú convenciste a Julia para... Julia era lista, Leo, ella nunca habría ido tan lejos.

—¿La convencí de qué? ¿De que saliera conmigo?

—Y no me dijiste nada —continuó Grim, como si no me hubiera oído—. Ni de Tim ni de Julia. Nada de nada. —Soltó una risotada—. Madre mía, cuánto no me habrás mentido. Soy incapaz de calcular cuántas veces, fueron tantas...

—Ella tampoco te dijo nada.

Noté un puñetazo en el pecho, me agarró del chaquetón y me levantó por el aire. Di con la nuca en la tierra helada y se me propagó el dolor por la cabeza. Grim me presionaba el cuello con el brazo, tenía la cara a un milímetro de la mía y los ojos negros de ira. Me tenía inmovilizado.

—No se lo cargues a ella —dijo—.

¿Entiendes? —Y otra vez, a gritos—: ¿Entiendes?

—Perdón —conseguí articular con la voz quebrada.

Con el brazo de Grim en el cuello me costaba respirar. No apartaba la vista de mí. Luego parpadeó, me soltó y se puso de pie. Yo me levanté del suelo. Me dolía la nuca. Grim ya se había dado media vuelta y había empezado a alejarse. De pronto se paró y se giró otra vez hacia mí, abrió la boca para decir algo, pero sólo salió aire. Yo me quedé allí plantado sin resuello, observándolo.

—Puede que nos veamos, Leo —dijo al fin.

Fue la última vez que vi a Grim. No volví a saber nada de él, ni volví a verlo. Llegó el verano y, esta vez, sí conseguí un trabajo de media jornada, de limpiador en una empresa de Salem. Mis padres estaban satisfechos, pero no dijeron nada. Continué con la terapia y el tratamiento con Mark Levin. Me permití intimar con otras

personas. Me llevaba tiempo, pero funcionaba. Y cuando comprendí que era posible seguir viviendo, me quedé pasmado. Seguía soñando con Julia, iba a menudo a visitar su tumba. Cada vez que cruzaba la verja del cementerio esperaba encontrarme allí a Grim, pero no estaba. Por alguna vía me enteré de que lo habían expulsado de Hammargården y lo habían enviado a Junkil, pero, esta vez, no al campamento, sino al centro juvenil. Al parecer, había apuñalado a alguien. Todo empezó con una pelea. Y al final el otro chico le dijo a Grim que se follara a su hermana.

Me fui de Salem a los veinte años. El invierno siguiente degollaron a Daniel Wretström, un joven cabeza rapada que había venido a darse una vuelta por la capital. Recuerdo que pensé si sería casualidad que hubiera ocurrido en Salem. No me lo parecía. Reconocí varios de los nombres de los autores. Eran los hermanos pequeños de mis amigos de antaño.

Nunca más volví a ver a Tim, aunque hice planes de ir a verlo varias veces. Me contaron que había intentado suicidarse. El primer intento, la noche después de que le comunicaran la sentencia. Lo hizo con pastillas. La segunda vez fue unas semanas después, en esta ocasión, con una cuchilla que había conseguido agenciarse. La tercera vez, un mes más tarde, pero tampoco entonces lo consiguió. Murió unos años después, creo, de sobredosis.

Pienso en todas las personas que han desaparecido de mi vida, como Vlad y Fred. No sé dónde estarán hoy, si es que siguen vivos. Y lo mismo ocurre con otros cuantos, gente a la que conocí en Salem: simplemente, terminan por desaparecer con el tiempo, como si la tierra se abriera y se los tragara.

A veces veo gente, parejas que van de la mano. Se las ve felices, ríen como si sus vidas transcurrieran sin preocupaciones, como si nunca hubieran perdido nada y como si no fueran a perder al otro. Si supieran lo rápido que puede cambiar todo... Yo lo sé. Y tú también lo sabes, ¿verdad? Lo recuerdas. Pero aquella vez no se trataba de ti, no en el fondo.

A veces, cuando los veo, me entran ganas de hacer algo drástico, de separarlos de un tirón. Puede que sea por envidia, pero también porque quiero que comprendan que nada dura para siempre. ¿Tengo derecho a hacer algo así? Yo, que sé que les va a ocurrir alguna desgracia tarde o temprano, ¿tengo derecho a revelárselo?

Una vez quise a una persona. Anja. Nos conocimos en casa de un amigo, y todo empezó con una discusión. Los dos queríamos el último gramo de jaco que le quedaba a aquel amigo común. Al final, ella me dio una bofetada y cogió la papelina, pero le entró tal cargo de conciencia que luego quiso compartirla conmigo. Fue un gesto bonito, pensé, y no tardé en darme cuenta de que Anja tenía algo que no había encontrado hasta entonces, como si me mirara y me viera por dentro. Me enamoré hasta la médula, hasta el punto de que lo mantuvimos en secreto para que nadie se interpusiera y lo estropeará. ¿Te suena? Yo creo que sí.

Un día fui a su apartamento, pero ella no estaba. Sólo quedaban los muebles y los restos del registro policial. Estaba bajo arresto en Kronoberg, y la condenaron a dos años de prisión en Hinseberg por un delito grave de posesión y consumo de drogas. No me atreví a ir a verla por miedo a que me ficharan. Intentamos hablar por

teléfono, pero no era fácil, en parte porque yo tenía que ser muy cauto, pero sobre todo porque Anja estaba cada vez más ausente. No sé por qué; era inestable antes de estar encerrada, pero no de aquel modo. La privación de libertad la carcomía.

Me enteré de que se había ahorcado en la celda. Había intentado enviarme una carta, pero, por alguna razón, en Hinseberg se lo impidieron. Se lo impidieron y la quemaron. Eso fue en 2002, y nunca supe lo que quería decirme. Eso fue lo que me impulsó a hacerlo, a asumir el riesgo de desaparecer.

Las parejas felices que van de la mano... A veces me dan ganas de hacerles daño porque se tienen el uno al otro, porque el mundo no es justo. Me pregunto hasta dónde podría llegar. Y tú, ¿no te lo preguntas?

XXIII

Sobre aquellos colosos que eran los edificios de Alby flotaba el cielo bajo, como si se esforzara por no perder su anclaje y caer al suelo. Es de noche, ya es tarde, y en los cubos de las ventanas se ven luces encendidas aquí y allá. Salgo por los torniquetes del metro y miro nervioso alrededor, como si Josef Abel fuera a aparecer por deseo mío.

Después del interrogatorio con Koll, después de que Birck me sacara a rastras de la sala, tuve que vérmelas con él. Birck me pidió que le explicara qué estaba pasando allí dentro. Le dije que no tenía tiempo, que tenía que irme.

—Te quedas aquí —dijo Birck, agarrándome el hombro con fuerza.

—¿Cuánto has oído?

—¿De qué?

—De lo que ha dicho.

—No mucho, pero lo suficiente para saber que lo has amenazado. —Me miró a la cara—. ¿Por qué querías pegarle?

—No lo sé —dije entre dientes—. He perdido la concentración.

—Esto tiene muy mala pinta, Leo. Esto, junto con todo lo demás... —Meneó la cabeza—. No sé qué vamos a hacer.

—¿No podemos hablar de eso después?

Birck me miró con frialdad.

—La huella de la cadena, Leo. Tengo que saber cómo llegó allí.

—Puedo contártelo mañana. Tienes que encontrar a un tipo que se llama Daniel Berggren. Creo que tendrías que ponerte en contacto con el grupo NOVA de crimen organizado.

—No me digas lo que tengo que hacer. —
Respiró hondo—. Vamos a esperar a mañana.

—¿Por qué?

—Si NOVA se pone en marcha, la cosa no terminará bien. Además, no tienen recursos, tienen más que de sobra con el robo del transporte de valores de Länna.

—Mañana puede ser demasiado tarde —dije, y eché a andar.

—Leo —dijo Birck con un tono firme—. Vete a casa y espera allí mientras yo vuelvo a la carga con Koll, tengo que conseguir que ese cerdo empiece a hablar. En realidad, preferiría que te quedaras, pero terminaré tarde, y tengo que seguir las reglas. Mañana te presentas aquí y me cuentas lo que sabes. —Miró el reloj de pulsera—. Haré que envíen un coche que se plante delante de tu puerta. Quiero saber dónde estás.

—No lo hagas, la gente de la calle Chapmansgatan ya ha visto bastantes coches de policía.

—Y bastantes cadáveres —dijo Birck con tono inexpresivo—. Me gustaría que no tuvieran que ver ninguno más. Sobre todo, que no fuera el tuyo.

Me fui a casa con la cabeza zumbándome todo el camino. Por fin tomaba conciencia del asunto, tenía que ser él. Traté de definir lo que sentía. ¿Tristeza? Algo por el estilo. Me sentía apenado de que hubiera llegado a tales extremos para proteger su identidad. Pero eso seguía sin explicar por qué le había dicho a Koll que le pusiera la cadena en la mano a Rebecca Salomonsson. Pensé en enviarle un mensaje, pero, de pronto, me entró la duda. A aquellas alturas, era más impredecible que nunca.

Vi llegar el coche patrulla, que aparcó en la calle. La mitad de la patrulla salió, cruzó la calle y entró en el portal. Fui al fregadero y me tomé un vaso de agua con un Sobril, y esperé hasta oír sonar el timbre.

—¿Todo en orden? —preguntó el policía, un hombre serio con la mirada azul y amable.

Ví la graduación que llevaba bordada en el hombro.

—¿Eres inspector?

—Desde hace dos años, ¿por qué?

—Nada, me siento importante. —Logré esbozar una sonrisa—. Sí, todo en orden.

Asintió y se fue por donde había venido. Yo esperé un rato, comí un poco y dejé encendida la luz del techo antes de salir por la puerta lateral, la misma que usé después de que encontraran muerta a Rebecca Salomonsson. Nadie parecía seguirme. Fui al barrio de Södermalm y pasé por delante del estudio de Sam, que estaba dentro, con la luz encendida. Eché un vistazo, pero no advertí nada fuera de lo normal. La calle parecía soñolienta, y Sam estaba bien. Di media vuelta y pasé otra vez por delante del estudio; Sam no levantó la vista, estaba aguja en mano, concentrada en la espalda de una joven. Sobre todo después de la separación y de lo que pasó con Viktor, hacía aquello a menudo, pasaba por delante del estudio. No se lo

he dicho al psicólogo, ni a nadie. Me pregunto si Sam lo sabe, de todos modos. Seguramente.

A lo lejos parpadea un letrero de neón que dice ALBY LIVS 24-7. No parece que esté abierto, pero puede que ésa sea la intención.

Es un comercio pequeño, atestado de artículos. Hay un olor muy fuerte, una mezcla de especias y detergente. Dentro se oyen risas y a alguien que habla en una lengua que no comprendo. Una parte es español, creo, pero entremezclada con otra. La tiendecilla da la impresión de ser más grande de lo que es, porque los estantes están dispuestos como una estructura laberíntica, que hay que cruzar para llegar a la caja. No hay cinta para pasar los artículos, sólo un mostrador, como en un quiosco. Dos chicos jóvenes y dos mujeres, también jóvenes, hablan en semicírculo, como si el hombre que se atisba al otro lado del mostrador los hubiera hechizado. Parece que me estén escrutando.

El hombre del mostrador es lo bastante mayor como para ser el abuelo de los jóvenes, tiene los ojos grandes de color castaño y unas cejas pobladas y muy marcadas; el pelo enmarañado y rizado, que habrá sido negro pero que ahora se ve entrecano. Lleva una barba espesa y muy cuidada.

—¿No has encontrado lo que quieres? —me pregunta al ver que llevo las manos vacías.

—Todavía no —digo.

Mira a los dos jóvenes, luego vuelve a dirigir la vista hacia mí.

—¿Eres policía?

—Depende.

—¿De qué depende? —pregunta uno de los jóvenes.

Tanto él como el amigo son altos y delgados. Uno lleva una cazadora de piel negra, el otro una sudadera azul con capucha en cuya pechera se lee RATW. Me pregunto qué significará.

—¿Cuentas como policía si te han suspendido?

El hombre mayor me observa entornando los

ojos, y luego les dice algo rápidamente, suena como un repiqueteo. Una de las chicas lleva una minifalda de color verde chillón, medias con agujeros, botas gruesas y una cazadora vaquera corta y llena de imperdibles, cadenas y chapas. Se cruza de brazos, se le abre el escote de la cazadora y atrae la mirada de uno de los jóvenes.

—Oye, no seas mirón —dice la chica.

Le resuena algo en la boca cuando habla, como si tuviera un *piercing* que le diera en los dientes.

El hombre se echa a reír.

—Estoy buscando a Josef Abel —digo.

Se hace un silencio que no me esperaba.

—¿Por qué, amigo? —dice el hombre del mostrador, aparentemente impassible—. ¿Por qué lo buscas? ¿Y por qué crees que sabemos dónde está?

—Me han dicho que sólo hay un Josef Abel y que la gente de por aquí tiene tendencia a conocerlo.

—¿Tiene tendencia? —El hombre del

mostrador mira extrañado a la chica de la cazadora, que dice algo —*tender*— en español. El hombre sonrío, como si se alegrara de haber aprendido otra palabra—. A Josef sólo acude quien necesita ayuda.

—Pues yo necesito ayuda.

El hombre vuelve a mirarme con los ojos entornados, como tratando de averiguar si quiero engañarlo.

—¿Vas armado?

Niego con la cabeza.

El joven de la cazadora de cuero se me acerca y empieza a cachearme, los hombros, la espalda, las caderas, el abdomen, las piernas. Lo hace a conciencia y con mano experta, y noto el olor a colonia barata cada vez que se mueve. Cuando termina, se vuelve al hombre del mostrador.

—Está limpio, *Papi*.

—No está bien molestar a un hombre mayor a estas horas —dice Papi mesándose la barba—. Tiene que ser un asunto importante el que te trae

por aquí.

—Sí. Pero lo único que necesito es información, un nombre. Sólo eso.

—Tú policia mediador, ¿eh?

—No, qué va.

—¿Cómo sabes que Josef puede darte la información que buscas?

—Me lo dijo Peter Koll.

El hombre baja la vista, se queda observando el mostrador, que está cubierto de pegatinas y publicidad de cigarrillos y de *snus*, y como reflexionando unos segundos, hasta que le hace una señal a la mujer de la cazadora vaquera.

—Karin, llévalo.

Ella se me queda mirando, luego mira al amigo, que aún no ha dicho nada. Tiene los ojos castaños inexpresivos, como si hubieran visto de sobra de qué es capaz este mundo.

—Vale —dice, y saca algo de la cazadora.

—No tienes que llevarla en la mano —le sugiero señalando la navaja.

—Sí —dice—, claro que tengo que llevarla.

En la calle, camino de los bloques de pisos, Karin camina a mi lado con la navaja en una mano y la otra en el bolsillo de la cazadora. Es una navaja muy buena, de las que se compran en las armerías, con una forma que se adapta a la mano y un botón pequeño para sacar la hoja automáticamente. Me pregunto si la habrá usado alguna vez. Algo me dice que sí. No sé cuántos años tendrá. Desde luego, no más de veinte, puede que ni siquiera dieciocho, pero es alta, y siempre me ha resultado difícil adivinar la edad de las mujeres altas. Las botas de Karin resuenan en el asfalto. Y el roce de la ropa al andar hace un ruidito seco.

—¿De qué conoces a Josef? —le pregunto.

—En realidad, es a él a quien todos llaman Papi. Sólo que Dino y Lehel llaman Papi también a Goran, porque son parientes de verdad.

—Y Papi qué es, ¿papá?

—Rollo así, sí. Josef es como un padre. O bueno, ahora es más bien un abuelo. Es viejo, pero sigue siendo Papi. Nuestros padres, o sea, nuestros verdaderos padres nos cuentan cosas de él.

—¿Es verdad que lo llaman el Hombre sin Voz?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no puede hablar.

—¿Y por qué no?

—*Oye*, no hagas tantas preguntas.

—¿Llamamos a la puerta?

Karin niega con la cabeza. Estamos en el último piso de uno de los bloques.

—Ya lo sabe —dice, y abre la puerta. Es sencilla, de madera, con una ranura para el correo y el apellido ABEL escrito en negro sobre una tira de papel que fue blanca un día.

El recibidor es grande y está limpio, y tiene una alfombra roja y ocre que atenúa el ruido de los pasos. Al fondo se bifurca el pasillo en dos

habitaciones, una a cada lado. A la derecha, lo que parece una amplia cocina con una mesa y sillas. A la izquierda, algo así como una sala de estar. Karin se quita las botas y me indica que haga lo propio. Entra en la habitación de la izquierda, les dice algo en español a dos jóvenes que están sentados en sendos sillones con un mando de videojuego, enfrente de una pantalla de televisor donde se enfrentan dos equipos de fútbol. En la mesita, entre los dos sillones, hay un par de pistolas negras. Uno de los hombres para el juego y se fija en nosotros, dice el nombre de Karin, luego Papi y algo más.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto.

—Que puedes entrar —dice—. Pero sólo si yo voy contigo.

Detrás de los dos hombres hay dos puertas, las dos cerradas. El primer hombre señala una de ellas con un gesto indolente y nos sigue con la mirada.

Un tercer hombre de la edad de Karin abre la puerta. Tiene el pelo oscuro y espeso, la piel muy

blanca, los ojos de un azul intenso y una nariz contundente y afilada que le sobresale por encima del labio. Se dirige a Karin.

—Es tarde —dice.

—Lo sabemos. Gracias —responde Karin.

La habitación tiene una cama camera, un sillón, un televisor y una estantería. Una alfombra cubre el suelo. En el sillón hay alguien sentado, un hombre con la piel amarillenta y el pelo como un halo blanco en la cabeza, concentrado en un libro. Lleva una camisa blanca y pantalón gris de vestir, sujeto con un par de tirantes negros muy sencillos. Lleva la camisa desabrochada y por ella asoma una camiseta interior y, en el pecho, un bosquecillo de vello cano. Tiene la nariz huesuda y baja, las cejas pobladas y rectas y los hombros relajados e inclinados sobre el libro. Son los hombros propios de alguien que haya practicado la lucha libre, o que haya trabajado transportando pianos.

—¿Josef Abel? —pregunto cuando estoy a un metro de él.

Abel levanta la vista, saca un cuaderno negro forrado de piel del bolsillo de la pechera y echa mano de un bolígrafo. Respira a hipidos. Mientras escribe, veo la cicatriz que, como un collar, le rodea la garganta: rosa claro, irregular y profunda, de un lado a otro del cuello, justo encima de la clavícula. Me tiende el cuaderno.

¿te conozco?

Entonces se le ilumina la mirada, ladea la cabeza, me examina de abajo arriba, las piernas, las manos, los hombros.

Añade dos palabras.

¿te conozco, señor policía?

—Leo Junker —digo, y veo un atisbo de sorpresa en la expresión del anciano.

estabas metido en la mierda esa de Gotland

—Sí, por desgracia. Necesito información. Daniel Berggren, ¿te dice algo ese nombre?

El hombre levanta un dedo y se da la vuelta. Mira alrededor, coge un libro que había en el suelo, a su lado, saca un sobre de entre las páginas

y me lo enseña. Es blanco, del tamaño de una postal, y blando, como si contuviera documentos; *leo*, es cuanto pone en el sobre, escrito a mano con una letra que reconozco.

—¿Quieres decir que es de su parte? ¿Es de Daniel?

Abel asiente con la cabeza y me da la sensación de que el sobre me arde en las manos.

—¿Cuándo te lo dejó?

lo trajo un mensajero no sé nada más

—No termino de creérmelo.

suspicaz, eh

El viejo ríe burlón con una risa afónica.

—O sea, ¿estás en contacto con Daniel Berggren?

¿ha pasado algo?

—¿Lo conoces bien?

Se le pone la cara tensa, sombría.

bastante bien por favor dime que no traes malas noticias

—Pues una vez más, sí, por desgracia —digo.

El viejo parpadea. No es posible distinguir si está impresionado o sorprendido; quizá se aprecia un rastro de nerviosismo en la siguiente palabra que escribe en el cuaderno:

¿suicidio?

—Casi —digo—. Asesinato.

¿víctima o asesino?

—Asesino —digo; busco una silla y me siento.

estás mintiendo, no puede ser verdad

—Sintiéndolo mucho, lo es.

Abel se viene abajo, se desinfla como si lo hubieran pinchado. Pasa la hoja del cuaderno y descubre que acaba de gastar la última. El viejo abre la boca y habla, inhala las palabras, con la voz como la de un espectro agrietado. Es un sonido espantoso, el sonido de alguien que hablara con esquirlas de vidrio en las cuerdas vocales. Un segundo después, me llegan sus palabras:

—Otro cuaderno.

El hombre que hay al lado de Karin deja la habitación y vuelve con un cuaderno nuevo. Entre

tanto, Karin se acerca, se agacha y habla con Abel en voz baja. Se alegra de verla. Se le ilumina la mirada, y sonrío, le acaricia la mejilla mientras ella le cuenta algo. Karin le ha cogido la mano. Yo sigo con el sobre entre las mías. El sudor lo ha humedecido.

D no es un asesino, escribe.

—Directamente, no —digo—. Pero indirectamente sí. Tengo que saber lo que sabes. Fue mi amigo, hace tiempo. Ahora tengo miedo de que le haga daño a alguien.

¿qué quieres saber?

—¿Cómo lo conociste?

él me buscó

Abel hace memoria antes de continuar.

después de Jumkil

Me mira con extrañeza.

nos presentó su amigo

—¿El amigo en cuya casa vivía aquí, en Alby?

—Mmm —carraspea Abel, y asiente con la cabeza. Es un sonido hueco y ronco, me recuerda

al de un reptil.

D tenía ciertas habilidades

—Lo sé.

yo me encargué de que las usara para ayudar a mucha gente

—¿Ayudaba a la gente a desaparecer?

pero también a que vinieran aquí de sus países de origen

Abel duda, antes de añadir: *por dinero*

—Y tú tenías dinero, ¿verdad? —digo.

Esa pregunta hace que el viejo separe los labios y esboce una sonrisa, una mueca de triste disculpa que permite ver que le faltan muchos dientes, y los que quedan están torcidos, deformados y con un tono amarillo poco saludable.

eso es quedarse corto, escribe el hombre.

—Comprendo. ¿Drogas?

Abel se pone tenso en el sillón y se me queda mirando un buen rato, como si estuviéramos ante un momento decisivo.

entre otras cosas, pero eso era entonces,

ahora soy viejo

—Yo no diría que hace doce años eras joven.

no era tan viejo, señor policía

—¿Sabías que Daniel no era su nombre? ¿Que se llama John?

no lo recuerdo

—John Grimberg.

Abel da con los nudillos en las palabras que acaba de escribir, como para hacerlas más explícitas, y añade: *lo llamábamos el invisible*

—¿Por qué?

El viejo escribe una respuesta algo más larga.

se vio en apuros después de un asunto con los Servicios, entonces desapareció, no lo vimos durante un tiempo, luego volvió, como una aparición

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

hace un par de meses

—¿En qué circunstancias?

—Oye —suena a mi espalda la voz de Karin, y noto una mano que me agarra el hombro con fuerza

—. ¿Esto es un interrogatorio o qué?

—No.

—Pues tranquilo, ¿vale? —dice—. Retírate un poco. —Me suelta el hombro—. No le sienta bien que lo atosiguen.

—No lo estoy atosigando.

—Porque tú lo digas.

Abel sonrío como disculpándose y le hace un guiño a Karin. En el televisor, al fondo, están pasando un vídeo musical. Una ballena enorme se desliza por el espacio y parece que se va a tragar la Tierra. Muy halagüeño.

—Hace un par de meses viste a Daniel —le digo—. ¿Por qué?

vino por negocios

—¿Alguien que necesitaba desaparecer?

Abel asiente.

—¿Sigue usando el nombre de Daniel Berggren?

es el nombre que siempre ha usado conmigo

—¿Cómo te pones en contacto con él cuando

necesitas sus servicios?

le mando una carta

—¿A qué dirección?

Abel escribe unas líneas y arranca la hoja, me la da. Es un apartado de correos.

—Esto no es una dirección.

es lo que tengo

—Bueno, ¿y qué pasa cuando le envías la carta?

que viene a verme

—¿Cuánto tarda?

2-4 días

Leo la dirección que tengo en la mano y me pongo de pie. Me pregunto dónde estará el apartado. Sea donde sea, estará cerca de la casa de Grim. Ese apartado tiene que ser importante para él.

—Gracias —le digo a Abel.

en realidad no estás agradecido, lo que quieres es encerrarme por drogas y agresión, escribe, y por lo que crees que les he hecho a los

niños de Alby

—Sí —digo.

Estoy a punto de decir algo, pero no sé qué. Me quedo mirando a Abel, pensando en si habrá algo con lo que amenazarlo. Pero no. Me alejo unos pasos, hacia la salida. Entonces escribe algo más en el cuaderno y me hace con él una seña para que me acerque.

¿crees que lo que tú haces en este mundo es mejor?

—Bueno, hubo un tiempo en que sí lo creía —digo—. Pero ya no. He cambiado.

la gente no cambia, señor policía, escribe, se adapta

XXIV

Ya en el metro, abro el sobre. El vagón está casi vacío, sólo hay unos cuantos viajeros aquí y allá, que van sentados con la cabeza apoyada en la ventanilla. Se me ve la piel de un color enfermizo bajo la luz amarillenta.

Parece una suerte de diario de varias páginas, escrito con una letra que, seguramente, Grim ya no utiliza. En otros contextos escribe diferente, con una letra alterada y distorsionada, para ocultar su personalidad. Se nota; como si se estuviera probando ropa de hace mucho tiempo y se sintiera inseguro de cómo llevarla, de qué papel y qué aspecto le otorgaba.

Antes de desaparecer, empiezo a ir a una psicóloga. Se va mostrando cada vez más desganada, y no comprendo por qué. Recuerdo una tarde en la consulta me pregunta qué es lo que me pasa. Le digo que no lo sé, que puede que tenga que ver con mi familia y puede que no; o con mis amigos, no sé. Anja ha muerto, ¿será eso? O será la droga. Me pregunta que cómo le van las cosas a mi familia en la actualidad. Le digo que bien, que todo va bien. Sólo queda mi padre, y él está bien.

—Pero ¿y yo? —pregunto.

—¿A qué te refieres? —dice ella.

No sé qué decir, me siento muy desorientado.

—Sí, yo, ¿qué pasa conmigo? —repito, y me siento impotente.

—Te irá bien —dice—. A medida que vayas haciéndote mayor, te irá mejor. Las cosas se pasan con la edad.

—No sé —digo—, no creo.

Ella ladea la cabeza. Me desprecia. No lo dice, pero es verdad. A estas alturas he conocido a mucha gente como ella, y todos son iguales.

Consigo desaparecer. Me lleva tiempo. Una cosa es darle a alguien un carnet de identidad y despedirlo con una palmadita en la espalda, y otra, desaparecer uno. Sobre todo si, como yo, figuras en un montón de registros inusuales. No lo consigo con todos, algunos datos son demasiado antiguos y no se pueden modificar, están enterrados en lo más hondo de la Suecia oficial. Soborno a todo el que se deja, amenazo a funcionarios de forma indirecta y doy datos falsos de cambios de dirección y de cuenta bancaria. Trato de declararme difunto, pero para eso hace falta un cadáver, y no puedo ir tan lejos.

En 2003, todo lo demás está listo. Elijo el nombre con mucho mimo y, a la edad de veinticuatro años, John Grimberg desaparece como si se hubiera esfumado.

Me paso a una droga más blanda, porque necesito tener la mente despejada. No resulta bien y al final vuelvo a caer en el caballo. Para poder funcionar, empiezo con medicación de mantenimiento que compro en el mercado negro, ninguna clínica le daría material a alguien como yo. Todavía la consumo, pero nadie lo sabe; bueno, sólo tú. Tomo metadona dos veces al día, a veces más. Últimamente, más veces.

Al cabo de un tiempo, cuando consigo convertirme en otra persona, las cosas empiezan a rodar solas. Con Abel como mediador, me dedico a ayudar a la gente a conseguir documentos de identidad nuevos, empiezo a investigar si de verdad es posible eliminar por completo a alguien del sistema. Una cosa es borrarse uno, pero a otro es mucho más difícil.

No tardo en ir de aquí para allá ayudando a la gente a diestro y siniestro y ganando una pasta increíble. Si te dijera cuánto, te morirías de risa, es ridículo. Pero en todo ese tiempo, en todos esos años, no pienso en ti, ni siquiera cuando peor estoy. No es que te haya perdonado, pero he seguido adelante. Además, no tengo ni idea de quién eres o si estás vivo. Y esa incertidumbre me reconforta.

Pero hace tres semanas, todo se derrumba. ¿Te imaginas? Con la de tiempo que ha pasado. Desde entonces te escribo estas líneas, Leo.

¿Me escuchas? ¿Me oyes? Ya haré yo por que me oigas.

Mi padre enfermó y murió al cabo de un tiempo. Hice lo posible por ir a verlo siempre que podía, antes de que lo tuvieran que ingresar.

Los dos sabíamos que íbamos cuesta abajo, pero ninguno decía nada. Yo creo que sabía a qué me dedicaba, pero tampoco me habló de eso.

Jugábamos a las cartas, veíamos películas, a veces salíamos a jugar a los dardos en algún bar, cosas así. No sé cómo lo veía él, pero yo tenía la sensación de que hubiera un acuerdo tácito entre nosotros. Procurábamos tenernos el uno al otro, lo necesitábamos.

Luego lo tuvieron que ingresar, y fui a visitarlo al hospital. Utilizaba un nombre falso, yo creo que mi padre lo oyó, porque un día me llamó por ese nombre y sonrió. La última vez que nos vimos estaba muy débil, y hasta tardó un poco en reconocermelo. Y entonces, mientras lo contemplaba, me vino algo a la cabeza.

Me había distanciado tanto de todo lo demás relacionado con Salem... Tenía que hacerlo para sobrevivir. Así que cuando lo vi, me quedé impresionado, fue como si todo se me viniera a la cabeza de golpe. De repente no había pasado ni un minuto, a pesar de que habían transcurrido dieciséis años. Él era el único que me quedaba. Y fue y se murió. No sabía qué hacer. Empecé a

soñar, y el sueño era simplemente esto: el color rojo. Me enredaba en el color rojo y no podía liberarme. Asistí al entierro como en una nube de bruma.

Tuve que encargarme del tema del testamento. Cuando murieron Julia y mi madre, fue mi padre quien se encargó. Me dijo que lo había tirado todo, y a mí no se me ocurrió bajar al trastero. Así que cuando por fin lo hice, me quedé perplejo. Allí estaba todo. Ni siquiera se había deshecho de mi ropa de hacía años. Ahora, mientras escribo estas líneas, me pregunto por qué no me lo dijo, por qué mintió asegurando que lo había desechado todo. Sin embargo, cuando me vi allí, lo único que pensé fue dónde iba a meter todo aquello. Había conservado incluso los muebles del cuarto de Julia. Su cama, su escritorio, las estanterías, todo. Hasta la cama seguía hecha, ¿te imaginas? ¡Hasta la cama hecha! Las sábanas tenían manchas de humedad, llenas de moho, pero se veía el estampado, los

lunaritos de colores. No sé por qué, quité las cajas que había encima y aparté el edredón. Debajo había parte de su ropa. Estaba hecha trizas, naturalmente, igual que las sábanas, pero la reconocí.

No te puedes figurar hasta qué punto hay detalles insignificantes de la vida cotidiana que nos traen a la memoria el pasado con tal fuerza que se convierte en un agujero negro que nos absorbe. Fue la primera vez que recaí en la heroína, allí dentro. Salí, compré, me senté entre las cosas y me pinché, ni más ni menos.

Cuando empecé a revisar las cajas encontré ropa que llevaba años sin ver. Era ropa tuya. La sudadera azul marino con capucha de Champion, ¿te acuerdas? Lo más probable es que no. Incluso encontré el cuaderno de clase de Julia, donde tú y ella habíais escrito vuestros nombres. Encontré el viejo álbum de fotos de mi madre, el que había hecho en los momentos en que estaba algo más contenta. Recuerdo que era de lo más rigurosa

con el orden, con qué foto debía ir detrás de cuál. Empezó cuando sólo estaban ella y mi padre, luego aparecía yo y, con el tiempo, también Julia. Llevaba la cadena en varias de las fotos.

Entrar en el trastero era como hacer un viaje a otro tiempo. Todo me daba vueltas. Los recuerdos de mi madre, de mi padre y de todo el mundo. Salió tal y como yo dije, ¿te acuerdas de que lo dije varias veces? ¿Que si a Julia le pasaba algo, no podríamos mantenernos unidos? Pues así fue, punto por punto. Creo que no lloré. Me instalé a vivir allí unos días (no tiene ningún sentido que vayas, ya no estoy allí), sin hacer otra cosa que revisar todo lo que había. Estuve viendo las películas que hicimos, aquellas que grabábamos nosotros. Empecé por la que se llamaba LOVE KILLER, ¿te acuerdas?

Lo quemé todo en un bidón, en el patio del bloque. Todo, salvo lo que no cabía. Lo que era demasiado grande lo llevé a un vertedero. Pero todo lo demás, cada puto recuerdo, lo eché al

fuego. No soy nadie. No poseo nada. En apariencia, todo ha quedado en orden después de la muerte de mi padre, pero por dentro es como si me estuviera desmoronando. Me siento espantosamente solo. Invisible. Por primera vez.

Puede que sea porque me estoy haciendo mayor. Cuando tenía veinte años era factible vivir así, pensaba que no echaba nada en falta. Que me deslizaba al amor del tiempo. Estos pensamientos me mantienen despierto por las noches. He llegado a un aislamiento total. Siento que he perdido mi identidad; de repente, es como si el pasado me hubiera dado mi merecido. He empezado a alucinar. A veces consigo dormir, pero puedo pasar varios días sin pegar ojo. La metadona ya no me sirve de nada, siento unas ganas constantes de volver al caballo. ¿Qué clase de vida es ésta, en realidad? No tengo contacto con nadie, ningún vínculo con ninguna persona.

¿Que cómo te he encontrado después de tanto tiempo? Eso es lo más increíble, cómo han ido encajando las piezas, aunque todo quedó hecho añicos después de la muerte de mi padre. La cosa empezó un par de semanas antes, cuando termino un trabajo para uno del que no me fío, pero necesito el dinero. Él conoce a una tía de la que me fío menos aún. Rebecca. No sé cómo, se entera de la identidad con la que vivo normalmente. El carnet hay que llevarlo encima, ya sabes, y una noche en que habíamos quedado, no me dio tiempo de cambiarlo por el que uso en esos casos. Debí de registrarme los bolsillos de la cazadora, a pesar de que estoy casi seguro de que la tuve vigilada todo el rato. No lo sé, porque estoy temblando y me he tomado una buena dosis de metadona. Todo está borroso y no me siento seguro. Es posible que alguno de los dos, Rebecca o el amigo, haya visto mi nombre.

Y ella empieza a chantajearme, dice que irá a la policía si no le doy dinero para que no hable.

Al principio le pago, pero va aumentando, es cada vez peor. Cada vez me pide más dinero y acude incluso al entierro de mi padre, monta una escena en la recepción que ofrecí a los conocidos. Vivo siempre asustado, siempre mirando alrededor. Todo lo que me he construido corre el riesgo de derrumbarse. Me pongo a pensar en agenciarme una nueva identidad, pero no soy capaz en mi estado. Tengo que deshacerme de ella como sea. Empiezo a seguirla. Una noche la veo entrar por el portal de la calle Chapmansgatan y me quedo esperando en el coche. Al cabo de unos minutos sale un hombre, y eres tú.

El mundo entero se para de pronto. Y es eso, la reacción que tengo al verte, lo que me ayuda a comprender cómo tengo que actuar.

Ya sé lo que estás pensando: que me he vuelto loco. Puede. Pero todos tenemos algo que nos puede llevar al límite, y más allá. La mayoría de la gente ni siquiera sabe lo que es, pero yo sí lo

sé. Yo sé en qué punto empezó a torcerse todo.

En cuanto te encontré, empecé a vigilarte.

Ahora te toca a ti entrar en la espiral.

Salgo del metro y del mundo subterráneo y respiro hondo, trato de serenarme después de la lectura del diario.

El apartado de correos de Daniel Berggren está en un local de Rådmanngatan. Me lleva un rato encontrarlo, pero no tanto como yo pensaba. En el centro, los apartados de correos están concentrados en una serie de puntos, y en el ordenador de un Seven Eleven que está abierto las veinticuatro horas busco la dirección concreta en uno de los motores de búsqueda de internet, por el procedimiento de exclusión. Las centrales de los apartados de correos se encuentran una en Nacka, otra en Karlberg, otra en Väsastan y una cerca de

la Estación Central, pero ésa parece sólo para grandes compañías.

Dejo el Seven Eleven después de medianoche. Estocolmo ya no parece una capital. Las calles están casi vacías, el pulso es más lento. Me tiemblan las manos.

Llego a Rådmandsgatan y me paro delante de la puerta del local. Cerrado de doce de la noche a cinco de la mañana. Pego la cara a la puerta de cristal —por dentro, el cristal está protegido y asegurado con unas rejas recias— y veo las hileras de buzones, del mismo tamaño que los normales, apilados hasta el infinito. En una de las paredes se ve el logotipo de Correos y Telecomunicaciones. En las esquinas del techo parpadea lo que deben de ser cámaras de vigilancia. Un coche se detiene detrás de mí y se refleja en la oscuridad del escaparate. Lleva la palabra SECURITAS escrita sobre el capó. Un hombre que parece un bulldog sale y echa a andar hacia mí.

—¿Todo en orden? —pregunta el bulldog.

—Todo en orden —digo—. Curioseando un poco.

Delante del edificio de Chapmansgatan sigue el coche patrulla blanco y azul. Dentro, la mitad de la patrulla está despierta y la luz fría de la pantalla de un móvil le ilumina la cara; la otra mitad parece dormir profundamente.

Las cinco y cuarto. Es la hora a la que abro la puerta del local de apartados de correos de Rådmandsgatan. Me escuecen los ojos de cansancio y estoy casi seguro de que he caído enfermo durante las horas de vigilia. Paso de estar sudando a tener frío, hasta que me doy cuenta de que hace mucho que no me tomo el Sobril. Puede ser el síndrome de abstinencia. Una vez dentro, rebusco en los bolsillos hasta que encuentro una pastilla y me la trago, noto cómo se me desliza por dentro mientras saco el papel con la dirección. Apartado 4746.

Los buzones están en columnas de diez. Filas y más filas cubren aquel local inmenso. A lo largo de las paredes, buzones algo más grandes, algunos lo bastante para engullir un par de cajas de zapatos; otros tan enormes que podrían guardar incluso muebles.

Encuentro el número 4746 más o menos en el centro de aquel paisaje laberíntico y lo examino, con cuidado de no tocarlo. Es un buzón como cualquier otro. Entreabro la tapa con un bolígrafo y meto el dedo con cautela. Hay correo. Lo que significa que tiene que recogerlo, que tiene que venir aquí. Busco un lugar adecuado desde el que hacer guardia. Puede que tenga que estar allí un tiempo. Elijo un sitio al fondo del local desde donde veo tanto el buzón como la entrada. Pasan los minutos, al otro lado de la puerta de entrada se atisba Rådmanngatan, donde la ciudad despierta a la vida. La gente va y viene con maletines y con niños cogidos de la mano, los autobuses llevan pasajeros. El sol sale e ilumina la calle.

Mujeres y hombres madrugadores entran en el local, se dirigen a pasos rápidos a su buzón, recogen el correo, lo guardan en el maletín y se van por donde han venido. Yo los sigo con la mirada. Lo más probable es que sean trabajadores por cuenta propia, la mayor parte de la correspondencia parece de empresa. Es un camuflaje muy eficaz para Grim. Cuando viene aquí es una más de las personas trajeadas e independientes que recogen el correo por la mañana. Empiezo a tener sed y me duelen las piernas. Cuando el local se queda vacío, doy un par de vueltas entre los buzones y trato de no pensar en las cámaras de vigilancia del techo.

A las ocho y cuarto, después de tres horas de espera, alguien pasa por la calle. Lo veo con el rabillo del ojo: un hombre alto vestido de negro con el pelo trigueño. No puedo verle la cara. Cruza la calle, se dirige a la entrada y, en un abrir y cerrar de ojos, desaparece de mi campo de visión y contengo la respiración hasta que la

puerta se abre y entra en el local. Lleva vaqueros negros y una chaqueta del mismo color. Debajo, una camiseta azul. Va bien peinado, tiene la cara angulosa relajada, aunque pálida, y está ojeroso, demacrado. Al principio me pregunto si será él, pero entonces hace un movimiento —mira hacia la izquierda girando la cabeza con un gesto imperceptible— que me saca de dudas. Lo reconozco. Es Grim, pero mucho más viejo; y tengo una sensación abrumadora e irreal, como si hubiera dado el paso al otro mundo y estuviera contemplando a los muertos.

Al verle la cara, pienso en Julia. Me pregunto cómo sería hoy.

Grim camina con las manos en los bolsillos de la chaqueta. A estas alturas puede haberme visto u oído, pero no lo creo. Estoy apostado detrás de las hileras de buzones y lo veo por una rendija.

Abre el buzón, saca algo, aunque no logro ver qué, y se dirige a la salida. Pero no sale, sino que echa a andar por entre los buzones, me obliga a

cambiar de sitio para seguir viendo lo que hace. Me muevo con pasos nerviosos y el pulso me zumba en los oídos fuerte y acelerado; ladeo la cabeza, me asomo y contengo la respiración. Grim se ha parado delante de otro buzón, lo abre y saca lo que parece una pitillera de metal. Del bolsillo interior de la chaqueta saca un objeto negro y pequeño y lo coloca en el buzón. Luego cierra y se encamina a la salida. Yo debería salir de mi escondite, enfrentarme a él, quizá dejarlo inconsciente de un puñetazo, no lo sé, el caso es que algo debería hacer, pero no puedo moverme. Me limito a no apartar la vista del buzón para memorizar bien cuál es mientras saco el móvil.

Él sale por la puerta, lo pierdo de vista cuando dobla la esquina.

Me tiemblan las piernas cuando me acerco al buzón que Grim acaba de dejar y anoto el número. Luego marco el teléfono que me dio Levin, el de la mujer que se llama Alice. Ella responde inexpresiva y con desinterés, como si se pasara las

veinticuatro horas del día atendiendo el teléfono. Puede que sea eso lo que hace. Le digo que necesito saber el nombre del titular de un apartado de correos de Rådmandsgatan.

—Oye, ¿pero estás bien? —pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—Parece que has estado llorando.

—Bueno, pero ¿puedes darme el nombre?

—¿Qué número? —pregunta, y oigo el repiqueteo de las teclas.

—Cincuenta y seis, cuarenta y seis. —Dudo un instante—. ¿Estás en el registro de la Oficina Nacional de Impuestos?

—Ajá.

—¿Puedes mirar otro apartado?

—Una cosa detrás de otra, Junker. —Carraspea un poco—. El número cincuenta y seis, cuarenta y seis, supongo que estás delante ahora mismo, ¿no?

—Sí, aquí lo tengo.

—No figura un solo nombre. Son dos. Se ve que tienen algún tipo de empresa. Tobias

Fredriksson y Jonathan Granlund. —Alice sigue tecleando—. Nacidos en 1979 y 1978. Los dos sin antecedentes. Los dos solteros. Uno vive en Hammarbyhöjden, el otro en Telefonplan. Parece que tienen la oficina en Telefonplan, aunque no en la misma dirección que Granlund.

Le da un ataque de tos. Me pregunto si fuma.

—¿Y el otro buzón? —pregunta.

—Cuarenta y siete, cuarenta y seis.

—¿En la misma dirección?

—Sí.

Un breve silencio.

—Daniel Berggren. El nombre me remite únicamente al censo. Daniel Berggren, nacido en el setenta y nueve, el quince del doce, en Bandhagen. —Sigue tecleando—. Vaya, ¿la dirección del domicilio es un apartado? Eso ya lo he visto antes. Suele ser una tapadera.

—Aparte de las direcciones, ¿hay algún otro dato de Fredriksson y Granlund?

—No. Ni siquiera el número de teléfono.

¿Quieres las direcciones?

Me las dicta mientras las anoto perplejo. La identidad de Grim está envuelta en un manto de falsas pistas.

—Gracias, Alice —digo.

—Mmm —responde ella con desgana antes de colgar.

Birck me llama cuando estoy entrando en la estación de metro de Rådmandsgatan. Resopla en el auricular y me pregunta dónde demonios me meto.

—Tenías que quedarte aquí. Lo acordamos así. Me hace falta que me informes.

—¿Cómo fue ayer la cosa con Koll?

—Que vengas. Ahora mismo.

—Si me cuentas lo de Koll.

Un hondo suspiro.

—En resumidas cuentas, no dice nada, sostiene que le ordenaron hablar sólo contigo. Lo único que me facilitó fueron detalles nimios que, en sí mismos, no sirven para nada, aunque podrían

corroborar alguno de los resultados técnicos que tenemos. También asegura que lo hizo por dinero, por encargo. Lo presioné para que me diera el nombre que me dijiste, Daniel Berggren, pero se limitó a mirarme extrañado y como si estuviera asquerosamente satisfecho, y se negó a decir nada. Así que ya estás viniendo.

—¿No podemos solventarlo por teléfono?

—Desde luego que no.

Voy por el túnel que discurre por debajo de la calle Sveavägen, dejo atrás el rojo amenazante del retrato de August Strindberg que cubre la pared.

—Lo hizo por encargo de Daniel Berggren, que encubre otros dos nombres —le digo—. Un tal Tobias Fredriksson, de Hammarbyhöjden, y un tal Jonathan Granlund, de Telefonplan. La edad de los dos encaja. Oficialmente, tienen algún tipo de empresa, pero seguro que es una tapadera. Su nombre es John Grimberg, pero ése sólo aparece en el Registro de Inexistentes. No creo que, en la actualidad, utilice ni Granlund ni Fredriksson ni

Berggren. Tiene otra identidad. Y creo que por eso murió Rebecca Salomonsson, porque averiguó cuál es.

—¿Se enteró de su actual identidad?

—Pues sí. Yo he tenido suerte y he localizado al Daniel Berggren que buscamos, así que estoy...

—¿Cómo lo has localizado desde tu casa, de donde no te has movido por orden mía? —dice Birck con frialdad.

—He tenido suerte. Y, además, no puedes dar órdenes a un agente que está suspendido.

—No entiendo cuál es tu implicación en este caso, Leo. Ya es hora de que hables claro —dice casi suplicante.

—Daniel Berggren, o John Grimberg, que es como se llama, fue amigo mío en su día. —En el andén, el tren sale del túnel con los frenos chirriando—. Antes de que empezara a odiarme.

—¿Por?

—Eso no importa.

—Entonces, ¿el que colocara allí la cadena era

una advertencia para que tomaras nota? ¿O una amenaza?

—No lo sé —digo, y pienso en el diario que aún tengo en el bolsillo. Es verdad. Es verdad que no lo sé. Me subo en el vagón, miro alrededor, convencido de que alguien me está observando—. Su padre murió hace tres semanas. Desde entonces ha ido de mal en peor y creo que ahora mismo está actuando de un modo totalmente irracional. Y también creo que es peligroso.

—¿Cuánto hace que lo sospechas? —pregunta Birck.

—Un día o dos, sólo.

—Un día o dos, sólo —repite Birck, y suelta un suspiro—. Voy a informar a Pettersén, luego cogeremos a Granlund.

—No —digo—. Fredriksson. Me parece que Granlund es una falsa pista.

—John Grimberg —dice Birck—. Jonathan Granlund. La gente que se dedica a esas cosas necesita algo a lo que agarrarse para no volverse

esquizofrénica y totalmente loca. Necesitan mantener algo que pueda asociarse a quienes son realmente. Las iniciales, por ejemplo.

—Lo sé —digo—. Y él también lo sabe. Creo que ha pensado en ese tipo de asociaciones.

Se hace un silencio sorprendentemente largo.

—Cuando esto acabe, Leo, te vas a enterar.

—Me da igual.

—O sea que tú apuestas por Fredriksson.

—Sí.

Birck vuelve a suspirar.

—Bueno, pues comprueba Fredriksson. Yo apuesto por Granlund. Si damos con él, daremos con su verdadera identidad. Intentaré conseguir más recursos. Nosotros vamos por Granlund. Llama cuando estés allí.

—Eso suena casi como si le estuvieras dando una orden a un policía en activo —digo.

Birck cuelga sin decir nada.

Me bajo en Hammarbyhöjden, a dos paradas

del barrio de Södermalm. El sol brilla radiante y cálido y se oye el rumor de la brisa entre los árboles y arbustos. Mientras busco el papel con la dirección de Tobias Fredriksson, suena el teléfono y es un número que no reconozco.

—¿Eres Leo? —dice alguien con voz amedrentada.

—¿Quién es?

—Sí, hola, me llamo Ricky. ¿Eres Leo Junker?

—Tranquilo, sí, soy yo.

—Soy la pareja de Sam, Sam Falk. Sabes de quién te hablo, ¿verdad? Es que me dijo que te llamara si pasaba algo.

—¿Qué? ¿Si pasaba qué?

—Pues... es que no vino a casa anoche. Creía que se habría quedado trabajando hasta tarde, pero... cuando me desperté esta mañana vi que no estaba. Pensé que se habría quedado a dormir en el estudio, a veces se queda, pero estoy aquí ahora mismo, no hay nadie y las luces están apagadas, y la puerta, cerrada. Sam no está. La he estado

llamando, y tiene el teléfono apagado, pero Sam nunca apaga el teléfono. Creo que... Tengo miedo de que le haya pasado algo.

Empieza a darme vueltas la cabeza. Me apoyo en una fachada o algo así. Noto en la mano la superficie cortante e irregular. Cierro los ojos. Suena más pequeño, más débil de lo que me lo figuraba.

—Llama a la policía. Diles que quieres hablar con Gabriel Birck.

—¿Vienes para acá?

—Sí. —ECHO a correr de vuelta al metro—. Ya voy.

En el metro, de vuelta a Södermalm, voy de pie, soy incapaz de sentarme. La gente se me queda mirando, pero a mí me da igual. Suena un mensaje en el móvil, es de Grim.

3 horas, Leo

¿para qué?

para que me encuentres

Y añade:

para que ella muera

XXVI

La policía de Södermalm ha llegado antes que yo. Al salir del metro cruzo las calles a la carrera y veo los coches a lo lejos. Aunque sé que Sam no está allí, es como si se cumpliera una de mis peores pesadillas: las luces azules dan en las fachadas del S TATTOO. Sam, allí dentro, pálida e inmóvil. Cuando llego al estudio, tengo que mirar sólo para cerciorarme de que no es verdad.

No hay cadáver. Dos policías recorren el local despacio. Un técnico de la policía científica con un mono azul y guantes de látex color lila, el mismo que fue responsable de la instrucción en Chapmansgatan, aparece en ese momento y les grita que se larguen de su escena del crimen. La

expresión escena del crimen, oírla sabiendo que se referían al estudio de Sam, sólo eso ya...

En la esquina, al otro lado de la cinta policial, hay una agente uniformada que habla con un hombre no muy alto, con el pelo como una barba de varios días y una barba de varios días. Está pálido, tiene los ojos castaños y lleva *piercings* en las cejas, la nariz y el labio inferior. Tiene que ser Ricky. Cuando me ve, me hace señas para que me acerque y la agente, una joven a la que no conozco, me deja pasar.

—¿Tú eres Leo?

—Sí.

—Es que te he reconocido por las fotos —dice, aunque no me aclara a qué fotos se refiere.

Ricky está descompuesto. No dice mucho más de lo que ya me ha contado por teléfono. Siento crecer la frustración: vine aquí hace tan sólo unas horas. Pasé por delante de la puerta. Entonces la vi, y todo estaba en orden. Ella estaba bien. Incluso me paré y eché un vistazo alrededor.

¿Estaría él esperando en algún sitio? Me tomo otro Sobril.

El agente de la científica recorre el local murmurando para sus adentros. Al cabo de un rato, aparece Birck en un coche de camuflaje. No parece sorprendido de verme.

—Hay indicios de forcejeo al fondo del estudio, en la oficina —dice el técnico—. Mi teoría es que la mujer estaba dentro, él entró y la neutralizó como fuera.

—¿La neutralizó? ¿Quieres decir que la golpeó? —pregunta Birck en voz baja, mirándome de reojo—. ¿No?

—Bueno, más bien le aplicó una descarga eléctrica. Mi impresión es que la cosa fue bastante rápida. Pero no es más que una teoría, naturalmente —añade.

—Naturalmente —dice Birck con frialdad, y se dirige a mí—. Sam Falk. Fuisteis pare...

—Sí. —Saco el móvil, le muestro el mensaje—. Faltan tres horas. O más bien —rectifico,

notando cómo se me acelera el pulso— dos, a estas alturas.

—¿Para qué?

—Según él, para que la mate.

—Pero ¿por qué? —Birck tiene los ojos como platos—. No lo comprendo.

Miro el móvil, que tengo en la mano, le enseño otra vez a Birck el mensaje, como si eso lo explicara todo. Él lo mira con expresión inescrutable.

—Daré una orden de búsqueda de Sam Falk — dice, y coge el móvil—. Cuanto más se difunda la información, más difícil le resultará mantenerla escondida. Y más tiempo tendremos de... —Se da la vuelta—. ¿Hola? Soy Gabriel Birck.

Se atenúa el tono de su voz. Yo trato de conservar la calma, pero me cuesta. Por primera vez en la vida me imagino haciéndole daño físico a John Grimberg, y la sensación que me provoca esa idea es cálida y grata.

Me vibra el móvil.

mantén a la policía al margen

Tengo que sentarme, y me desplomo en el capó de uno de los coches de policía. Está caliente y noto debajo el ruidito del motor. No puede estar hablando en serio. Es un juego. No puede ir en serio.

imposible, escribo, esto es demasiado gordo

—Leo —dice alguien, y siento una mano en el hombro—. Leo.

—¿Sí?

Levanto la vista, es Birck. Parece preocupado de verdad, lo cual me sorprende.

—¿Necesitas algo? —pregunta.

—Sí, encontrar a Tobias Fredriksson.

Es lo único en lo que soy capaz de pensar en estos momentos. Si lo consigo, estaré un paso más cerca de Grim. Birck se pone en jarras. Tiene el pelo tirante peinado hacia atrás, y la corbata negra le aletea al viento. Parece estar haciendo un esfuerzo por pensar. Se ve que le cuesta.

—Tú te encargas de Fredriksson —dice—.

Nosotros de Granlund. No hemos tenido tiempo de ir antes de... bueno, antes de esto.

—Me haría falta algo con lo que protegerme.

—Tendrá que acompañarte alguien.

—No es suficiente —insisto—. Y, además, ¿quién va a venir conmigo? Todo el mundo tiene algo entre manos. ¿Quieres que vaya con un ayudante de Västberga o qué?

Birck baja la vista, se encoge de hombros.

—No lo sé.

—Te digo que necesito algo con lo que protegerme.

—Tendrás que arreglártelas sin nada.

—No puedo y lo sabes.

—Ven conmigo al coche.

Es un arma sencilla, una Walther negra. Supongo que Birck no tiene encima la Sig Sauer. Sopeso en la mano la pistola y dejo que los dedos se acomoden a su forma. Me tiemblan las rodillas. Pongo el índice en el gatillo y presiono un poco;

noto la resistencia del muelle y todo se vuelve negro alrededor, pierdo la visión periférica. Me arrodillo en el suelo y oigo un ruido rasposo como de arrastre, como cuando se arrastra un mueble por el suelo. Son las nubes, las nubes que se mueven por encima de mi cabeza, hacia mí.

—Leo —dice Birck.

No son las nubes raspando y arañando el cielo. El ruido procede de mis pulmones, de mi respiración. Estoy hiperventilando. Es la primera vez que me pasa. El psicólogo me dijo que, cuando empezaran los ataques, serían así.

—Llévatela —le digo ofreciéndole la pistola, pero se me cae y se estampa contra el suelo.

Birck la recoge tranquilamente y la deja en el asiento del coche, se inclina hacia la puerta abierta y me mira.

—Qué coño, no pienso dejar que vayas. Te quedas aquí. Mandaré una patrulla.

—No, estoy bien. Pero dame algo que no sea una pistola. —He empezado a respirar a un ritmo

normal que me permite ponerme de pie otra vez, y trato de levantarme—. Una navaja.

Me apoyo en el capó y me da un golpe de tos.

—Jamás en la vida —dice Birck.

—Ahora se trata de un secuestro, ¿no? —dice uno de los jóvenes uniformados.

—Supongo —dice Birck.

—¿Y qué quieren a cambio, si se puede saber? —insiste el policía.

—A mí —digo, aún temblando—. Quiere que os mantengáis al margen.

—Y ni siquiera sabemos dónde se esconde el cerdo ese —dice Birck—. Mantente en contacto con él. —Alarga la mano—. Dame el teléfono.

—No.

—Voy a escribirle una cosa.

—Di lo que quieres escribirle y se lo escribo yo. —Y añado con tono rebelde—. El teléfono es mío.

Birck suelta un suspiro, y es comprensible. Me siento como un niño.

—Dile que mande una foto. Como prueba de que está viva. Y de que es verdad que la tiene.

Le escribo a Grim y le pido que mande una foto. Birck entra en el estudio. Yo levanto la vista al cielo, hacia el sol resplandeciente, que mantiene alejadas las nubes. Quedan menos de dos horas.

Vibra el móvil y entra el mensaje con la foto. No es una foto de Sam. Es la foto de uno de sus tatuajes, el que tiene en el hombro, una especie de rueda de la medicina con los radios muy bien definidos y con un dibujo extraño. Nadie más que Sam tiene un tatuaje así.

Al final, consigo que un inspector uniformado —que dice que se llama Dansk— me llame un coche. Mientras llega, me dejan pasar al otro lado del cordón y entro en el estudio de Sam. Recorro el local, dejo atrás la silla, el sofá y entro en la oficina. Me resulta extraño estar aquí. El olor de Sam sigue flotando en el ambiente, como si acabara de irse hace un rato y estuviera a punto de

volver. Una mano invisible me aprisiona el corazón.

Abro uno de los cajones y allí está, tal y como recordaba: una navaja que Sam tiene guardada. Se parece a la que le vi ayer a Karin, pequeña, con la hoja plegable, pero es una variante mucho más barata. Me la guardo en el bolsillo de la cazadora, con la esperanza de que no me haya visto nadie.

Por fin consiguen un coche, un Volvo cuadrado color burdeos, del tipo que, hace veinte años, ganó el título del modelo más seguro y más soso del mundo. Lo han enviado desde la comisaría de Södermalm, y Dansk me hace una señal para que salga. Luego se esfuma, el coche se detiene y sale un ayudante que lo mira todo con curiosidad. Me meto en el coche y dejo el barrio de Södermalm, me dirijo a Hammarbyhöjden solo, para visitar a Tobias Fredriksson. Birck ya va camino de Telefonplan.

Hammarbyhöjden. Un coche solitario, un BMW

blanco, pasa el cruce. He hecho todo el trayecto un poco nervioso. Es la falta de costumbre a la hora de conducir, que me afecta más de lo que yo creía. Me pregunto si me estarán siguiendo, si Grim ha mandado a alguien para que me vigile. Podría ser, pero no estoy seguro.

El edificio de Hammarbyhöjden tiene cuatro plantas y está al pie del promontorio. La puerta del portal está pintada de negro y tiene los cristales tintados. «HAY QUE MARCAR EL CÓDIGO 21-06», dice una nota. Abro la puerta. Fredriksson vive en la tercera planta. Llamo el ascensor, que se activa ruidosamente allá arriba y empieza a bajar con un lamento. No tengo tiempo de esperar y subo por la escalera.

La puerta es de color marrón y, encima de la ranura del correo, se lee FREDRIKSSON en letras blancas sobre fondo negro. Tanteo el picaporte. Cerrada con llave. Queda menos de hora y media. La puerta es de las antiguas, y se me ocurre que podría forzarla. Empiezo a trastear la cerradura

con la navaja, pero lo único que consigo es arañar la madera de alrededor. Ni siquiera soy capaz de meter la punta de la navaja por el ojo de la cerradura. Patético. Me invade el pánico de pronto y empiezo a golpear y a aporrear la puerta. El ruido retumba y rebota por las paredes frías y duras del rellano.

Me paro y respiro hondo.

Detrás de mí se oye una cerradura. Me doy la vuelta y veo que una de las puertas se abre despacio, con inseguridad. Asoma la cara de un hombre mayor.

—No dispares —dice.

—No voy armado.

El hombre se queda mirando la navaja que tengo en la mano. Doblo la hoja con cuidado y me la guardo en el bolsillo; leo la placa de la puerta: MALMQVIST. De dentro de la casa sale un olor a tabaco.

—Soy policía —digo, con tanta calma como puedo—. Y necesito entrar en esta casa. ¿Te

llamas Malmqvist?

—Lars-Petter Malmqvist. ¿Qué pasa?

—¿Sabes quién vive aquí?

—Ése nunca está en casa.

—Así que sabes quién es, ¿no?

—Fredriksson. Torbjörn o algo así. —Lars-Petter Malmqvist se agarra crispado al picaporte, como si fuera lo único que le impide caerse al suelo—. Tobias —dice—. Tobias Fredriksson —dice con una expresión rígida y severa. Está asustado—. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué sabes de él?

—Pues... vive solo. —Entorna los ojos—. ¿De verdad que eres policía?

—No tengo la placa —digo—. Pero puedo enseñarte el documento de identidad y darte un número donde pueden confirmártelo.

El hombre suelta una tos ronca que le sale de muy dentro.

—Yo era comandante —dice—. Del ejército del aire. En mi época, aprendíamos a distinguir de

quién podíamos fiarnos y de quién no.

—Lo comprendo —digo distraído. Necesito algo con lo que forzar la puerta—. ¿Tienes un pie de cabra?

Malmqvist enarca las cejas. Es sorprendente que se limite a eso, que no retroceda, entre y cierre la puerta con llave. Me pregunto si no estaré tan loco como debo de parecer.

—No. Pero tengo una lista.

—¿Una lista?

—Esto es una comunidad de propietarios —dice, como si lo hubiera ofendido—. Fredriksson se ha negado a darnos sus datos. Y eso nos ha molestado a todos. Lo único que tenemos es un número personal de identidad y un número de teléfono. Es el mínimo indispensable, como comprenderás. Pero el número personal no está bien, y ya le hemos dejado un montón de avisos al respecto. Habrá rellenado mal el formulario, supongo. —Vacila unos segundos—. ¿Podrías...?

—¿Tienes el número de teléfono?

—Pero no contesta a las llamadas —dice el hombre, y entra en la casa.

Yo lo sigo, un tanto desconcertado.

—Pero te lo puedo dar, si encuentro la lista. —
Se para a mitad de camino—. Es sospechoso de algún delito, ¿verdad?

—Sí.

—Me lo figuraba —murmura entre dientes.

Me quedo esperando en el pasillo, con el móvil en la mano. Y suena. Es el número de Ricky. No le contesto, porque no tengo respuesta a lo único que le interesa saber. Lars-Petter Malmqvist recorre el pasillo, tuerce a la izquierda y vuelve al cabo de un rato con un archivador. Camina cojeando, como si necesitara bastón, pero seguramente es demasiado tozudo para reconocerlo.

—Aquí —dice pasando el dedo por el folio—.
Cero, siete, tres, cero, seis, cinco, dos, cinco, siete, tres.

Compruebo con él el número antes de grabarlo en el teléfono.

—Gracias.

—Dile que me llame. Quiero que me dé el número personal correcto.

—Se lo diré —respondo, y salgo otra vez al rellano.

—Y oye, no andes por ahí enseñando eso. —El hombre señala el bolsillo de la cazadora—. Da que pensar.

—Gracias —atino a responder, y Lars-Petter Malmqvist cierra la puerta sin decir nada más.

Llamo al número que me ha dado, conteniendo la respiración.

«El número marcado no corresponde a ningún abonado o está apagado en este momento», me resuena en el oído una voz andrógina.

Naturalmente, es una falsa pista. Corresponderá a una tarjeta de prepago que nadie usa ya, seguro; puede que nunca haya estado activa.

En ese momento me llama Birck.

—Granlund era una cortina de humo —dice—. No tenemos nada.

Una hora. Estoy delante de la casa en la que está censado Tobias Fredriksson, que también es una cortina de humo. Grim se ha escondido demasiado bien. Es invisible. Se acabó. Es intocable para mí; y comprendo que ésa es la cuestión, la impotencia. Es destructiva. La intención no era que lo encontrara, que llegara a tiempo. La intención era ésta, precisamente.

tú ganas, le escribo, y lo envío al número oculto.

¿qué significa eso?, me llega su respuesta, como si estuviera esperándome.

no logro dar contigo, escribo.

qué pena

Cierro los ojos. Grim puede estar en cualquier parte. Ni siquiera tiene que estar en un piso, ni en la faz de la tierra siquiera. Puede haberse llevado a Sam a cualquiera de los muchos túneles de Estocolmo. Discurren bajo la ciudad, largos, incontables y profundos, y Grim lo sabe porque ha vivido en ellos.

Puede encontrarse bajo tierra. Abro los ojos. O
en las alturas.

La torre del depósito.

Al mismo tiempo, recibo un mensaje, una foto.
Es un dedo índice seccionado. El dedo de Sam.

XXVII

Por la autovía, en algún punto del trayecto, poco después de Huddinge, me acuerdo de pronto. «SUECIA DEBE MORIR», habían escrito en la pared de uno de los túneles de Salem la última vez que estuve allí. A saber si lo habrán limpiado. Las pintadas y los grafiti tienen tendencia a durar mucho en Salem.

Voy demasiado rápido, la aguja roja del velocímetro oscila entre los ciento cuarenta y los ciento cincuenta. No me atrevo a pisarle más. El coche lo aguantaría, pero yo no. Miro el reloj, quedan más de veinte minutos. Llego a tiempo. Trato de reducir la velocidad.

Cruzo Rönninge y, ante mí, no tarda en

perfilarse Salem, el lugar donde quizá empezara todo un día. Un par de minutos después pasan de largo los tres edificios de Triaden. Parecen intactos e inalterados. El tiempo pasa inevitable e incesantemente, pero hay lugares que nos juegan una mala pasada; por un instante, nos hacen creer que nada ha cambiado. Veo con el rabillo del ojo la ventana que un día fue de Julia y que estaba enfrente de la mía. Recuerdo cuántas veces me planté delante, sólo para poder ver un atisbo de ella; y cómo me agachaba cuando el que aparecía era Grim y yo no quería que sospechara nada.

Al fondo se alza la torre del depósito, que se recorta oscura y gris sobre el fondo pálido del cielo. Quedan quince minutos. Trato de distinguir en la torre algo fuera de lo normal, pero no veo nada. De repente, me asusta la idea de haberme equivocado, de que la haya llevado a otro sitio. Y entonces, entre los árboles que rodean la zona del depósito, entreveo un coche de color oscuro, y así sé que he atinado. Está delante de mi portal,

esperando en la noche.

El vehículo, un Volvo de suelo bajo, está aparcado en la calle con aspecto inocente. Aparco y me acerco, miro por los cristales tintados. Podría ser un coche recién salido de fábrica y sin dueño, a juzgar por lo vacío que está. Suena el teléfono. Es Birck.

—¿Hola?

—¿Dónde estás?

—En Salem, en el depósito del agua. Creo que está aquí.

—No hagas nada hasta que lleguemos.

—Vale.

—En serio, Leo, espera a que lleguemos.

—Te acabo de decir que vale.

Cuelgo el teléfono. Saco un Sobril del bolsillo y me lo echo a la boca, pero se me tuerce en la garganta, se queda atravesado; me doblo de dolor y empiezo a toser. La pastilla me da en un diente al salir disparada y caer brillante de saliva en el asfalto. La cojo, la noto resbaladiza entre los

dedos y me la trago. Luego me dirijo al depósito del agua con la navaja bien agarrada en la mano, dentro del bolsillo.

La explanada de grava que rodea la torre está desierta, tranquila. Avanzo de un árbol a otro, resguardándome para que no me vean. Lo único que se oye es el zumbido de un ventilador o algo así, en la parte trasera de la torre. Me lleva un rato distinguir el ruido, tan acostumbrado estoy todavía, y eso me sorprende. Trato de recordar cómo era la vista desde arriba, lo que se ve y lo que no se ve. Entorno los ojos hacia las dos plataformas de la torre; espero ver a Grim en alguna. Puede estar observándome ahora mismo. Pero en las plataformas no hay nadie, y se me seca la boca al comprobarlo: estaba equivocado, después de todo. El Volvo que hay en la calle es una falsa pista, o no tiene nada que ver con Grim. Puede que esté ahí por casualidad. Grim y Sam están en otra parte. Aprieto la navaja con más fuerza.

Y entonces la veo: una cuerda.

Empieza en la última plataforma y va hacia fuera y hacia arriba, primero hacia el tejado saliente de la torre, y luego la pierdo de vista. Tiene que haberse instalado allí arriba, a saber cómo. Me pregunto por qué. En lugar de observar las plataformas me fijo en el tejado en forma de seta, por si advierto algún movimiento. Después de unos segundos veo pasar la sombra de una silueta: una cabeza, una parte del hombro. Lo mismo está que desaparece y vuelve a aparecer. Echo a correr hacia el depósito, saco la mano del bolsillo. Una vez allí, me paro, me apoyo en la torre y aguzo el oído. Nada.

Observo la escalera de espiral que conduce a las plataformas. Recuerdo el resonar hueco de cada peldaño rebotando a lo largo de toda la escalera, por mucho cuidado que uno ponga. Haga lo que haga, me oirá.

Voy subiendo con pasos veloces y ligeros. A medio camino me arden los muslos de tanto

esfuerzo. Aminoro la marcha y me paro a escuchar. Sigue sin oírse nada.

Subo unos cuantos peldaños más y llego a la primera de las dos plataformas. Para alcanzar la segunda, tengo que trepar por la escalerilla que va por la pared. Si pierdo pie, me estamparé contra el suelo. Ya estoy por encima de los árboles y recuerdo que, a veces, cuando las nubes planeaban muy bajas en otoño, creías que ibas a tocar el cielo con las manos. Doy un paso al frente y me subo a la barandilla de la plataforma, me agarro con las dos manos a los tubos de la escalerilla. Pongo un pie en la varilla de hierro del primer peldaño, luego pongo el otro, y ya estoy encaramado a la vieja escalerilla del depósito de agua. Llevo dos peldaños cuando caigo en la cuenta de que estoy conteniendo la respiración, y suelto el aire. Voy trepando hasta llegar a la segunda plataforma y, una vez allí, me encuentro en el mismo lugar y en la misma posición que cuando conocí a Grim. Y me doy cuenta de que era mucho

más valiente cuando tenía dieciséis años.

Me incorporo, miro alrededor y me acerco a la cuerda que cuelga a cierta distancia por fuera de la barandilla. Me inclino sobre el borde y la agarro, doy unos tirones de prueba. Es una cuerda negra y fina. Me pregunto si obligó a Sam a trepar por ella. Si la obligó antes de cortarle el dedo.

Para subir al tejado de la torre tengo que trepar por la cuerda sin ningún tipo de protección debajo. Me miro las manos, las tengo rojas después de subir agarrándome por la escalerilla. Puede que la cuerda no aguante. Puede que Grim la haya cortado en trocitos pero no del todo, para que parezca que sigue entera. Doy otro tirón. No se rompe. Respiro hondo y me impulso hacia el vacío, fuera del borde de la plataforma.

La cuerda empieza a crujir, primero una vez, luego otra y otra. Hago todo lo que puedo por volver a poner los pies en la barandilla, pero es en vano, estoy demasiado lejos. No llego y cierro los ojos, me preparo para la caída, y espero no chocar

contra el suelo de cara.

No caigo. Eso creo. Abro los ojos y me doy cuenta de que voy subiendo por tramos. Alguien me está izando. Pronto tengo la cara a la altura del tejado del depósito, esa placa de hormigón redonda y gruesa. Me van subiendo poco a poco hasta que puedo subir una pierna y encaramarme al tejado. Allí arriba el viento sopla más fuerte. Lo noto helado en las mejillas.

—No te creas que lo vas a tener tan fácil — dice una voz por encima de mí, y noto cómo me coge el pelo con tanta fuerza que creo que me va a arrancar el mechón de raíz.

Alcanzo a ver que hay alguien en el suelo; a unos metros, un charco rojo. Delante de la cara tengo unas piernas y, en el pelo, una mano que tira de mí hacia arriba. Trata de ayudarme a ponerme de pie, me digo. Demasiado rápido como para que pueda reaccionar, me estampa la cara otra vez contra el asfalto. Se oye un crujido, puede que sea

la nariz, se me llenan los ojos de lágrimas. Me da vueltas la cabeza, y la oscuridad, cuando por fin llega, es amenazadora y de un negro antinatural.

XXVIII

Un zumbido en los oídos, como un acople. Creo que estoy ciego. Tengo los ojos abiertos, pero no veo nada. Parpadeo y lo único que ocurre es que siento una punzada y como si me vibraran las sienes, como si alguien me las estuviera taladrando. Puede que el dolor me arranque un grito, no lo sé, pero creo que sí, porque cuando se atenúa un poco noto un arañazo en la garganta.

No estoy ciego. Todo es un túnel y en algún punto lejano una abertura crece, empuja hacia la periferia la pared negra del túnel. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero no puede ser mucho. Hay luz a mi alrededor, una luz borrosa, pero, paulatinamente, empiezo a ver con más nitidez. Me

escuecen los ojos, porque no quiero parpadear. Al final, no me queda más remedio, y noto otra vez una punzada como un rayo, aunque no con la misma intensidad.

Grim está a unos metros de mí, fumando con ansia; avanza dos pasos hacia mí, se gira, da otros cuantos pasos. Detrás de él está Sam. Ya no está tumbada, o quizá no lo estuviera antes tampoco, todo ha ido muy rápido, no estoy seguro de nada. Está sentada y se agarra la mano, un muñón ensangrentado. Está blanca como la cera.

Consigo incorporarme y quedarme sentado y entonces se me acerca y me mira con desprecio. Lleva en la mano una pistola negra. No es capaz de fijar la vista en un sitio.

—¿Dónde están tus colegas? —pregunta.

Intento decir algo, pero creo que no lo consigo, porque me coge del hombro y me pone la pistola en la sien y pregunta de nuevo, esta vez a gritos, que dónde están. Me salpica la frente de saliva, yo creo que estoy temblando.

—No saben dónde estoy.

Entonces me suelta, retrocede y se aparta de mí. Muevo la cabeza a ambos lados para ver si me he roto algo. Seguro que sí, pero la verdad es que no siento ningún dolor en el cuello. Sigo con la vista la serpiente negra y delgada que es la cuerda, que, partiendo de mí, llega hasta un gancho que sobresale del tejado, como un dedo doblado. La cuerda está amarrada con un nudo muy complicado. Por el otro extremo sólo queda un trozo aplastado, según veo. El resto se ha roto. Grim ha debido de subir aquí muchas veces.

—Así que, después de todo, me has hecho caso. Me encojo de hombros, tanteo torpemente la cazadora, buscando el bolsillo.

—Bueno, ya me tienes aquí, te has salido con la tuya.

Encuentro el bolsillo, quiero coger la navaja. No está. Grim sigue mis movimientos con la mirada, pero sin desvelar lo que piensa. Puede habérmela quitado, pero también es posible que se

me haya caído, que esté abajo, en el suelo. En el otro bolsillo tengo el móvil.

Sam deja de mirarse la mano y levanta la vista hacia mí. Tiene el pelo revuelto, lleva una trenza, el peinado que suele llevar para trabajar. La tiene enmarañada. Grim le habrá tirado del pelo, puede que la haya arrastrado agarrándola de la trenza. A la derecha de Sam veo lo que debe de ser el dedo, un muñón rodeado de un charco rojo oscuro, muy oscuro. Ella evita mirar a ese lado. Me llevo la mano a la cara para comprobar si estoy sangrando. Sí, me sangra la frente. Me noto la nariz inflamada y la garganta rasposa. Me limpio la sangre en los vaqueros.

—Guarda el dedo en el bolsillo de la cazadora —le digo a Sam.

—Cierra el pico —dice Grim.

Me arrea una bofetada con la mano abierta. Noto el golpe sordo; el dolor, lejano. Todavía siento en la frente las punzadas como rayos. Creo que tengo una hemorragia interna también, en algún

sitio. Tengo la cabeza hinchada, me retumba.

—Deja que se vaya.

—No.

Es el mismo Grim trigueño de esta mañana, pero ya no va vestido de negro, sino que lleva unos vaqueros claros y una sudadera verde oscuro. Es él, mi amigo, y al mismo tiempo, no lo es. Está más hueco, más vacío. Se agacha delante del gancho y ajusta un poco la cuerda, suelta el nudo rápidamente y vuelve a atarlo.

Saca un tubo de pastillas del bolsillo. Le tiemblan tanto las manos que las pastillas resuenan dentro. Quita el tapón, se toma una pastilla, vuelve a tapar el tubo y se lo guarda en el bolsillo. En ese momento me doy cuenta de que está sudando, de que está ardiendo.

—Lo he intentado —dice sonriendo, como excusándose—. De verdad que lo he intentado, Leo. Pero... —se ríe como para sus adentros, como si fuera una idea absurda. Tiene en los ojos ese destello de locura que sólo se advierte en las

personas que han caído en una psicosis—. No ha funcionado.

—Lo sé.

—¿Seguro?

—Sí. He leído el diario —digo.

Se le ensombrece de nuevo el semblante y me sorprendo al ver lo desquiciado que está.

—Es como si llevara dentro algo que me impulsara a hacer esto —dice—. No sé explicarlo.

—Bueno, puedes dejarlo ya —le sugiero—. Puedes dejarlo todo. He visto el coche, el Volvo que tienes aparcado abajo. Puedes cogerlo e irte simplemente. Nadie tiene por qué saberlo.

—Cállate. Tú lo sabes, sabes lo que ha ocurrido. ¿Crees que yo quería que pasara? ¿No te das cuenta de que me siento...? ¿No ves lo mal que ha salido todo? Y empezó contigo, cuando te conocí.

Tengo que entretenerlo, puede que Birck llegue a tiempo. Detrás de Grim está Sam, que mira el muñón y, sin apartar la vista de su espalda,

empieza a moverse para cogerlo.

Grim se da la vuelta y, sin mirarla siquiera, se acerca al dedo, se agacha y lo recoge. Desde donde yo estoy sentado se ve extraño, como si, por unos segundos, le hubiera salido un dedo de más en la mano; luego lo lanza abajo. Sam contiene la respiración.

—Tranquilidad —consigo decir mirando a Sam—. No pasa nada.

Sam asiente despacio.

—No pasa nada —repite Grim, y se vuelve hacia mí. Sopesa la pistola en la mano, sin agarrarla—. No pasa nada.

Se echa a reír, una risa hueca, y mira por encima de mí, hacia Salem. Miro de reojo a Sam, que parece a punto de perder el conocimiento. Se le cierran los párpados y a veces se balancea, como si se estuviera quedando dormida.

—¿Lo entiendes? —comienza despacio, como ansioso—. ¿Puedes *comprenderme* por lo menos? ¿Puedes comprender lo que me hiciste? ¿Lo que

nos hiciste?

—Sí. Ya te he dicho que sí, que te comprendo.

—Entonces, ¿comprendes que no me queda más remedio que hacer esto?

—No.

Da un bandazo con la pistola delante de mí y dispara.

Suelto un grito, creo, y el corazón me late de tal forma que me tiemblan las manos. El disparo resuena agudo y cortante, y el eco parece cruzar toda Salem. La bala da a mi lado contra el asfalto, tan cerca que noto cómo hiende el aire mientras va rebotando y pasa de largo. Los ojos de Grim vagan desorbitados entre mí y la pistola. Me da la impresión de que se ha arrepentido, de que comprende que no debería haber disparado.

—Es que no me escuchas —dice más tranquilo.

—Claro que te escucho. Pero lo que dices no se sostiene.

Saco el móvil del bolsillo, paso el dedo por la pantalla y lo desbloqueo.

—Suelta el móvil.

—No.

—Suéltalo ahora mismo.

—Déjala ir y lo suelto.

Grim suelta una carcajada, me mira sin comprender.

—Aquí no eres tú el que manda.

—Ya lo sé —digo, y bajo la vista hacia el teléfono.

—¿Qué haces? ¡Que lo sueltes te digo!

Vuelvo a bloquear la pantalla y dejo el teléfono a mi lado. Hago el esfuerzo de levantarme, primero una rodilla, luego la otra, hasta que estoy en pie. Me da vueltas la cabeza, me la noto pesada. Estoy a la espera de la oportunidad, de estar tan cerca de él como para poder abordarlo, lo bastante cerca para desarmarlo. Grim sólo utiliza una mano, la otra la tiene ocupada con el arma, pero los segundos en los que podría hacer algo son pocos, inciertos. Tengo miedo de que Sam resulte herida.

Grim mira el teléfono, inseguro, y lo señala con la pistola.

—Lánzalo hacia mí.

—Si lo quieres, tendrás que venir a buscarlo.

No se atreve. Tendría que agacharse.

—Está claro que no lo pillas, ¿verdad?

Se acerca a Sam, le agarra la trenza y la levanta de golpe. Sam no dice nada. Respira con dificultad, entrecortadamente, como si tratara de combatir un ataque de pánico.

Estamos en el centro del tejado. Él la empuja hacia delante, hacia el borde, y Sam se resiste, pero le resulta difícil contrarrestar la fuerza con la que le tira de la trenza. Tiene la cara cubierta de una película brillante de sudor, y evita mirarme. A medida que se acercan al borde, ella va desplazando el peso del cuerpo hacia atrás, hacia él, como si temiera quemarse ante un fuego invisible.

Él la empuja de nuevo, en esta ocasión tan cerca del borde que la punta del zapato de Sam

sobresale por fuera. Yo alargo el brazo instintivamente, como para evitar que caiga. Grim me clava la mirada en silencio, hasta que bajo el brazo otra vez. Puedo oler la colonia que lleva.

—Ella es inocente —digo—. No ha hecho nada.

—Como si eso importara. Importe o no, ¿voy a recuperar algo de lo que he perdido? ¿Voy a recuperar mi vida, a mi familia? ¿A mí mismo? ¿Eh? —Grim no aparta la vista de mí—. ¡Respóndeme!

—No. Pero tampoco recuperarás nada haciendo lo que haces.

—Lo único que me importa son las consecuencias. Y las consecuencias son las mismas. Así los dos habremos perdido algo.

—Eso no es justo —digo en un susurro.

—¿Justo, dices? —Grim pone cara de perplejidad—. ¿Es que el mundo es justo, eh? —Sin soltarla de la trenza, la obliga a inclinarse sobre el borde—. Atrás —me dice.

Doy un paso atrás.

Y entonces le suelta la trenza.

El tiempo se ralentiza tanto que se arrastra, como si luchara por respirar sin conseguirlo, y veo que Sam cae hacia delante, hacia fuera, y Grim retrocede. Me lanzo hacia ella y logro agarrar la cazadora, tiro hacia un lado de modo que quedamos uno encima del otro, Sam debajo. Estoy tumbado encima de la mano herida, pero se ve que la adrenalina le bloquea el dolor, porque no dice nada, sino que me mira sorprendida, y empieza a sollozar.

A mi espalda oigo que Grim ha sacado otra vez el tubo, y el repiqueteo de las pastillas en sus manos.

XXIX

—Tú estás mal de la cabeza —dice Sam, después de haber respirado hondo varias veces, para controlar los sollozos.

—Seguro que sí —dice Grim, y se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Pero tú también te habrías vuelto loca. —Me mira—. Y es culpa tuya.

—Grim, por favor... —empiezo.

—Ya mismo acabamos, Leo.

Puede que me deje vivir. Puede que el plan sea que yo vea morir a Sam. O puede que nos deje vivir a los dos. Que esté pensando en suicidarse. O puede que haya elegido este sitio para tener una salida: si algo no sale como tenía previsto,

siempre le queda la posibilidad de tirarse abajo. Puede que por eso estemos aquí, precisamente. No lo sé, todo podría ser, Grim parece tan impredecible...

—Tienes razón —digo—. Te has vuelto loco.

Grim mira a Sam, que sigue boca arriba y le devuelve la mirada. Cuando giro la cabeza hacia el centro de Salem para verlo por última vez —qué curioso, me digo, que me parezca tan importante; quizá significaba más para mí de lo que yo mismo creía—, veo pasar a toda velocidad algo azul. Luego desaparece. Casi puedo ver la casa en la que me crié.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

Grim me mira.

—¿Qué?

—Daniel Berggren. Tobias Fredriksson. Jonathan Granlund. Hasta ahí he llegado.

—Ah. —Grim frunce un poco el ceño y, en ese instante, veo la cara de Julia, su gesto en la expresión de su hermano—. Es imposible

retrotraerse lo suficiente para averiguarlo.

—Por eso te lo pregunto.

Se queda como pensándoselo unos segundos, luego meneaba la cabeza.

—Tu plan era que me cargaran a mí el asesinato de Rebecca, ¿no? —le pregunto.

—¿Por qué lo dices?

—Pues es que no me explico... —empiezo, pero no sé cómo continuar, porque es que no lo entiendo. Lo único que está claro es que tengo que ganar tiempo—. Me has estado siguiendo, enviándome mensajes. Luego la gargantilla que pusiste en la mano de Rebecca, que me situaba en el lugar del crimen, ¿a ti te parece que...? En fin, que podrías haberlo hecho de otra forma.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, pero algo más... sólido. No sé. Lo que hiciste no habría bastado en la vida para cargarme el asesinato. Aunque, por otro lado, parece que lo hayas planeado todo al detalle. No me cuadra. ¿Qué pretendías? ¿Arruinarme la vida simplemente

o qué? No lo entiendo.

—No sé qué responderte —dice Grim con la mirada errabunda—. Yo mismo no sé explicarlo. Para mí tiene sentido.

—Ya, pero para nadie más.

—A mí eso me importa una mierda, esto no tiene que ver con nadie más.

—Sí, eso mismo empiezo a pensar yo.

—¿Por qué lo dices?

Respiro hondo, me martillea la cabeza.

—¿Te acuerdas de la fiesta del polideportivo?
—le pregunto.

—¿Qué?

—Antes de que Julia muriera, ese fin de semana hubo una fiesta en el polideportivo.

—Ah, sí.

—Todo lo que dijiste de Julia, o de vosotros... Me dio miedo. Me asusté tanto..., no sé por qué. No recuerdo si había tenido miedo de ti antes, no lo creo, me parece que fue la primera vez. Y por eso la emprendí con Tim cuando me lo encontré

camino de mi casa. Y por eso Tim..., bueno, hizo lo que hizo. Jamás habría ocurrido si no hubieras sido tan sobreprotector, si no te hubieras empeñado en que todo funcionara. —Hago todo lo que puedo por no bajar la vista—. Fue culpa tuya que muriera. No mía. Es culpa tuya que tu vida sea como es. No mía. Si vas a quitarle la vida a alguien, debería ser a ti mismo, tal y como has escrito en el diario.

Grim tiene los ojos empañados; me pregunto cuánto tiempo ha pasado, y qué estará pensando.

—Te equivocas —dice al fin.

—No me explico cómo has podido llegar tan lejos, sólo por... Pues eso, ¿por qué? ¿Sólo para poner las cosas en su sitio? No me lo creo. Esto no va a arreglar nada, y va a ser tu perdición. Todo el negocio que has montado, tenga la envergadura que tenga, que no lo sé, todo se irá a la mierda ahora. No te quedará nada.

—¡Vale! —grita Grim—. Pues mejor. ¿Es que no lo pillas? ¡Mejor no tener nada! Nada de eso

me importa un bledo. Lo único que me importaba lo perdí hace mucho. Y toda mi vida ha sido el resultado de lo que pasó.

—Entonces ¿por qué te molestaste en matar a Rebecca Salomonsson? ¿Por qué no dejaste simplemente que fuera a la policía?

—Se lo merecía.

—Yo creo que haces todo esto contra ti mismo, no contra mí. Sabes perfectamente lo que supondría para ti que te acusaran de haber inducido a cometer el asesinato. No te librarías jamás. No es por ella ni por nosotros. Es por ti, no quieres tener otra salida. Porque sabes que todo fue por tu culpa.

—¡Te equivocas! —me grita, y se agacha para agarrar otra vez la trenza de Sam.

En ese movimiento, cuando se inclina sobre ella con el brazo alargado hacia la trenza, y con la pistola en la otra mano, me hago a un lado y me abalanzo sobre él. Grim intenta ponerle la pistola en la sien, pero le doy con el hombro en las

costillas y consigo que pierda el equilibrio. Nos caemos los dos. Noto el cuerpo de Grim duro y huesudo debajo de mí. El olor a colonia, otra vez. Creo que es la misma que ha llevado siempre. Y a sudor. Y entonces me doy cuenta de lo mal que huele.

Medio tumbado debajo de mí, me agarra el pelo mientras yo trato de quitarle la pistola. Entonces me suelta, pero me deja sin respiración de un puñetazo en el costado. Se retuerce con furia, con violencia; es mucho más fuerte que yo, y estoy a punto de caerme y me digo que, en cualquier momento, sonará un disparo y seré hombre muerto.

Y suena, de hecho, cuando Grim aprieta sin querer el gatillo; la bala pasa de largo camino del cielo. Con el rabillo del ojo, a unos metros de Grim, que sigue debajo de mí, veo que la cuerda se tensa y se convierte en una línea fina. Grim para un momento y estira el cuello. Alguien está subiendo al tejado.

Todo sucede muy rápido: un grueso zapato negro se planta en el tejado, veo el principio de una pierna también vestida de negro. Alguien que quiere trepar.

Grim me aparta de golpe y caigo boca arriba. Con la sacudida oigo un crujido en la nuca, el dolor irradia hacia los oídos y los hombros.

Grim está de pie a mi lado, veo la boca del cañón de la pistola como un túnel negro interminable, oscuridad y más oscuridad. Hago lo posible por no cerrar los ojos, no parpadear.

El disparo llega como un latido. Es un sonido extraño, no uno, sino dos, que van juntos, se suceden. Pero Grim falla. Da en el hormigón, al lado del oído: un agujazo de dolor y el mundo se queda en silencio. Me quedo sordo de ese oído. Grim está atónito, se lleva la mano al brazo; se le dobla la pierna tras el estruendo de otra detonación que me desorienta, pues sólo la oigo a medias.

Alguien está gritando, no sé quién, y, al caer,

Grim se impulsa con la pierna sana, me agarra el hombro con los ojos brillantes y desorbitados. Noto el olor, sudor y colonia en una mezcla penetrante y agria, y no sé lo que está intentando hacer hasta que comprendo que va a caer y que me está arrastrando con él hacia la nada, hacia el vacío. Se le ha escapado la pistola, que cruza el aire a mi lado y cae volando hacia abajo.

El borde del tejado se me está clavando en el pecho. Estoy tumbado boca abajo, apretándome contra el filo. Tengo los brazos extendidos, con una mano lo agarro por debajo del brazo, y con la otra, el hombro herido. Y, así colgado, Grim me mira con la cara amoratada y desencajada. Se sujeta a mí con fuerza y me tira de la cazadora, cuyo cuello me está estrangulando.

—Suéltame —masculla—. Suéltame ya.

Y, consciente de que ha perdido, de que no voy a caer con él, es él quien me suelta, y no cae solo gracias a mí. Pesa demasiado. Se me va a escapar.

—¡Suéltame de una vez! —grita—. Déjame

caer...

Trato de subirlo, de arrastrarlo hacia arriba, pero no puedo. Empiezo a sentir calambres en las manos, me cuesta respirar. Grim forcejea con la mano sana para que lo suelte. Al ver que no lo consigue, baja la cabeza, abre la boca y me muerde la muñeca.

Con el rabillo del ojo veo una sombra que se acerca, se agacha. Dos brazos aparecen entre Grim y yo, y una voz me ordena que no lo suelte.

El mordisco de Grim me ha atravesado la piel y no veo la herida, pero sí un líquido rojo y brillante que se le extiende por la boca y le mancha los labios. No siento nada, ningún dolor. Los dos brazos han agarrado a Grim y empiezan a izarlo.

—¡No! —dice él a gritos, con la voz quebrada, estridente, como si hubiera vuelto a la adolescencia. Y luego—: No. No —hasta que lo que le sale de la garganta no son palabras, sino un sonido que no quiere decir nada.

En la manga oscura de uno de los brazos leo la

palabra «POLICÍA» en mayúsculas bordadas en oro.

XXX

La primera patrulla que llegó al pie de la torre del depósito la integraba un dúo inverosímil y poco afortunado para aquella misión: Dan Larsson y Per Leifby. Larsson es de Vetlanda, y cuando terminó los estudios lo envió a Estocolmo su padre, en la actualidad comisario jubilado. El hombre no soportaba la idea de tener en Vetlanda al sinvergüenza de su hijo, que llevaba en Estocolmo desde entonces. Para colmo de males, tiene miedo a las alturas. Per Leifby, su compañero de patrulla, que, a diferencia de Larsson, es natural de Estocolmo, es hinchita del Hammarby y no es racista, pero ha declarado que tiene dificultades con los inmigrantes, hecho hartamente conocido en el

cuerpo. Además, le dan miedo los disparos.

El del miedo a las alturas prefería quedarse en tierra, al pie de la torre. Por su parte, el del miedo a los disparos iba subiendo la escalera de espiral cuando resonó el primero, el que Grim efectuó para asustarme. Al oírlo se quedó paralizado en un primer momento, y luego empezó a bajar otra vez. Los dos agentes decidieron esperar la llegada de la siguiente patrulla. La intervención no ofrecía garantías de seguridad, le dijeron luego a Birck. Además, se habían dejado los chalecos antibalas en el coche, que tenían cerca de un Volvo mal aparcado, a unos metros de allí.

Larsson y Leifby eran agentes de patrulla en Huddinge y, cuando recibieron el aviso de emergencia, iban extraviados por Rönninge, tras haber tomado la salida equivocada. El aviso procedía de Gabriel Birck, de la comisaría general, que aseguraba que había un altercado con rehenes en el depósito de agua de Salem.

Llamaron a una unidad tras otra, todas ellas con

las órdenes directas de Birck de activar las luces pero no las sirenas, para evitar el riesgo de alertar al secuestrador. La unidad de operaciones especiales empezó a prepararse, aunque seguramente no acudirían a tiempo. Larsson y Leifby tardaron dos minutos en llegar al pie de la torre, y allí se quedaron.

En fuerte contraste con la primera patrulla, formaban la segunda Sandqvist y Rodríguez, dos inspectores de Södertälje, competentes y corpulentos, ambos con experiencia en la policía de Estocolmo. Acababan de terminar el turno en un colegio de Salem, donde colaboraban en un programa para alumnos de prevención de la delincuencia y del consumo y tráfico de drogas, de un día de duración. Se presentaron en la torre del depósito tres minutos y medio después del aviso. Larsson y Leifby los informaron de la situación, y los inspectores subieron por la escalera pistola en mano. Rodríguez iba el primero, y efectuó el disparo disuasorio contra Grim. Seguramente,

habría tardado menos si no hubiera tenido que cerciorarse de que la cuerda aguantaría su peso. Él fue, además, quien subió a Grim con mi ayuda. Con su disparo, Rodríguez consiguió que el de Grim se desviara y diera en el hormigón en lugar de darme a mí, puesto que lo había efectuado con una milésima de segundo de antelación. Juntos sonaron como un latido. En cuanto a Birck, acudió al lugar de los hechos justo a tiempo de oír los disparos efectuados en lo alto de la torre y de quedarse con la incertidumbre de quién sostenía el arma.

Todo esto lo sabré yo después, cuando Birck me lo cuente. Lo único que recuerdo al despertar fue que me relajé y me puse boca arriba, que volvió el dolor en la cabeza y que un velo me cubrió los ojos.

Estoy en una cama muy amplia, con una camisa blanca que no es mía y una manta de color naranja desvaído en las piernas. Las lámparas que veo

encima de mí están apagadas, pero hay luz en alguna parte. Giro la cabeza y siento un dolor en la nuca. La lámpara de la mesita está encendida. Me encuentro en un hospital. Giro otra vez la cabeza y miro por la ventana de la habitación. Södertälje. O eso creo. No había ido por allí desde que murió Julia. En la silla del rincón está Birck, concentrado en un archivador lleno de papeles.

—Esto... —Tengo la boca seca.

Birck aparta la vista del archivador y me mira sorprendido.

—¿Qué?

Al otro lado de la ventana, el paisaje se halla en esa zona gris imprecisa de una oscuridad azulada. Podría ser el alba o el atardecer.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—¿De la mañana?

Birck asiente. Deja el archivador, se levanta y se acerca a la mesa que hay al lado de la cama. Me sirve agua en un vaso de plástico blando y me lo

alarga.

—Sobril —digo, y Birck niega con la cabeza.

—Lo siento pero no. Te han puesto morfina. No puedes mezclar.

Bebo del vaso de plástico. El agua está fresca y agradable.

—¿Qué día? —pregunto vacilante.

—Tranquilo. Llevas durmiendo algo más de doce horas. Te recuperarás, no te preocupes. A pesar de lo temerario que has sido.

Birck no habla con esa voz brusca de bajo de siempre. Tiene un tono inesperadamente suave y discreto. Puede ser que me falle el oído. Ya oigo por los dos, pero en uno parece que tengo un tapón. Levanto la mano y noto en los dedos una venda rígida y reseca.

—Es por las heridas de la cabeza —dice Birck, y me quita el vaso—. ¿Por qué narices no nos esperaste?

—No tenía tiempo —se me ocurre decirle—. ¿Dónde está Sam?

—En la habitación de al lado. Ella también se pondrá bien. Físicamente, quiero decir. Salvo lo del dedo. Lo encontramos, pero... había pasado mucho tiempo. Demasiado.

—¿Cuánto?

Birck baja la vista.

—Una hora por lo menos. Se va a poner bien, Leo, pero... está conmocionada. Así que psíquicamente le costará. Su chico anda por aquí, por si quieres hablar con él.

Aunque me duele, giro la cabeza para no ver a Birck. No quiero saber más. Birck se queda a mi lado, como si lo supiera.

—¿Y Grim? —pregunto, aún sin mirarlo.

—No está en este hospital.

—¿Dónde?

—Huddinge. Bajo vigilancia permanente. Yo mismo elegí las patrullas, así que tranquilo. Lo han operado, lo trasladarán a Kronoberg en cuanto le den el alta. —Se aclara un poco la garganta—. Tu familia ha venido a verte. Han estado aquí un rato.

Levin llegó a eso de las once y se ha ido hace nada. Todo el mundo está al corriente.

—Y... ¿mi padre también?

—Sí, él también —dice Birck.

Lo miro y me pregunto si lo sabe. Si lo ha adivinado. Puede.

—Tu psicólogo se ha pasado por aquí —dice Birck como con curiosidad—. Lo llamaron porque su nombre estaba en tu historia clínica. Le dije que se fuera.

—Gracias.

Hace una mueca, pero no dice nada.

—Cansado —digo.

—Tienes que dormir más.

—No, tú. Se te ve cansado.

—Bueno, he tenido que hablar con más de un periodista. Y he tenido que revisar todos los datos de la instrucción del caso.

—Mi móvil.

No sé por qué, pero lo quiero. No sé qué voy a hacer con él, pero lo quiero. Creo que lo que

quiero es ver otra vez la cara de Rebecca Salomonsson.

—No puedo dártelo todavía, porque Berggren, o Grimberg, o como coño se llame, lo utilizó para comunicarse contigo y, además, tuvo el buen gusto de documentar con él lo que le había hecho a Sam. Es una prueba. Y, sinceramente —añade—, ¿no prefieres uno nuevo?

—Guarda las fotos —le digo.

—Sigue durmiendo, anda. —Lo veo nervioso, como si vacilara—. Levin me ha dicho que va a intentar que te readmitan. Conmigo.

—¿Contigo? —Creo que pongo cara de desagrado—. Joder.

—Ya me imaginaba que reaccionarías así más o menos.

Birck sonrío sin ganas.

—Gracias —atino a decirle.

Birck sale de la habitación.

La siguiente vez que me despierto es la hora de

comer, parece. Me quitan el gotero y me dan un bocadillo, bebo zumo, voy al cuarto de baño. Me muevo con pasos vacilantes pero muy estables. Unas horas más tarde recibo la visita de Pettersén, el que dirige la instrucción del caso. Es un hombre bajito con forma de pera que siempre está mascando chicle para evitar pensar en que lo que de verdad le apetece es fumarse un cigarro.

—Tengo que hacerte unas cuantas preguntas — dice en voz baja—. Si te encuentras bien.

—Quiero que me las haga Birck.

—No puede ser. Es mi trabajo. Además, él tiene que descansar.

Coloca un dictáfono entre los dos. Las preguntas, que iban a ser unas pocas, se van multiplicando según le cuento más. Pettersén se disculpa, tiene que ir al cuarto de baño, tira el chicle y lo cambia por uno nuevo una vez, dos, tres y hasta cuatro.

Me dan el alta esa tarde. Ya puedo quitarme el

pijama y ponerme la ropa, que han lavado en esas veinticuatro horas. A pesar de todo, el simple hecho de verla me resulta un tanto desagradable. Me han quitado el vendaje de la cabeza, y en su lugar tengo ahora un esparadrapo enorme de color blanco que me cubre la frente, y otro similar en la oreja. Se conoce que la nariz no está rota, no presenta más que una herida que curará sola. Me dan morfina para los primeros días. Luego pregunto si puedo ver a Sam.

—Está dormida —dice la enfermera.

—¿Hay alguien con ella?

—Está sola. Su pareja se ha ido hace unos minutos.

¿Pareja? ¿Es que viven juntos?

Me permiten que me quede con ella un rato. Sam está en una cama idéntica a la mía, tiene a los pies una manta naranja como la mía, lleva un pijama blanco como el mío. Ahora tiene el pelo suelto, sin la trenza. Respira profunda y rítmicamente. Me desplomo en la silla que hay

cerca de la cama.

Tiene la mano herida envuelta en un vendaje abultado. Y la otra mano, abierta, con la palma mirando al techo y los dedos algo arqueados. Su sola visión hace que todo se me tambalee alrededor, y me pregunto por qué, hasta que caigo en la cuenta.

Todo esto lo he hecho yo. Por absurdo que parezca, por mucho que haya que retrotraerse en el tiempo para identificar la cadena de causas, y con independencia de cuántas casualidades se hayan alineado para precipitar los sucesos de los últimos días, todo conduce a mí. A cómo hostigué a Tim Nordin y lo empujé a perder el control. A cómo traicioné a Grim. A lo mejor él tenía razón, a lo mejor hice que Julia cayera por mí. Pero ella no fue la única que cayó. No fue sólo culpa mía. Si alguien cayó, fui yo mismo.

Alargo el brazo y le cojo la mano con cuidado. Noto su calidez. El contacto parece traerla despacio al mundo consciente, porque no tarda en

girar la cabeza hacia mí.

—¿Ricky? —pregunta vacilante y con tono cansino, aún rezagada en el sueño y con los ojos cerrados.

—No —digo bajito—. Leo.

—Leo —repite Sam, como si paladeara el nombre en la boca.

Creo que sonrío. Y me aprieta un poco la mano.

A los padres de Rebecca Salomonsson han vuelto a informarlos, ahora de la verdadera causa de la muerte de su hija. El que le robó cerca del Kronobergsparken sigue suelto, seguramente, en Estocolmo, quizá incluso en el barrio de Kungsholmen. Los delincuentes no suelen alejarse mucho.

Por lo que yo sé, los medios de comunicación no se han enterado aún de los extraños acontecimientos que tuvieron lugar en el tejado del depósito de agua. La tragedia ocupa las primeras páginas de los periódicos, pero mi participación

ha quedado en un segundo plano. A pesar de todo, sé que, a menos que ocurra algo más importante, se reavivará su interés por mi persona. Quién sabe si no acabarán tirando del hilo de toda la historia, empezando por mi amistad con Grim y mi relación con Julia. No lo sé. Ni me importa, por ahora. Pienso en Anja, la mujer a la que Grim quiso en su día. En que murió, como tantos otros.

Puede que un día llegue a comprender al que fue mi amigo de antaño y lo que quería hacer en realidad. Puede que no. Es lo que pasa con tantas cosas que al final resulta que son decisivas: que no las comprendemos.

Cuando me dan el alta en el hospital de Södertälje, cojo el tren de cercanías dirección norte. Es agradable sentirse un ser solitario más entre miles de seres solitarios. Me he puesto un gorro para que no se vea el esparadrapo. No parece que le llame la atención a nadie. Lo único llamativo es, seguramente, la nariz, que tengo

hinchada y amoratada, pero nadie me mira. Desde el tren veo pasar ante mí los edificios del programa del millón de viviendas sociales de los setenta. Por allí cerca, en el andén, alguien está tirando petardos. El ruido me aterra, me quedo helado y noto que se me acelera el pulso. Me han advertido de que no puedo tomar Sobril, aunque sí me han recetado Oxascand para casos de urgencia. No sé si éste lo es, pero supongo que sí. Saco el blíster del bolsillo y me pongo una pastilla en la lengua. Se deshace sola, bastante rápido.

En lugar de coger el autobús desde Rönninge, decido ir dando un paseo. Veo al pasar un cartel con la cara del primer ministro. Le han pintado encima una cruz gamada con espray negro.

Recuerdo que antaño, cuando volvía a casa después de haber estado en el centro, utilizaba siempre la torre del depósito para calcular cuánto me faltaba para llegar. Se ve desde lejos. En esta ocasión, evito mirarla. Mantengo la vista fija en el suelo, en los zapatos, y me pregunto cuántas veces

habré recorrido aquel camino. Me pregunto cuánta gente de la que conocí sigue viviendo aquí. No serán muchos, pero no tengo ni idea. La gente tiene tendencia a quedarse anclada a lugares como éste. La gente de suburbios como Tumba, Salem y Alby. O te largas para siempre o hay algo que te retiene.

Rebecca Salomonsson. La veo como debió de verla Peter Koll, desde arriba; la veo llegar colocada y tambaleándose en la oscuridad, con la mano en la boca, ignorante de que sólo le quedan unos minutos de vida. Koll creía que tendría ganas de vomitar, pero a lo mejor estaba llorando porque le acababan de robar el bolso.

Voy a tener que ver a Grim otra vez. Lo sé, pero, en estos momentos, hago lo posible por no pensar en él. Julia lleva muerta dieciséis años. Trato de recordar lo que hice aquel día, lo que hacía justo en ese momento, dieciséis años atrás, pero no puedo. Caigo en la cuenta de que ya no puedo evocar la cara de Julia cuando se reía, pero por un instante casi puedo sentirlo: el tacto de su

piel en la mía. La piel sí tiene memoria.

El diario de Grim sigue en el bolsillo de la cazadora y, al tocar el sobre, noto algo más: un papel, grueso y doblado varias veces. Sólo conozco a una persona que se comunica así con los demás. Levin. No sé cómo, debió de meterlo ahí mientras yo estaba en el hospital.

Me alegro de estar aquí y oírte respirar. Oír que estás vivo, exactamente igual que yo después de los sucesos de Gotland. Sucesos que, como quiera que se miren, conducen hasta mí, no hasta ti.

Me llegó un memorándum. En él me daban instrucciones de que te colocara en nuestra unidad: alguien a quien poder exigir responsabilidades si fuera necesario. Habían hecho una búsqueda y consideraron que eras buen candidato. Todo era hipotético, «si y sólo si» y «en el peor de los casos» y «por si se daba la eventualidad de que alguna de nuestras operaciones nos comprometiera».

Me llegó de arriba, de esos paranoicos, y no tenía otra opción. Me amenazaron con filtrar información de mi pasado. Todavía me amenazan. No puedo decirte más. Por ahora.

Perdóname, Leo.

Charles

Trato de averiguar cómo me siento ahora que lo sé. La certeza debería llevar aparejado cierto alivio, y quizá sea así, pero, en estos momentos, eso no significa nada. Todos traicionan a todos. Y todo se descompone. Me sorprende lo poco que sé del pasado de Levin y me pregunto qué sabrán, cómo lo obligaron a obedecer.

Estoy delante de Triaden, al otro lado de la calle. Los edificios siguen igual que la última vez que estuve aquí, y que la vez anterior y que la anterior a la anterior. Mentalmente, viajo hacia atrás en el tiempo, hasta la época en que yo tenía dieciséis años, y estoy delante del que era nuestro edificio, camino de casa y procedente de algún sitio. Y el edificio tiene exactamente el mismo aspecto. Hay cosas que sólo cambian por dentro.

Cojo el ascensor a la séptima planta, salgo al rellano y subo por las escaleras hasta la octava y última. Contemplo la puerta, el letrero donde dice «JUNKER», bajo el picaporte y abro despacio.

—¿Hola? —digo, y oigo la inseguridad en mi

VOZ.

La alfombra de la entrada está patas arriba. Se han quitado los zapatos al entrar, y están desordenados, pero, por lo demás, todo sigue intacto. La casa tiene el mismo olor, como si fuera eterno. Mi madre asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Tiene el pelo corto y entrecano.

—Madre mía, Leo.

Deja lo que tiene en las manos, seguramente un plato, y ni se molesta en secárselas. Viene y me da un abrazo. Yo le correspondo reacio, incapaz de recordar cuándo fue la última vez que mi padre o mi madre me dieron un abrazo.

—Estuvimos... Estuvimos en el hospital, pero nos dijeron que estabas durmiendo. Madre mía, ¿estás...? Hablamos con un policía, nos...

—Estoy bien, mamá.

Ella me mira. Siempre he pensado que heredé los ojos de mi padre, pero cuanto mayor soy, tanto más seguro estoy de que los ojos que veo cuando me miro en el espejo son más bien los de mi

madre.

—¿Tienes hambre?

—No. ¿Cómo está papá? —pregunto.

—Bien —responde—. Está ahí.

—¿De verdad que estuvo contigo en el hospital?

Mi madre asiente.

—¿Seguro que no tienes hambre?

—Seguro.

—Estás muy flaco. Ven.

Suspiro de frustración al comprobar que me hace sentir como si tuviera doce años otra vez. Me quito los zapatos y la cazadora. Ella vuelve a la cocina y yo entro en el que fue mi dormitorio. Ahora es una especie de despacho, con un escritorio, un ordenador, estanterías y armarios. Sentado a la mesa está mi padre, inmerso en algo, con esa capacidad de concentración que sólo desarrollan ciertos enfermos. Lleva una camisa de cuadros. Tiene el pelo canoso y despeinado, y se lo arregla un poco con la mano.

—Mierda —masculla—. Mier... ¿Dónde está?
¿Dónde habré metido...?

—Papá —le digo, y le pongo la mano en el hombro.

—¿Leo? —Levanta la vista y tiene los ojos cargados de sentimientos, de medicinas y llanto—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—Leo —repite, como si no estuviera seguro de lo que significa.

—Tu hijo —le digo.

Se le entristece el semblante. Frunce el entrecejo, se vuelve hacia lo que tiene delante, en la mesa.

—Tienes que ayudarme. No me acuerdo de cómo se hace.

Es un mando a distancia, con los botones boca abajo. Ha retirado la tapa negra y al lado hay tres pilas.

—¿Seguro que no te acuerdas, papá?

—Está... Lo tengo en algún rincón, muy

escondido. —Parpadea sin cesar, con la vista clavada en el hueco, del que sobresalen unos muelles diminutos—. Estoy a punto de acordarme. —Levanta la vista. La tristeza se ha esfumado. Sonríe—. ¿Me oyes? Estoy a punto de acordarme.

—¿Quieres que te ayude?

—Deja que lo haga él solo —dice mi madre, que ha aparecido en la puerta—. Sabe hacerlo, pero tiene que esforzarse un poco.

Miro a mis padres sucesivamente.

—Mamá, no va a saber.

—Claro que sabe.

Hace unos años empezó a olvidar cosas. Dónde había dejado las llaves, qué había comido a mediodía, cuándo había sido la última vez que había hablado por teléfono conmigo o con mi hermano. Al principio no nos preocupamos, más bien nos irritaba que no se acordara de si había puesto o no el café. Cuando lo había puesto, no se acordaba de si había apagado o no la cafetera. El proceso fue rápido. Al poco tiempo, un día, la

policía recibió una llamada. Querían denunciar a un hombre que estaba en el coche, aparcado delante de un colegio, mirando por la ventanilla, mirando a los niños. El denunciante estaba preocupado por los niños, como, seguramente, también lo estaba la patrulla que acudió al colegio. Pero pronto se dieron cuenta de que aquel hombre decía la verdad cuando aseguraba que no se acordaba del camino al trabajo.

—¿Es consciente de lo que le ha pasado?

—Es consciente de que algo le ha pasado —dice—. Le toca tomarse la medicina dentro de nada, y entonces se pondrá mejor.

Me quedo observando la espalda de mi padre. Entonces se abre la puerta. Es mi hermano, que aún lleva la ropa del trabajo. Me da un largo abrazo, y yo lo abrazo también, o eso creo.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Me parece que no oigo bien.

—Mejor. —Me da una palmadita en el hombro—. Así te libras de oír chorradas.

No sé por qué, pero me hace reír. En el despacho, a mi padre se le cae al suelo una de las pilas, que sale rodando y va a parar debajo de una de las estanterías. Mi hermano va derecho a ayudarlo.

—¿Leo? —dice mi padre mirándolo vacilante.

—Leo está en la entrada, papá —dice mi hermano distraído mientras busca la pila.

—Ajá. —Mi padre mira por la ventana como inseguro, y con las manos bien aferradas a los brazos de la silla, como si eso fuera lo único que le impidiera perder del todo la cabeza—. Leo está en la entrada. —Sonríe, gira la cabeza y me mira—. Bien.

Me voy de Salem esa noche, bastante tarde. Respiro al salir el aire fresco de la calle y atisbo con el rabillo del ojo su portal, lo veo allí, estático en la oscuridad. No quiero irme todavía y merodeo un rato por su puerta, igual que antes. Es verano otra vez, en un segundo, aquel verano de

entonces.

Y al cabo de unos minutos: lo dejo. Me dirijo a la parada del autobús para ir a Rönninge y luego otra vez hacia el sur. Quiero estar con Sam en el hospital. Pronto llegará la niebla. Voy caminando por el lugar donde me crié, el camino a casa es largo pero esta noche reina un silencio inusual en Salem, los suburbios del sur de Estocolmo casi están en calma.

Epílogo

Todo escritor se toma libertades. En este libro, yo me he tomado varias: entre otras cosas, he alterado algunos detalles relacionados con la torre del depósito de agua de Salem y sobre su forma. Además, he encajado un bar aquí, un albergue allá, he cambiado el nombre de un trío de edificios y alguna cosa más. ¡Por no hablar de todas las líneas que me he tomado la libertad de escribir!

Hay varias personas a las que debo mi gratitud. Mela, mi madre, mi padre, mi hermano pequeño, Karl, Martin, Tobias, Jack, Lotta, Jerzy, Tove, Fredrik y los entusiastas de la editorial Piratförlaget: de una forma u otra, todos habéis contribuido a que Leo Junker y *El hombre*

invisible de Salem vieran la luz del día.

No es fácil escribir un relato, pero ser compañero, amigo, padre o colega del escritor en cuestión debe de ser mucho más complicado. Sois estupendos.

Christoffer, en Hagsättra, junio de 2013

Título original: *Den osynlige mannen från Salem*

Edición en formato digital: 2015

© by Christoffer Carlsson, 2013

Por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© de la traducción: Carmen Montes Cano, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-206-9766-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es